

Es común que cuando se presenta el medio natural, se mencione la flora, la fauna, la edafología, el paisaje... pero no los pobladores y sus actividades, que son los grandes olvidados y se diría que son invisibles. Este libro trata de la intervención humana en el monte mediterráneo y resalta lo que ha sido el trabajo y las actividades de sus usuarios (arrieros, corcheros, leñadores, carboneros, ganaderos, guardas, cazadores, apicultores, recolectores...), los que han conformado este bosque.

Pepe García, el autor, natural del Alto Hozgarganta, ha estado siempre vinculado a estos paisajes, por su actividad profesional y por el arraigo familiar de «los Lagunillas» al mundo rural. Pepe es un fiel representante de los hacedores del alcornoque.

Francisco BLANCO ROMERO  
Presidente Asociación Forestal de Andalucía  
Amigos de los Alcornocales

La Asociación Forestal de Andalucía Amigos de los Alcornocales es una asociación, sin ánimo de lucro, que pretende dar a conocer los valores del monte mediterráneo en general y del alcornoque en particular. Para ello sus fines van encaminados a contribuir al estudio, conocimiento, gestión y conservación de los ecosistemas forestales y de los pobladores que lo habitan, sostienen y manejan.

Divulgar y dar a conocer la cultura forestal y el respeto por nuestros montes. Fomentar los trabajos forestales, la silvicultura, las industrias y empresas forestales. Impulsar acciones públicas que visibilicen el potencial de transformación y creación de empleo que puede tener el sector forestal; destacando el corcho, como materia prima inigualable, mantenedor del monte y de sus pobladores.

[www.amigosdelosalcornocales.es](http://www.amigosdelosalcornocales.es)

EJEMPLAR GRATUITO  
PROHIBIDA SU VENTA

ISBN: 978-84-19608-33-8



9788419608338



NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

José García Rodríguez

# NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

JOSÉ GARCÍA RODRÍGUEZ



José García Rodríguez, *Pepe Lagunilla*, nació en Ubrique, Cádiz, en 1940. Hasta los años sesenta su vida transcurre en el entorno de Los Alcornocales.

Sus estudios comienzan tardíamente, obteniendo de mayor la titulación universitaria de Relaciones Laborales. Funcionario de carrera durante cuarenta y ocho años, la mayor parte en la Administración Forestal.

Desde su jubilación siempre quiso plasmar sus vivencias y trayectoria personal, siendo este libro documento gráfico vivo y real, narrado en primera persona.





NACIDO  
EN LOS ALCORNOCALES



# NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

José García Rodríguez





GRUPO DE DESARROLLO RURAL DEL LITORAL DE LA JANDA Y DE LOS ALCORNOCALES



UNIÓN EUROPEA  
Fondo Europeo Agrario de Desarrollo Rural



Junta de Andalucía  
Consejería de Agricultura, Pesca y Desarrollo Rural



1ª edición: Noviembre, 2024  
© de los textos: José García Rodríguez  
© de la presente edición: Q-book

Ilustración de portada: José María Sanchez García

Edita:  
Q-book  
editorial@qbook.es

ISBN: 978-84-19608-33-8  
Depósito legal: CA 345-2024

Ejemplar gratuito  
Prohibida su venta

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser, ni totalmente ni en parte, reproducido, memorizado en sistemas de archivo o transmitido en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, fotocopiado o cualquier otro sistema, sin la previa autorización de quien ostenta los derechos de autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A la memoria de mis padres y hermanos.*

*A todos los profesionales del gremio.*

*A todos los propietarios de fincas.*

*A los apasionados de Los Alcornocales.*



# PRESENTACIÓN

Sin duda alguna el Parque Natural de Los Alcornocales es una de las joyas naturales del Sur de Europa. Su protección bajo la figura de Parque Natural, Zona de Especial Conservación (ZEC), Zona de Especial Protección de Aves (ZEPA) y Lugar de Interés Comunitario (LIC), así como su integración en la Reserva de la Biosfera Intercontinental del Mediterráneo Andalucía (España)-Marruecos declarada por la UNESCO, por no citar detalles concretos que refuerzan su valor paisajístico, su riqueza y diversidad natural, así lo acredita. Es nuestro PATRIMONIO NATURAL por excelencia.

En *Nacido en Los Alcornocales* su autor hace un recorrido por la importancia etnográfica, ambiental y económica del Parque Natural de Los Alcornocales y su entorno a través de sus memorias, recuerdos y vivencias personales. Relata eventos e hitos que han significado algo en el devenir y conformación de este espacio natural. Describe el desarrollo de actividades económicas tan importantes como son la explotación del corcho, la ganadería y la propia actividad cinegética. Llama la atención sobre la preservación de este enclave natural y destaca los esfuerzos realizados por colectivos, como la propia Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, y las diferentes

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

administraciones públicas para lograr un desarrollo sostenible del Parque y los municipios que lo integran.

Para el Grupo de Desarrollo Rural del Litoral de La Janda y de Los Alcornocales apoyar iniciativas como es la edición de este libro, es una forma más de hacer territorio, de poner en valor nuestro rico Patrimonio Rural, de ofrecer una visión desde dentro. Con ello también reconocemos el esfuerzo, trabajo y compromiso de todas aquellas personas que de una u otra forma han contribuido y contribuyen a preservar este legado de la naturaleza.

La financiación de esta edición en el marco de la Estrategia de Desarrollo Local de la Zona Rural Leader de Los Alcornocales con cargo al Programa de Desarrollo Rural de Andalucía 2014-2022 que cofinancian el Fondo Europeo FEADER y la Consejería de Agricultura, Pesca, Agua y Desarrollo Rural de la Junta de Andalucía nos permite cumplir con uno de los objetivos que nos marcamos cuando se puso en marcha esta iniciativa, en concreto, la puesta en valor de la identidad local y, como consecuencia, el refuerzo del capital social, cultural y ambiental del territorio.

El Grupo de Desarrollo Rural del Litoral de La Janda y de Los Alcornocales agradece a la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales y al autor del libro, José García Rodríguez, *Pepe Lagunilla*, el trabajo que realizan en materia de preservación del patrimonio alcornocaleño, su difusión y conocimiento.

FRANCISCO MANUEL FLOR LARA  
Presidente del Grupo de Desarrollo Rural  
del Litoral de La Janda y de Los Alcornocales

# PRÓLOGO

En nuestro imaginario existen mundos superpuestos. Esos en los que hemos habitado y crecido, incluso sin haber interactuado realmente en ellos. En el mundo de los cuentos constan verdes forestas habitadas por leñadores, cazadores y criaturas de distinta calaña, que frecuentemente ocupan cuevas, casas y haciendas diseminadas al otro extremo de inciertos caminos donde acechan peligros que ponen a prueba nuestros sentidos. En el del lejano Oeste habitan colonos, vaqueros, bandidos y otras gentes de a caballo que rivalizan en la aventura de la vida por solitarias praderas con quienes, desde la distancia, todos hemos tenido la ocasión de sentirnos pioneros en una naturaleza con la que se impone aprender a convivir.

En contra de lo que pudiera parecer, los pioneros de esta foresta, que hoy conocemos como Parque Natural de Los Alcornocales, no son los árboles que la cubren. Según la ciencia, decenas de miles de años antes de que este bosque se configurara como hoy lo conocemos, ya enraizaban aquí criaturas de naturaleza humana. Y unos miles de años antes de la datación de esta floresta los humanos ya ejercían el noble oficio ganadero.

Este es el caso de quien en este libro nos muestra tan generosamente sus raíces. Por eso, cuando José García Rodríguez

retorna a estos; sus orígenes, se troca en *Pepe Lagunilla*, pues aquí no es un mero espectador ni un consumidor de naturaleza. Sino portador de una doble experiencia forjada primero como ganadero de monte y complementada después como guardabosques.

Pepe Lagunilla es uno de los últimos supervivientes de quienes sí que habitaron realmente este mundo a medio camino entre el de los cuentos y el del lejano Oeste. Su dinastía aparece documentada, con papel actoral, en la operación de «cuento» censal pionera en este país, que conocemos como Catastro de Ensenada. Llevada a cabo, como primera incursión administrativa en el ignoto bosque de la España profunda, precisamente en el siglo en el que se ambientan los cuentos clásicos. Y reaparece en el siglo en el que se ambientan los relatos del Oeste; esta vez como parte actora en una cuestión territorial entre praderías ancestrales y nuevos asentamientos industriales. Aun cuando ni siquiera el alcornoque era la especie dominante por estas recónditas forestas del lejano oeste de Málaga y los términos vecinos de Cádiz.

Pero sin duda, el que mayor y más rápida transformación ha infligido sobre ese mundo de bosques y praderas, inmemorialmente habitadas por un extenso e intenso ecosistema humano integrado, ha sido el siglo del que es legatario nuestro apreciado Pepe Lagunilla. La Revolución Francesa y las posteriores revoluciones industriales habían sustituido el antiguo oro blanco de las merinas trashumantes, que pusieran en valor los antiguos reinos, por un nuevo oro pardo que prometía la singular corteza del alcornoque y, junto a este, el oro negro del carbón vegetal.

Por lo que, en los albores del siglo xx, la mano de obra que

## PRÓLOGO

demandaron ambas fiebres de oros forestales había movilizado un verdadero aluvión de población pionera. Aluvión que antes de la contienda civil florecía en ranchos en continua evolución a casas de familias y otros animales. Bajo la estricta supervisión y control de guardas forestales nacionales y municipales, se esbozó un peculiar diseminado de campesinado forestal que en la posguerra había resultado drásticamente cercenado y amedrentado. Ese es legado vital que recibe Pepe Lagunilla y del que se hace cargo desde el que, tras la caza y recolección quizá sea el más antiguo de los oficios humanos ejercidos en el corazón de esta floresta.

Quienes, como el autor de este libro, hemos saltado la linde entre los últimos siglos con responsabilidad en la custodia y control de estos montes, hemos podido experimentar en carne propia la contradictoria percepción que se ha cernido sobre aquella ganadería extensiva forestal. Aprovechamiento secular que ha pasado de ser algo que se echaba de más en los objetivos silvícolas y cinegéticos de finales del siglo xx, a ser algo que cada vez se echa más de menos como necesaria herramienta paisajística preventiva en este primer cuarto de siglo xxi.

Basta contrastar la accesibilidad ecuestre prácticamente integral que había entonces con la perniciosa y peligrosa inaccesibilidad que, a remolque de su abandono, se apodera tanto de mohedas como de bujedos, muchos de los cuales fueron antiguas «tierras de pan llevar». Todo esto como lógica consecuencia –acrecentada por la climática– de los cambios ecosociales de los que esta biografía es vívido testimonio. Cambios que hacen inconcebible aquella vida seminómada que, tras subastas cua-

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

trienales de pastos, obligaba a estar con un pie en el estribo; de acá para allá con partidas de ganado cuyos rendimientos eran siempre inciertos.

La falta de relevo generacional efectivo para aquella vida, que con tanta honra nos narra José García Rodríguez, contrasta asimismo con el interés que él viene vertiendo en la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, y muy especialmente en el seno de su familia. Por eso quiero aprovechar la ocasión que me brinda este prólogo para felicitar sinceramente la iniciativa de rescatar los recuerdos de aquel mundo real en el que este compañero y sus ancestros fueron ganaderos de monte. Rematado con las vivencias administrativas asociadas al final de ese mundo que, como agentes forestales, hemos experimentado en estas provincias que confluyen en el alcornocal más meridional de Europa y más importante del mundo.

Tampoco quiero desaprovechar la oportunidad para resaltar especialmente el interés expresado y la ayuda ejercida como buena hija por Inmaculada García, gracias a lo cual ahora toma forma de libro este legado transgeneracional; el testimonio inédito de uno de aquellos actores de naturaleza nacido en Los Alcornocales.

JUAN PINO PALMA  
Agente forestal

## INTRODUCCIÓN

Uno, ya en edad avanzada, le da vueltas al «coco»... , pensando que ya lo tiene todo acabado, pero... , ¡qué va! Si miras hacia atrás siempre verás algo que no has hecho o que has iniciado pero no concluido, bien por descuido, por carecer de iniciativa, por desánimo, por nostalgia sobre recuerdos intensos... En fin, mil y un pensamientos que se acumulan y entrecruzan por el serpear de la imaginación que, en cierto modo, te producen cierta aflicción y pesadumbre sobre lo que ya no tiene vuelta atrás.

Como dijo el poeta cubano José Martí: «Hay tres cosas que cada persona debería hacer durante su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro». En mi caso: cuatro han sido los hijos, árboles plantados ya perdí la cuenta, y lo del libro es una idea que en los últimos años me ha estado rondando, pero ahora más que nunca caigo en la cuenta de la caducidad de la vida.

En esa confusión y trifulca de ideas estaba –a la vez que ojeaba una novela– cuando oigo la voz de mi hija Inma:

–¡Hola, papá! ¿Qué lees ahora?

–Ya ves, estoy entretenido con esta novela sobre la resistencia de los gaditanos, de los diputados a Cortes y de familias españolas más desahogadas venidas hasta la Tacita de Plata, único lugar libre de franceses de la Península, para defenderse de las

bombas que lanzaban los galos desde el otro lado de la Bahía y desde el caño de Sancti Petri. Como dice la copla: «...con las bombas que tiran los fanfarrones...». Según cuentan las crónicas, la de más alcance explotó en la plaza de San Antonio, lanzada desde el Trocadero.

—¿Y te gusta?

—Bueno, aunque hay mucho invento en todo esto, me está enganchando al estar escrita sobre un hecho histórico como fue el asedio a Cádiz, comenzado un poco antes de aprobarse la Constitución en marzo de 1812, en el Oratorio de San Felipe Neri, conocida popularmente como «La Pepa», por su coincidencia con el Santo.

—¿Y los personajes?

—Hay dos que me han llamado la atención, un tal Mojarra, que se movía por las salinas y los caños de San Fernando como pez en el agua, más que agua en el barro pegajoso, y un inglés que estaba presente en la mayoría de los chismorreos que se organizaban en la casa de la más importante anfitriona, Lolita Palma.

—Me parece muy bien que tengas ocupada la mente, pero a ver cuándo me dedicas un tiempo para hablarme de tus antepasados, de los lugares por los que os movíais, tú, los abuelos y bisabuelos.

—Ya sabes que a la abuela la llevaron a Ubrique para que allí naciera, pero donde vivíamos era en un lugar alejado del pueblo a varias leguas, con hermosos chaparros, quejigos, acebuches, algunos olivos y unas cuantas fanegas de tierra de labor. Luego nos desplazamos a un rancho que estaba a lo lejos.

## INTRODUCCIÓN

–Eso ya me los has contado en otras ocasiones.

–Es verdad, pero hoy tengo que darte una noticia que a lo mejor te agrada.

–Y, ¿cuál es esa buena nueva?

–Verás, en la reunión que los miembros de la Junta Directiva de la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, tuvimos en la venta de La Liebre, en el término de Alcalá de los Gazules, mediado el mes de diciembre, se informó sobre las ayudas en la Zona Rural Leader de Los Alcornocales, comentándose, además, la posibilidad de que yo me comprometiera a escribir el relato de mi vida. Así que, si la Asociación presenta el proyecto, me veré obligado a recordar lo que han sido algo más de ocho décadas unido, en distintas etapas, a Los Alcornocales de las provincias de Cádiz y Málaga.

–¡Qué gran noticia! A ver si ello te sirve de motivación y nos cuentas cuanto sabes.

–No creas que sé tanto, lo que pasa es que ochenta y tres años dan mucho de sí. Para ser objetivo, tendría que restar cuatro de los que no guardo recuerdos, a no ser que hienda la mollera para ver lo que pasó en el interior del cerebro durante ese tiempo.

Confirmado el interés de la Asociación en presentar el proyecto, ante el Grupo de Desarrollo Rural del Litoral de La Janda y de Los Alcornocales, para una posible subvención y, por otra parte, para satisfacer el interés de mi hija, inicio lo que ha sido el relato de mi vida.

Como digo, ha sido mi hija Inma la que me ha dado la motivación y el ánimo necesario para dejar testimonio de lo que

ha sido mi existencia, la de mis ascendientes y descendientes, para ello me tendré que apoyar en lo retenido en la agenda de la memoria –al contrario de lo que dice el refrán: «Más vale lápiz corto que memoria larga»– para seguir el guión predestinado, al no tener apuntes sobre datos concretos ni familiares allegados de longevidad avanzada a los que poder recurrir, en especial los referidos a acontecimiento de antepasados, fechas significativas y recuerdos de mis primeras etapas de la infancia, salvo detalles de primos, la mayoría menores que yo. Pretendo que no les ocurra lo que a mí que, al fallecimiento de mi madre y familiares mayores, se me acabó la fuente de información más preciada para recordar el pasado, dejando testimonio del recorrido seguido hasta la fecha, aunque no exento de algún comentario estrechamente relacionado con tiempos lejanos y con algún pasaje de la actualidad.

Para que este relato biográfico no resulte tedioso para desconocidos lectores y ajenos geográficos, prestaré atención a las numerosas familias que habitaban los montes de Los Alcornocales y demás personajes a los que tuve la suerte de conocer, al tiempo que compartir vivencias, anécdotas, gozos, penurias –porque las hubo– e infinidad de avatares que al caminar por el sendero de la vida han ido germinando.

Todo lo que pongo en esta sucesión de datos han sido historias vividas, vistas u oídas. No existe falsedad alguna al transitar hasta los presentes días, salvo alguna historieta que procuraré acrecentar. Intentaré no repetirme en demasía, aunque será inevitable cuando me refiera a lugares de residencia, cambios en el entorno familiar y ciertos adjetivos posesivos.

## INTRODUCCIÓN

Antes de comenzar a narrar mi vida he considerado conveniente dedicar el primero de los capítulos a mis ancestros para que así el lector pueda entender mejor mis raíces. Además, en el caso de mi tío Miguel, se merecía que alguien le hiciera un modesto homenaje a tan triste final.

Los siguientes capítulos van destinados a aquellos parajes que me vieron crecer y que forman parte de mis recuerdos, desde Benajón a Jimena de la Frontera, pasando por Los Galayos, Ubrique, El Gamín, Diego Duro, Los Cerquijos y Majada del Alcaide. El motivo que nos llevó a cambiar continuamente de residencia fue que mis padres no poseían terrenos en propiedad, por lo que tenían que valerse de arrendamientos de fincas, tanto de propiedad pública como privada, donde ir pastoreando el ganado del que dependían.

Después prosigo describiendo lo que fue mi paso por el ejército, así como mi llegada a la Administración, donde he prestado servicio durante cuarenta y ocho años, estructurando este capítulo en cuatro etapas para una mejor comprensión. Como continuación de mi paso por la Administración he dedicado un capítulo al Parque Natural de Los Alcornocales –entorno que me ha acompañado a lo largo de mi vida y que al día de hoy sigue haciéndolo– donde pretendo reflejar, con toda humildad y con permiso de profesionales y estudiosos del ecologismo, la experiencia adquirida en este espacio natural de la provincia.

Seguidamente paso a relatar mi matrimonio, la llegada de mis hijos, nuestras vivencias en la casa forestal de Roche, así como los últimos años como ganadero en La Nava y Toleta. También cuento cómo fue mi adaptación a la nueva etapa de jubilado y cómo la vivo en la actualidad.



## MIS ANCESTROS

En la margen izquierda de la carretera que une Ubrique con Jimena de la Frontera, en pleno corazón del Parque Natural de Los Alcornocales, se localiza una finca llamada Benajón –también conocida con el nombre de Benaluz– en la que vivieron mis abuelos paternos: Alonso García Sánchez y Josefa Pérez González.

Esta finca se encuentra situada en la cabecera de la garganta conocida como Pasada Blanca y que, en la confluencia con la garganta de La Sauceda, da origen al río Hozgarganta, que desde su nacimiento en el vértice que forman los límites de los montes Diego Duro, Abanto y Las Fasanas, hasta su desembocadura en el río Guadiaro, un poco más abajo de San Martín del Tesorillo, tiene una longitud de algo más de cuarenta kilómetros. Su trayectoria discurre bastante recta: las inclinaciones más pronunciadas las encontramos a la altura de las fincas La Potrica, por la izquierda, y La Jabalinera, por la derecha, hasta llegar a otra orientación, justo donde hace límite entre los términos de Jimena y Castellar, para enfilarse su último curso hacia su desenlace en el Guadiaro. Otras desviaciones menos

importantes, las encontramos cuando discurre bordeando la población de Jimena, en la parte noroeste del risco y del emblemático castillo árabe.

El río Hozgarganta será citado infinidad de veces, ello se debe a que en las dos primeras décadas de mi existencia –excepto la breve estancia en Los Galayos (Algar)– siempre me movía en ambos sentidos de la cuenca hidrográfica, desde su nacimiento hasta que el Guadiaro recoge sus aguas, navegando a favor de corriente desde su principio.

Según me contaba mi madre, el apodo Lagunilla –o tercer apellido al que me gusta referirme– por el que más se nos reconocía, proviene de cuando mis bisabuelos habitaban en el interior de la Dehesa de Bañuelos, del término de Cortes de la Frontera, donde existía una laguna, más que laguna era una gran charca que permanecía con agua durante el verano. De aquí partieron a Benajón, lugar de convivencia durante varias décadas.

De la unión de mis abuelos nació mi padre, Alonso García Pérez, en 1905, único hijo del matrimonio. Mi abuela falleció, por causas que desconozco, cuando él tenía cinco años. Al poco tiempo, mi abuelo contrajo segundas nupcias con Ana Domínguez, también viuda y con dos hijos, Francisco e Isabel González Domínguez.

Como una curiosidad de aquella época, comentar que, cuando se tenían noticias del casamiento de un viudo o viuda, los vecinos de los alrededores –una vez conocidos los primeros escarceos– se ponían en contacto, cuando anochecía, mediante mensajes sonoros y recíprocos. Para ello se valían de la cavidad

de cuernos de vacas, despuntando la asta por donde se soplaban para transmitir la buena nueva, incluso utilizaban los cañones de sus escopetas para anunciar el acontecimiento, finalizando con una cencerrada cuando se confirmaba el enlace, que no cesaban hasta que los contrayentes salían a recibirlos con la botella de aguardiente o anís y la pequeña copa de grueso fondo. En el caso de mi abuelo, y la que fue mi segunda abuela, sería por partida doble, ya que ambos eran viudos.

De este nuevo matrimonio nació el único hermano de mi padre, el tío José García Domínguez, que hizo de entronque común entre hermanos y hermanastros, sentimiento que se fue transmitiendo después a las nuevas generaciones, coadyuvando, además, a que sus descendientes nos sintiéramos como verdaderos nietos, sobrinos y primos sin que existiera de por medio lazos de consanguinidad, que sólo lo había, como digo, con el tío José. No cabe duda que ambos fueron unos buenos padres y unos excelentes padrastrós.

La nueva familia siguió con la explotación de la finca Benajón, además de otras que adquirieron en arrendamiento en el término municipal de Jimena de la Frontera, conocida como El Lobo, careciendo de datos sobre los años que permanecieron en este último asentamiento. Mi madre me contaba que siendo mi padre muy pequeño se tuvo que ir a estos lugares para ayudar a las labores de cuidado del ganado y demás faenas propias del campo, siendo en este lugar cuando enfermó en dos ocasiones de pulmonía, enfermedad que no contó con tratamiento médico (las secuelas que le quedaron las sufrió hasta su muerte). Al cabo de los años, tras la muerte de mi abuelo Alonso, la finca

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Mis abuelos maternos con una vecina

Benajón la siguieron en arrendamiento mi padre, su hermano José y sus hermanastros Francisco e Isabel.

En cuanto a mi familia materna, el antecedente más lejano que recuerdo es mi bisabuela Isabel Calvo, de constitución pequeña y regordeta. Haciendo cálculo aproximado, debió nacer sobre 1865 y falleció cuando yo contaba con unos doce años de edad. Mis abuelos Francisco Rodríguez Pineda y Catalina Calvo Sánchez tuvieron cinco hijos: Juan, Isabel (mi madre, que nació en 1909), Catalina, Miguel y Francisco, todos naturales de Jimena de la Frontera, conocidos con el sobrenombre de los Neas. En sus primeros años de casados residían en Las Jarillas, cerca de Jimena. En este lugar existía un acuífero donde crecía una planta conocida como enea que aprovechaban los lugareños para hacer asientos de sillas, cestas y otros útiles propios del campo, de ahí proviene su apodo. Se dedicaban a la agricultura a pequeña escala y a la ganadería.

Al cabo de un tiempo, siendo mi madre pequeña, se trasladaron a otro campo distante de Jimena, conocido como Campoy, enclavado en la dehesa de El Parralejo del término de Cortes. Este asentamiento no está muy lejano de Benajón, concretamente en la margen izquierda de la garganta de Pasada Blanca en sentido descendente.

De Campoy se marcharon mis abuelos y tíos —mi madre ya se había casado y se había ido a vivir a Benajón— a las fincas que adquirieron en arrendamiento denominadas Arnaíllo y La Goleta, ubicadas en el término municipal de Jimena de la Frontera y en el límite con el término de Alcalá de los Gazules, propiedad de la familia Furest, residentes en Ronda. Este cambio debió

producirse sobre 1930, donde permanecieron unos veintidós años.

Debido al agravamiento del conflicto entre españoles, mis abuelos decidieron refugiarse en Alcalá de los Gazules, en cuyas proximidades arrendaron unos terrenos donde se llevaron el modesto rebaño de vacas que habían conseguido reunir, por ser lo más llamativo a los ojos de los grupos incontrolados que se unían para defender sus ideas, ya que en aquella época poseer rebaño bovino era signo de cierto bienestar. El resto del ganado (cabras, cerdos...) siguieron en ambas fincas. Al término de la guerra, regresaron a su humilde vivienda en Arnaillo.

En lo económico les fue muy bien en este último lugar, aumentando su patrimonio ganadero considerablemente, no así en lo personal, ya que perdieron a su hijo Miguel víctima de los bandoleros o maquis (los que se echaron al monte por temor a ser represaliados; también había grupos afines al partido comunista que pretendía que siguieran combatiendo contra el vencedor de la contienda, para después dejar tirados a gran parte de ellos; otros, por lo rentable de extorsionar a familias con amenazas y rescates de secuestros). Lo fusilaron el 9 de junio de 1941 recién llegado de la maldita guerra civil entre españoles, donde había permanecido cuatro años, por haber combatido en el frente nacional.

Según los testimonios recogidos de mi madre, mis primos y de Pepe Furest, en la misma redada los maquis detuvieron en el caserío de Arnao al guarda –de las fincas que tenía la familia Furest– y a su hija, la familia Gallego; en la casa de la Huerta apresaron a un vecino apellidado Ortega; luego se dirigieron hasta las viviendas de la finca El Cándalo, donde intentaron

hacer lo mismo con Miguel Guzmán y su hijo Juan, carboneros y dueños del ventorrillo existente en la citadas viviendas, ambos lograron escapar de la partida de maquis, resultando herido el padre en un brazo; de allí partieron hacia la choza de mis abuelos en el interior de Arnaílo, deteniendo a mi tío Miguel; acabando con sus vidas a medio kilómetro de la vivienda. El señor Ortega quedó mal herido, siendo trasladado, supuestamente, hasta algún hospital de Cádiz, falleciendo un tiempo después a consecuencia de las heridas sufridas.

En el libro *Maquis: Historia de la guerrilla antifranquista*, de Secundino Serrano, en la página noventa se cita lo siguiente: «Un episodio importante se produjo en Alcalá de los Gazules, cuando el 9 de junio de 1941 una partida mató en el cortijo de Arnado a tres personas, un guarda jurado, su hija y el hijo del colono». El hijo del colono era mi tío Miguel. No hace referencia a Ortega ni a los dos que lograron escapar del triple asesinato –padre e hijo.

Entre los recuerdos que mi madre tenía guardados en una caja se encuentran, primorosamente conservadas, dos cartas escritas de puño y letra por su hermano Miguel en plena guerra civil, una desde Peñarroya (Córdoba) el 14 de noviembre de 1937, y la otra desde La Roda (Albacete) el 5 de marzo de 1938. Es llamativo que en ninguna de las dos hiciera referencia a dato alguno sobre la lucha en la guerra, supongo que sería por la censura impuesta. En esas fechas contaba con veintitrés años. Mi madre solía decir que su hermano Miguel y su hijo Alonso eran como dos gotas de agua, en actitud y corpulencia. He transcrito, literalmente, la carta escrita desde

Peñarroya tal y como sus conocimientos y formación le permitían expresarse:

Peñarroya a 14 del 11 de 37<sup>1</sup> mis queridos hermanos me alegrare que al ser esta en tu poder disfrutes de buen estado de salud en unión de los niños yo que bueno y con deseos de verlos a todos y saber asido en mi poder tu deseada carta la que me asido de mucho a la que me da a saber que estais buenos que son mis deseos y saber todavía estamos en las trincheras pero yo creo que nos relebaran pronto y ahora me creo que vamos a Peñarroya a descansar pero no sabemos el día que será pero yo me parece pronto también me dice que vais a llevar al niño a Ubrique para retratarlos y mandarme una fotografía por te digo que a Ermela mandas pronto para verlos ya que yo no puedo ir a verlos que si quisiera los vea en retrato también me dice que no tienes carta de frasquito<sup>2</sup> pues te digo que yo tan poco tengo carta de el pero me enterado por una carta de mamá que esta en la provincia de Zaragoza pero no se la dirección alonso<sup>3</sup> también me dice que tu hermano<sup>4</sup> se fue al servicio también me me mandarás a decir si se fueron a tu hermano Curro<sup>5</sup> que no me dice nada también me dirás si tienes buena Mon-

<sup>1</sup> Año 1937.

<sup>2</sup> Se refiere a su hermano Francisco que fue reclutado para la guerra con solo 18 años. Estuvo cuatro años en el ejército.

<sup>3</sup> Se dirige a mi padre.

<sup>4</sup> Quiere decir el tío José, único hermano de mi padre.

<sup>5</sup> Curro era el hermanastro de mi padre.

MIS ANCESTROS



Siempre a 14 del 11 de 37  
 mis queridos hermanos me  
 alegrare que al ser esto en  
 tenerlos difuntos de cuando  
 estado de salud en comora  
 de los niños yo quedo bueno  
 y con deseos de verlo a todos  
 y saber como en su proce-  
 tuacion de cada cosa lo  
 que me asido de mucha a  
 la gria al saber que estan  
 bienos que son mis deseos  
 y saber todavia estamos en  
 las trincheras porojo y Cero  
 que nos malabasan pronto  
 y otra me caro que hemos  
 a Pinarojo y adicacion  
 pero no sabemos el dia  
 que sera para yo me porojo

pronto tambien me dice  
 que han alba los miso a  
 tubique para actuarlos  
 y mandaron una foto para  
 por lo dice que abren la  
 mancha para para los  
 ya quello no puedo saberlo  
 que yo quisiera los sea me  
 mechato tambien me dice  
 que no tomar carta de proqui  
 to por lo digo que yo para  
 poco tengo conta de el  
 para me enterado para  
 carta de mancha que  
 esta es la publicacion de  
 vargosa para se la division  
 cubana tambien me dice  
 que la semana se fue  
 a cubana tambien me

me mandaron adicacion  
 de cada lado de  
 hermano los Caro que  
 no me dice nada tambien  
 me dice algunas cosas  
 montavere y para como  
 que de cada para como  
 para cada tema para familia  
 y mucho para y para para  
 los miso y de cada miso que  
 miso hermano me dicen  
 suficiente abaso de este  
 tu hermano que los  
 y nunca la Cuba  
 Miguel Rodriguez  
 a fin la semana  
 me la para a Pinarojo

Mi tío Miguel Rodríguez Calvo  
 y el original de su carta

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

tanera<sup>6</sup> y sin mas que desirle poraora Recuerdos para toda tufamiliay mucho besos y abrazo para los niños y ustedes mis queridos hermanos rreciben unfuerte abrazo de este tu hermano que loes y nunca le olvida

Miguel Rodriguez  
adios la dirección me la pone a Peñarroya

Después de este desgraciado suceso, los abuelos vendieron parte del ganado que habían logrado ampliar en Arnaílo y con los ahorros que tenían se compraron un rancho de labor de unas noventa fanegas de tierra denominado Majada del Alcaide, a unos seis kilómetros de Jimena y lindante con la finca El Salado, estableciendo su domicilio en esta población. El resto de la explotación ganadera se quedó en las fincas de Arnaílo y La Goleta a cargo de Manolo Barea, *el Chato* –sobrenombre impuesto por los vecinos del lugar– hasta finales de 1952.

Manolo fue recogido por mis abuelos maternos a muy temprana edad, cuando quedó huérfano de padre, siendo tratado como un hijo más. Su madre biológica, para salir adelante, no tuvo más remedio que socorrerse en familias generosas para salvar a su numerosa prole. Alguien, aprovechándose del momento, no conforme con acabar con su vida, se apropió de unas fanegas de tierra que poseía en la Dehesa Ramblazo del término de Cortes, que era su medio de existencia.

Guardo en mi memoria, entre otras, su historia acerca del último maqui nacido en Jimena, apodado *el Potaje*, huido al monte, sin que se le conociera delitos de sangre en su contra.

<sup>6</sup> Aprovechamiento de las bellotas de chaparros y quejigos por los cerdos.

Resulta que, en un par de ocasiones, Manolo recibió la visita de este personaje en busca de comida. Una vez saciada el hambre, antes de marcharse, amenazaba a Manolo para que no diera parte de su presencia en la choza donde habían habitado mis abuelos en la finca Arnáillo unos años antes; la respuesta de Manolo fue, en las dos ocasiones, la misma: «Cuando salgas por esa puerta me encamino a Jimena para dar conocimiento a la Guardia Civil». Nunca se supo qué fue de este personaje, aunque se comentaba que posiblemente pasó el Estrecho camino de Marruecos.

Al principio de haber adquirido este nuevo rancho, sobre el año 1943, mis dos tíos, Juan y Frasquito, se encargaban de ir de día a realizar las faenas propias de la explotación, regresando por la noche al pueblo. Una mañana cuando llegaron al rancho, fueron sorprendidos por los maquis que les estaban esperando. Intentaron llevarse de rehén al tío Juan, cosa que impidió –según me ha contado mi primo Martín– el tío Frasquito, convenciendo a los maquis para que se lo llevaran a él, con el argumento de no ser padre de familia como su hermano Juan. El rescate les costó a los abuelos la no despreciable suma de cincuenta mil pesetas de aquellos años, siendo entregada por un emisor que enviaron con una bestia que debía llevar colgado un pequeño cencerro, en un lugar próximo a las Lomas de Cámaras, donde hoy existe una torre de transmisión de telefónica, justo en unas pequeñas cuevas que hay al lado del carril que se ha construido años después.

Siempre tuve interés por conocer el lugar de fusilamiento de mi tío Miguel, además, llevaba tiempo queriendo visitar las fincas de Pepe Furest, porque, aunque había transitado el camino que

las divide en varias ocasiones, no conocía con detalle el lugar. Así que finalmente, el 5 de agosto de 2021, decidí ir con mi esposa Paqui, a rendirle un sencillo homenaje a mi tío, pisando el suelo y contemplando la panorámica del lugar que por última vez visualizaría antes de ser abatido, víctima del fanatismo y la sinrazón del momento. Una cruz incrustada y engrandecida con el paso de los años, en la corteza de un viejo y frondoso quejigo, recuerda el lugar donde fueron ejecutados. El que la realizó, quizá, sin darse cuenta, estaba escribiendo historia como en los principios del saber. A menos de un kilómetro de aquel lugar visitamos los vestigios de las viviendas de mis abuelos próximas al nacimiento de agua. Eran chozas de brezos aupadas por pared de piedra del lugar sobre las que, a poco más de un metro, descansaban las cimbras obtenidas de la arboleda del entorno. Luego partimos hacia la bien situada y antigua casa de la cabreriza, en la actualidad bastante ampliada, con una nave para los trabajadores, almacén y cuadras en la parte baja y, debajo de la roca —que hace de cimentación de toda la construcción— la Cueva de la Gitana, ocupada por utensilios de guarnicionería y otros objetos. Preciosas vistas, las que se contemplan hacia el este, desde el mirador situado en la cúspide de la roca: pico de San Cristóbal, puerto del Boyar, Loma de Los Arrieros —en termino de Cortes de la Frontera—, toda la vaguada de la garganta de la Cuesta del Huevo, donde comparten espacio los chaparros y quejigos, y, más a lo lejos, el pico de la Sierra de las Nieves, así como El Hacho de Gaucín.

Fue un día inolvidable de placer, conocer con detalle las fincas de tanto apego familiar, su hábitat, la conservación de su

MIS ANCESTROS



Quejigo con la cruz incrustada

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

arbolado, la limpieza del material improductivo, sus instalaciones ganaderas..., hasta los acebuches son tratados como si fueran árboles ornamentales de un parque periurbano; claro que para eso hay que invertir una parte de lo que se produce a su propio mantenimiento, cosa que siempre ha hecho Pepe, sin tener que recurrir a los acotamientos de las fincas buscando los rendimientos cinegéticos ni pastoreo abusivo. Más adelante continuaré hablando de la estirpe Furest.

## 2

# BENAJÓN

La finca Pasada Blanca, en tiempos lejanos, fue propiedad de unos ingleses quienes a su vez se la vendieron a la familia Guerrero de Jerez, pasando después a manos de otra conocida familia de Ubrique de apellido Coveñas, quienes ya eran poseedores de Benajón, consiguiendo la unificación de ambas fincas en un solo predio. Fue en 1959 cuando empieza su división entre herederos y ventas varias de sus suertes. (Esta información me la ha facilitado uno de sus herederos, don Antonio Coveñas, que sigue en posesión de la parte que le correspondió).

Posiblemente, la proximidad de los campos donde vivían los que luego fueron mis padres –Benajón y Campoy, con la garganta de por medio– y la fiesta que todos los años se organizaba por la onomástica de San Juan entre los manantiales que existen en la cabecera de la garganta de Pasada Blanca –verdadero nacimiento del río– contribuyó a que se conocieran. Contaba mi madre que en aquel lugar existían unas espaciosas charcas de agua transparente, así como un pequeño manantial de aguas sulfurosas que, según opinión generalizada de los habitantes del lugar, con propiedades curativas; pretexto que utilizaban

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Posible paraje donde se celebraba la fiesta de San Juan.  
Abajo. Charca en Pasada Blanca



Noria o «cunitas» de la época

para darse sus buenos chapuzones, supongo que con sus respectivas vestimentas remangadas hasta donde se lo permitían las circunstancias, aunque cabía la posibilidad de que caballeros y señoras no compartieran la misma charca para preservar la intimidad. Lo cierto es que, junto a este nacimiento se organizaba cada año una fiesta que duraba unos días. Consistía en montar varios chiringuitos o sombrajos, donde

se ofrecían bebidas, comidas y se alegraba la fiesta al son de guitarras, bailes de pasodobles y los fandangos. Por referencia de la familia llegué a saber que un año hasta llevaron –a lomo de mulos y burros– una pequeña noria o «cunitas» con cuatro compartimentos, que daban vueltas en función de la fuerza que le imprimía el que la manejaba.

He visitado tres veces ese fascinante, recóndito y ecológico lugar, pero el más disfrutado e ilustrativo ha sido el realizado en junio de 2024, acompañado por mi hija Inma, el inestimable amigo Juan Pino y por Mercedes, nieta del Señor Olivencia, a la

que tuve el placer de conocer ese día. Esa noche, entre despierto y soñoliento, me costaba creer que nos bañamos hijo, nieta y acompañantes donde lo hicieron mis padres, familiares y demás vecinos de la zona después de más de un siglo. Demasiada bondad la que se me ofrece, lo mismo sin merecerla. Como dice la canción: «Gracias a la vida, que me ha dado tanto».

En una zona más elevada a este manantial se ubica la finca La Motilla –término de Cortes de la Frontera– que fue propiedad de Diego Herrera, íntimo de mi padre y compañero en las batidas –«jucheos» le llamaban– de corzos. Pues bien, del matrimonio de Diego y Cristobalina, nacieron dos gemelos, Roque y Cristóbal. La desdicha o el destino se cebó con esta familia, llevándose para siempre al pequeño Cristóbal, con solo seis años. Pretendo evitar, con este modesto y lejano mensaje, que esta triste historia –que siempre ha estado en lugar preferente de mis recuerdos– no caiga en el olvido nunca jamás. Para ello, con el debido respeto de sus familiares, le dedico este sencillo, distante y corto relato:

#### AL NIÑO DE LA MOTILLA

Apenas tuvo tiempo de conocer a sus padres, hermano gemelo y lugar de ubicación –próximo a la cavidad de La Motilla–, sólo contaba con seis años cuando lo desplazaron hasta el Hospital Mora de Cádiz, a medios de agosto de 1964, para tratamiento de una grave dolencia renal.

A los pocos días se despidió de La Caleta, de la mar, de la playa y la bahía, para después enfilarse un viaje por sinuoso camino, en modesto utilitario, hasta la población de Jimena; desde cuyo lecho, en su última morada, el

## BENAJÓN

ángel del Señor, que de cerca rondaría, se le aparecería para darle fuerza, paz y valor de persona madura para decirle a su madre que esa noche moriría, al tiempo que le pedía que le diera un trozo de la refrescante sandía, sustento que le dio impulso para gritar: «¡Dadme alas para volar para acompañar a los ángeles que desde el cielo me aguardan!». El ángel se le acercaría, antes de amanecer, en forma de nube, para despejarle el camino a su eterno descanso.

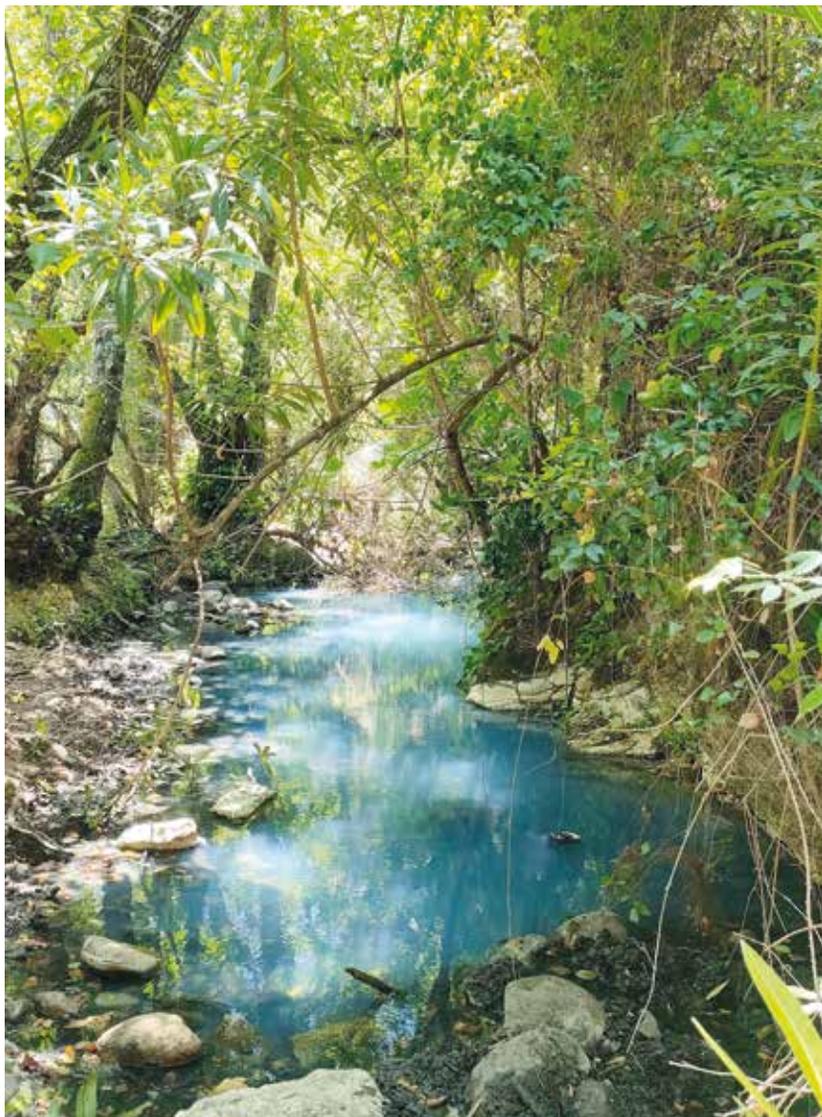
Desde allí, sin lugar a dudas, observarás las injusticias de la humanidad, la barbarie de las guerras, la infelicidad de los avaros y a tu querido lugar de tan corta vida, en pleno corazón de Los Alcornocales.

Grabado para siempre quedó, cuando viajábamos en compañía de tus padres, las tristes y doloridas sonrisas que te arranqué, cuando te decía: «¿Ves? El coche es igual que cuando montas el burro, y le dices... ¡Sooo, burro! Y no da un paso más». Varias fueron las interrupciones que le hice al improvisado asno para que tu sensible infancia distrajera tan dolorosa tortura.

Estoy seguro que estarás jugando con los miles y millones de niños que, por la escasez de alimentos, medicamentos y otras primarias necesidades, corren la misma suerte, mientras las sociedades acomodadas se desentenden, discuten y compiten por la industria armamentista.

Como tantos otros lugares de interés de Los Alcornocales, en la cueva de La Motilla existe una importante colonia de murciélagos. Tan importante era en tiempos pasados que, a principios de los años cincuenta, recuerdo presenciar recuas de mulos y

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Manantial en Pasada Blanca

burros pertrechados de cerones donde transportaban el estiércol que los murciélagos generaban, y que iban acopiando junto a la carretera, en un lugar próximo a Las Cañillas, desde donde era retirado con destino –supongo– a lugares en el que sería muy cotizado este guano como abono orgánico y para producir fertilizantes naturales, sin reparar –ante la ignorancia y falta de control en pasados tiempos– en el daño que se podía causar a estos mamíferos con capacidad para volar y tan beneficiosos como depredadores de insectos.

Ha sido Juan Pino, ex agente forestal, el que me ha ampliado los escasos conocimientos sobre este enclave, y que transcribo a continuación:

Tanto los baños como el arroyo reciben su nombre de la pasada que hubo en los manantiales de ciclo lento y profundo relacionados con la ventana tectónica del karst y los sustratos salinos inferiores. Y que precisamente la precipitación de estas sales son las que confieren a las piedras locales su característico color blanco. Esta pasada consistía en un cúmulo de cantos del propio río que los usuarios sacaban periódicamente (seguramente) del primer charco y colocaban en media luna o punta de cuchara en sentido de la corriente. Efectivamente, hace ya bastante tiempo que esa presa de piedras blanqueadas por la precipitación de las sales que al mismo tiempo la cementaban se rompió por crecida fluvial y nadie las restauró más. El primer baño linda con Las Motillas, el segundo baño o Sugencia de las Mariposas linda con el monte Cañada Mejías. Al otro lado, en el margen derecho, ambas lindan con el monte Pasada Blanca.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

El matrimonio entre mis padres se consumó una vez que mi padre terminó el servicio militar en Tetuán, el 24 de octubre de 1931. Establecieron su primer domicilio en la finca Benajón. Su medio de vida se basaba principalmente en la ganadería: cabras, cerdos y vacas, y en el cultivo de la tierra, tradición de mis abuelos.

El primero de sus tres vástagos, Alonso, vino al mundo el 26 de noviembre de 1933 en la casa de Benajón. Tres años después, en agosto de 1936, en plena contienda nacional, y como consecuencia de la misma, mi madre en avanzado estado de gestación fue trasladada con los abuelos a la finca Arnaílo, donde tuvo lugar el nacimiento de mi hermano Paco el tres de septiembre de ese mismo año. Este alumbramiento estuvo a punto de costarle la vida, tardando meses en recuperarse al no poder ser llevada hasta Jimena para que fuera atendida, como consecuencia de la inseguridad existente al inicio de la guerra. Anterior al nacimiento de Paco, mi madre tuvo un aborto en avanzado estado de gestación. Toda su vida lamentaba la pérdida de la que hubiera sido su única hija, de no haberse malogrado.

Debido al complicado parto de mi madre en el alumbramiento de su hijo Paco, fue necesario trasladarla —aupada por caballerías— desde Benajón hasta Ubrique, para que allí tuviera lugar el nacimiento del tercer descendiente de la familia Lagunilla. La buena nueva tuvo lugar a las diecinueve horas del 4 de septiembre de 1940 —supongo que asistida por comadrona y control de algunos de los médicos que por entonces había en el pueblo: don Jesús y don Diego Reguera— en la calle Los Morales, nº 18, actualmente adaptadas a viviendas, conocida, por

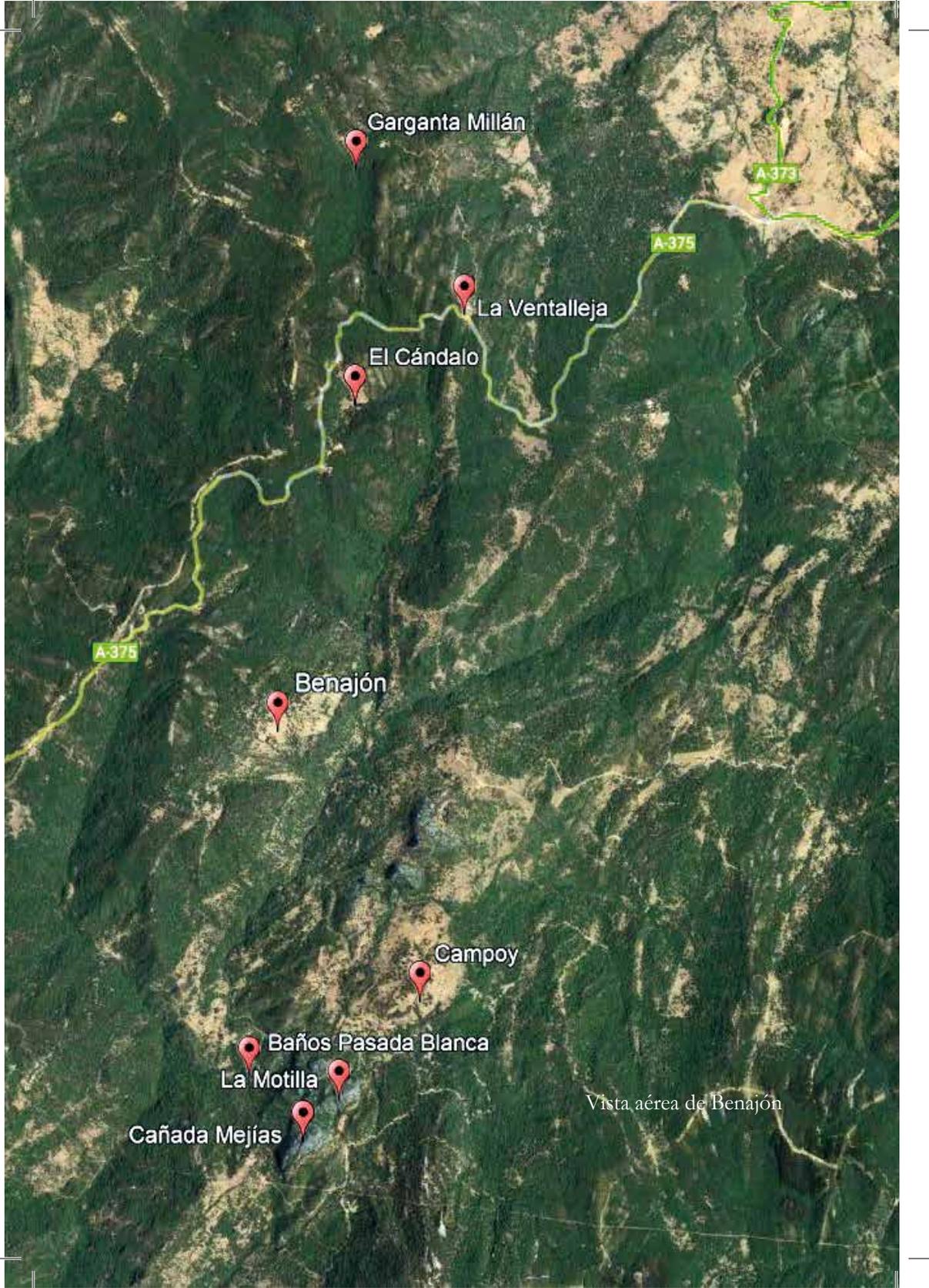
## BENAJÓN



Mis padres, Alonso e Isabel

entonces, como la «Casa del Retratista», donde teníamos parte de la misma en alquiler.

Me imagino que el regreso lo haríamos una vez mi madre restablecida y cumplida yo la cuarentena, en el único medio de entonces, la caballería, a través del camino que discurre por la vega de los Pastores, Bujeos y la finca Garganta Millán hasta subir al pequeño ventorrillo que existía junto a la carretera, denominado La Ventalleja. A partir de ahí, bajaríamos atravesando parte de la finca El Cándalo hasta llegar a nuestra pequeña morada en Benajón.



Garganta Millán

A-373

A-375

La Ventalleja

El Cándalo

A-375

Benajón

Campoy

Baños Pasada Blanca

La Motilla

Cañada Mejías

Vista aérea de Benajón

## BENAJÓN

A la grupa de la mula mi madre me acompañaba  
a la vez que me daba el pecho para que yo no llorara;  
por la vega, los pastores me escoltaban,  
con sus rebaños de ovejas al tiempo que balaban;  
en lo más alto del monte la venta se presentaba,  
que por distinguirla de siempre, La Ventalleja llamaban.  
¡Oh, Dios! ¿Dónde está ese lugar que el destino me aguarda,  
a no más de legua y media donde la vista no alcanza?;  
en pronunciada vaguada encontrarás tu morada  
que por estar hecha de piedra nunca será encalada.  
¡No me llores hijo mío! Que enseguidita te daré un baño  
para calmar tu quebranto de tan abrupto y largo caminar.

Años difíciles los siguientes a la guerra civil entre españoles, qué digo entre españoles... ¡Y hasta miembros de mismas familias! Fueron los años del racionamiento, la escasez de alimentos de primera necesidad, sobre todo, la falta de pan, alimento imprescindible en la mesa de las clases más humildes. Le oía decir a mi madre que los años cuarenta y cuarenta y uno fueron los del hambre más extrema.

Mi padre, un tanto desesperado, se desplazó durante días hasta las poblaciones de Algar, Arcos, Prado del Rey, Villamartín y algún otro, en busca de trigo o harina, volviendo el caballo y él, muertos de hambre, y con las alforjas vacías.

La comida de cualquier familia era el puchero y de segundo plato la «pringá», que tenían que ingerir amasada con los propios garbanzos, ante la carencia de pan. A lo mejor de esa época llega el dicho tan popular de la zona: «En buena parte nos coge, en La Saucedá, sin pan y sin conocer a nadie». ¿Quién sabe?

Mis padres solían trasladarse desde Benajón hasta Arnaílo para visitar a mis abuelos, lo cual les suponía casi un día de camino, ya que tenían que recorrer a caballo unos treinta kilómetros, aproximadamente, atravesando las fincas de Pasada Blanca, El Gamín, Abanto, Diego Duro, Los Arenales, Lora, La Granadilla, Tinaón Quemado y parte de Arnaílo. En uno de esos viajes, en el que también iba mi hermano Alonso (por entonces contaba con unos tres años de edad), mi padre sufrió de forma fortuita e imprevista el primero de los ataques que luego padeció el resto de su vida. La reacción de mi madre fue bajarse rápidamente de la caballería para socorrer a su marido y a su hijo. A pesar de la gravedad, mi padre se mantuvo encima del animal, agarrado a la perilla de la montura. Una vez mejorado prosiguieron su camino hasta su lugar de destino. La enfermedad de mi padre fue remitiendo al paso de los años, de forma que muchos de los ataques pasaban casi desapercibidos, menos para la familia que ya conocíamos los síntomas. Un especialista de Jerez le diagnosticó posibles ataques de epilepsia, pero el hecho de que después le quedara la secuela de la enfermedad del sueño (se quedaba dormido en cualquier sitio, incluso cuando caminaba a la grupa en su caballo; no se trataba de sueños prolongados sino esporádicos, cuando le interesaba la conversación reaccionaba y todo era normal) nos hizo pensar que el origen pudo ser que le picara la mosca que transmite esa anomalía, o bien de la picadura de la garrapata vírica. Lo cierto es que tuvo que sobrellevar los efectos de la enfermedad desde su aparición (sobre los treinta y cinco años) hasta su fallecimiento, por motivos distintos.

## BENAJÓN



Casa de mis abuelos paternos

En los últimos años he realizado dos visitas a Benajón. La entrada a la finca parte del puerto de la Miel, kilómetro diez, sentido Jimena, en el término municipal de Jerez. Se accede al caserío por una vereda de paso que parte del citado puerto, en pendiente pronunciada.

He podido visitar y fotografiar dónde vivían mis abuelos: una casa rectangular, que no ha sufrido reformas en su exterior, más otra de dos plantas reconstruida en 1959; así como las ruinas de la casa que le fue adjudicada a mis padres cuando se casaron, con comedor, habitación, patio con pared que rodea la

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Casa de mis padres

casa, todo muy reducido y hecho con piedra jabaluna del lugar. También se conserva anexo a la casa, el horno de pan. Deduzco que aquí vivimos hasta el año 1942.

## LOS GALAYOS

Después de tantos años de arraigo en la conocida finca de Benajón, mi padre, en unión con su hermanastro —en adelante Curro— y su hermano José, decidieron comprar una finca ganadera y de labor en el término de Algar, denominada Los Galayos. Para ello tuvieron que vender parte del ganado que ya poseían de la herencia de mi abuelo y, supongo, que recurrirían a algún prestamista para financiar la operación; el resultado fue que al cabo de unos dos años la tuvieron que vender, intuyo que no pudieron hacer frente a posibles préstamos, además de ser una finca de labor a la que no supieron adaptarse. Ellos no eran agricultores natos, estaban hechos para el negocio del ganado: sus cabras, vacas y el aprovechamiento de la montanera con los cerdos, que los años que las epizootias los respetaban daban muy buenos beneficios.

De la finca Los Galayos el único recuerdo que tengo fue cuando en una ocasión visité, en compañía de mi madre, al tío José y a su esposa (la tía Rosario), que se quedaron con la finca en régimen de arrendamiento.

## UBRIQUE

Cuando dejamos la finca de Algar, sobre el año 1944, nos fuimos a vivir a la casa que compraron mis padres en la calle Palma n.º 59 de Ubrique, con dos plantas: comedor, habitación y pequeña cocina en la parte baja; y dos habitaciones y servicio en la primera planta.

Además, tomaron en arrendamiento unas tierras a la salida del pueblo, conocidas como Rancho de Mariana, entre la cañada de Gamonales y la garganta de Barrida, de manera que compartíamos la vivienda que tenía el rancho con la casa del pueblo. Supongo que el nombre de cañada de los Gamonales obedece al lugar donde se recogen los gamones para celebrar el Día de Las Cruces, tres de mayo de cada año.

Según información obtenida en internet:

Esta planta liliácea parecida a espárragos gigantes, se arranca para que una vez calentada en grandes hogueras, la parte de la raíz pueda ser explosionada sobre muros o piedras consiguiendo el estruendo deseado. Hay varias versiones sobre el fin último que se pretendía con esta tradición heredada desde el siglo XIX; entre otras, era que los soldados franceses, instalados en algún destacamento

de la zona, tuvieran la impresión de que la población estaba armada hasta los dientes.

Me parece casi imposible tener tan nítidos a día de hoy los recuerdos vividos –tanto agradables como accidentes y males sufridos– durante los dos años que permanecimos en este lugar, ya que sólo contaba con unos cuatro o cinco años de edad.

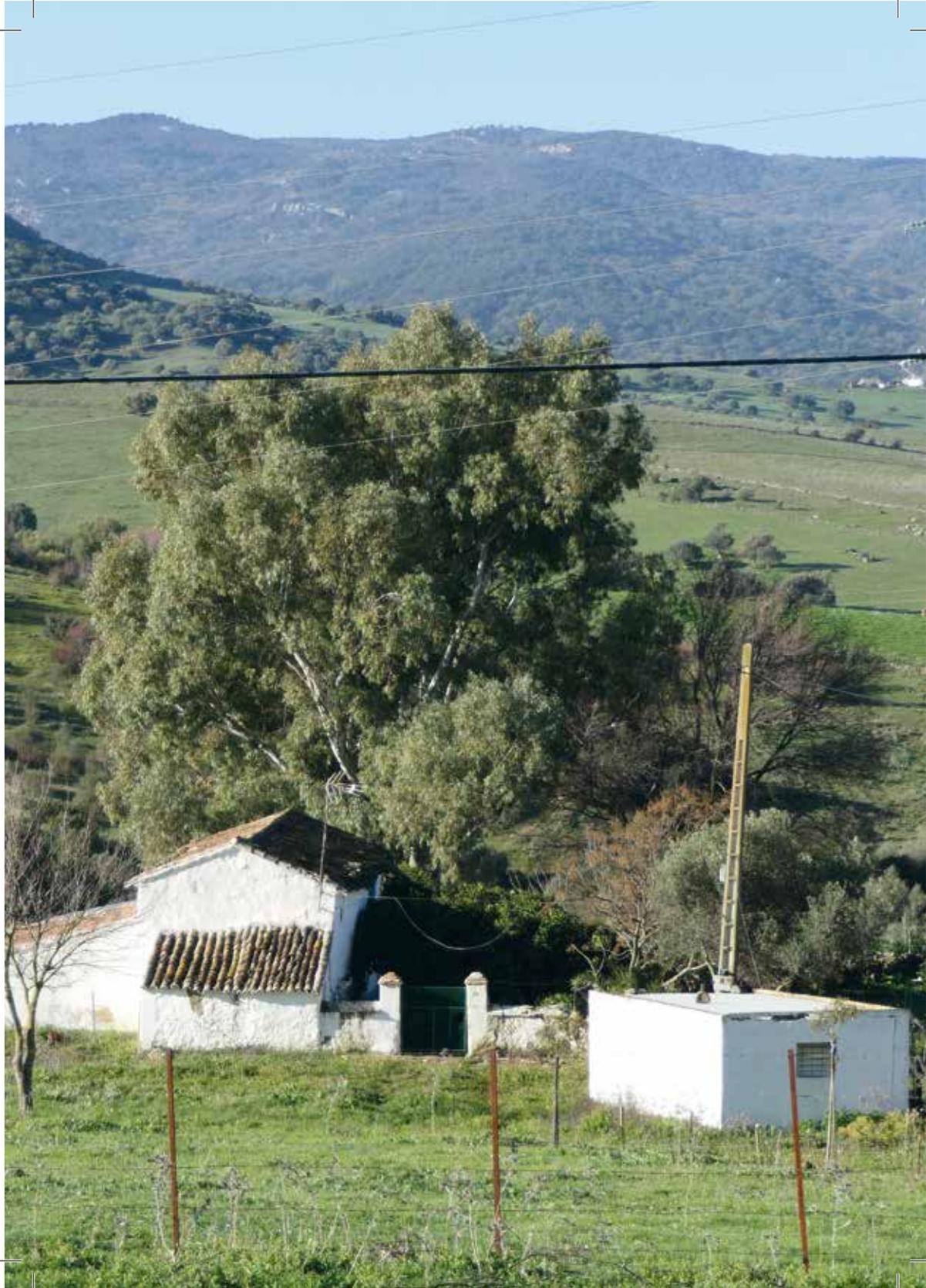
Entre estos recuerdos destacar el día que mi hermano Alonso vestía la mula, le ponía el aparejo, como se dice en la jerga popular, y a mí no se me ocurrió otra idea que coger un palo punzante y zurrarle al animal entre sus patas traseras, de la cox que me dio me mandó contra la pared del toril de piedra, no fue demasiado grave por la cercanía de la cuadrúpeda bestia, al impactarme con el corvejón, evitando daños mayores de haberme dado con los cascos y herraduras. El susto para la familia fue de aúpa; lloraba y gritaba con todas mis ganas, mientras mi madre me sostenía y me intentaba consolar y curar las pequeñas heridas y moratones.

También guardo en mi memoria las veces que acompañaba a mi hermano Alonso cuando iba a por agua al chorrillo de San Francisco –hoy, prácticamente incluido dentro de la población– con la yegua blanca y un cántaro a cada lado del atuendo que se le ponía al animal encima del aparejo conocido como cerón. Yo iba de paquete agarrado a mi hermano que de vez en cuando le atizaba a la yegua para que galopara en el tramo de carretera que hay entre el manantial y el rancho, cosa que, a duras penas conseguía, debido al peso que soportaba el animal.

Recuerdo el día que fui con mi padre a la plaza de toros, donde se celebraba un espectáculo taurino con motivo de la feria



Rancho Mariana



en el mes de septiembre. A tan corta edad, me daba un miedo terrible cuando atisbaba riesgo inminente para el torero, de tal intensidad que, para no presenciárselo, me protegía ocultando mi cabeza detrás del cuerpo de mi padre hasta que intuía que el riesgo había pasado.

En aquellos años, y décadas después, era casi obligado que en los pueblos donde existía recinto de toros, se organizaran varios festejos taurinos para darle más realce a la feria anual. A mí lo que más me atraía, además de las escasas atracciones, era el espectáculo cómico taurino conocido como la «Charlotá». Presenciar los payasos y enanos, recortando y jugando –con amabilidad en el trato– las vaquillas que le soltaban... ¡me chiflaba! Otro de los festejos a los que asistía era al conocido –localmente– como «Toro del Aguardiente», que se celebraba por la mañana, con sueltas de vaquillas, mezcladas con los aficionados y valientes que compartían el ruedo.

En aquella época, mis juegos los compartía, en la mayoría de los casos, con mi hermano más cercano de edad, con Paco. Pues bien, nos habíamos fabricado un juguete que no era más que un palo al que le poníamos una tomiza atada de una punta a la otra para que nos sirviera de carabina, al modo de como lo hacía nuestro padre con su escopeta de caza. La colgábamos en la pared para lo que utilizábamos un poyete de piedra junto a la misma. Una de las veces que competíamos para ver quién la cogía primero, resbalé al querer trepar el muro y con su propio filo me corté la barba, cuya cicatriz es notablemente visible hoy en día.

Otro de los juegos que nos fabricábamos era con un aro que obteníamos del fondo de un cubo metálico, que conducíamos

UBRIQUE



Con mi padre de camino a los toros

por medio de un alambre trenzado de poco más de medio metro con una especie de «U» en el extremo adecuado. También nos construíamos nuestro propio balancín, que no era más que un palo o tabla de poco más de dos metros que colocábamos en una piedra maciza o en una pared de cierta altura, nos situábamos uno en cada extremo, con el peligro que si uno de los dos se soltaba sin avisar te dabas allí donde más duele; así como el columpio de siempre, la sogá prendida de una rama y la posadera de corcho que nos fabricábamos para protección de las partes más delicadas; saltos de la piola; el tirachinas de toda la vida; y el cubo lleno de agua al que había que girar como la rueda de un molino sin que se derramara el líquido elemento.

En otra ocasión, cuando estábamos en la parte más suave de la garganta de Barrida, en la vega de los Pastores, intentando cortar unas ramas de adelfas para quitarle la piel y obtener un canuto que nos sirviera para hacernos una especie de flauta,

*Con mis mayores jugaba,  
a los que tanto quería,  
nunca llegué a pensar  
que huérfano me dejarían.*

resulta que había una serie de pequeñas charcas que se formaban como consecuencia de la arena y grava que extraían los arrieros para las construcciones en el pueblo y, como suelen hacer todos los críos, allá que fui a chapotear y mojarme los zapatos. La sorpresa fue que

me hundí hasta el mismo cuello, teniéndome que auxiliar mi hermano para que la cosa quedara en un pequeño susto.

Durante la convivencia en este rancho fue cuando contraí una infección que me tuvo dos meses en cama, hoy se diagnos-

## UBRIQUE

ticaría como un desconocido virus. Como teníamos casa propia en Ubrique, allí fui visitado y tratado durante ese tiempo por el doctor don Diego Reguera, estirpe de familia de médicos muy conocida y apreciada de la ciudad. El tratamiento consistía en el lavado del sistema digestivo a base de un enema o lavativa a diario, para lo que se utilizaba un recipiente que se colgaba a la altura del techo con el contenido líquido que el médico aconsejaba, haciéndolo llegar el intestino por su propio peso, a través de un tubo alargador de goma marrón. Lo pasaba realmente mal, de tal forma que cuando mi madre preparaba sigilosamente el artilugio, aprovechando algún rato de sueño, me despertaba despavorido y asustado.

Otro episodio destacable se produjo una noche cuando dormía en el dormitorio de la planta baja. La picadura de un escorpión me despertó, gritando y pidiendo el socorro de mis padres. El resto de la noche la pasé en los brazos de mi madre, que intentaba consolarme mientras aplicaba algún ungüento o remedio casero para aliviar el dolor y alteración que me produjo la picadura del venenoso invertebrado. No estoy seguro si al día siguiente se consultó con el médico, lo que sí recuerdo eran los comentarios de mis padres sobre la procedencia del alacrán, llegando a la conclusión de que debió venir en alguna partida de carbón que se depositaba en la carbonera que existía junto a la cocina, al pie de la escalera de acceso a la planta alta.

Dejando atrás estas anécdotas, me referiré al primer maestro que tuve apodado *Pohvorilla* –siento no recordarle por su nombre de pila– de constitución esquelética, con un genio que hacía ascuas. Comía y dormía en nuestra casa del campo, es decir,

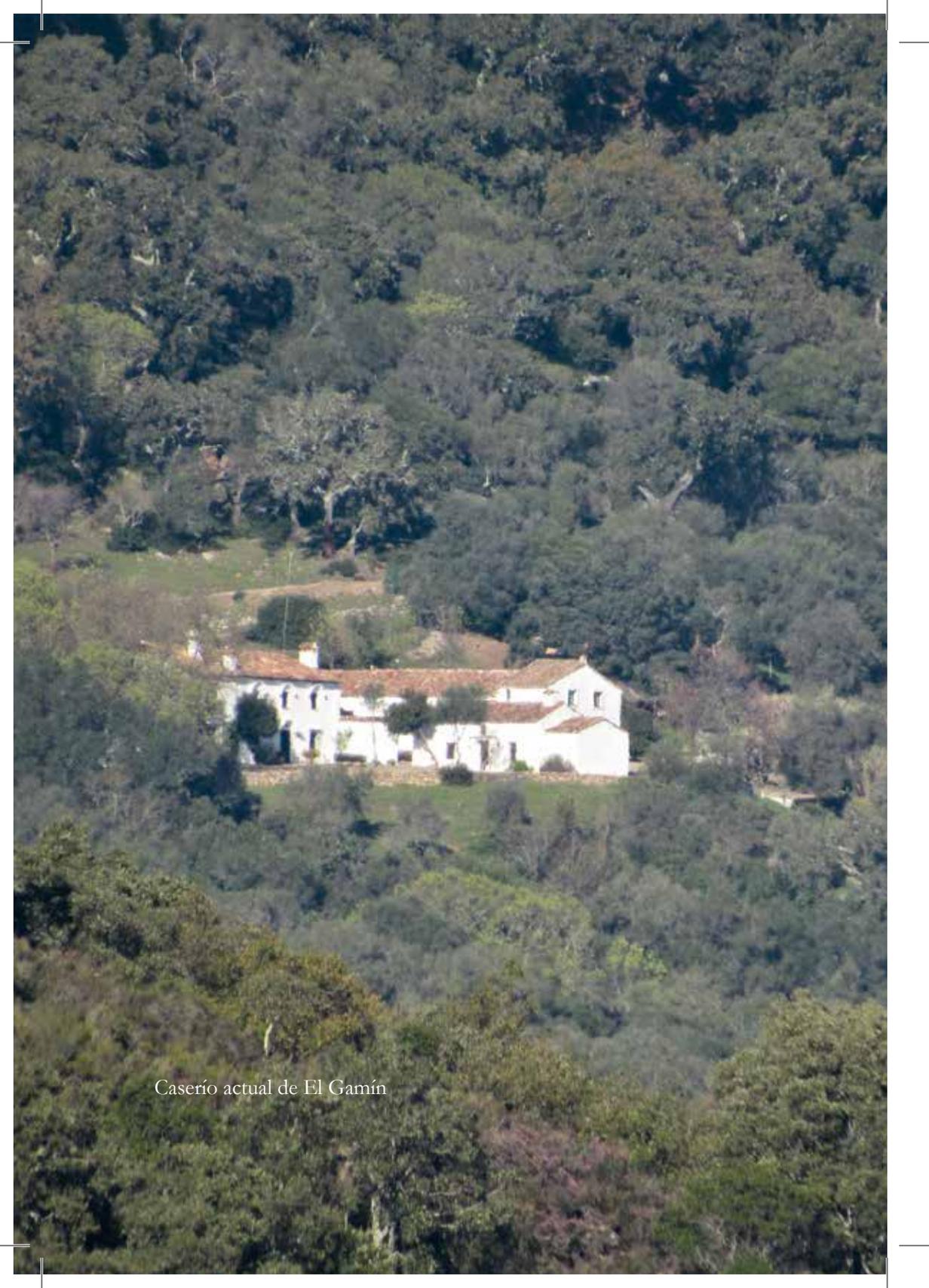
estaba en exclusiva para los tres hermanos. Contaba mi madre que tenía que estar vigilante para evitar males mayores como consecuencia de los arrebatos y los medios que utilizaba este docente particular. Era de los que pensaban que «da letra con sangre entra». Una de las veces le sorprendió intentando darle, al mayor de mis hermanos, con el canto de la enciclopedia en la cabeza. Conmigo intentó que aprendiera a leer en el Catón, que suplía lo que era la primera cartilla. En una de las clases que tocaba leer –más bien repetir lo que el maestro leía en el primer libro de aprendizaje– tenía que pronunciar la frase «mi tambor se destembla». Yo, un tanto testarudo, cambiaba la «p» por la «b» y verbalizaba, una y otra vez, se «destembla», por cuyo motivo tuvo que intervenir mi madre para que la cosa no pasara a mayores. Una de las clases prácticas que nos impartía consistía en sacarnos a pleno campo para mostrarnos los cuatro puntos cardinales, nos situaba con los brazos en cruz: la frente al norte, la espalda al sur, la mano derecha apuntando a la salida del sol y la izquierda a su puesta, mientras nos explicaba lo necesario para saber ubicarte. Salvo aprender a orientarme geográficamente, el progreso conseguido en mi educación a la edad de poco más de cuatro años puedo considerarlo nulo, pero lo que sí quedó en mi retina fue la imagen del personaje, vestido con traje marrón y su corbata, rayando lo escuálido.

## EL GAMÍN

Pasados unos dos años de nuestra estancia en Ubrique, de nuevo se une mi padre con su hermanastro Curro y con Roque Herrera –esposo de mi tía Isabel, hermanastra de mi padre– para arrendar la finca El Gamín en el término de Jerez, donde permanecemos los años 1946, 1947 y 1948.

Otra vez juntas las tres familias: los González, los Herrera y los Lagunillas, a excepción del tío José que se quedó viviendo en Los Galayos. Vivíamos todos en el mismo caserío, bastante amplio, con planta baja y soberado, disponía de un cuarto con acceso propio en la parte sur del caserío y otro cuarto en el lateral norte, con chimenea y ubicación del horno de cocer el pan. Mi madre se solía referir a la buena hermandad que existía entre las tres familias durante los tres años de convivencia compartida en la finca El Gamín.

Para el cuidado del ganado y faenas inherentes a la explotación de la finca, las tres familias se hicieron con los servicios de personal externo, pues tanto nosotros como nuestros primos éramos pequeños, además de las estrictas medidas de seguridad que existían en los campos por la presencia de maquis. De una

An aerial photograph of a large, white stone house with a red-tiled roof, situated on a hillside. The house is surrounded by dense green forest and a grassy area. The house has multiple windows and a central chimney. The surrounding landscape is lush and green, with many trees and a clear sky.

Caserío actual de El Gamín

tacada vinieron los tres hermanos Ortega: Manolo, Sebastián y Mateo, que procedían del monte Las Lomas, próximo a la Estación de Gaucín del término de Cortes. Excelentes personas, tanto ellos como Antonio *el Vaquero* y Juan Dorado, al que me referiré más adelante. Mi madre también se hizo con los servicios de una chica llamada Enriqueta, procedente de Algeciras, para que ayudara a las tareas de la casa.

Recuerdo que un día de verano, estos empleados se desplazaron hasta la garganta de Pasada Blanca —confluencia con la de La Saucedá— de profundas charcas donde poderse bañar. Mi padre, que disfrutaba con las bromas que solía gustar, se le ocurrió dejar sin sus ropas a los desnudos bañistas, utilizando a mi hermano Paco como compinche para acercarse donde tenían sus pertenencias y hacerse con las prendas de vestir y pasárselas a su padre que se mantenía oculto para no levantar sospechas. De inmediato regresaron al caserío con el botín en su poder. Al cabo de un rato, aparecieron los cuatros empleados cubriendo sus partes más íntimas con unos usados sacos que rebuscarían de alguna zahúrda o aprisco, buscando al mayor de los Lagunillas convencidos de que era el autor de los hechos. Para esa hora mi padre ya estaba refugiado en el caserío hasta que se rebajó la tensión. Las bromas no eran cuestión del momento, sino que a lo largo del tiempo continuaban recordando lo sucedido, de lo que tanto disfrutaba mi padre. Mi hermano Alonso fue el que heredó de él la afición a gastársela hasta al más pintado.

Al lado de la casa principal de El Gamín existía otra vivienda más pequeña perpendicular a la principal para alojamiento del encargado que tenía la propiedad de la finca —un adinerado de

Jerez apellidado Varela— ocupada por la familia Gavira, con sus cuatro hijos: Pedro, Agustín, Pepe y Manolo. Fue con Pedro y Pepe con los que tuve bastante relación años después, debido a que compartimos la profesión de guardas forestales. Los Rodríguez vinieron después para ocupar el lugar de los Gavira, con sus cinco hijos: Pedro, Vicente, Juan, Paco y Manolo.

Un poco más alejado del caserío, hacia el este, en una choza de brezos, vivía un primo hermano de mi padre, Pepe García (apodado también *Lagunilla*), con sus cinco hijos: Bartolo, Juana, Ángel, Paco y Pepe. El menor de ellos, Pepe (en la actualidad el más longevo de mis parientes), con discapacidad física a consecuencia de un accidente que sufrió cuando vivían en las proximidades de Benajón. Según me ha contado el propio afectado, se encontraba jugando junto con mis dos hermanos y primos mayores en torno a un dornajo colgado de la rama de un fresno que servía para dar de beber a los animales, con la mala suerte que se le cayó encima fracturándole una de sus piernas.

En el mismo paraje, junto a la familia de Pepe García vivía Juan Dorado que trabajaba para nuestras familias. Lo recuerdo a él y a sus hijos, sobre todo al mayor, Miguel, ya que un día cuando jugábamos a las guerrillas —juego un tanto salvaje que consistía en tirarnos piedras unos a otros— tuve la mala suerte de impactarle con una piedra en la cabeza hiriéndole de cierta gravedad. Me escondí debajo de unas rocas que había en el filo de una era próxima al caserío. No recuerdo el castigo que me costó ese lamentable percance, seguro que gratis no me salió, en especial por parte de mi madre que era la que imponía disciplina en la casa.

El bueno de Juan Dorado, según lo que mi padre comentaba, fue detenido cuando ya no estaba con nosotros y fusilado por las fuerzas del orden, que se encontraban en la zona para combatir el bandolerismo, sin tener la oportunidad de ser juzgado. He podido comprobar, en el listado sobre bandoleros escrito por Manuel Pérez Regordán, que «Juan Dorado Román fue fusilado el 19 de agosto de 1949 por bandolero». Lamentable afirmación, supongo que obedece a datos obtenidos de registros oficiales que no reflejan la verdadera historia. Cuando lo detuvieron estaba sirviendo en los montes El Toronjil y El Quejigal, propiedad del Ayuntamiento de Jerez. Días antes de ser detenido vino a nuestra casa en Diego Duro para entrevistarse con mi padre, cosa que no sucedió por haberse desplazado al pueblo, así que se fue sin desvelar el motivo de su visita. Se lamentaba mi padre de haberle cogido en el pueblo, pues de haber estado en casa ese día, el bueno de Juan hubiera corrido mejor suerte, aconsejándolo y acompañándolo hasta el cuartel de la Guardia Civil para declarar sobre el problema que le acuciaba, que sin duda sería grave dada la situación de aquellos momentos. Existen versiones que se refieren sobre cierta convivencia de falda con los bandoleros, como también le pasó a un tal Antonio, de Alcalá de los Gazules, que vivía en La Molineta. Ambos fueron detenidos y fusilados en el interior de las fincas ya nombradas, sin que se le diera opción a la legítima defensa. Con esto solo intento transmitir el aprecio que mi padre tenía sobre este fiel sirviente. De mi cosecha personal, así como de la obtenida de primos y gente próxima, opino que seguramente pagó con su vida la salvación de otras personas.

De nuestra estancia en El Gamín tengo presente el miedo que nos transmitían nuestros padres en relación con los maquis que en aquellos años campaban por montes y sierras de Andalucía. Tal era la preocupación que llegaron a conseguir que una pareja de la Guardia Civil del destacamento que existía próximo a la venta Puerto de Gáliz, en el interior de la finca El Marrufo, fuera a dormir al caserío de El Gamín. Supongo que la influencia del propietario de la finca se haría notar. Llegaban de noche donde tenían reservada la habitación anexa al caserío y se marchaban muy temprano, creo recordar que después de desayunar. Eran tiempos muy complicados, tanto para los que no servían a amo, como era el caso de las tres familias, como para jornaleros y gente humilde que dependían de lo que se producía en los montes en aquellos tiempos. La mayoría de la población rural se veía comprometida, tanto por las amenazas de los bandoleros si eran delatados, como por las consecuencias a las que se enfrentaban si no colaboraban con la Guardia Civil, como le pudo ocurrir a Juan Dorado.

Al hilo del descanso que la benemérita disfrutaba en este espacio, me ha contado mi primo Pepe Herrera que, una de las veces que llegaron de madrugada, advirtieron a algún miembro de la familia que debían llamarlos a cierta hora para no ser sorprendidos por su superior, el teniente de la zona de la sierra de Ubrique, pueblos limítrofes y montes del término de Jerez, que rondaba por aquella zona a caballo y acompañado de su escolta; el caso es que se olvidaron de llamarlos a tiempo, siendo descubiertos en plena somnolencia por el mencionado teniente y llevados hasta el cuartel del Marrufo, en compañía de mi padre

y mis dos tíos. Desconocemos el motivo por el que nuestros familiares fueron conducidos hasta el destacamento.

Recuerdo que los temas de conversación de los tres padres casi siempre trataban sobre la caza mayor: el corzo era la principal pieza de caza de aquellos parajes. Cuando decidían dar un «jucheo» —como les llamaban a las pequeñas batidas— soltaban los perros, tan adiestrados que no les hacía falta ni batidores, bastaba con colgarle un cascabel al pescuezo e introducirlos en las manchas de caza para que actuaran por sí mismos. Según los comentarios de los mayores —que yo iba archivando en el disco duro de mi cerebro— había uno tirando a oscuro, con rayas marrones, al que mi padre le puso de nombre *Pontibero* que, cuando olfateaba una camada de cerdos asilvestrados, se daba la vuelta y ponía tierra de por medio para no ser alcanzado por la pieza de caza en el veloz sprint de su primera acometida.

Lugares conocidos de las manchas a batir por los cazadores eran, que yo recuerde: Piedra de la Novia, lindante con los Montes Propios de Jerez, canuto de Los Corcitos, junto a la carretera, donde había una pequeña fuente que venía muy bien para saciar la sed de canes y cazadores.

En cuanto a nuestra educación en este lugar, mi padre, en uno de los viajes que hizo a Ubrique, a su regreso, se presentó de nuevo con el maestro Polvorilla que nos dio clase a todos los primos durante una temporada (tres Lagunillas, cuatro Herrera y tres González), así como a los niños de las familias más próximas.

Un acontecimiento imborrable en mi memoria fue un suceso que tuvo lugar en los últimos días de estancia en El Gamín,

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Paso de la garganta de La Saucedá  
Abajo. Zúia de abastecimiento de agua al molino

durante uno de los viajes que hicimos mi madre, mi hermano Alonso y yo hasta Jimena para visitar a los abuelos. El medio de locomoción era, como casi siempre, la mula. Al cabo de unos días, cuando regresamos, nos encontramos con la crecida de la garganta de La Saucedá la cual teníamos que atravesar junto al punto de su confluencia con la de Pasada Blanca (el cauce de la garganta de La Saucedá recoge en esta estrechura las aguas que vierten de la ladera sureste, desde su saliente más pronunciado, conocido como pico del Aljibe, y desembocan en el mar Mediterráneo a través del río Hozgarganta; así como las aguas del meandro o arroyo que parte desde la venta Puerto de Gáliz, que, a su vez, hace de límite entre las provincias de Cádiz y Málaga, y entre los municipios de Jerez y Cortes de la Frontera). Al ser imposible pasarla los tres montados en la mula, se decidió que primero pasaríamos mi madre y yo, y una vez en la otra orilla devolvíamos la bestia a mi hermano. Plan perfecto a priori, digo a priori porque todo se fue al traste cuando un poco antes de terminar de pasar al otro lado el animal tropezó con las piedras y caímos los tres en plena corriente: la mula, mi madre y el más pequeño de la expedición. La reacción de Alonso fue determinante para que no se consumara la tragedia, ya que cruzó sin pensar el riesgo que corría para socorrer a mi madre que se agarraba a las piedras como podía a la vez que me sujetaba agarrándose por las ropas para que la corriente no me arrastrara. El resultado, además del susto, fue que terminamos empapados de agua. Mi madre decidió protegerme quitándome las ropas y cubriéndome con un abrigo que había quedado encima de la mula. De esta guisa fue como proseguí-

mos el camino hasta el caserío del El Gamín, donde dormimos por última vez, porque al día siguiente nos mudamos a nuestra casa de Ubrique. Se refería mi madre a lo largo de su vida que la decisión de Alonso, siendo un adolescente, fue determinante para que el accidente sólo se quedara en un susto.

*Con la garganta crecida,  
tuvimos un accidente,  
cuando de bruces caímos,  
en la orilla de enfrente.*

De aquel suceso tengo grabada en mi retina la imagen de una enorme charca que había a escasos metros de donde caímos. Al cabo de unos años, cuando ya vivíamos en el caserío de Diego Duro, comprobé su existencia, y hasta me bañé en ella. Estaba formada

por una pequeña presa que se había construido para desviar la corriente del agua, a través de una acequia, hasta el molino, que estaba un poco más abajo junto al río, aprovechando la fuerza que se producía por el desnivel que existía entre la presa y el molino para hacerlo funcionar; todo ello flanqueado por una frondosa y tupida vegetación, destacando los gigantes alisos y cómplices fresnos.

Nuestro periodo de convivencia en la finca El Gamín acabó cuando el propietario de esta se la arrendó a un conocido ganadero de Jerez, llamado Juan Romero, más conocido por el sobrenombre de *Polaina*. Después de más de setenta años, su nieto Juan Pedro, compañero de la Junta Directiva de Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, me ha aclarado que el sobrenombre de su abuelo se lo atribuyeron los vecinos cuando se hizo presente como colono de los montes

de Jerez, calzando unas míseras alpargatas, saliendo, según ellos, reforzado con unas llamativas polainas.

La alternativa para los Lagunillas fue volver a la casa de Ubrique; los Herreras a un rancho de labor y ganadero en las proximidades de El Bosque conocido como Rancho Jerezano, y años más tarde se trasladaron a Ubrique al calor de la industria de la piel; el tío Curro, es decir, la familia González Pino (este último era el apellido de mi tía Teresa) montaron una posada en Ubrique en la esquina de la calle San Sebastián con Palma. A esta nueva actividad no se adaptaron, supongo que, entre otras razones, por la proximidad a la posada de siempre que se ubicaba a escasos trescientos metros, regentada por un personaje muy conocido, de baja estatura, un tanto obeso y con su inseparable sombrero de ala ancha, Juanito *el del Cándalo* —apodo adquirido por ser el guarda de la preciosa finca de alcornoques y quejigos denominada El Cándalo—, tenía una gran amistad con mi padre. Al poco tiempo dejaron la posada y se establecieron en la finca Abanto (colindante con El Gamín) y algún año después a unas tierras junto a las casas de La Huesa en La Saucedá, de donde era mi tía Teresa. Años más tarde acabaron emigrando a Berga (Barcelona).

Debo aclarar que en el Parque de Los Alcornocales existen dos fincas con la misma denominación: El Cándalo, una a la que me he referido ya en pasajes anteriores, lindante con la finca Arnaílo, perteneciente al término municipal de Alcalá y esta otra ubicada en el término de Jerez, lindante con Benajón, propiedad que fue de la familia Cerón de Cádiz, dueños, también, de la librería —en pasados tiempos— del mismo nombre, ubicada en la calle Columela.

Uno de los hermanos Cerón, muy grandullón y que se había confirmado como cura, tenía un problema de movilidad que le dificultaba andar con normalidad, de manera que a cada paso que daba la cabeza y medio cuerpo se le inclinaba hasta la rodilla, produciéndole pasos cojitrancos. Al cabo de un tiempo mejoró mucho, circunstancia aprovechada en los mentideros para referirse a un milagro del Santísimo.

Sobre este cura me contó una anécdota mi amigo Lázaro de Alcalá, arriero de toda la vida, cuando lo contrataron para arriar las corchas de la finca El Cándalo hasta la carretera. Resulta que puso el atalaje próximo a la casa de la finca, donde estaban pasando el verano la familia Cerón, cura incluido. Una de las tardes, al tiempo que los mulos se encontraban sin aparejo en su lugar de descanso, comiendo el pienso servido, salió el cura inesperadamente de entre la maleza, con la sotana que le cubría desde los zapatos hasta la barbilla y tocado con bonete negro, dando repetidas cojeras, cual asombro cundió entre los mulos que salieron ahuyentados y desperdigados cada uno, por un lado, pasándolas negras mi amigo Lázaro para reunirlos de nuevo.

Retomando el recorrido del tío Curro, he de comentar que el padre de mi tía Teresa, Andrés Pino Lobato, además de ser el dueño de una tienda de comestibles en La Sauceda, próxima al puente y en la parte alta de la carretera, era el alcalde de tan histórico lugar –supongo que a nivel pedáneo– hasta que fue asesinado por los fieles de la república en las primeras refriegas con las tropas de ocupación. También mataron a su hermano Miguel, carbonero y padre de cuatro hijos. La información de esta historia me la transmitió mi tía y descendientes.

Yo, que de vez en cuando transito por la carretera que divide La Saucedá, soy también conocedor de la cantidad de vecinos que poblaban este entrante de la provincia de Málaga y término municipal de Cortes de la Frontera, hasta los años sesenta; sobre ello reflexiono acerca de la despoblación y el cambio habido en el pasado siglo. Habría que referirse a La Saucedá vaciada, frase tan en boga en estos tiempos.

Actualmente sólo existen algunos vecinos junto a la carretera, paraje conocido como Los GiralDOS, donde vive Antonio –hijo de la que fue curandera de la zona, Ana Barea–, otra vivienda junto al puente, zona recreativa establecida años después, y el caserío de las tierras que fueron de la familia Pino. En Los GiralDOS también existieron otras viviendas ocupadas por los conocidos y apellidados Franco; la casa del guarda forestal, ocupada por el titular de entonces, Jacinto Pérez Gil (al que los vecinos, en un fino y genial sentido de simplificación, jugando con las letras de nombre y apellidos, le colocaron el alias de *Perejín*). Con el transcurso del tiempo se pasó de una zona muy poblada a unas cuatro familias en la actualidad y el respeto, eso sí, al silencio de los difuntos sepultados en el renovado cementerio.

Uno de los más célebres del lugar del siglo pasado fue, sin lugar a dudas, Juan García Márquez, más conocido por *Igualeja* –sobrenombre adquirido por el pueblo de procedencia–, que regentó muchos años el ventorrillo del Puerto de Gáliz, herencia de sus padres, hasta que fue vendido a nuevos dueños que lo convirtieron en el restaurante actual.

De Igualeja se cuentan muchas anécdotas, entre ellas la de que compartía las consumiciones con los propios clientes (la

segunda ronda siempre era la suya), y cuando el tema tomaba vuelos, sin hacerse rogar, Juan sacaba la guitarra y por fandangos cantaba hasta el mismísimo Papa si por allí apareciera para venerar a la Virgen. También se cuenta que cuando los clientes le recriminaban que el café era muy malo, siempre daba la misma respuesta: «Será por el agua, porque café tiene poco». Se supone que la malta y la achicoria hacían guardia en la cafetera que al rescoldo del fuego guardaba la temperatura.

Cuando vendió el ventorrillo se fue al otro lado de la carretera, una pequeña casa, junto a una gran roca con pequeña cueva donde se veneran vírgenes y santos. Allí continuaron las fiestas con sus muchos íntimos amigos hasta el final de sus días.

La Saucedá es uno de los mejores predios de Los Alcornocales de ambas provincias, al igual que su cercana vecina La Jarda de los Montes Propios de Jerez. Siempre fue muy demandada por arrendadores de ganadería extensiva (cabras, vacas, ovejas y cerdos), por la calidad de sus pastos y pureza de sus aguas, aunque en las últimas décadas está perdiendo el marchamo de adehesada por la evolución arbustiva.

Aprovechando que estoy por estos pagos, no quiero dejarme en el olvido al que fue compañero y excelente guarda forestal del siglo veinte, desde los cuarenta hasta el principio de los ochenta, me refiero a Francisco Cabeza Mateo.

#### A PACO CABEZA

Paco Cabeza tenía a su cargo las competencias forestales de los Montes Propios de Jerez (próximo a siete mil hectáreas), además de ser el responsable de informar sobre todas las operaciones que se realizaban en la exten-

sa superficie forestal de propiedad privada del término de Jerez (operaciones de carboneo, descorches, cotos, monterías...). Excelentes y descriptivos los informes que emitía, para quitarse el sombrero, ¡que perfección! ¡Cómo pisaba el campo! Ya digo, con todo lujo de detalle. Para moverse en tan amplio perímetro solo contaba con la modesta Osa de aquellos años.

La familia Cabeza Llucia estaba compuesta por once miembros: ocho hijos y una hija –la benjamina– y el matrimonio. Vivían en la casa forestal ubicada en un oculto y silencioso paraje conocido como Canuto del Parral, próxima a un constante meandro que se surtía de un inagotable manantial, y del huerto y tierras que cultivaban, cubierto de una abundante foresta: chaparros, quejigos, acebuches y variedad arbustiva, a media falda una pequeña repoblación de enebros y más a lo alto, pretendiendo asomarse al mirador del Pico de La Gallina, el *Pinus pinaster* mezclado con piñonero.

Los críos tenían que recorrer a pie los dos kilómetros de distancia hasta el caserío de La Jarda para asistir a clase, por angosta y de mal andancia vereda, hasta 1965 que le habilitaron una dependencia en la alquería de la dehesa.

Del matrimonio Cabeza Llucia nacieron hijos para otras tantas profesiones, entre ellos, los que más traté, fueron Pepe, Ángel –ambos fallecidos– y Damián, por haberse incorporado al Cuerpo de Guardería Forestal al poco que yo. Todo un ejemplo de funcionario y respetado comportamiento del que fue un extraordinario y ancestral compañero.

En los tiempos actuales, al igual que la mayoría de fincas del Parque, el principal aprovechamiento de La Saucedá ha quedado reducido a la saca del corcho cada nueve años, la caza mayor y escasos rebaños bovinos. Sabido es que el pastoreo con cabras y el aprovechamiento de bellotas con cerdos ha desaparecido, estos últimos reemplazados por cerdos asilvestrados y jabalíes.

Quizá sea apropiado referirse a lo que don Miguel de Cervantes menciona sobre La Saucedá en su obra *El coloquio de los perros* en el diálogo entre Berganza y Cipión:

Dejólos encerrados, y volvió a coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fue a mostrar al asistente, que, si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de La Saucedá.

De lo vivido y documentado sobre este privilegiado enclave de la naturaleza, deduzco que si La Saucedá hubiera subsistido a los varios y feroces embates sufridos –el más reciente en 1936– y mantenido su diseminada población de anteriores siglos, alrededor de mil habitantes, se habría hecho acreedora del reconocimiento como territorio histórico por parte de los ponentes de nuestra actual Constitución. Permitid la ironía.

La silenciosa Saucedá; interrumpida por algún cencerro suspendido en pescuezo vacuno; algarabía cinegética; transeúntes que la surcan en fugaz huida; excursionistas que trepan su cumbre, entre exuberante vegetación y transparentes aguas.

Sobre esta maravilla de la naturaleza, me he leído el libro *Nubes en el corazón*, que su autor, Juan Pino Palma me regaló.

## EL GAMÍN

Magnífica novela narrativa sobre hechos históricos donde el lector puede descubrir el embrujo del lugar, su foresta y fortaleza de moradores en pasados siglos.

Veinte años después de mi estancia en El Gamín, tuve una estrecha relación con el nuevo propietario, D. Antonio Pérez Avilés, debido al trabajo que ocupé dentro de la administración forestal. A finales de los años setenta de nuevo fue vendida la finca, siendo su propietario actual D. Jaime González, así como de otras del entorno, con el que tengo cierta amistad, habiendo disfrutado en varias ocasiones de las instalaciones de la finca El Marrufo, propiedad de la Fundación Jaime González.

## REGRESO A UBRIQUE

En el año 1948, como ya relaté en el capítulo anterior, nos vimos obligados a regresar a Ubrique, estableciéndonos de nuevo en la casa que teníamos en el pueblo. En esta época fui testigo –de forma involuntaria e inesperada– de una tragedia relacionada con los maquis. Debió producirse entre los años 1948 y 1949. Resulta que, cuando me encontraba jugando con otro crío de similar edad (debió ser Pepe Rojas, vecino de casa, con el que compartía amistad y juegos), en la esquina de la calle Palma con la de San Sebastián, se produjo un tumulto entre los vecinos de gente chillando y cerrando las puertas de sus hogares, al paso de tres caballerías que transportaban tres cadáveres atravesados como si de cerdos se tratara, con los pies a un lado y la cabeza en el contrario, todo ello a media mañana, dejando la calle manchada de gotas de sangre que nadie se atrevía a quitar, exhibiendo los desafortunados maquis o confidentes por la calle de San Sebastián, Callejones y final del pueblo hasta el cementerio. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer. Mis padres solían comentar que estos terribles acontecimientos se repitieron en varias ocasiones... ¿De dónde partían estas ór-

## REGRESO A UBRIQUE

denes para que esto sucediera? ¡Qué horror! ¿Tan malo es el ser humano? Lo dejo ahí como testimonio de una desgraciada vivencia que nunca debería haberse producido.

También fui testigo de la inundación que se produjo a mediados del mes de septiembre de 1949 cuando, debido a la lluvia originada por una fuerte tormenta, reventó el acuífero del Ubrique Alto, llevándose por delante todo vestigio de tierra y piedras que se encontró a su paso, convirtiendo las calles de su influencia en verdaderas correntías de agua, lodo y piedras, que se iban acumulando en las partes más bajas del pueblo, en especial en Los Callejones, Pilita de Abajo y zona próximas, donde se encontraba también el cuartel de la Guardia Civil y las cuadras de los caballos de la Benemérita, que fueron salvados en el último momento. Cuando dejó de llover, la curiosidad de los chiquillos, entre los que me encontraba, nos llevó hasta el lugar donde más piedras, barro y objetos había; esa tarde fue la primera vez que tuve la ocasión de observar la presencia del teniente de la Guardia Civil, muy conocido, no por buenas acciones, dirigiendo los trabajos de limpieza y reclutando personal y medios para ponerlos a retirar todo el lodo acumulado. Se trataba de un tipo más bien alto, muy delgado y de aspecto juvenil; la segunda fue en el caserío de Diego Duro, cuando un día visitó el acuartelamiento inesperadamente. Su medio de locomoción era una moto marca Sanglas conducida por un guardia y el sidecar que ocupaba el teniente.

Aun siendo tan corto en edad, tengo grabado en mis sentidos el trepidar de los autobuses de línea hasta coronar el alto de Las Cumbres, de madrugada; así como los comentarios de

vecinos y familiares sobre dos acontecimientos importantes que acaecieron en agosto de 1947: la muerte de Manolete en la plaza de toros de Linares y la explosión del almacenamiento de material bélico dentro de la ciudad de Cádiz. Mi padre, que se encontraría en algún punto estratégico del campo, comentaba que pudo observar, desde más de cien kilómetros de distancia, el resplandor de la deflagración que produjo la detonación del material explosivo depositado en los polvorines.

También recuerdo, como si hubiera ocurrido ahora mismo, la visita que recibieron mis padres en víspera de la feria por parte de Juan Coveñas, al que les unía cierta amistad (comentado ha quedado la relación que existió de mis antepasados con las fincas Benajón y Pasada Blanca), para pedirle el favor de que le dejara el caballo algunos de los días de feria, con el pretexto del interés de su hijo Antonio en montarlo, a lo que mi padre accedió, en detrimento de dejar al mayor de mis hermanos sin su disfrute preferido. Ese fue el motivo por el que Antonio Coveñas Casaseca y yo nos hicimos amigos durante los días feriados, disfrutando de los cacharritos –como llamaban a las rudimentarias atracciones de la época– y juegos en su propia casa, en la calle San Sebastián, casi frente del bar de Pepe *el de la Pila* y próxima a la actual calle Pasadilla.

Mi hermano Alonso, por ser el mayor de los tres hermanos, y porque era muy aficionado y buen caballista, era el que se lucía en el real de la feria, con su chaquetilla corta, su pantalón a rayas, el sombrero de ala ancha, las botas de montar con sus espuelas, todo ello pertrechado por su madre, nuestra madre. Competía en las carreras de cintas, que se celebraban en la misma plaza

## REGRESO A UBRIQUE

de toros, además de pasear a la grupa alguna moza que, por su atractivo, seguro que no le faltaban.

Un buen día de una de las ferias, se presentaron en casa de mis padres dos señoritas, preguntando por el señor Lagunilla:

—¿Aquí viven los padres de un muchacho alto, vestido de corto, con sombrero cordobés que monta un caballo «colorao»? —preguntó una de ellas.

—Así es —le respondió mi padre.

—Pues que sepa usted que la herida que tengo en esta rodilla me la ha hecho el caballo que monta su hijo.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte? —preguntó mi padre un tanto preocupado.

—Necesito veinticinco pesetas que es lo cuesta ponerme la inyección del «tuétano».

—Mira joven, lamento mucho lo ocurrido, espero que te recuperes pronto, ve a la consulta de Diego Ríos —el practicante del pueblo de entonces— y le dices que vas de parte de Alonso Lagunilla, él te curará el destrozo de la rodilla y te pondrá lo que sea menester para tu salud. En cuanto a los gastos, dile que corren a mi cargo.

La feria se montaba en la calle San Sebastián, a partir de la esquina con la calle Palma, y alrededores de la plaza de toros y lavadero del Algarrobal, que marcaban la salida del pueblo por ese lado: aquí un puesto de turrón, más allá una tómbola, el tiro de pichón, la pequeña noria, los puestos de tejerings, los columpios..., además de los bailes en salones de bares. También se organizaban espectáculos flamencos en la plaza de toros por las noches. Todo ello muy anunciado por la megafonía y

amenizado por cupletistas del momento. Por aquella época ya se pinchaban los discos de Juanito Valderrama interpretando El Emigrante, El Rey de la Carretera, Su Primera Comunión; la Niña de la Puebla, con su emblemática canción de Los Campanilleros; Pepe Pinto, con Mi Niña Lola y alguno que otro que no han quedado en el olvido. No se montaban carpas al igual que ahora, ni falta que hacía, la gente se lo pasaba en grande viviendo su feria a tope, porque éramos conscientes de lo que suponía esperar doce meses hasta la feria del siguiente año.

Aunque la feria se celebraba a partir del catorce de septiembre, el día de la Virgen de los Remedios —patrona de Ubrique—, es el ocho del mismo mes, últimos coletazos del calor de verano. Todo era llevadero dado la abundancia de agua pública repartida por puntos estratégicos de la ciudad: fuente de los nueve caños, los tres chorros de la plaza del Ayuntamiento, junto al que fue el bar de Rodrigo Orellana, por citar los más llamativos. ¡Era un placer refrescarse de agua tan natural!, sin haber pasado por ningún control depurador.

## CASERÍO DE DIEGO DURO

Como había que seguir tirando «palante», mi padre arrendó una dehesa propiedad del Ayuntamiento de Ronda, denominada Los Cerquijos, colindante en su parte noroeste con el río Hozgarganta y Las Fasanas. Al cabo de unos meses nos trasladamos a vivir al caserío de Diego Duro, ubicado entre los puntos kilométricos 16 y 17 de la CA-8201, donde permanecemos los años 1950, 1951 y 1952. La decisión de trasladarnos a este caserío fue, sin duda, buscando la protección del destacamento de la Guardia Civil que se encontraba instalado allí; así como por la cercanía con la dehesa Los Cerquijos, colindante con la dehesa de Diego Duro, con el río de por medio. La edificación era bastante amplia, con dos casas laterales y otra al fondo, semejante a un cortijo andaluz, lo suficiente para que nos dejaran una habitación, más otra pequeña instalación detrás de la edificación principal, que nos servía de cocina y estancia durante el día. Recuerdo a mi madre con el quinqué de petróleo, protegiendo la salida del tubo con la palma de una mano evitando así que se apagara, después de cenar, cuando nos íbamos desde la estancia

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Caserío actual en Diego Duro

diurna hasta el aposento de dormir. Dicho así, puede parecer una historia inventada, pero no, era real. ¡Qué tiempos!

Desde el domicilio en Diego Duro, mi padre llevó el arrendamiento del último año de la dehesa Los Cerquijos, para lo que contaba con dos personas externas y la ayuda de mis dos hermanos. A continuación, arrendó la finca Los Arenales, propiedad del Ayuntamiento de Jimena, próxima a la vecindad de Las Cañillas. Terminado el periodo de dos años (obligado por las circunstancias de los cortos periodos de tiempo por lo que salían a subasta los montes de utilidad pública) tuvo que des-

## CASERÍO DE DIEGO DURO

plazar su rebaño de cabras hasta el monte público denominado Barrancones de Alcalá de los Gazules, bastante alejado de donde vivíamos; arrendamiento que se hizo compartido con los abuelos maternos y tíos. En un enclave de esta finca (cuando me refiero a enclave, se trata de propiedades privadas, más o menos extensas, en el interior de montes de utilidad pública) vivía mi tía Catalina, mi tío Antonio –natural de Alcalá de los Gazules– e hijos.

Además de los siete guardias civiles que ocupaban la parte central, en el caserío de Diego Duro también vivía el guarda forestal con su familia, al principio estuvo un tal Peralta, relevado al poco por el llamado Salvador Canela, ambos de Cortes, pequeño de estatura el primero y grandote el segundo.

Años después fueron viniendo otros agentes forestales. He tenido la suerte de conocer el último de ellos, Juan Pino –jubilado anticipadamente el 27 de marzo de 2024, al que le deseo lo mejor del mundo, y que siga disfrutando, durante largos años, del entorno y de su familia– que ocupó la nueva casa que se construyó pasados unos años, orientada hacia el este con magníficas vistas a los Montes Propios de Ronda –del término municipal de Cortes de la Frontera–, a fincas particulares del término de Jerez –las que se contemplan desde el mirador de entrada–, y al tan nombrado río Hozgarganta. Debe ser uno de los pocos guardabosques que ha mantenido la tradición de alojarse en los montes que custodiaba.

Salvador Canela se solía cubrir con sombrero, que, sin ser cañero, tampoco era de tamaño corriente, y su permanente chaqueta de pana con su insignia en la solapa que lo acreditaba. Era

un tanto relajado, de tal intensidad que las fanegas de tierras anexas al caserío que formaban parte de sus emolumentos en especie (reconocimiento de hecho que los colonos aceptaban como prebenda en beneficio de los guardas forestales que tenían asignados un monte para su custodia) las compartía con terceras personas para que las explotaran.

Un día que parlamentaba con otros mayores sobre las consecuencias de las ensoñaciones, y yo, que estaba por allí, recuerdo la anécdota que contó: «Una noche soñaba que meaba en los cimientos de una roca, tan a gustito estaba, que cuando desperté comprobé que lo hacía al lado de mi señora Alfonsa».

Salvador estaba casado con una hija del guarda municipal, con la citada Alfonsa. Fue con uno de sus hijos, Silvestre (*Silvestrito* le llamaban los suyos), más o menos de similar edad, con el que mantuve ciertas discrepancias, propias de chiquillos. Bueno, no tan propias, ya que me odiaba por una cruel faena que le gasté.

Resulta que, unos de los días, cuando rastreábamos por el entorno de la casa, le entró ganas de aliviarse, sin tiempo que perder se remangó el babi con el que se cubría, y se puso a defecar con el «pirindolo» y demás colgante a la intemperie; yo, un tanto malvado (no cabe llamar la cosa de otra manera), se me ocurrió prender un cerillo de cera de los que llevaba en el bolsillo y acercárselo a una de sus pequeñas «bolitas», quedando pegado al gemelo de peor suerte. Salió corriendo y llorando, más que llorar, aullaba de dolor, en auxilio de sus padres. Yo, viendo lo que se me venía encima y asustado del daño que pudo ocasionar la fogata y rescoldo al pequeño Silvestre, me escondí

## CASERÍO DE DIEGO DURO

pegado a la pared del cercado, justo donde había un pequeño cobertizo que se montó para ser usado como servicio por todas las damas que ocupaban el caserío. Mi madre se desgañitaba para encontrarme, mientras que yo permanecía agazapado a la pared con los ojos abiertos como liebre rodeada de pavos glu-gluteando. Por ello recibí unos buenos sopapos, creo recordar.

El servicio para las damas al que he hecho referencia anteriormente, se construyó aprovechando un lado de la pared del cercado, añadiéndole tres laterales hechos de baldo de brezos, con una estrecha y baja entrada, todo muy bien construido y discreto. Como nunca entré, no pude comprobar el funcionamiento, pero por lo escuchado, utilizaban un cubo sin fondo que sustituía la falta del excusado, mudándolo de sitio cada vez que se utilizaba. Los varones lo hacíamos allí donde nos pillaba y si, de suerte, tenías a la mano unos matagallos, el ojo retrovisor quedaba totalmente higienizado. El matagallo, *Phlomis purpurea*, era el estropajo que se utilizaba en los hogares de las familias de campo, para la limpieza de la cocina, cubos de la leche, lebrillos y demás recipientes utilizados en matanzas, con jabón casero o de lagarto y, en ocasiones, hasta con arena de piedras areniscas que se machacaban. Hacía la función del estropajo de aluminio de hoy en día, hasta que fueron apareciendo productos más adelantados de la época, procedentes de Gibraltar, distribuidos por recoveros.

Los recoveros comerciaban con azúcar, café —de la negrita o del moro—, galletas, tabaco de picadura, jabón para lavar la ropa, y los perfumados, conocidos como palmolive, carbólico y otros. Todo ello a través del trueque: tú me compras los productos

que vendo, a cambio de pavos, gallinas, huevos, quesos, miel, conejos capturados con lazos y cepos, etc.

La recovera más afamada de la zona era *la Vaquera*, de nombre de pila Juana, pequeña, regordeta, y vestida de negro, como era lo habitual de antiguo cuando los lutos se guardaban cinco o seis años, dando lugar a sobrevenidos fallecimientos que se añadían al precedente. A mi abuela Catalina, jamás la vi lucir prenda de color. Al cabo de unos años, entrando en edad de cierta picardía, conocí en Jimena a una de sus hijas, Isabelita, vecina de la calle Santa Ana, era muy atractiva. Al igual que muchos residentes de Jimena y su término, tuvo que emigrar al extranjero en busca de mejor medio de vida.

Después de bastantes años, Silvestre se colocó como guardia municipal en el Ayuntamiento de Ubrique. Nunca me llegó a reconocer cuando me facilitaba el paso en la confluencia de la calle San Sebastián con la de Moreno de Mora. Mejor así.

Además de lo contado sobre Silvestrito, también recuerdo dos hechos relacionados con los guardias civiles que paraban en el caserío: uno se queda en anécdota, mientras que otro resultó un tanto trágico, a los ojos de un niño de diez años... ¡Qué digo de un niño! ¡De mayores también!

El cabo que mandaba los seis números destinados al destacamento —era más bien bajo y pasado de romana—, le tenía verdadero pánico a los maquis, según comentaban las familias y los propios guardias, de tal magnitud que cuando tenía necesidad de desahogarse fisiológicamente, lo hacía al resguardo del cuartel, en cuclillas y con la pistola —la que dispara— empuñándola en dirección noroeste.

## CASERÍO DE DIEGO DURO

Este cabo fue sustituido por otro, de este sí que recuerdo su nombre, el cabo Luque; pues bien, esta máxima autoridad del lugar, una gélida mañana se desayunó dándole un par de ostias –en público– a un conocido gitano llamado Fernando cuando se dirigía, junto a su mujer, al caserío para vender telas, en el corto trayecto existente entre la cancela de entrada y las viviendas, al mismo tiempo que ordenaba a gritos: ¡Fuera de mi demarcación! Fernando era un tío de grandiosa estatura –casi como los jugadores de baloncesto– con patillas que se daban la mano con el bigote. Seguro que el cabo tuvo que empinarsse, dada su baja estatura. Con su mujer no se atrevió. Ella, a la que habían herido en su amor propio, lejos de arredrarse ante semejante ultraje por la indefensión del momento, le recriminaba al cabo tan indecente maltrato (brava como una puerca recién parida defendiendo sus pequeñas crías de gandanos y melones): «¡Agujitas en la cara deberías tener para que se le hubieran clavado en sus sucias manos!» ¡Qué cobardía la del cabo!

Y, como se solía decir, no cabíamos en casa y parió la abuela. Una madrugada se presentó en nuestra casa la familia Moreno –muy conocida de mi padre, que vivían en Cañada Mejías– huyendo de los maquis que ese día habían estado en su casa en demanda de comida, amenazándolos que si daban cuenta a la Guardia Civil volverían no con buenas intenciones; así que cuando se hizo de noche, para no ser vistos, emprendieron camino hasta nuestro domicilio el matrimonio y sus cuatro hijos, María, Encarna, Juan y Pepa, alejado a unos siete kilómetros, teniendo que salvar el río Hozgarganta, a poca distancia de la vivienda de Antonio *el Molinero*, a oscuras para no llamar

la atención. La llegada se produjo a media noche. Mis padres los acomodaron como pudieron, metiendo en nuestra propia cama a los más pequeños. Al día siguiente se establecieron en una choza que existía al otro lado de la carretera, muy cerca del caserío, estancia que duró hasta finales de 1950 fecha en la que terminó la presión de los maquis en la zona. Con la menor de las hermanas, Pepa, era con la que compartía convivencias. Un día que jugábamos con una baraja de cartas, junto a un recoveco de la pared que rodeaba la cerca donde estaba ubicado el caserío, tuve la primera sensación —a nivel de instinto— que la diferencia entre sexos no sólo estaba en el vestir, en la melena, en peinarse y demás signos que nos diferencian, sino que había algo placentero y desconocido para un crío de tan corta edad. ¿Qué hubiera sucedido si en aquel preciso instante no hubiera aparecido su hermano Juan con un hacha sobre su hombro? Estoy seguro que nada, éramos dos adolescentes en estadio previo a la pubertad. Sería una trifulca entre las hormonas estimuladoras de la sexualidad, inexplicables a tan escasas primaveras. Ella, ajena a mi agradable laberinto.

Fue, desde los doce en adelante, cuando de verdad aparecen las intensas emociones. Me sucedía algo parecido a lo que se suele conocer como amoríos platónicos, en especial cuando tenía ocasión de ir al pueblo y aprovechar la situación para ver algunas de las películas que tocaba ese día. Toda mi atención y admiración se concentraba en la inolvidable hija predilecta de Campo de Criptana: María Antonia Abad Fernández, más conocida por su identificación artística como Sara Montiel. Recuerdo a Sara en sus primeras apariciones en la gran pantalla

(*Piel canela, La violetera...*). Esa noche me costaba conciliar el sueño; por momentos me creía dormido; por otros, se cruzaba la imagen de tan agradecida hermosura (vestidos escotados, labios carnosos, perfecto tórax...) que me hacían volar por un universo irreal, pero fantástico e idílico, a la vez que temeroso al despertar para afrontar la realidad del día. Lo hubiera dado todo por cambiar los papeles con el principal actor del reparto (el italiano Raffaele Vallone). Ya digo, no sabía lo que realmente pasaba, tendría que haberlo consultado –suponiendo que fuera posible en época tan atrasada comparada con la actual– con estudiosos del cerebro humano (los que saben lo que circula por la mente de los demás, sin estar dentro). Puede parecer o considerarse una ingenuidad o fantasía en los tiempos que corren (en cuanto a libertad, progreso social, formativo, político, religioso, avances de derechos entre género, tecnológico...), pero no tanto si hacemos un viaje en el tiempo e irrumpimos en la década de los cincuenta del pasado siglo y comprobamos la gran diferencia con la sociedad actual.

Como consecuencia de la desaparición de los últimos bandoleros por estos lugares, se suprimió el cuartel de la Guardia Civil del caserío de Diego Duro. Según recoge Isidro García Sigüenza en su libro *El bandolerismo en la Sierra de Ronda*:

El 18 de diciembre 1950 fue cuando los seis últimos bandoleros fueron abatidos dentro del Cortijo de María Teresa, en la zona conocida como El Chorreón, muy próximo al cruce de la carretera de Ronda-Algeciras, donde se desvía hacia la Estación de Cortes de la Frontera, dentro del término de Benarrabá.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

He leído este libro esperando que hiciera referencia a los asesinatos de la familia Gallego y a mi tío Miguel en 1941, en la finca Arnao, pero no se recoge ningún comentario sobre el fatal acontecimiento.

Un poco más alejado de nuestra casa, en dirección al Puerto de Gáliz, existían otras familias como la del guarda municipal, el Sr. Olivencia; un cabrero viudo, con sus tres hijas y un hijo de nombre Miguel; los Mota y el dueño del ventorrillo El Ciruelo, apellidado Castro. Un poco más alejada de la casa del Sr. Olivencia siguiendo la vereda que daba acceso a la finca Moracha (entonces no existía el carril que se hizo años más tarde) a poco más de dos kilómetros de la carretera, en el sitio conocido como Las Hermanillas, vivían varias familias: los Matías, los Quintero, los Mateo Sánchez –este último, primo segundo de mi padre– y alguna familia más. A poca distancia, creo que le llamábamos «bugeo redondo», estaba la familia Barreno –poseedores de dos enclavados de tierras en el monte Los Arenales, perteneciente al municipio de Jimena y de un buen rebaño de cabras– y los Lobato.

El 23 de marzo de 2021 recibo las llamadas de Pepe Furest y Manolo García Vargas, para darme ambos la misma noticia, el fallecimiento de Juan Quintero.

### A JUAN QUINTERO

Juan era una excelente persona, nacido y criado en Las Hermanillas, como queda dicho, curtido en las labores del carboneo, limpieza de los montes y en la profesión de corchero, como sus ancestros y la mayoría de las familias que habitaban en los montes de alcornoques de las pro-

## CASERÍO DE DIEGO DURO

vincias de Cádiz y Málaga. Pasados los años se dedicó, en primer lugar, al negocio de la intermediación de las cepas de brezo (*Erica arbórea*) –utilizadas para la fabricación de pipas de fumar– que adquiría de los profesionales –carboneros, arrieros y corcheros– y luego suministraba a las distintas fábricas existentes en la Estación de Jimena (en la actualidad, sólo queda una); en segundo lugar, al negocio de corcho, currucas, leña... y, por último, su otra actividad como ganadero, hasta labrarse su brillante estatus. Tuve una buena relación con Juan Quintero, incluso coincidí con él en una operación de descorche, al final de los años cincuenta. Luego hubo un distanciamiento cuando yo me vine a Cádiz, restablecida tiempo después al incorporarnos a la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de los Alcornocales. Mantuvo una gran amistad con mi hermano Alonso. La última vez que hablé con él fue el día que me acerqué a visitarlo a su casa en Jimena, después de haber sufrido un accidente de automóvil. Me quedo con el profundo y sencillo comentario que hizo: «No es lícito que las personas buenas se vayan de entre nosotros». Se refería a mi hermano, fallecido unos meses antes. Descansa en paz, amigo Juan.

El guarda municipal, el Sr. Olivencia, cuya credencial consistía en una placa ovalada adosada a una correa de piel de becerro de unos quince centímetros de ancho, que se colocaba sobre un hombro cruzándole el pecho y espalda para terminar por debajo de la axila del lado contrario, que anunciaba: «GUARDA MUNICIPAL DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE RONDA», estaba casado con María, y eran padres de siete hijos: Alfonsa, María (ahijada de mi

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. El Sr. Olivencia (izquierda) con mi padre  
Abajo. Casa donde vivió el Sr. Olivencia

madre y de mi tío Juan, de cuando convivieron como vecinos en los llanos de Campoy), Pepe, Dionisio, Juan, Francisca y Ana. Aficionado al vino Salas que servían en garrafas de quince litros procedentes del Condado de Huelva. Aparte de la anécdota, era una excelente persona.

Conservo una foto de mi padre con el Sr. Olivencia hecha años más tarde, la cual tiene su pequeña historia: resulta que como mi padre padecía de problemas circulatorios, los especialistas que lo atendieron, tanto en Algeciras como en Cádiz, le prohibieron terminantemente que fumara. La familia intentábamos controlarle esa afición, y él nos negaba una y otra vez que continuase con la misma, pero nada más lejos de la realidad... La instantánea que se acompaña fue obtenida por el retratista de Jimena, el señor Parauta, amigo de la familia, cuando conversaba con el Sr. Olivencia con el cigarro entre los dedos de su mano izquierda. La foto, hecha disimuladamente, se la remitió el Sr. Parauta a mi hermano Alonso, sabedor de lo que nos preocupábamos por su salud.

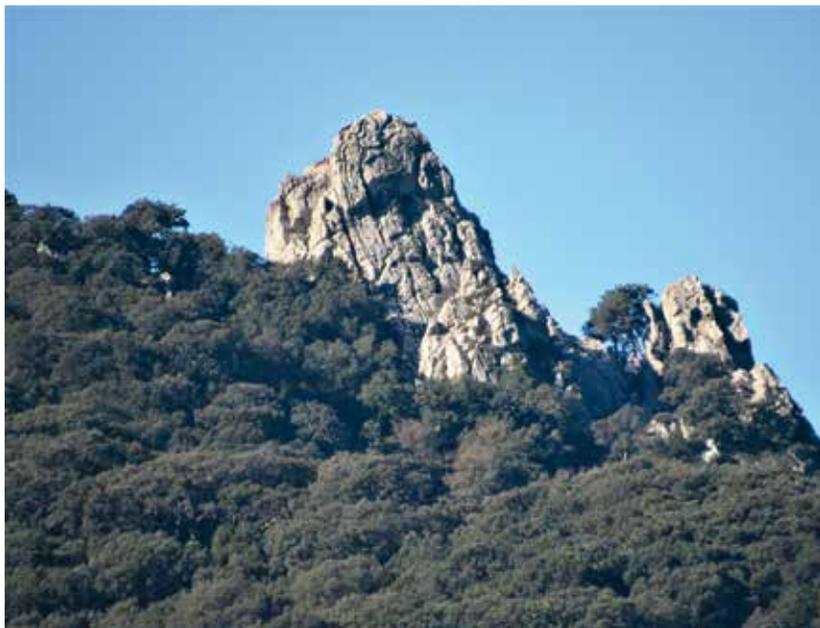
La casa del Sr. Olivencia la ocuparía mi hermano Paco, años después, cuando ingresó como funcionario del Ayuntamiento de Ronda, para sustituirlo y encargarse de las seis dehesas o majadas de las que es propietario el Ayuntamiento de Ronda, ubicadas en el término municipal de Cortes de la Frontera.

El cabrero viudo, al que me referí antes, era de bastante edad, con alguna dificultad en una de sus piernas que le producía una manifiesta cojera, además de primitivo en su comportamiento, tanto era así que no utilizaba mechero ni cerilla para prender el cigarro, sino un eslabón de hierro con el que

conseguía fuego por medio de una yesca inflamable que obtenía de la parte baja de los troncos de quejigos envejecidos, en vez del pedernal. Una de sus hijas se casó con un carbonero de la zona, apellidado Toro, estableciéndose en una zona próxima al peñón del Buitre que en solitario hace de montera en la cúspide del monte, mirando hacia oriente, y a su espalda, La Saucedá, lugar de cierta magia y embrujo por lo solitario y el entorno que lo rodea; pues bien, uno de sus pequeños hijos, supongo que tendría varios, como era lo normal en los matrimonios de aquellos tiempos, se ausentó de la choza donde vivían y terminó perdiéndose entre la arboleda y el matorral, situación que se prolongó durante dos días hasta que fue rescatado por los vecinos y la Guardia Civil. ¿Qué tipo de milagro sucedió para que el pequeño resistiera dos noches en pleno invierno sin ninguna protección en plena intemperie? Tan sencillo como natural; el pequeño se asoció con los cerdos que en abundancia aprovechaban el fruto de las bellotas de los chaparros, siguiéndolos durante el día y aprovechándose de su calor durante la noche, acurrucándose sobre los mismos cuando se agrupan para protegerse del frío.

Junto a la choza de los Mota se estableció otra familia, procedente de Alcalá de los Gazules, en cuya choza, con un buen sombrero a su entrada, instalaron una especie de tienda de comestibles y bebidas a la venta del público. Que recuerde, asistí a uno de los bailes que organizó su dueño, en compañía de mis padres y hermanos. Alonso, que estaría próximo a los diecisiete años, fue objeto de atención entre los asistentes a la fiesta, debido a que por aquellas fechas había llegado una chica

## CASERÍO DE DIEGO DURO



Peñón del Buitre

jerezana –guapa y de largo recorrido, para lo que eran aquellos tiempos y el entorno– a pasar unas vacaciones con los Mota de la que era familia. Mi hermano la sacó a bailar, ella, sin cortedad, puso amablemente su mano sobre el cuello de Alonso. A la Rodríguez, mi madre, estuvo a punto de darle un soponcio al ver a su hijo atrapado junto al bello cuerpo de la joven. Por los comentarios que le hacía a mi padre, para que pusiera tierra de por medio, no era el primer contacto entre ambos.

También recuerdo que, en un lugar un poco más alejado del ventorrillo El ciruelo y demás viviendas a las que me he

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Río Hozgarganta a su paso por Las Cañillas  
Abajo. Asentamiento de Las Cañillas

## CASERÍO DE DIEGO DURO

referido anteriormente, en una zona sin arbolado dentro de un pequeño montículo, había una choza que ocupaba una señora viuda –si la memoria me es fiel la citaré por el apelativo de Frasquita– que se dedicaba a la recova para dar de comer a tres o cuatro hijos. En uno de los viajes que hizo en busca de suministros para luego venderlos entre los vecinos, dejó a sus pequeños a cargo de los hijos del dueño del ventorrillo, de los que eran parientes. Esa noche, el tiempo estaba muy revuelto y lluvioso, debiendo pasar por allí un pequeño tifón o fenómeno atmosférico de cierta magnitud, llevándose por delante la choza, arrancando de cuajo el techo y dejando a los pequeños al raso que, por fortuna, o porque el más allá los estaba protegiendo, no ocurrió ninguna desgracia.

Además de los núcleos de familia ya comentados que vivían en la dehesa de Diego Duro, existía también otra agrupación de vecinos, en dirección a Jimena de la Frontera, localizada a un lado y al otro de la carretera que salva el río Hozgarganta por el transversal puente, conocida como Las Cañillas, compuesta en su mayoría por arrieros.

En esta comunidad había dos ventorrillos –donde los arrieros y resto de trabajadores ahogaban sus penas con el aguardiente de Cazalla de la Sierra y demás bebidas etílicas, incluido el «Salas», antes de comenzar las duras jornadas del trabajo– el de José Delgado, *Morán*, y su señora María, y el de Guillermo Gómez *el Herrador*, sobrenombre por ser el que calzaba las bestias de carga de aquella zona, casado con María Mota. El ventorrillo de Guillermo, además de bebidas también tenía tienda de comestibles, al estilo de los tradicionales ultramarinos típicos

que antaño abundaban en la ciudad de Cádiz, atendidos por los llamados «chicucos».

En este ventorrillo-tienda, tuvo lugar una ocurrencia entre un grupo de amigos cuando tomaban unos vinos. Más bien se trató de una broma un tanto picante, que no merecería la pena ser citada en estas páginas, pero como se trata de contar lo que pasaba en el entorno del Parque de Los Alcornocales, no me puedo dejar en el recuerdo los comentarios sobre el hecho que relato, para dejar testimonio de cómo se las gastaban los pobladores de esta extensa zona, en pretéritos tiempos.

Uno de ellos soltó la bravuconada de que poseía más atributos que los demás asistentes. De inmediato, los allí presentes, una vez desalojadas las familias, cerraron la puerta del establecimiento para verificar si la fanfarronada soltada era cierta. La erótica comprobación consistió en determinar el más dotado entre el grupo; para ello fueron mostrando, uno tras otro, sus partes más íntimas, según contaban las crónicas del boca a boca, una vez filtrada la noticia por alguno de los reunidos que haría de paparazzi. ¿Cuál fue el resultado? Sorprendente..., el más bajo de todos ellos se hizo acreedor —con sobresaliente ventaja sobre el segundo— de la obscena prueba. Por respeto a su memoria y a la familia, reservo el anonimato.

Eran unas veinte familias las que habitaban en chozas cubiertas con brezos del lugar —excepto los dos ventorrillos que contaban con distinta techumbre—, entre ellos los seis hermanos de apellido Marín; Lorenzo Aguilar; Manolo García Vargas; Los Cañete; Manacas Navarro; María Marto (casada con uno de los hermanos García Sánchez —conocido como *Mármol*—, viudo con



Río Hojarganta

Las Cañillas

Vista aérea de Las Cañillas

dos hijos, Manolo y Miguel, ampliando la familia con tres varones más y Catalina, su única hija); y los hermanos Cava. Todos poseedores de bestias de carga, principalmente de mulos, para el primer transporte del corcho desde su origen (El Cándalo, La Cuesta del Huevo, Granadilla, La Orcilla, La Balsa, montes de Cortes, por citar las fincas más lejanas), hasta el llamado muelle de Las Cañillas. También estaba la familia de Domingo Herrera; los hijos de Andrés García, conocidos como *los Consolaciones*; Lorenzo Rubio y otros vecinos que no recuerdo. Estas últimas familias vivían de la producción del carbón vegetal, de las peonadas de la saca del corcho, de su transporte y de las currucas (corcho obtenido del chaspado de las ramas que se le cortaban a los alcornoques, de árboles caídos y de pequeños trozos de ramas envejecidas, en definitiva, corcho de mala calidad utilizado para aglomerado).

Salvador Marín tenía una mula maliciosa, no muy grande –similar a un pollino espigado– con la que establecía continuos diálogos, sobre todo por la mañana cuando se disponía a ponerle el aparejo. Se denominaba malicioso a un animal inteligente –pienso yo– que sabía lo que era soportar un «jato» y una carga encima de sus mataduras, en largas caminatas y jornadas.

Otro de los hermanos Marín –Manolo–, se entretuvo, bueno su señora, en tener once hijos. No era extraño en aquellos pagos semejante abundancia, como fue el caso de las hermanas Toro, vecinas de la finca Moracha, que llegaron a los veintidós, entre ambas.

Uno de los hijos de Juan Marín, nacido el mismo mes y año que yo, Miguel, en su etapa de adolescente, ya era enérgico y

## CASERÍO DE DIEGO DURO



Miguel Marín con su mulo cargado de corchas

aguerrido, capaz de poner los tercios de corcha, de seis o siete arrobas, encima de las bestias de carga. Después de unos años cambió la fuerza animal por los caballos de un camión que, según me cuenta, le ha ido muy bien, de lo que me alegro.

En aquellos años, la agrupación de familias de Las Cañillas, esparcidas en torno al patio de corcha, carbón, leñosos..., se convirtió en el centro neurálgico de una amplia zona del Parque de Los Alcornocales. Allí se concentraba toda la actividad económica procedente de aprovechamientos forestales. A diario salían camiones cargados con sus productos, en gran profusión en verano.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Con Antonio García y su mujer en Las Cañillas. Año 2020

Mi relación con estos vecinos comienza cuando nos establecimos en el caserío de Diego Duro, ya que la cabreriza estuvo instalada en esta vecindad, justo al lado de la choza de Domingo Herrera, durante los dos años que tuvimos arrendado Los Arenales por primera vez. La relación se prolonga con el paso de los años.

En la actualidad, solamente viven en la barriada, las hermanas Herrera, viudas de Antonio García Pérez y Mateo Ortega, más un hermano de estas, Manolo Batata y alguna familia más, a lo sumo dos.

## CASERÍO DE DIEGO DURO

El 2 abril de 2022, la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, tuvo a bien dar un pequeño homenaje a personas que, de una forma u otra, han hecho un poco de historia en defensa de Los Alcornocales de las provincias de Cádiz y Málaga. Sólo citaré a dos de los distinguidos, por su relación con Las Cañillas:

### A ANTONIO GARCÍA

Antonio García Pérez, Consolación, nació en el interior de una las dehesas de los montes de Ronda, denominada Ramblazo, del término municipal de Cortes. Al contraer matrimonio con una hija de Domingo Herrera (enciclopedia viviente del entorno de Las Cañillas, del pasado siglo) fijó su domicilio en esta comunidad de vecinos, que, por aquellos años estaba muy poblada, como ha quedado dicho. Antonio se ha buscado la vida como carbonero, corchero, curruquero y, por último, como peón fijo de la administración forestal. Debido a su avanzada edad, no pudo asistir al homenaje. Fue un honor poderle entregar, unos días después, en su domicilio, la distinción otorgada a este ancestral personaje de noventa y cuatro años y padre de once hijos —seis mujeres y cinco varones—. Falleció en el verano de 2022, que en paz descanse.

### A MANOLO GARCÍA, *EL MONGE*

Manolo García Vargas, más popular por el sobrenombre de *el Monge*, era un tío fuerte, como requiere el oficio de arriero, de mediana estatura, de noble condición, de directo comportamiento, de los que sellan sus compro-

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

misos con sólo un apretón de manos, y otras cualidades que lo engrandecen como lo que es: buenísima persona, solidario, trabajador infatigable, amigo de sus amigos... No tengo nítido el día que nos conocimos, debió ser sobre mitad de los años cincuenta, más o menos. Yo tendría en torno a los quince o dieciséis, y él cuatro o cinco más. La familia García Vargas fijó su residencia en Jimena, procedente de la Estación San Roque, de donde eran nativos, después extendieron sus dominios hasta La Cañillas. Su negocio era, principalmente, el carbón, las corchas, las currucas y la arriería; para ello tenían una recua de doce mulos y un camión inglés marca Austin Loadstar, del que se valían para almacenar carbón en la Estación de San Roque, para luego distribuirlo por la comarca. Todo ello en vida del patriarca de los Monges. Manolo se emancipó, se casó con su fiel esposa y compañera, Catalina, se establecieron en la Estación de Jimena y fueron padres de familia numerosa; continuó con los negocios del carbón –hasta donde duró–, las leñas, operaciones de corcho, sus intervenciones como corredor titulado desde que tenía quince años, y siguió olfateando allí donde veía algún negocio para hincarle el diente. Desde el comienzo de nuestra relación hemos mantenido una sana y gran amistad, que se fue fortaleciendo a lo largo de tantos años.

El 15 de febrero de 2024 Carlos García Cano me comunica la triste noticia del fallecimiento de su querido padre. No solo era amigo mío, también lo era de mis dos hermanos, considerado para la familia Lagunilla un hermano más. Entrañable,

## CASERÍO DE DIEGO DURO



El Monge y las currucas

servicial, cabal, desprendido... Durante el grave problema de la pandemia, me llamaba, al tiempo que me decía: «¡A ver si nos salvamos de la que está cayendo! ¡Yo no creo en los científicos ni en los políticos, que entre unos y otros han confabulado eliminar mientras más viejos mejor!». Comentaba, con talante jovial: «Hay que resistir como sea, tenemos que seguir cobrando la paga de jubilado muchos más años, que *pa* eso hemos trabajado tan largo tiempo». ¡Qué ánimos me daba! ¡Cómo me venía arriba con sus generosos consejos!

Han sido setenta años de un gran apego y sana amistad, que me acompañarán para siempre. Sobre mediados del mes de noviembre de 2023 fue la última vez que nos dimos un abrazo.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

Ese día se empeñó en regalarme la jáquima de un mulo que guardaba por estrenar:

–Pero..., ¿dónde la coloco? –le argumentaba yo.

–Tú te la llevas y ya está.

Tenía un gran interés en que yo tuviera algo tangible como un recuerdo más. Era consciente de cómo la luz de la vida de noventa y un años iba extinguiéndose hacia el final de sus días.

El más allá te tendrá reservado el lugar del que –en vida– te has hecho merecedor.

Los arrieros, cuando se dirigían al lugar de carga, con sus recuas unidas una tras otra, se permitían competir entre ellos, expresándose a través del flamenco (bulerías, fandanguillos, ...).

Amigo estás perdiendo  
el cariño y la amistad,  
contigo no se puede hablar,  
son cosas de ricos nuevos.

La vi llorar y me asusté,  
yo pensé volverme loco,  
pero cuando me enteré  
que lloraba por otro,  
yo fui el que lloré.

Los médicos me han recetado  
dormir con una morena,

qué médicos tan amables,  
qué medicina tan buena,  
de este mal no muere nadie.

«Jarre mulol», le pinchaba al primero de la reata, que montaba y hacía de guía al resto, acicalado con cencerro arriero, de configuración distinto de los de las manadas rumiantes, que se hacían escuchar con lengüetas artesanales hechas de varetas de acebuche, majuelo o durillo.

Al otro lado del río existe, a menos de un kilómetro de Las Cañillas, en dirección a Jimena, la casa en la que habitaban los peones camineros, ocupada por Juan Pacheco y Miguel, apodado *Melones*. Estos eran empleados del servicio de carreteras que se dedicaban al mantenimiento de determinados tramos que se les adjudicaban, cubriendo baches con piedras areniscas machacadas y esparciendo tierra para la mejora del firme, sobre todo en verano que era cuando existía más tránsito de camiones de transporte. En invierno se dedicaban a mantener limpias las cunetas y a reparar cualquier desperfecto que surgiera. Al cabo de unos años a estos empleados los agruparon por brigadas en algunos pueblos, quedando desocupadas estas llamativas construcciones junto a la carretera. La casa pasó a ser del Ayuntamiento de Ronda y ocupada, durante las operaciones de descorche de alguna de las dehesas, por mi hermano Paco y su familia.

Además de los medios de vida del entorno citados –carbón, descorches, arriería y otros– estaba el de los rodrigones (el rodrigón es el palo que se clava en la tierra para que sirva de punto de apoyo a una vid) que cada otoño e invierno eran demandados, con destino a las viñas de Jerez, Chiclana y Sanlúcar de Barrameda; los escalabornes para fabricación de pipas de fumar, ya comentado en anterior pasaje; así como las calderas de poleo donde se realizaba una primera fase en la destilación

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Vestimenta de gala de las bestias  
Abajo. Cencerro arriero

de esta planta aromática. En el recorrido del río Hozgarganta se instalaban tres calderas: junto a Las Cañillas; en el Tropezón, un poco más abajo de la Estación de Jimena; y otra en el término de Castellar. Este último recurso era muy socializado, ya que participaban familias al completo. Para los jóvenes suponía obtener unas pesetillas que te facilitaran alguna independencia económica.

Existen opiniones que señalan que este medio de ayuda del que se aprovechaban las familias ha contribuido a su merma ya que adelantaban la recogida para evitar que otros se anticiparan, evitando que la germinación de flores y semillas se esparciera por el medio.

Yo me inclino más a pensar que la escasez de esta fragante planta, en los tiempos que corren, es una de las pruebas más evidente de la falta de lluvia y de los ciclos de sequías que nos azotan cada vez con más frecuencia y prolongados, acabando con parte de los humedales propicios para el brote y crecimiento de esta herbácea anual.

A partir de 1951 me incorporo al mantenimiento de la unidad familiar, guardando los pavos, llevándolos a rastrojeras, lugares de semillas y saltamontes que aprovechaban muy bien estas aves de corral. Como anécdota recuerdo que junto con mi compañero Juan, hijo de la familia Olivencia, discapacitado de una pierna, nos asociábamos para ir hasta una zona despejada y de siembra, junto al río Hozgarganta, para lo que aprovechábamos un desnivel del terreno que existe en una pronunciada curva, próxima al punto kilométrico 16, donde se avistaba la zona libre de monte, para echar a volar los pavos y pavas hasta el lugar de alimentación, co-

nocida como Suertes de las Capellanías, propiedad de Pablo Cózar, Miguel Casillas y de Ana Luque (una viuda, a la que recuerdo siempre vestida de negro, más conocida por el sobrenombre de *la Caramelo* que, según los comentarios de los vecinos cercanos —de los que yo no era ajeno— suscitaba ciertos celos a las damas del lugar). Era un espectáculo verlos volar al igual que buitres, unos cuatrocientos metros de distancia, en pendiente pronunciada. Después tocaba agruparlos para tenerlos vigilados.

Algunos días coincidíamos con las hijas de Antonio *el Molinero*, que también custodiaban pavos. Una de ellas —creo que la segunda de las mayores— no era fácil verle la cara, ya que se protegía la cabeza con algún tipo de sombrero, más una tela

*En el alcornocal de Cádiz  
guardando pavos me crié,  
observando a las molineras  
de las que prendado quedé.*

blanca que lo tapaba, a la vez que le cubría el rostro, parecido al velo árabe. Pese a ello, sí pude comprobar su belleza, y la de una de sus hermanas, en alguna ocasión. Tan atractiva era su imagen que hasta hubo cierto ajuste de cuentas —motivado, posiblemente, por celos y

envidia— en el trayecto que existe entre el molino y el caserío de Diego Duro, según los comentarios hubo palos hasta para hacer un buen sombrero, entre unos parientes suyos y uno de los hijos de Mota. Pero el tal Mota sería hueso duro de roer, porque al final consiguió lo que pretendía, casarse con la molinera del sombrero y el velo. También recuerdo, tanto a su padre Antonio como al hermano Miguel, de mi misma edad, año arriba, año abajo.

## CASERÍO DE DIEGO DURO



Arriba. Casa de los peones camineros  
Abajo. Rampa de lanzamiento de los pavos y capellanías

Uno de los días que decidimos pasar a la otra margen del río, cuando estábamos cerca de un descampado de monte, conocido por Los Cuquillos, lugar de muchos saltamontes, según nos dijeron, topamos con una caballería atada a la rama de uno de los árboles; la sorpresa fue ver salir de entre los lentiscos a una pareja, él desconocido, ella no tanto, sacudiéndose la vestimenta como gallina salida de debajo del gallo. Aupados sobre una mediana piedra, montaron en la caballería, dirección La Higuereta.

Al estar la zona del caserío lindante con el río Hozgarganta, los chiquillos de distintas edades –incluido mi hermano Paco– quedábamos para darnos buenos baños en época veraniega en el Charco de Gonzalo, próximo a la Vega del Negro –descansadero de la Cañada Real denominada Los Bueyes de Ronda que finaliza en el Campo de Gibraltar, de noventa varas de ancho, equivalente a setenta y cinco metros– respaldado por un buen tajo que se utilizaba como trampolín. Era un verdadero pozo, como comprobé años más tarde. Tal debía ser el peligro que corríamos que, un buen día se presentó en nuestra casa el hijastro de la señora Caramelo para informar a mis padres –ignorantes de nuestras escapadas y fechorías– del peligro que ello suponía. Desde ese momento tomó la vara de mando, como casi siempre, la madre de la generación de los Lagunillas para cortar por lo sano. Así que, gracias a la buena acción de este hombre, del que guardo cierta imagen, se evitó que un día de divertimento para nosotros se convirtiera en una tragedia para alguna de las familias.

En la parte baja de la cerca, junto a la fuente de agua inagotable, había un pequeño huerto con su alberca de tierra para

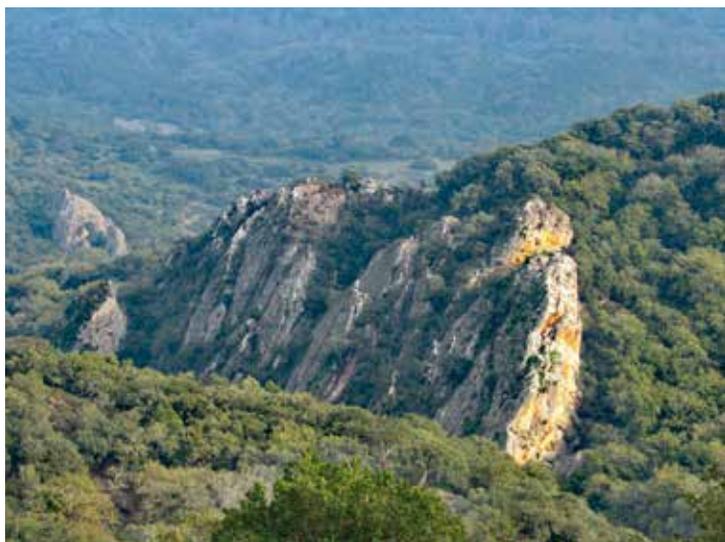
retener agua con la que regar las plantas de verano, en la que también solíamos pegarnos un chapuzón, de donde salíamos completamente pringados de barro, que luego nos limpiábamos echándonos cubos de agua por encima los unos a los otros.

Cerca de lo que fue nuestra vivienda, se encuentra una formación rocosa natural en forma de laja que nace al final de la garganta de La Sauceda. Decían los cabreros de la zona que en esta roca había un sitio donde accedían las cabras buscando algún alimento que las atraía, pero al final resultaba ser una trampa, ya que no eran capaces de regresar, teniendo que ser los propios cabreros los que las tenían que rescatar con la ayuda de sogas.

Tanto en el Peñón de Buitre como en la citada laja, nacida al pie de la garganta de La Sauceda, existen buitreras, abundantes en aquellos años, de forma que con frecuencia presenciábamos a estos espectaculares carroñeros disfrutando de la succulenta comida que le brindaba la muerte de algún animal (vaca, cerdo, cabra, ...), con la venia de la pareja de cuervos. Ya saben, cría cuervos...

Los «zagales», cuando teníamos ocasión de presenciar algún festín de estos gigantescos planeadores, nos organizábamos para sorprenderlos con los bucheros repletos de carnuza animal, para ello les bloqueábamos parte de la zona de lanzamiento, de tal proximidad que, en alguna ocasión conseguíamos que nos atacaran, que era lo que realmente pretendíamos y nos divertía. En aquella época no tenían problemas de alimentación, no como en los tiempos actuales, que apenas si sobreviven, tanto es así que hasta tienen que estar pendientes de las monterías de caza

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Cima de la roca  
Abajo. Nacimiento de la roca

mayor para nutrirse de despojos de las piezas capturadas o de las raciones que en algunos lugares les suministran.

En los años ochenta, en el levantamiento topográfico de una finca de Alcalá, tuve la ocasión de contemplar las buitreras existentes en las rocas junto a la garganta de Alberite. No menos de diez pude avistar con el catalejo del teodolito de medición.

Algunas temporadas me iba con los abuelos maternos a Jimena, allí me juntaba con otros niños del entorno de la calle Santa Ana, de pareja edad: los de la familia Pérez, Antonio Martín Tramilla y otros, para jugar al fútbol en un reducido llano existente próximo al paseo Reina Cristina y de unos enormes eucaliptos que en su tiempo se plantaron para fijar el terreno muy arcilloso, y que, por la imprudencia de los dirigentes de la Corporación Municipal –siendo alcalde el Dr. Trillo–, que se les ocurrió la idea de talarlos, fue la causa de corrimientos incontrolados de tierra que tuvieron lugar en la década de los setenta y ochenta, llevándose por delante varias casas de la calle Quiroz, Santa Ana y el propio paseo. Lo curioso del caso, además de las patadas que nos arreábamos en las espinillas con los zapatos de diario, era la pelota que nos fabricábamos nosotros mismos con restos de trapo y papel de periódicos que recogíamos de la barbería del llamado Medina –esquina Santa Ana y Ancha, próxima a la churrería que regentaba la señora de uno de los hermanos Meléndez, más conocido por *el Lolo Chico* que, por una peseta, te servía una enorme rueda de tejerings que apaciguaba el estómago para rato largo– muy bien prensada y reforzada con cuerdas para que resistiera varios envites.

Mientras convivíamos en Diego Duro, seguíamos mante-

niendo la vivienda en Ubrique, por lo que cuando llegaba la feria, allá por el mes de septiembre, nos desplazábamos los días que duraba tal acontecimiento, de los que guardo varios recuerdos.

Uno de esos años cuando regresábamos a Diego Duro, no sé por qué, me vine de paquete en el caballo que montaba mi hermano Alonso. Yo tenía alrededor de diez años. En la trayectoria regresaba más gente del entorno, entre caballistas y gente de a pie, entre ellos caminaba una chica, de la que solo tengo un vago recuerdo de sus facciones, un tanto atrevida, a la que mi hermano ofreció que montara con él: la consecuencia fue descabalgarme a mí para que la moza subiera a la grupa y se agarrara a mi hermano, así que tuve que caminar un buen trecho a la cola del caballo, supongo que hasta que la chica se desvió o llegó hasta su morada. Como se nos echó la tarde encima, Alonso pretendió hacer noche en la finca La Fantasía, donde vivían la familia González, tíos y primos hermanos de mi padre, pero a mí no me debió gustar la propuesta, obligando a mi hermano a proseguir el camino, desapareciendo la luz del día al cabo de un rato, por lo que llegamos al caserío de Diego Duro bien entrada la noche.

Otro año, en víspera de la feria de Ubrique, se paró un turismo negro a la altura de la cancela que daba acceso al caserío, lo conducía su propietario, D. José Sánchez, apodado *Don José a la fuerza* (sobrenombre que le vino por haber contraído matrimonio con la hija de una familia bastante acaudalada de Ubrique), dueño de las fincas El Cochino y del Jateadero del término de Jimena, a donde se dirigía. Preguntó por Alonso Lagunilla, mi

padre, que por lo visto tenían amistad; se ofreció a llevarnos hasta el pueblo a su regreso, unos dos días después. Así fue como por primera vez tuve la ocasión de viajar en un excelente turismo de la época, de color negro y sus estribos a ambos lados, en cuyos asientos traseros casi se entraba andando. Su puesta en marcha necesitaba del complemento de la manivela, función que realizaba el ayudante que llevaba su propietario. ¡Fascinante!, verme en el corrido asiento delantero, entre el conductor y mi madre, observando el cambio de marcha con su prolongada palanca y el zigzaguear para salvar las curvas una tras otra, de la carretera de chinos sueltos, hasta el comienzo de la zona asfaltada, en el cruce con la carretera de Cortes, justo en el Mojón de la Víbora. De cine, para un crío de once años.

En otra ocasión hicimos el viaje, aprovechando un camión que iba a cargar corchas al patio que existía junto al ventorrillo de La Ventalleja (pegado a las fincas El Cándalo y La Fantasma); el problema, para madre e hijo, fue que a lo largo de la mañana no pasó ningún otro vehículo que nos acercara hasta el pueblo, distante a unos diez kilómetros. Entonces apareció por la venta un señor, puede que fuera recovero, auxiliado por una burra, con todos sus pertrechos encima de sus lomos, mi madre, un tanto preocupada por la situación, le preguntó:

—Señor, ¿se encamina usted hacia el pueblo? ¿Sería posible que viajáramos con usted?

—Sí, señora, dice usted bien, hasta el mismísimo pueblo. Nos pondremos en marcha enseguida, pero antes déjeme que tome una cerveza para apagar este sofocante e insoportable «caló». Luego colocaremos sus pertenencias encima de la burra, que

puede con eso y mucho más, y atajaremos por la vereda que es lo más corto –respondió el recovero.

Así fue como hice parte del camino desde La Ventalleja hasta Ubrique, como cuando me transportaron una vez cumplida la cuarentena, pero inversamente y diez años después.

Pero para mi madre no acabaron ahí los sobresaltos de tan agitado día, ya que cuando llegamos a la casa de la calle Palma, después del largo trayecto, siguiendo el caminar de la burra, con la calima del sol que hace sentirte inestable y el jolgorio de chicharras en plena armonía, se percató que se le había olvidado la llave de la puerta de entrada, así que tuvo que recurrir a un carpintero para quitar el pestillo o guimbaleta de madera que reforzaba la primera hoja para que cediera la segunda.

En este nuevo lugar también tuvimos dos maestros: uno se llamaba Roque, con cierta cultura, que se dedicaba a dar clases a los jóvenes diseminados por aquellos pagos, que vivía en la finca Moracha, una preciosa y extensa finca de alcornoque, en la que años después tuve la ocasión de colaborar en trazados de caminos y levantamiento de parcelas para ayudas forestales; así como otro que procedía de Alcalá de los Gazules.

Tendría unos doce años cuando me tuve que ir a la finca Barrancones con el fin de ayudar a mi hermano Paco en el ordeño de las cabras y hacer diariamente el queso de la leche que las mismas aportaban. Parábamos en la vivienda del tío Antonio Sánchez, la tía Catalina y sus dos hijos, mi primo Martín y Francisco –Antonio aún no había nacido– dueños de unas tierras enclavadas en la citada dehesa. La majada, o cabreriza, la teníamos en el descampado del Medrano, junto al puerto de la

## CASERÍO DE DIEGO DURO

Víbora, un poco alejado de la vivienda de los tíos, junto a una choza que nos servía para la elaboración del queso. El proceso consistía en depositar la leche obtenida de las cabras en un recipiente de unos cien litros, que filtrábamos a través de una tela de muselina (más práctica que un colador) para evitar que se introdujeran impurezas; se le echaba el correspondiente cuajo que se obtenía del sistema digestivo de los cabritos de leche que eran sacrificados, conservado para su utilización. La cantidad que se añadía de cuajo dependía de la leche que teníamos que solidificar para, finalmente, hacer el queso que amasábamos en las correspondientes queseras y ser sometido a su curado posterior, antes de ser vendido para su consumo. En verdad el trabajo duro recaía sobre mi hermano Paco, que me llevaba cuatro años. Después de unos días, caí enfermo por lo que nos desplazamos mi hermano y yo hasta donde vivían mis padres en el caserío de Diego Duro, teniendo que atravesar a pie y con fiebre alta varias fincas, que suponía unos veinte kilómetros. De inmediato me llevaron a Jimena, utilizando para ello el único medio de transporte público que comunicaba Alcalá con Jimena, recorrido que hacía tres veces por semana, y otras dos hacia Ubrique. Conducido por su propietario, llamado Miguel Alex, consistía en un camión con su parte trasera techada con un toldo y una bancada de madera a ambos lados, espacio que los viajeros compartían, en alguna ocasión, con gallinas y pavos —que los recoveros adquirirían por mediación del trueque— y algún que otro cuadrúpedo. Una vez allí, fui tratado por el médico del pueblo, el Dr. Marina, quien me diagnosticó pulmonía, recetándome diez inyecciones de penicilina que se encargó de

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

inyectarme el practicante del pueblo, el Sr. Malagón. Al parecer, la enfermedad pudo tener su origen en los excrementos de una mosca que, en fugaz pasada, deposita sobre nariz y boca, muy atraída en rebaños de cabras, y que produce cierta alergia, así como otras complicaciones, como fue en mi caso.

En el año 1951, en contra de la opinión de mi madre —que, sin haber nacido en esta población, le tenía un especial cariño— mi padre vendió la casa de Ubrique y compró otra en Jimena en la calle Santa Ana n° 48, justo al lado de la de mis abuelos maternos, en el n° 54. Una amplia casa de dos plantas, con cuerpo de casa, dos extensas habitaciones y cocina en planta baja; patio, pozo compartido con el vecino de al lado, con un brocal para cada uno, y cuadra independiente que comunicaba con espacio del patio, más el diáfano soberado. El motivo que llevó a mi padre a cambiar de ciudad, fue la proximidad a Jimena de las fincas donde nos asentamos los últimos años.

## LOS CERQUIJOS

Después del periodo de convivencia en el caserío de Diego Duro, a finales de 1952, nos trasladamos a un enclave agrícola privado dentro del monte público Los Cerquijos, lindante con el río Hozgarganta en su vertiente sur. El propietario de estas tierras era Diego García, *Mármol*. Años más tarde las adquirió Paco Cózar, con el que al cabo de los años entablé una cercana relación, él desde la esfera de empresario de transporte y yo desde la Administración. Gran persona, servicial donde los hubiera y fiel amigo. Que en paz descanse.

En este lugar nos dedicamos a la siembra del terreno arrendado, así como al seguimiento del poco ganado que nos iba quedando (unas cien cabras, algunas vacas, cerdos y unas pocas ovejas). También teníamos arrendadas las suertes que pertenecían a la señora Caramelo y a los herederos de su marido. La convivencia en este lugar duró dos años.

Diego García tenía un hijo, también llamado Diego, y cuatro hijas. La menor, Isabel, fue con la que más traté, durante los dos años de convivencia en estas tierras.

En línea con la casa que ocupábamos los Lagunillas en este

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Vivienda de mis padres en Los Cerquijos

nuevo asentamiento, las familias más cercanas eran: el propietario de los terrenos, Diego García, y dos de sus hijos, Diego e Isabel; los aparceros del padre de Paco Cózar que provenían de Cortes; en la parte alta de la Fuente del Granado, aprovechando un pequeño rellano existente en plena ladera, vivían los Ojales –cuyos tres hijos varones terminaron siendo guardias civiles– y un familiar, creo recordar que se llamaba Catalina, que en su juventud estaría próxima a las dos varas y media, dedicada a la recova; Fernando Riquelme *el Botija*, su mujer, María García y sus tres pequeños –una niña y dos niños gemelos, con el infor-

## LOS CERQUIJOS

tunio del fallecimiento de la hija, al cumplir unos nueve años, y de uno de los gemelos años más tarde, por incompatibilidad de sangre de sus padres—; Juan Muñoz, su esposa Antonia y sus numerosos hijos, de los que sólo recuerdo los nombres de los mayores: Juana —guapísima—, Andrés, Paqui, María y Juan, todos ellos excelentes personas. El medio de vida de estas tres últimas familias era la producción del carbón vegetal y la campaña del descorche, como la mayoría de los habitantes del espacio natural del alcornocal de las provincias de Cádiz y Málaga en esa época.

Cuando la familia Muñoz emigró, la vivienda fue ocupada por Juan *el Juzqueño* —apodo sobrenido debido a su pueblo de procedencia, Júzcar (Málaga), hoy rebautizado como el pueblo de Los Pitufos, por haber sido pintado de azul para participar en el rodaje de la película de los populares personajes de los dibujos animados— casado con Antonia Muñoz más conocida por su discapacidad auditiva que por su nombre de pila. En la actualidad la vivienda la habita Mercedes Mateo, nieta del Señor Olivencia.

### A JUAN MUÑOZ

Juan Muñoz era hombre y bestia a la vez, en el mejor sentido de la palabra y con el mayor de los respetos. No tenía mulo o burro para desplazarse a Jimena cada mes para cumplir con los deberes de pagar los sellos de su vejez, cobrar el subsidio familiar y aprovisionarse de suministros para el siguiente periodo, que transportaba cargándolos él mismo, incluso cuando recogía currucas por los montes, que las tenía que acercar hasta el muelle de Las Cañillas a hombros —unas tres o cuatro arrobas—,

en una de las seras que utilizan los arrieros en el transporte del carbón.

Me gustaba escuchar sus palabras llenas de sabiduría de hombre ancestral y embrutecido, pero noble y cabal a la vez; solía comentar lo mal que lo pasó durante la guerra, en la cruel batalla del Ebro, en el frente republicano.

Cuando la mayor de sus hijas, Juana, contrajo matrimonio con Cristóbal, ciudadano nacido en Jubrique, población situada en el Valle del Genal, mis padres le ofrecieron nuestra casa de Jimena para hospedarse y disfrute de un modestísimo ágape. Hasta ahí todo normal. Lo relevante fue la injusta acción que tuvo el párroco de la Iglesia Nuestra Señora de la Victoria. Dicho ha quedado lo ancestral del que fue antiguo vecino de Los Alcornocales. Tanto era así que concertó con el cura que el acto del enlace se celebrara a las seis de la mañana, de un mes de diciembre, que es tanto como decir de madrugada, a lo que accedió el representante clerical. El calificarlo de injusta acción, resulta demasiado benévolo, se merecería otro adjetivo más apropiado a tanta maldad, porque la puerta de la iglesia no se abrió hasta pasadas las ocho, con el sol apuntando hacia el ocaso. Al raso, tuvieron que aguantar estoicamente, más de dos horas, los novios, y las diez o quince personas que le acompañábamos, hasta que le pareció bien consumir el enlace. Después de varios años me enteré que este párroco había tenido problemas con la curia allí donde fue destinado. Que un representante de la iglesia se mofase de una familia, tan humilde, noble y buena como era la de Juan Muñoz, le habrá llevado a estar implorando perdón allá donde esté. La familia Muñoz aun siendo pobres de solemnidad

## LOS CERQUIJOS



Antigua vivienda de la familia Muñoz rehabilitada

no era obstáculo para ser generosos y compartir lo que tenían con los demás, entre los que me incluyo durante unos meses, donde me quedé trabajando por el lugar.

De esa época recuerdo observar a las cabras recién paridas con su placenta colgando: los lugareños solían decir que la cabra «no terminaba de echar los pares», para lo que utilizaban un remedio casero, consistente en hacerle un collar con la piel de una planta timeléacea de flores blanquecinas cuya corteza sirve para cauterios, conocida por el nombre común de torvisco. Otra de las curas, bastante cruenta, era cuando el animal tenía una

Diego Duro



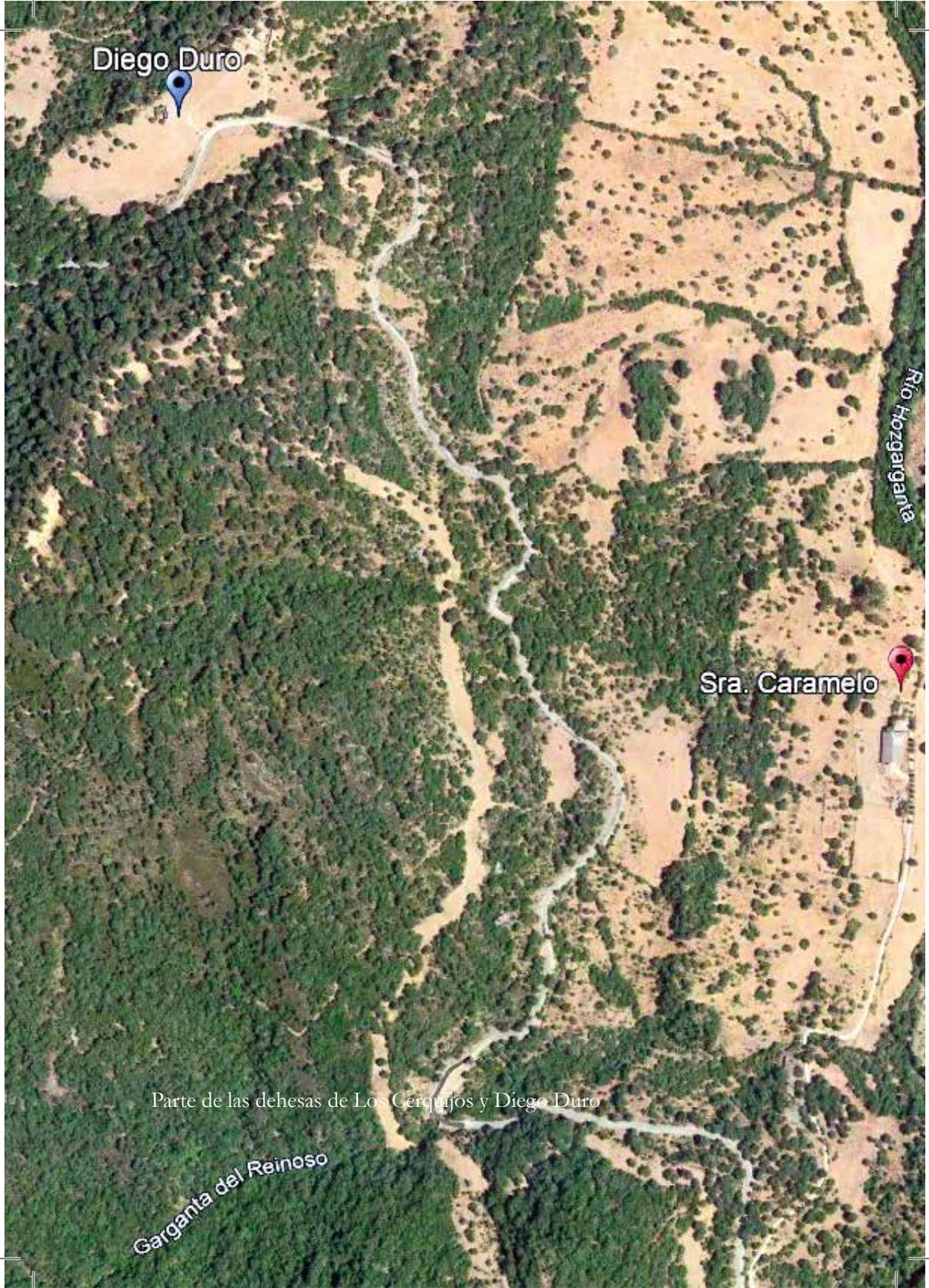
Río Hozgarganta

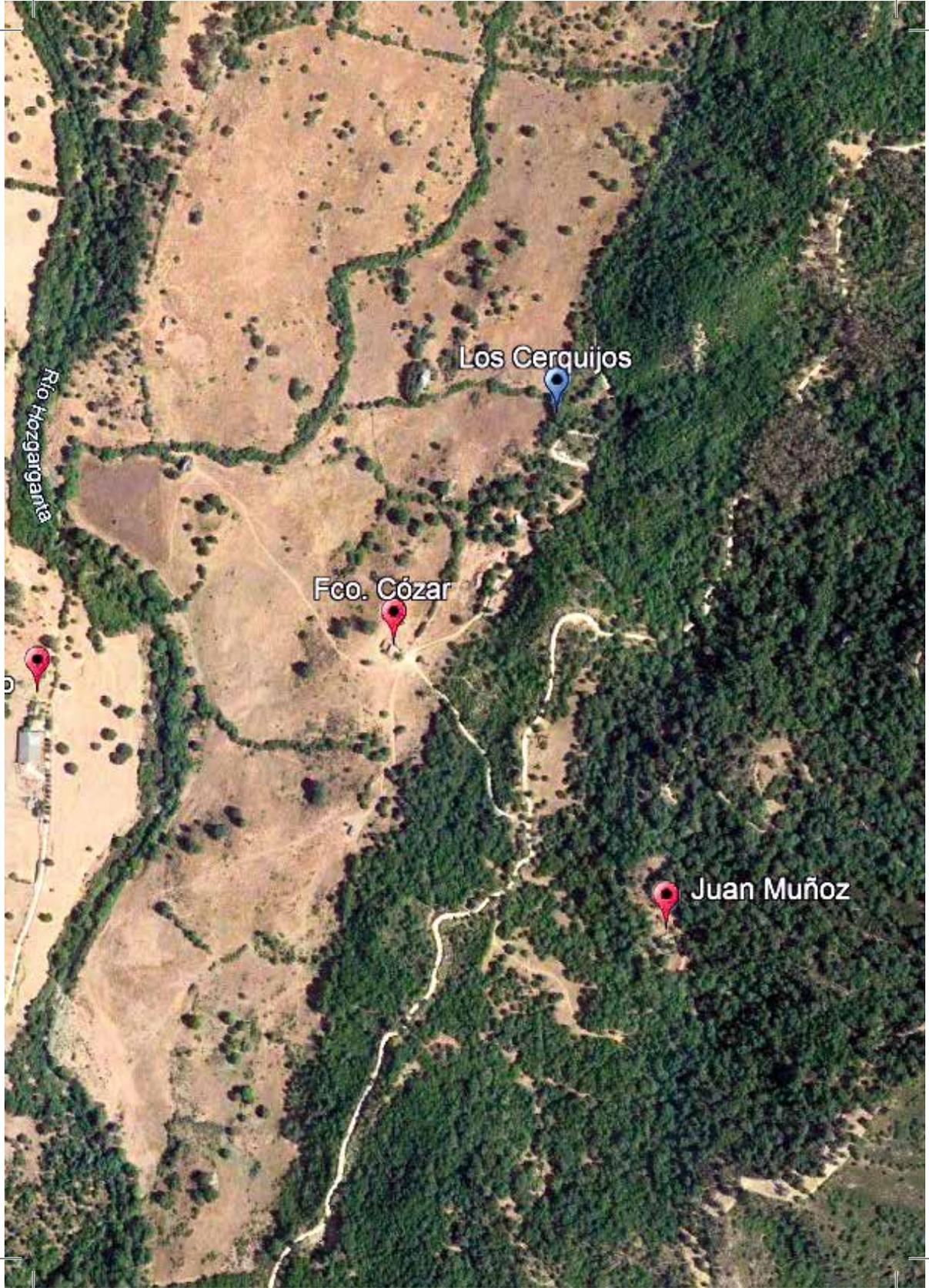
Sra. Caramelo



Parte de las dehesas de Los Cerquijos y Diego Duro

Garganta del Reinoso





Los Cerquijos

Fco. Cózar

Juan Muñoz

Rio Hozgarganta

dolencia en la vista semejante a un orzuelo, a la que se referían como «uñero» (no he podido aclarar por qué le daban ese nombre a una dolencia ocular). La cura consistía en introducirle un esparto por el orificio de la nariz que le llegaba hasta el párpado, evitando así la ceguera del animal. También existía el especialista en el castrado —o capado, como se conocía entre la gente del campo— tanto de machos como de hembras. Eran remedios e intervenciones necesarias que se hacían por expertos ante la carencia de veterinarios.

Otro de nuestros entretenimientos eran las cacerías de pajarillos: petirrojos, pinzones, carboneros, zorzales y algún que otro mirlo, que capturábamos con perchas de tablillas cubierta de tierra para que picaran el señuelo de gusanos que obteníamos de los huecos de los cardos secos de tagarninas y similares. Hasta que un buen día apareció un barbero de Algeciras con cincuenta perchas de alambre, transparentes y con pinganillo donde oprimía la aluda, de forma que se moviera con sus brillantes alas para atraer a los inofensivos insectívoros. Toda una lección recibí ese día en el arte cazar pajarillos; siendo de campo como era e hijo de sagaz cazador, nunca llegué a ser experto escopetero, ni en caza menor ni mayor, como contaré más adelante.

No se ocasionaba ningún perjuicio grave para la fauna, ya que en esa época se podían apreciar por cientos, sobre todo los petirrojos. El daño vino años después por el uso de pesticidas para controlar las plagas, por la proliferación de alimañas, así como por la caza abusiva de estos insectívoros que después se consumían en bares de los pueblos y ventas, que ofrecían las llamadas raciones de pajaritos fritos.

## LOS CERQUIJOS

También disfrutábamos observando los movimientos de las nutrias, cosa un tanto difícil, pues al más mínimo ruido se sumergían en las profundidades de los charcos que, en aquellos tiempos de lluvias copiosas, eran abundantes. Se apreciaban mejor sus movimientos a cierta distancia viendo la estela que dejaban cuando nadaban con su cabecilla fuera del agua. Lo que no llegué a ver nunca fueron las anguilas que habitan en el río Hozgarganta; estas no tienen dificultades para regresar al mar para reproducirse, debido a que en este río no existe ninguna presa ni obstáculo que se lo impida. Este afluente del Guadiaro es de los pocos que conserva su virginidad en Andalucía.

Estando en este nuevo lugar fue cuando se produjo una de las nevadas más copiosas que se recuerda en Andalucía y en toda España, el 2 de febrero de 1954, llegándose a alcanzar temperaturas mínimas nunca registradas. Me quedé asombrado cuando al salir fuera observé aquel manto blanco que había hecho desaparecer arroyos, el propio río, caminos y todo vestigio de capa terrestre. Los alcornosques perdieron gran parte de sus ramas por el excesivo peso de la nieve acumulada. Y, como dice el refrán: «Año de nieves, año de bienes», la montanera de aquel año fue una de las más copiosas en bellotas que se recuerda.

En uno de los viajes que mi padre hizo a Jimena, volvió con una máquina de escribir de segunda mano, para satisfacción de mi hermano Alonso que se la venía reclamando, pues estaba en puertas de irse voluntario al ejército, incorporándose después de unos pocos meses a la base aérea de La Parra en Jerez. (No me ha sido posible conocer detalles de su paso por el ejército, pero sí me consta que su destino fue en las oficinas del acuartelamiento).

Durante la estancia en este espacio tuvo lugar mi periodo de transición entre la niñez y la pubertad, nada fácil. Y, para complicarlo un poco más, aquí fue cuando sufrí el primer episodio de las desagradables y molestas taquicardias que me han acompañado durante toda mi vida. Podría ir, sin titubeos, al punto donde tuvo lugar; mientras estaba al cuidado de unas ovejas, resguardado de la lluvia en el tronco de un chaparro, apoyado en el palo alargado que utilizaba para arrear al ganado. La «chivata» la llamábamos. Se obtenía de los tallos de los acebuches que, una vez calentado en las llamas del fuego, se le quitaba la corteza de manera que quedaba limpio y en perfecto estado para su uso.

Por si fuera poco, unos de los días cuando pastoreaba las cabras, junto a la finca El Olivillo, en unión del hijo adoptivo del caminero, Miguel Melones, sufrí un pequeño accidente, al clavarme una astilla de un tronco de brezo o jara cortado a poca altura en forma de cuña, quedando incrustado y oculto entre la tibia y el gemelo, teniendo que ser auxiliado por este acompañante, cargándome sobre sus propios hombros. Lamento no recordar para citarles por su nombre. Al día siguiente me llevó mi padre a Jimena a lomo del noble caballo. El Dr. Marina se encargó de abrir con el escalpelo o bisturí hasta llegar a la escondida astilla que atravesaba el gemelo, cuya cicatriz no ha sido ocultada a pesar del abundante pelaje.

En 1954 nos fuimos a vivir a Jimena. ¿Qué ocurrió para que nos tuviéramos que ir de Los Cerquijos? El motivo fue económico: las tierras de labor no rendían lo suficiente para hacer frente a los gastos y al pago del alquiler a su dueño, agravado, por otra parte, a la liquidación del ganado que habíamos

## LOS CERQUIJOS

tomado en renta. El arrendamiento de las cabras consistía en que el dueño de las mismas las cedía a una segunda persona que se aprovechaba de lo que producían, a cambio de entregar a su propietario anualmente una cría hembra cada tres cabras. El negocio iba dejando de ser rentable debido a la adquisición de pastos, gastos de ganaderos, reposición de las bajas de los animales y demás añadidos. Esto provocó que la situación fuera insostenible. De todas formas, entiendo que la crisis de la familia comienza en la guerra civil española, con la pérdida de una parte importante de su pequeño patrimonio de ganado, unido, quizá, con la mala inversión de la compra y venta del rancho de Los Galayos, en el término de Algar.

De contar con una posición, digamos más o menos estable, para lo que eran aquellos tiempos pasamos de pobretones — como decía mi padre— a pobres con corbata. Todo fue a peor a medida que nos hacíamos mayores, racha que duró hasta que fuimos cumpliendo el servicio militar e incorporándonos a la Administración.

En definitiva, nos quedamos absolutamente sin nada —mientras, conservamos el caballo y la aceptable casa en el pueblo—. Mis padres, como ya he comentado, se fueron a Jimena. Yo me quedé en Los Cerquijos unos meses, en casa de la familia Muñoz, comiendo del mismo plato de la numerosa prole. Juan siempre me animaba, diciéndome que los tiempos malos también pasan, y que nuestra familia se recuperaría de aquella mala racha económica que nos acuciaba. Como dice un pasaje de *El Quijote*: «Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a amargas dificultades». Recuerdo que con los dos cepos que

tenía procuraba atrapar algún que otro conejo, caza que, algunos días conseguía, y de inmediato bajaba a Las Cañillas para intercambiarlo por pan, en el ventorrillo de José Morán. Pasados unos cuatro meses se vino mi hermano Paco conmigo —Alonso ya se había incorporado al ejército—. Sin tiempo que perder nos dedicamos a desbrozar monte, así como algún que otro horno de carbón, tanto en esta última finca como en Los Arenales (del que más adelante os hablaré), labor que nos pagaba el forestal en función de la superficie que conseguíamos limpiar. La noche la pasábamos en casa de esta buena familia. La comida nos la aderezábamos al pie del trabajo. No había mucho donde elegir, por decir algo. Consistía en poner una olla con garbanzos y tocino, encima de un triángulo con tres piedras que hacían de estoves, donde prendía la llama y creaba rescoldos. A eso del mediodía, sopas de pan con el caldo del puchero, y muy de tarde los garbanzos y la «pringá». Se reservaba una porción de tocino para la noche y el desayuno del siguiente día, que acompañábamos con café de cebada retostada, la llamada malta. Quizá de aquellos principios me vienen estos lodos de desapego a los quehaceres de la cocina. Fue una situación muy, muy dura, no sólo para un zagal de unos trece años, sino para toda la familia, que, si bien no habíamos navegado por la excesiva abundancia, desconocíamos la cruda realidad a la que nos tuvimos que enfrentar. Pero como dice el refrán: «No hay mal que cien años dure»... En adelante continuaré desgranando el futuro que me aguardaba.

## JIMENA DE LA FRONTERA

Al poco tiempo de instalarnos en la casa de Jimena, en el año 1955, mi hermano Paco y yo –Alonso había encontrado empleo con la familia Lobatón de Jerez– nos incorporamos al rancho de labor de los abuelos maternos a unos seis kilómetros del pueblo, conocido como Majada del Alcaide, donde estuve aproximadamente unos dos años.

De la explotación de este rancho dependían mis abuelos, mi tío Frasquito –casado con su prima hermana Sebastiana Cózar Calvo–, mi tío Juan y la tía Frasquita, así como mis primos: Catalina, Francisca, Miguel, Juana y Ana. Se quedaron huérfanos de padre cuando la mayor sólo tenía doce años, en noviembre de 1953; una tragedia y lastimoso contratiempo para una familia tan numerosa.

En ese periodo me tuve que enfrentar a trabajos que realizaban personas mucho más hechas que yo, cuando aún el acné no me dejaba crecer la barba, ya que tan sólo contaba con catorce años. En principio cuidando del ganado y después preparando el terreno para la siembra de trigo, haba, cebada... , que implicaba: escardar, labrar, recolectar en verano, trillar, aventar y dormir

al raso para cuidar que las plantas de verano no fueran arrasadas por los propios animales de trabajo. Lo que peor se me daba era segar con la hoz dentada, para lo cual nos protegíamos con cueros que nos ajustábamos en forma de dediles para evitar accidentes. De cada acometida que realizaba cogía un puñado de espigas y se me caían más de la mitad. ¡Un verdadero desastre!

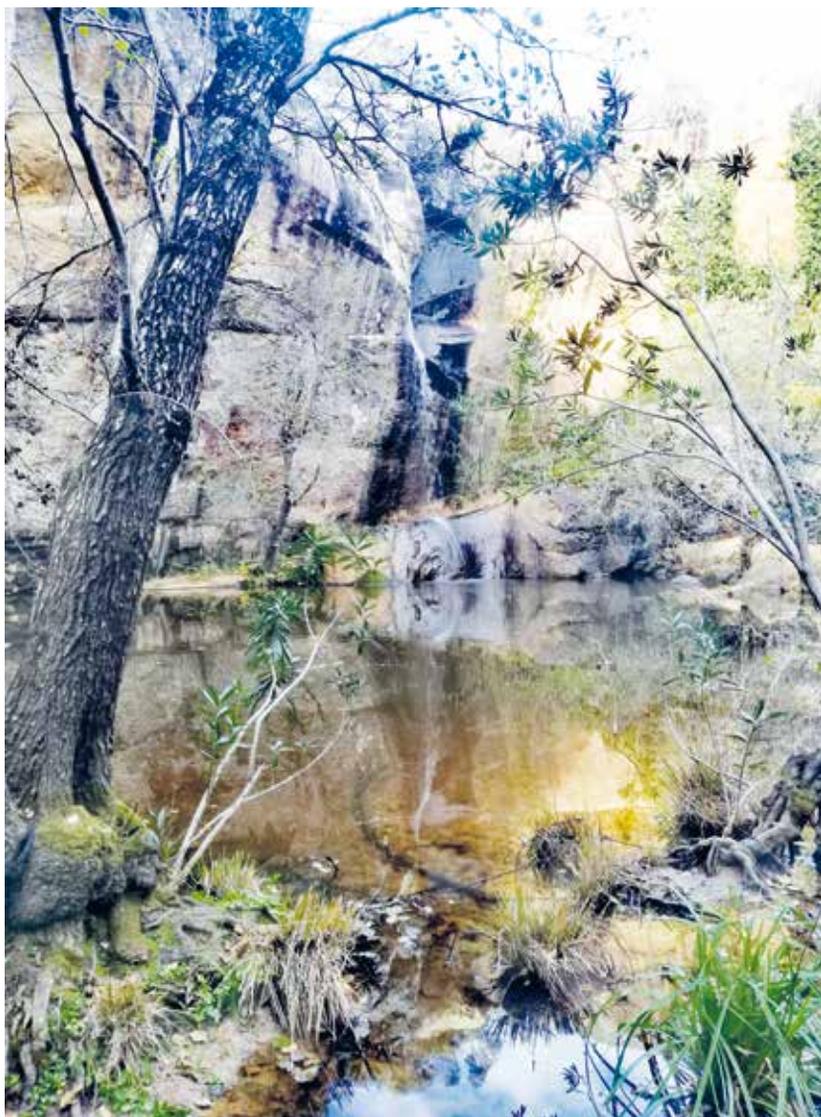
Además, colaboraba en la construcción del pajar, asentado sobre suelo cubierto de pajotes de rastrojo. Consistía en ir compactando la paja con un biello de seis puntas, llamado biella, que manejaba la persona más avezada en estas labores, en este caso por los hermanos Cumbres: Manuel y Frasquito, primos hermanos de la familia, para que quedara alzado en forma de choza de dos aguas, cubriéndose con los restos de rastrojo que, cuidadosamente, se iban adhiriendo y cosiendo, para lo que se utilizaban los tallos de una planta conocida como biznaga, cortados al uso de punta de lezna para su fácil introducción en el prensado pajar, de forma que se iba tejiendo y trenzando en forma de pespunte. En aquellos años no se utilizaba el plástico, al menos en grandes proporciones, por lo que había que arreglárselas con medios más primitivos y, a su vez, naturales. También ayudaba en la elaboración del pan, faena que comenzaba de madrugada para que cuando se hiciera de día el pan estuviera en el horno.

Las principales labores agrícolas, que comenzaban en octubre y finalizaban en septiembre del siguiente año, consistían en la preparación del terreno –con los medios de entonces– para la siembra de las semillas que se elegían en función de lo que se pretendía obtener. En esos años se hacía con arados de madera

con un cabezal que terminaba en punta donde se colocaba la funda de hierro —la reja— que era la que se introducía y quebrantaba la tierra, tirados por yuntas de vacas uncidas al yugo. Para el adiestramiento de las reses nuevas se utilizaba una de las vacas veteranas que la acompañaba, llamada «nodriza». También se empleaban arados de vertedera metálicos en sitios propicios, desplazando la tierra sólo hacia un lado con su orejera de hierro como toda la parte trasera.

La faena comenzaba al salir el sol y duraba hasta al atardecer, con dos recesos para el avituallamiento de los gañanes y otro para dar de comer a las vacas de trabajo, que se hacía aportándoles pequeños manojos de forraje que se obtenían de leguminosas que se sembraban, recolectaban y se almacenaban para este fin. Como estaban uncidas se les daba de comer a mano, poniéndole un manojito en la propia boca: ora izquierda, ora derecha. Una vez terminada la jornada, se las libraba de tan pesado trabajo y de la tortura que significaba estar todo el día sin poder lamerse, aguantando toda la presión que suponía estar atrapadas en el yugo; se las sometía a un enorme esfuerzo, utilizándose una agujada con una paleta de hierro en un extremo y el agujón en el otro, que tenía doble finalidad: quitar la tierra que se iba acumulando en el arado y exigir el máximo rendimiento de la yunta. A continuación, se las llevaba al abrevadero que estaba en el nacimiento del arroyo El Salado, que desemboca en el río Hozgarganta, junto al Chorreón —como nosotros le llamábamos— hoy conocido por los numerosos visitantes como la Cascada de la Crica, de agua trasparente y sana, de la que también se surtían los vecinos de la zona.

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Cascada del Salado o de la Crica

Una vez que habían saciado la sed, regresaban a la gañanía que estaba junto a la vivienda del rancho, se incorporaban cada una a su pesebre y quedaban atadas en corto. El gañán que se encargaba de alimentarlas les suministraba pequeñas raciones de paja que engullían, dejando los pajotes menos comestibles, que el propio asistente retiraba pasando sus manos junto al hocico del animal que esperaba impaciente otra nueva ración. Esta faena se alargaba hasta las diez de la noche, momento en el que se liberaban en el corral que había anexo a la gañanía, para que descansaran y pudieran rumiar el pienso ingerido. A las cuatro de la mañana del siguiente día se repetía la misma ceremonia anterior, faena que duraba hasta el amanecer, momento en el que se volvían a liberar para llevarlas, de nuevo, al abrevadero antes de ser conducidas hasta el lugar de la besana del día anterior. Así un día y otro, durante un periodo que duraba todo el otoño y parte del invierno.

Existen un sinfín de refranes, proverbios, dichos y citas literarias que la meteorología se está encargando de que caigan en el olvido. Gracias a los libros permanecerán en el tiempo allí donde les toque estar. A mi abuela y a mi padre los oía decir: «Esta tarde ni la *escampá*

del cabrero», tan necesaria para dar lugar a amamantar los cabritillos, ordeñar, o lo que fuera. Los gañanes solían comentar: «Cuando salta el vendaval, suelta los bueyes y vete del lugar», el vendaval era el viento del suroeste, que nos traían copiosas

*Al amanecer el día,  
con los zapatos «calaos»,  
a la besana me voy  
a remover la tierra,  
con la yunta y el arao.*

lluvias para dos o tres meses. «¡Llueve *aescanza jarriero*!» —nunca entendí el significado del inventado palabro—; «llueve más que cuando se *ajogó* bigote»; «si llueve por San Canuto, lloverá tres meses justos»; «si se moja el miércoles de ceniza, la cuaresma será de lluvias» . . . , comentaban los labriegos.

Después de la siembra realizábamos las faenas de limpieza de los trigos, evitando que las malas yerbas perjudicaran su crecimiento, trabajos que se hacían con escardillo —pequeña azada con amplio mango o cabo— que nos servía para arrancar los cardos y otras hierbas nocivas, así como la preparación de los terrenos donde se debían sembrar las plantas de verano.

En los meses de verano se recolectaba todo lo que se había sembrado a lo largo del trimestre otoñal y los dos meses del año siguiente. Consistía en la siega de las habas y continuaba con la de los trigos —semilla de ciclo largo que duraba hasta seis y siete meses para su maduración—. La recolección del trigo se realizaba de forma manual utilizando la hoz dentada con el que los buenos segadores iban haciendo pequeñas gavillas trenzadas de forma que las espigas no se cayeran. Las colocaban trabadas unas encima de otras hasta formar el «jace», como se le solían llamar al apilamiento de varias gavillas, atándose por mediación de trenza que se conseguía uniendo dos manojos de vara de trigo que se cortaban a ras de tierra y se empalmaban por las puntas de las espigas como si de un nudo marineró se tratara. Después se procedía al transporte de la acumulación de «jaces» para lo que se empleaba la carreta tirada por bueyes o vacas — en nuestro caso por un toro retinto castrado y una vaca— que los hacían llegar hasta el lugar donde tenía lugar el trillado que

se llevaba a cabo con el hacinamiento de los «jaces» en la era circular, con un radio de unos cinco o seis metros, quedando constituida la parva. A continuación, se metían las recuas de yeguas –erradas previamente– en colleras o tríos, adornadas con esquilas, cascabeles y campanillas, donde se les obligaba a dar vueltas en torno al centro del círculo donde se situaba el que las dirigía, a la vez que tiraban del trillo que era un tablón con cuchillitas de acero y que ayudaba a la trituración del cereal maduro. Conforme se iba compactando el forraje se le daban dos o tres vueltas a la parva –con los biellos– hasta conseguir el resultado perseguido que era la total trituración. Una vez concluida la faena del trillado se procedía a la separación de la paja del grano, que se llevaba a cabo por medio de los biellos aprovechando las mareas del aire propicio para que el cereal cayera a un lado y la paja se desplazara al lugar contrario.

Las faenas de verano terminaban con la recolecta de maíz; almacenamiento de la paja; el desplazamiento de las vacas –salvo las domadas para las labores de preparación del terreno– hasta una de las dieciséis dehesas de La Almoraima, conocida como Hoyuelos, donde se concertaba su pastoreo hasta el verano del año siguiente que volvían para aprovechar el agostadero.

Durante estos casi ocho meses las vacas eran vigiladas por Manolo Barea que, como ya he comentado, fue criado por los

*Ya está la parva en la era,  
y las yeguas bien comías,  
esperando el manigero,  
que las lleve bien conducías.*

abuelos como uno más de la familia. Tras la muerte de la abuela Catalina en 1961 se produjo la partición de tierras y del ganado entre sus cuatro herederos.

El último año que estuve en el rancho de los abuelos, sobre mediados de septiembre, le planteé a mis padres que me dejaran ir a la feria de mi pueblo de nacimiento, Ubrique. Al no poner impedimento, allá que me fui, aprovechando un camión que se desplazaba desde la Estación de Jimena hasta la cañada de Los Gamonales, próximo al campo de fútbol de Ubrique, donde estaban estibadas las corchas de la finca Barrida. Diariamente este camión transportaba el corcho de Ubrique hasta los patios de corcho de la Estación de Jimena, para una primera transformación. Pues bien, tanto el conductor, Miguel, con barriga voluminosa y unas pequeñas gafas que se sostenían en la punta de su nariz, como el ayudante, Antonio –apodado *el Ciruela*– no te exigían que le pagaras, pero sí estaban dispuestos a recibir la propina que se le ofrecía, así que una vez llegados al punto de destino les ofrecí veinticinco pesetas, con el compromiso de que terminada la feria me volvería con ellos, para lo que reservé la misma cantidad para la propina de regreso. Me hospedé en casa de mis tíos, Roque e Isabel. Lo cierto es que los sucesos más llamativos de la feria que era lo sustancial, quedaron al margen debido a la complicación del regreso.

Resulta que, al día siguiente de terminada la feria, tenía que desplazarme hasta el lugar de carga del camión, pero ocurrió que me quedé dormido como una piedra, hasta que mi tía Isabel subió a la segunda planta y me despertó, pero a esa hora el sol estaba ya bastante alto; así que cogí el traje que tan cui-

dadosamente mi madre me había preparado, lo lie en el paño de muselina, como si de un muletilla se tratara —de los tantos que transitaban por España con la esperanza de llegar a ser millonarios—. Salí corriendo hacia donde debía estar el camión a punto de iniciar el regreso, casi tres kilómetros, pero antes de llegar ya vi como el camión subía la cuesta hacia el cruce del Mojón de la Víbora con su carga de corcho. Lo seguí casi a la misma velocidad, como si me fuera posible darle alcance. La determinación de qué hacer, no ofrecía alternativa, sólo había una opción, que era continuar, si no corriendo, seguir con paso firme hasta plantarme en el cruce del Mojón de la Víbora, donde la carretera se bifurca tomando dos direcciones: sentido Cortes de la Frontera, hacia la izquierda, y Jimena de la Frontera, hacia la derecha. Una vez allí, con todo lo que hoy conocemos como el Parque de Los Alcornocales por delante, me decidí bajar paralelo al arroyo Charcones, que abastece en tiempo de lluvia a la garganta de Pasada Blanca, junto a las fincas La Fantasma, Empedrado y Fantasía; hasta pisar suelo de los montes de Ronda, del término de Cortes, atravesando las fincas Bañuelos, Parralejo y subir a La Carrera del Caballo, parte de Las Lomas, Fuente de los Arrieros, Breñilla, Majada Helo, Lobo Alto, Lobo Bajo y las suertes de las Benazainas, todas ellas de dimensiones latifundistas. El último tramo estaba formado por campiñas, hasta llegar a mi casa de la calle Santa Ana, nº 48, con las veinticinco pesetas reservadas para el regreso en mi bolsillo. Partiría a eso de las once de la mañana de la casa de mi tía y llegué a Jimena sobre las dieciocho horas, sin haberme llevado un bocado de comida a la boca, calzado

con los zapatos de feria y la improvisada mochila que contenía el traje.

La distancia por carretera entre los dos pueblos es de sesenta kilómetros, haciéndolo a través del camino de herradura que une ambas localidades se acorta muchísimo, pero no menos de treinta y cinco, también debido a lo mucho que atajé hasta llegar a un lugar conocido como La Carrera del Caballo, sin obedecer caminos, aprovechando que los montes estaban muy limpios y era fácil transitarlos. Haciendo cálculos la velocidad que me impuse fue de unos siete kilómetros por hora, para un chaval de entre catorce y quince años, teniendo que transitar por parajes desconocidos hasta entonces, sólo apoyado en el sentido de la orientación, más que andar volaba. Hoy me parece inverosímil.

En mayo de 2019 organizamos una excursión varios socios de la Asociación Amigos del Parque de Los Alcornocales que, partiendo del cruce que existe en El Berrueco, nos llevó hasta el camping de la Tenería, próximo a Jimena, siguiendo lo que es el camino de Jimena a Ubrique, debidamente señalado. (Vereda muy transitada en los tiempos del contrabando de tabaco que transportaban a lomo de caballerías, partiendo desde la playa de La Atunara, en La Línea de la Concepción, con destino a los pueblos de la Sierra de Cádiz y parte de la de Sevilla, el regreso lo hacían por la carretera que conduce a Jimena). Durante el trayecto –que se alargó hasta las siete de la tarde, unos treinta kilómetros, disfrutando de maravillosas vistas y fantástica vegetación entre los que destacan los quejigos, en la zona más umbría, así como los alcornoques de gran parte del Parque,

incluidos los montes pertenecientes a la provincia de Málaga— fui recordando mi odisea de regreso de la feria.

Pero como me resistía a enterrarme en el surco detrás de la yunta y debido a lo poco retribuido que estaba el trabajo que se realizaba en las faenas agrícolas —diez pesetas al día— y a la cantidad de horas que había que dedicar —el día se confundía con la noche y la noche con el día— decidí cambiar de rumbo, estableciéndome por mi cuenta en la profesión de carbonero de aquellos años —de la que ya tenía la corta experiencia ya comentada— durante dos campañas: 1956 y 1957. Para ello cogí lo más imprescindible, algunos cacharros de cocinar, algo de comida, una manta y un estrecho colchón relleno de pajotes de avena y de hojas de maíz —sustituto de la lana—, así como las herramientas imprescindibles para esa profesión: el hacha, la espiocha —con una azada alargada en un extremo y una paleta tipo hacha en el otro— que nos valía para descepar, y el calabozo que me hizo un gitano que tenía una pequeña fragua en la calle Ancha de Jimena, más que un calabozo era un mazo para machacar carne —Fernando, del que me hice socio, se metía conmigo cuando una y otra vez iba a los arroyos en busca de piedra arenisca y agua para afilarlo, otras veces con la pequeña lima...; ¡dos años luchando con el maldito calabozo!—. Todo ello lo coloqué en el caballo que conservábamos, y me planté en el monte Los Arenales, del que años antes habíamos sido colonos.

¿Veis? De colono a carbonero..., con lonas que cubrían las piernas por delante, solapa —de paño para carboneros y de lona para segadores— que te cubría pecho y espalda, y trenca con ojales y botonera, al contrario, culero de palma para proteger

las posaderas de la lluvia, zapatos sin calcetines y calzones remendados.

Me instalé en una pequeña choza compartida con Diego García –citado en el paraje de Los Cerquijos–, situada en la parte alta del monte, lindante con la finca Las Casillas, justo al lado de la casa forestal ocupada por Paco Trujillo, y próxima a la choza de brezo que ocupaba Juan Palas, padre de cuatro hijos, dos de ellos –Diego y Juan– de carboneros llegaron a ser compañeros míos en el cuerpo de la Guardería Forestal. Instalamos dos catres, de forma perpendicular el de arriba, con la parte trasera del de abajo, de tal insuficiencia que cuando me acostaba mi cuerpo daba con la techumbre de la reducida choza, ni acordarme quiero pensar en el frío que pasé ese invierno. Desde entonces creo que me viene la querencia de querer madrugar y recordar los refranes de padre, que decían: «A quien madruga Dios le ayuda»; «Un hombre por madrugar se encontró un costal, pero más madrugó el que lo perdió». Para alumbrarnos aprovechábamos la tenue luz del fuego, auxiliado, a veces, por la linterna de petaca de Diego. Alguna noche nos presentábamos en casa de Paco y de Herminia, su señora, que cuidaba de su pequeña hija, para escuchar la radio que poseían. Lo recuerdo intentando sintonizar con La Pirenaica, emisora del partido comunista de cara al exterior, con su botella y copa de vino a la mano, cuando no, alguna portuguesa.

A JUAN PALAS

Juan Palas era todo un personaje destacado de por allí, delgaducho, ni grande ni chico, con una considerable mata de pelo repoblada de abundantes canas; así

lo recuerdo durante los dos años que coincidimos en operaciones de descorche. De profesión carbonero y desbrozador —con calabozo y hacha— de los montes durante nueve meses al año, y corchero en la temporada de verano. Cuando se dedicaba a desbrozar de maleza la zona que los forestales le marcaban —trabajo que realizaba a destajo, con la ayuda de sus hijos— colgaba la radio de pilas en la rama que tenía más a la mano para estar al tanto de las noticias diarias, ¡y vaya si lo estaba! Tanto él como sus hijos eran corresponsales de cualquier noticia del mundo mundial, además de estar al corriente de los resultados semanales de las quinielas, en las que participaban, para ello cada semana bajaba al pueblo uno de sus hijos a cumplimentar el boleto. En su actividad de corchero le era imprescindible tener junto a él una botella llena de café que consumía durante la jornada. Cuando se daba de mano, ponía pies en polvorosa y se iba a pasar la noche con su mujer y cuatro hijos. Daba igual lo lejano del lugar, para él no existían distancias insuperables, ni tabique entre el día y la noche.

Como he dicho, me asocié con Fernando, conocido por el sobrenombre de *Botija*, carbonero de profesión, padre de familia numerosa que tenía que trabajar de sol a sol para mantenerla. Por entonces yo contaba con poco más de diecisiete años.

La campaña del carboneo duraba desde principios del otoño hasta junio del año siguiente. El forestal, Paco Trujillo (años después compañero de profesión y amigo) nos marcó unas parcelas que teníamos que rozar: a cambio nos permitía despejar los lentiscos, brezos y demás arbustos, así como aprovechar

las ramas de los chaparros que se talaban para su limpieza. Las cepas de brezo eran muy fáciles de arrancar, no así la de los lentiscos y otros arbustos que había que hacerles un considerable hueco, para ir cercenando las raíces al mismo tiempo que nos valía para hacer palanca hacia la oquedad. Una de las veces que nos visitó el forestal nombrado, le solicitamos terciar un quejigo de muchos años para que se refrescara —terciar era quitarle ramas, bien por exceso o deforme, en la creencia de darle más vitalidad al propio árbol— como no le pareció bien, picó espuela al caballo negro que montaba y se fue, pero soltando una verborrea de palabras que no llegamos a entender. Con esta materia prima que conseguíamos, construíamos los hornos de carbón, en el alfarje que se hacía en el sitio adecuado, colocando toda la leña de forma cupular y ordenada. A continuación, lo cubríamos con las propias matas de los desbroces debidamente ahormadas para que nos sirvieran de aislante entre la leña y el sellado de tierra. Esta tierra la colocábamos con la ayuda de unas pequeñas espuelas con poco fondo (conocida por nosotros como «esportilla terrera»), hasta terminar en la cúspide. Se dejaba un pequeño orificio sobre el suelo formado por dos buenas piedras de canto y otra atravesada que servía para prenderle fuego. La cochura duraba en función del volumen de leña estibada y, según algunos expertos, del tipo de tierra que se elegía para su cubierta. La parte por donde se prendía fuego la denominaban la «caía», por ser donde más leña se consumía y más ceniza se acumulaba, con la consiguiente merma del carbón.

Al cabo de los años, Paco Trujillo fue relevado por José López Gil, uno de los antiguos guardas forestales, que, afor-

tunadamente, sigue entre nosotros, recogiendo el testigo de la longevidad del gremio.

Después del tiempo transcurrido, me pregunto: «¿Cómo me las apañaba para realizar trabajos tan duros?». Ora agarrado a la mancera del arado; ora en los trabajos de carbonero, con la espiocha de tres o cuatro kilos; rodear la leña hasta el alfarje a lomo «pela»; terciar las ramas de los chaparros, colgándote, a veces, de un pie desde la cruz del nacimiento de dos ramas, quedando libres ambas manos para conseguir que la herida del árbol quedara vertical y alisada, con el fin de una pronta vestidura por el líber o capa madre del chaparro; chaspar lo troceado de las ramas taladas para obtener las currucas, en el manejo de la pesada hacha, con diecisiete años y menos, y un peso inferior a sesenta kilos, al mismo ritmo que personas profesionales en esas ocupaciones. Adquirí tan aceleradamente la práctica que los carboneros cercanos nos requerían para tales menesteres, a cambio de devolvernos el favor con peonadas allí donde fuera necesario. ¿Cómo era posible? Si yo en lo físico estaba más cerca de lo enteco que de lo macizo, tanto que mis muñecas se semejaban a patitas de cabrito, comparado con los compañeros dedicados al carboneo. Cuando el sol se escondía y aparecía la noche, quedabas derrengado del excesivo esfuerzo. Salvo arrimar dinero al hogar familiar y estar a la altura de los demás, no tengo respuesta.

Los carboneros de aquella época canturreaban:

Los hornos de carbón,  
si no fuera por la *caía*,  
la mujer del carbonero,  
de seda se vestiría.

La segunda campaña que hice fue similar a la primera, con el mismo socio, Fernando, salvo que, en finca diferente, en este caso en Las Fasanas, propiedad de una conocida familia de mi padre de Cortes de la Frontera (después ha sido adquirida por el Sr. González Gordon) y colindante con El Gamín, Abanto, Los Cerquijos y la garganta de Pasada Blanca. El habitáculo donde parábamos estaba junto a las casas de La Higuiereta, lugar de residencia de tres o cuatro familias, entre ellas las hermanas conocidas por el mote de *las Maereras* (la mayor de ellas, casada con un tal Juan, apodado *Pelajigos*, carbonero de profesión), que, supuestamente, junto con la señora Caramelo —que vivía a no mucha distancia de la Vega del Negro— eran las vecinas que más animaban las fiestas que se celebraban en el entorno de la Cañada Real de los Bueyes de Ronda. Precisamente, en una de las casas que existían en este lugar, convivió mi padre durante un año —mientras el resto de la familia seguíamos en la vivienda de Ubrique— así como las dos personas que trabajaban para él en la explotación de la finca Los Cerquijos que tenía en arrendamiento. El carbón se lo vendíamos a Manolo García Vargas, *el Monge*, con quien desde entonces guardé una sincera y gran amistad. Este hacía de comprador y transportista con sus mulos, desde donde se producía hasta el muelle de Las Cañillas, para luego ser trasladado y distribuido hasta las distintas poblaciones de la comarca.

El último negocio que hicimos con él fue cuando le vendimos el carbón producido durante la campaña en la finca Las Fasanas, de la que he hecho referencia a lo largo del itinerario seguido. Recuerdo sus comentarios a la vez que escarbaba so-

bre el amontonado carbón, llenando las seras para ser transportado, decía: «esto no es lo dicho sobre carbón de chaparro. Mira, todo esto es de cepas de brezo, que luego cuesta venderlo, porque chisporrotea mucho, echa mucho humo, es muy apagadizo y calienta poco, motivo por el que las mujeres no lo quieren».

Puede resultar impropio que, a tan temprana edad, me convirtiera en patrono ocasional, junto con mi socio Fernando. Nos aprovechábamos de la demanda de trabajadores procedentes de pueblos ubicados en la cuenca del río Genal, que una vez terminada la campaña de recogida de las castañas, tan abundante en esa zona, aparecían por Las Cañillas en busca de peonadas en la producción de carbón. Obvio es comentar que no se cumplían las más mínimas condiciones de protección social; así se funcionaba en aquellos años de la posguerra en la rama agrícola y forestal, me arriesgo a aseverar que, salvo excepciones, de forma generalizada.

Los veranos de estos dos últimos años los aproveché como operario en operaciones de descorche, ambos en el monte público Los Arenales, del Ayuntamiento de Jimena, colaborando en la recogida de los pequeños trozos de corcho que dejaban detrás los recogedores que llevaban las planchas hasta el sitio que se elegía para su pesado, y los arrieros lo enfardaban para ser transportados a lomos de mulos y burros hasta el muelle de Las Cañillas; así como de aguador, teniendo que estar presto para acudir allí donde se oía alguna voz: «¡Aguador, agua!». No era fácil discernir la manera de reclamar la presencia del aguador con la otra que utilizaban los corcheros cuando había varios

obreros descorchando un mismo chaparro –con buen fuste y varias ramas productoras del excelente aislante– para alertar a los de abajo con la advertencia de: «¡Agua val!», antes de dejar caer alguna plancha de corcho de cierto peso.

Los corcheros, además de dejar desnudos los chaparros, los más jóvenes a medio cuerpo, grababan la corteza de los troncos con la punta de la navaja e incluso con la propia hacha corchera, dejando inscripciones sobre temas amorosos, eróticos, cruces, fechas y otros símbolos que el corcho iba zampándose a medidas que cumplía años. Semejante a la escritura de los primitivos pobladores del planeta, anteriores a la aparición de los rollos egipcios, papiros, tablillas enceradas..., y más tarde el papel... Los libros son hijos de los árboles, como reza en el libro *El infinito en un junco* de Irene Vallejo.

Estas operaciones de saca de corcho estaban bien retribuidas, aunque eran muy temporales, a lo sumo unas cuatro quincenas, desde mediados de junio hasta mediados de agosto. Las cuadrillas se organizaban en torno al capataz –persona con mucha experiencia y respetadas por todos–, corcheros, recogedores, esportonero, aguador, cortadores, pesadores, arrieros y el imprescindible cocinero, que se encargaba de repetir diariamente la misma dieta, que consistía en: sopas de pan, cocido de garbanzos y gazpacho. Los garbanzos se cocían a fuego lento con la leña del lugar con gran cantidad de tocino, lo que hacía que estuvieran muy mantecosos y buenos para el paladar; los problemas posteriores que este manjar leguminoso producía en cada uno de los sistemas digestivos de toda la cuadrilla de corcheros y auxiliares se resolvían fácilmente al contacto con el aire puro

del ambiente que nos rodeaba. Al salir el sol ya había que estar en plena faena, hasta las diez de la mañana, momento en el que nos desplazábamos hasta el «jato» —como le llamábamos al sitio donde se montaba la cocina e instalaba cada uno sus propias pertenencias— para hacer la primera comida del día, las sopas de pan. A continuación, vuelta al trabajo, horario que duraba hasta las catorce horas, que regresábamos de nuevo para dar cuenta del cocido que el cocinero nos tenía preparado en su correspondiente lebrillo. Esta segunda comida seguida de la siesta, se prolongaba hasta las dieciséis horas. Ese era el peor momento, cuando nos volvíamos a reincorporar al lugar del trabajo, con el sol casi en la vertical, la temperatura en su pico más extremo —las chicharras a todo pulmón, en organizada sinfonía— unido a la elevación de calor que desprende el propio monte y la orografía del terreno: cañadas y canutos donde en determinados momentos no entra ni gota de aire; todo ello hace muy duro el trabajo del corchero y de quienes los auxilian: recogedores, aguadores, arrieros y demás personal ya nombrado. Cuando caía el sol, se daba por concluida la jornada y vuelta al «jato», donde nos esperaba la última comida del día: gazpacho y el tocino que había sobrado del cocido. Guardo un buen recuerdo de la experiencia vivida en aquellos dos veranos, en la que estuve compartiendo trabajos con personas comprometidas con su especializada profesión, así como de las anécdotas, chistes y bromas, algunas un tanto pesadas. Con el paso del tiempo estas operaciones han ido cambiando la forma de organizarse y de actuar: la utilización de escaleras, las vías de comunicación y los medios de transporte ha contribuido a su mejora.

En los anales de los nacidos en Los Alcornocales se guardan numerosas historias relacionadas con las faenas de su entorno. Hace corto tiempo, alguien cercano, me ha contado una que yo ignoraba, sobre la peripecia de un corchero de Los Barrios.

*A labrarme el porvenir,  
a las corchas me marché,  
cómo sería la cosa,  
que solo dos veranos aguanté.*

Resulta que un verano de tiempos lejanos, en la cuadrilla formada para el descorche de La Granja (por citar algún latifundio, ya que podría ser cualquier otra de las extensas fincas forestales de este término, como son: Ahojiz, Valdeinfierno, Zanona,

Fatiga, Murta...), uno de ellos tenía por costumbre despojarse de calzones y calzoncillos durante la jornada de trabajo, protegiéndose solo con las lonas que, como saben, cubre la parte delantera de cintura para abajo para proteger —precisamente— el calzón, dejando emancipado todo el trasero; además lucía poblada y larga cabellera, abundante barba y vestimenta haraposa e impúdica, siendo el hazmerreír del grupo, que lo citaban como *el Simio*, pues consideraban que sueltos o mal ajustados debía tener algunos de los segmentos del cerebro. Sí, sí... ¡Menuda falta de percepción de sus compañeros!

Uno de esos días cuando la cuadrilla faenaba por las proximidades del caserío, a las hijas del señorito les movió la curiosidad de presenciar la labor que realizaban los curtidos corcheros. Fue tal la sorpresa que causó a las adolescentes, al presenciar la indecorosa actitud del sujeto con las desguarnecidas posaderas, que prendieron a correr en busca de la protección de la familia:

«¡Papá, papá! ¡Horrible, horrible! ¡No sabemos ni contar lo que acabamos de ver!». De inmediato el señorito se dirigió al capataz para que despidiera al personaje.

El despedido corchero no tuvo otra alternativa que coger el «jatillo» y caminar hacia Los Barrios, pero una vez llegado se lo pensó bien: se cambió de ropas; en la barbería le raparon el pelo y le afeitaron la exagerada barba; volvió a coger el hacha profesional y se presentó, a primera hora, en el cortijo ante el mismo señorito.

– Buenos días, señor, estoy buscando trabajo, ya que no he podido incorporarme a tiempo a ninguna cuadrilla.

– ¡Bienvenido sea! Ha llegado en el momento justo, hace dos días que hemos tenido que despedir a un corchero por indecente, así que preséntese usted al capataz y demás corcheros que están en el jato esperando que levante la niebla, y lo incorpore al grupo –contestó el señorito. Sabido es que cuando llueve o hay niebla intensa se debe suspender el descorche hasta que el sol y la marea del viento reinante sequen la humedad o lluvia caída, en evitación de lesionar los chaparros.

El sorprendido capataz, al verlo, lo miró de alto a bajo, y comentó:

– ¡La madre que te parió! ¡Qué pedazo de cabrón! ¡Menudo prenda estás hecho!

Desde principios de 1959 a julio de 1961 (fecha de mi incorporación al servicio militar) estuve dedicado a cuidar de un rebaño de cerdos que mi padre había logrado reunir en dos terrenos que tomó en renta: uno en las proximidades del pueblo y una suerte de Los Hoyones o Benazaina poblada de alcornos.

ques, a unos cinco kilómetros de Jimena. Aprovechábamos la hierba de la campiña y la bellota, en el tiempo de la montanera, coincidentes con los meses otoñales. Como me sobraba tiempo me dediqué, utilizando mi experiencia de años anteriores en la tarea del carboneo vegetal, a confeccionar dos hornos con la leña que obtenía de la limpieza de los alcornoques del propio monte que teníamos en renta. Por cierto, en el verano de 2019, durante las vacaciones que mi primo Miguel Guzmán disfrutó en El Puerto de Santa María, me recordó que había estado ayudándome en el trabajo de esta última intervención que tuve como carbonero ocasional. No me contó si le pagué o lo hizo altruistamente.

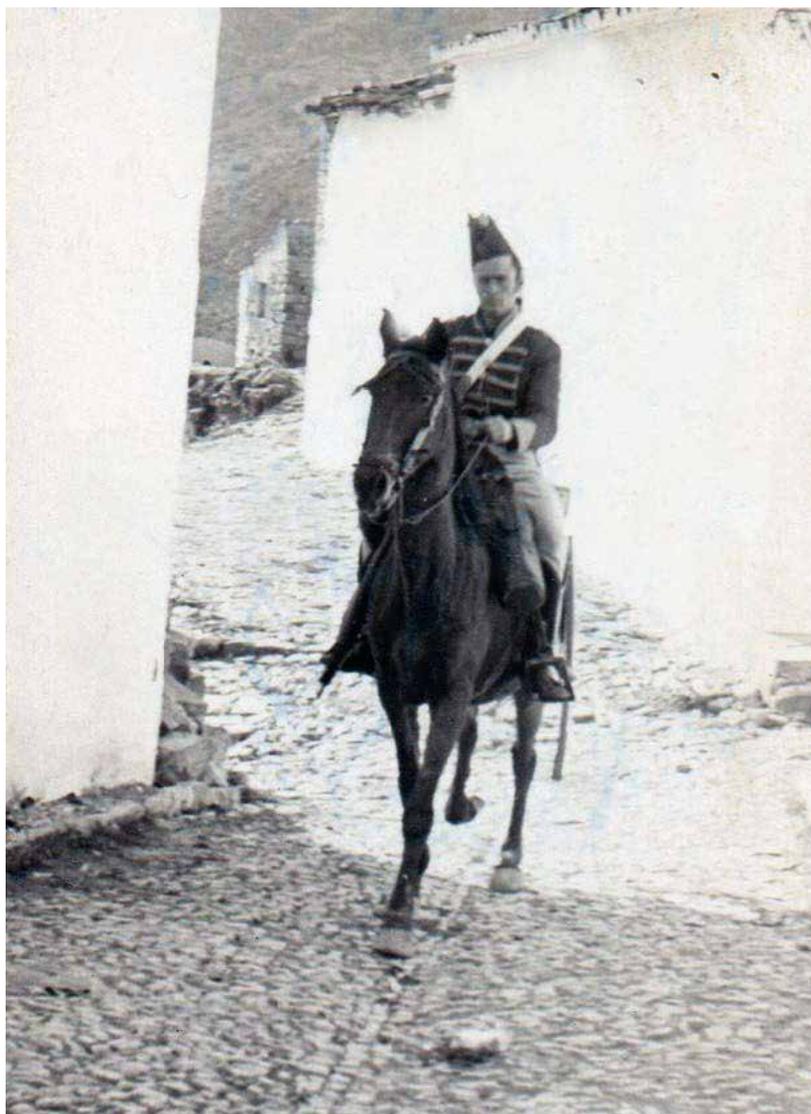
También hice de extra en la película que se rodó en Jimena en 1960, una coproducción franco-española, cuyo título obedece a una obra teatral que escribió el insigne D. José María Pemán, conocida como *Los tres etcéteras del coronel*, de género humorístico. En el rodaje intervinieron el actor italiano Victorio De Sica, Anita Ekberg, María Cuadra, Fernando Fernán Gómez y otros actores menos conocidos de aquella época. Anita Ekberg era una sueca de voluminosos pechos que, debido al escotado vestido y a la falta de la prenda interior protectora, tenía problemas para ocultarlos cuando montaba y descabalgaba del caballo que le asignaron, maniobras que realizaba con destreza, desenvolviéndose como un buen jinete al estilo amazona. Aparte del pecho que me amamantó, fueron las primeras tetas que vi en mi vida.

El argumento trataba de un batallón del ejército de caballería perteneciente a las tropas de Napoleón y dirigidas por su coro-

nel hasta el pueblo de La Fernandina, al sur de España —nombre que adoptó Jimena durante el rodaje—. La trama consistía en la mala lectura que la Corporación del Ayuntamiento le dio al mensaje recibido para dar la bienvenida al batallón, así como los preparativos que debían disponer para su acogimiento por el pueblo, terminando con la frase: «Etc., etc., etc.». Sin dudarlo, la Corporación interpretó que lo de las «etc.» quería decir que había que dotar, además, al pueblo de mujeres, un tanto pican-tes, para que atendieran al coronel y a sus soldados.

Tuvieron que hacer de extras muchos vecinos del pueblo, pero los más beneficiados fuimos los que contábamos con caballería, como era mi caso. Nos pagaban a diario a razón de trescientas pesetas de las de entonces... ¡Un dineral! El trabajo nos lo alternábamos mi hermano Paco y yo, no así el caballo, que siempre era el mismo, que sólo trabajaba por el pienso que se le servía, el que había para el servicio de la casa. Los lugares más lejanos donde tuvimos que desplazarnos fueron a La Saucedá y al camino de acceso a la finca Moracha. Nos teníamos que poner en carretera de madrugada para llegar al lugar del rodaje a la hora prevista y aprovechar las horas de sol. Si se nublaba se interrumpía el rodaje. Nos dieron un uniforme de la época de Napoleón, que consistía en chaqueta abotonada, pantalón blanco muy estrecho a partir de la rodilla, botas negras que cubrían la parte estrecha del pantalón, el cubre cabeza con su correspondiente pluma, mosquetón y espada enfundada en su vaina, todo real, excepto el mosquetón que no tenía orificio para ser disparado, al estilo de lo que contaba Gila en sus monólogos sobre la guerra: «El cañón no tenía agujero, había que

NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Vestido de soldado de Napoleón

dispararlo con la bala por fuera». Supongo que lo fabricarían para los wésterns que se rodaban en Tabernas, Almería, o algún que otro filme relacionado con la época.

Al año siguiente, estando en Cádiz haciendo el servicio militar, tuve ocasión de ir a verla, junto con mi hermano Alonso, al cine Gades donde la proyectaron –hoy ese lugar lo ocupa un banco–. En alguna ocasión logré localizarme, sobre todo la noche que montaron una fiesta en la puerta del Ayuntamiento, simulado por una fachada de escayola, en la que los soldados teníamos que animar a las bailarinas que danzaban al son de los músicos que hacían como que tocaban, cuando lo que realmente sonaba era el disco que pinchaban en el picú de la época. Fue algo más de un mes de mucha felicidad para un pueblo que en su mayor parte dependía de los míseros sueldos de las peonadas que el campo demandaba.

A continuación, me voy a referir a uno de los dos hermanos y vecinos de nuestra casa de Jimena: al más creído, el de escasa cabellera, pero bien peinada, con tupé frontal, de ojos un tanto concurrentes, el de figura más toreril y apropiada para la tauromaquia. Pues bien, a este varón metido en años, le picó el gusanillo –entre otros tantos ilusionados– de llegar a ser figura del toreo. Se parlamentaba por bares, tertulias de mayores y juveniles, que fue invitado por don José Furest para que fuera hasta la finca de Arnao, con la intención de que se entrenara con algunas de las reses que allí pastaban; una vez en los dominios

*Con el equino jamelgo,  
a La Saucedá nos íbamos,  
a rodar una película,  
sin saber cuándo volvíamos.*

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Novillada en Arnau

de don José podía ocurrir lo inesperado, como así sucedió; comentaban unos; que la broma orquestada fue soltarle un macho cabrío con grandes cornamentas; otros, que un burro con acoplados cuernos sobre sus orejas, al final, para que el aspirante no sufriera contrariedad, le abrieron la puerta a un utrero palurdo, colorado, con salpicadas pintas blancas en sus blandos y lucero en la testuz, que pasaba de la figura que delante tenía y le citaba; vestido con pantalón propio de campo, botillos de media caña y jersey abotonado que hacía de chupita o chaquetilla torera. Mientras, el animal permanecía aculado sobre la pared del toril, quitándose las moscas con la ayuda del trapo que el aspirante le echaba al hocico. El escaso público presente le incitaba:

«¡Arrímate, arrímate! ¡Fíjate en el morrillo que es donde están los cuartos! ¡Cómo sigas así pronto te comprarás un cortijo!». También se comentaba, que en el delirio por llegar cuanto antes a la fama y opulencia, se le ocurrió la idea de darle pases al tren expreso-correo de Algeciras-Madrid. El sitio más adecuado que encontró para el asombroso disparate fue la trinchera existente entre la Estación de Jimena y San Pablo, por donde discurre la vía. Parece ser que de tanto que se arrimó fue fuertemente volteado contra el terraplén y angostura, bien por algún contrafuerte o por la velocidad y fuerza del viento huracanado que producía a su paso el alargado convoy. Al final, el aspirante, que ni siquiera alcanzó el escalafón de maletilla, para mejorar en lo económico, como tantos españoles de la época, no tuvo otra alternativa que sacar billete para el mismo exprés, esta vez, para poner rumbo en dirección a Alemania. Tal lo oí, lo cuento.

Durante estos tres años que estuve de permanencia en la casa de mis padres, tanto al cuidado de los cerdos, de extra en la película y demás trabajos que salían, me lo pasé muy bien, comparado con los anteriores, dentro de la modestia que las circunstancias imponían. Años después caí en la cuenta de no haber aprovechado ese tiempo para mi formación personal, pero las inquietudes de un chico de esa edad iban en dirección opuesta.

*Lo sentí silbar y no me intimidé;  
por alto, estatuarios pretendí darle;  
era tanta la ilusión por dejar detrás el hambre,  
que no importaba la vida,  
con tal de sentirme grande.*

También recordar a los tres amigos más íntimos que tuve en este periodo, comunes con mi hermano Paco: Paco Bueno, con el que compartimos muchas vivencias diarias y posterior coincidencia en el ejército durante dieciséis meses, falleció en 2019; Paco Duarte, al que gastábamos alguna que otra broma pesada, fue uno de los jóvenes que tuvo que emigrar, en concreto a Barcelona, fallecido en 2020, y Pascual Peláez, el de menos fortuna de los cinco, falleció al poco de haber terminado el servicio militar, como consecuencia de un accidente cuando circulaba, de madrugada, con un tractor desde Los Barrios a Alcalá de los Gazules, a su paso por la finca El Jautor. En paz descansen los tres.

De todo lo que ocurrió en esos años que estuve en Jimena, aparte de algunos fallidos intentos de enamoramiento, lo verdaderamente determinante fue haber conocido a la mujer de mi vida. La que me ha acompañado, soportado, sufrido, cuidado y servido de guía para sacar una familia adelante, ha sido mi Paqui, la madre de mis cuatro hijos, la más sacrificada durante tantos años.

La vi por primera vez una temprana mañana cuando transportaba un cántaro de agua —de los que se hacían en los arrabales de Jimena con barro arcilloso, próximo al puente de la Pasada de Alcalá, de forma abombada, con corto gollete y muy frágil; al contrario de los de Lebrija que son entrelargos, muy duros y con un largo cuello—, apoyado en su cuadril, camino de la casa de su abuela paterna que vivía en la calle Fuente Nueva.

Cabe recordar que la población de Jimena no tuvo agua de red hasta entrado los setenta, por lo que había que abastecerse

en uno de los cuatro depósitos o chorritos, por los que también se les conocían, ubicados en las calles de La Loba, Chorro de la Calle, Caminete Luna y paseo Reina Cristina, todos ellos de propiedad privada; antes de llenar el cántaro había que abonar su importe –sobre dos reales en los años cincuenta– a su dispensador que se situaba en un pequeño habitáculo junto al depósito, para que abriera el grifo de escaso caudal. Yo, cuando podía, ataviaba el caballo con su aparejo y dos cántaros –uno a cada lado del serón– y me desplazaba hasta un pequeño manantial de agua rehumbrada existente al otro lado del río, en La Teja.

Por aquella época, Paqui aún no había cumplido los quince años, era una cría hecha mujer, morena, ojos impactantes, pelo trenzado y de mediana estatura, más bien bajita. Esa fue mi primera visualización, en el corto espacio de tiempo que la observé, mientras nos cruzábamos esa temprana mañana de 1959, sin poder precisar el mes.

Mi padre al referirse a episodios sobre batidas de corzos, cuando le entraban más piezas que cañones tenía la escopeta, como era el caso de una collera y su cría, relataba, con perfil de parodia: «Ella se quedaba *mirándome*, y yo *mirándola*, mientras *quemándome* como la *polvóra*». Algo parecido le ocurrió al menor de sus hijos, cuando tuvo la fortuna de toparse con la madre de sus cuatro nietos, que, por el albur del tiempo, no tuvo años para conocerlos.

*Una temprana mañana,  
con el cántaro en la cintura,  
caminaba por la calle  
sin mediar palabra alguna.*

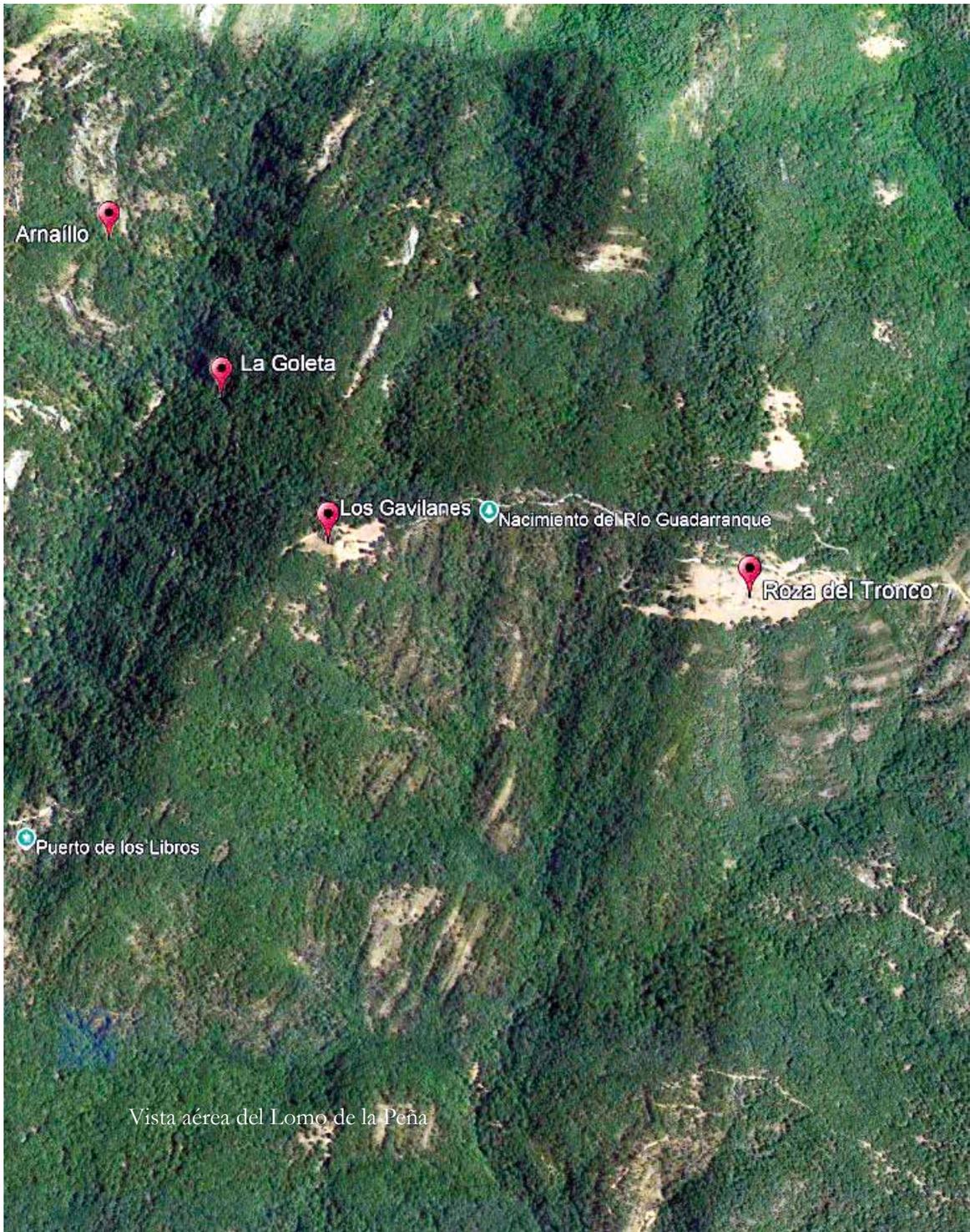
Si tuviera que cuantificar el tiempo que permanecemos juntos durante los once años que duró nuestro noviazgo, tendría que decir que fue escaso e intermitente, a consecuencia de la distancia.

Al comienzo de la relación, sus padres vivían en pleno espacio natural de Los Alcornocales, en un sitio conocido como la Roza del Tronco –a unos catorce kilómetros de distancia de Jimena– de unas cuantas fanegas de tierra de labor dentro de la finca Lomo de la Peña. Desde el punto de vista estratégico, la Roza del Tronco es un lugar privilegiado. Está al borde mismo de división de aguas de la cuenca del Guadarranque hacia el sur, y las que vierten al Hozgarganta al este, fusionada con una naturaleza paisajista y esplendorosa envidiable. Yo diría que, de los lugares citados en estas páginas, el más centrado de Los Alcornocales.

La vivienda consistía en dos compartimentos, la choza principal con cuerpo de casa y habitación, otra choza que hacía de cocina, además de una dependencia que tenían para sus animales.

Al poco tiempo de conocernos comencé a visitar el domicilio de la familia Barranco Bueno, sin encomendarme a nadie, quiero decir, sin pedir permiso para ello. La primera visita la realicé aprovechando un viaje que hice hasta la finca de Los Gavilanes. Al regreso, me armé de valor y me desvié unos trescientos metros hasta su vivienda, con la excusa de pedir un poco de agua. Recuerdo que se produjo un prudente silencio, no exento de sorpresa, mientras Ana, la mayor, intentaba sintonizar la recién comprada radio de pilas. Me sirvieron el agua solicitada, que bebí sin respirar. Ante la cortante situación, decidí despedirme





Arnalillo

La Goleta

Los Gavilanes

Nacimiento del Río Guadarranque

Roza del Tronco

Puerto de los Libros

Vista aérea del Lomo de la Peña

con un simple adiós, dirigiéndome hasta detrás de la vivienda, donde había atado el caballo. La sorpresa fue encontrarme con Manuel Barranco. Nos saludamos e intercambiamos algunas palabras que no acierto a recordar, le ofrecí un cigarro del paquete Goya, que por aquellos años se consumía, monté a caballo, encendí el veguero y piqué espuelas poniendo rumbo a Jimena. Esa fue la carta de presentación ante la familia Barranco.

En otra ocasión, aprovechando que se celebraba una pequeña fiesta en honor al bautizo de la más pequeña de la familia Batata –sobrina de mis suegros– residente en las casas del Lomo de la Peña, me hice presente –por segunda vez– ante parte de la amplia familia Barranco Bueno. Tuve conocimiento de tal celebración a través del «músico» Corbacho, que había sido invitado para amenizar la fiesta, con su instrumento de cuerda, el laúd. Aprovechando que mis padres ese día se encontraban ausentes ya que habían viajado hasta Algeciras para acompañar a mi abuela Catalina a visitar algún médico por la dolencia de la rotura de una de sus caderas. Atavié mi antiguo caballo con la montura de siempre, y allá que nos fuimos el músico y yo, haciendo el viaje en común compañía, no sin dificultades para Corbacho que se parapetó en la culata del caballo, sin ninguna protección y con su laúd colgado a la bandolera, para mantenerse en tal situación en las pronunciadas pendientes por la finca Las Limas, hasta vencer el puerto de las Lomas de Cámara. Llegamos a la vivienda de los Batatas, al caer de la tarde, de un primaveral día de 1959. En ese momento de la familia de Paquí sólo estaba su padre, al que saludé por segunda vez. Gracias a sus primos, a los que conocía, lograron

que viniera a la fiesta la que después de once años acabó siendo mi esposa y madre de nuestros cuatro hijos, acompañada de algunas de sus hermanas. Entre ambos domicilios existía cierta distancia, estando de por medio una pronunciada vaguada, por el que discurre uno de los meandros de los que se alimenta el río Guadarranque. La celebración terminó de madrugada, sin que nuestra relación avanzara significativamente, debido a la corta edad de ella y, ¿por qué no decirlo?, a la falta de experiencia por parte mía. Tan es así que ni siquiera hubo ocasión para bailar uno de los repetidos pasodobles que el músico nos brindaba.

Al siguiente día me esperaba, en la esquina del paseo Reina Cristina, mi padre, un tanto preocupado por no saber el motivo de mi ausencia. Su reproche, como casi siempre: «Pepe, ¿dónde andas hijo?». Así de amable fue su enfado. De inmediato prendí camino hasta el cercado donde dejé los cerdos encerrados, para echarlos al manchón, al tiempo que los vigilaba e intentaba reprimir la morriña y nostalgia de la noche anterior. A esa edad, cuando de enamoramiento se trata, se deja uno llevar más por el corazón que por la cabeza.

En las posteriores visitas lo normal era que el desplazamiento lo hiciera en el precioso caballo colorado que mi padre había comprado a un vecino de San Pablo y, cuando no, a pie. Tardaba más de dos horas en subir e igual de regreso, eso por el camino que consideraba más directo. Toda esa caminata solo para contemplarla un pequeño rato, a ella y a toda la familia. Con el paso del tiempo fui ganándome cierta confianza. Otras veces nos veíamos cuando bajaba en feria, fiestas o se venía con su

abuela y familiares cercanos. Las visitas al campo, como digo, eran para la mera contemplación a la distancia debida, ya que el contacto carnal era improbable, además de imposible.

El primer beso que nos dimos, en la mejilla, fue después de salir del cine, en los escalones de la entrada de la casa de su tío Francisco, los más apasionados llegarían con el tiempo, aprovechando su amplio domicilio de la calle Sol, y descuido de vigilancia: mi cuñada Encarna, que sólo contaría con siete u ocho años, nos la ponían de carabina: recuerdo su imagen mordiéndose las uñas, un tanto nerviosilla. Al paso de los años llegó hasta mis oídos el comentario que hacía a sus hermanas, en el sentido de no comprender el enamoramiento de Paqui, pues según su opinión sólo valía la pena el caballo que montaba. Después «me perdonó» y resultó ser la madrina de nuestra boda junto a mi hermano Alonso.

La distancia se hizo mayor cuando, en el año 1961, me fui a Cádiz para hacer el servicio militar, estancia que continuó por mi incorporación a la Administración.

Pero el futuro de un matrimonio con siete hijos no estaba en continuar apegado a lo más ancestral de la tierra –donde la formación educativa se resumía a cortos periodos, cuando algún docente aparecía por los campos para mitigar la falta de oportunidades de la profesión en concurridas poblaciones, tal fue el caso de uno muy conocido apellidado Prieto, que, según se comentaba, un tanto señalado por sus ideas republicanas– como ocurrió con muchísimas familias de Los Alcornocales, cuando fueron apareciendo los productos fósiles y, como consecuencia,

la descarbonización vegetal y éxodo a lugares industrializados de nuestra piel de toro y extranjero.

Por ello, en el año 1963, mis futuros suegros y su familia decidieron trasladarse a Ubrique donde existía cierto porvenir para su numerosa prole. De esta decisión participé de alguna manera, recomendándole que exploraran las posibilidades que ofrecía esta población con la industria de la piel en alza en aquellos años. Me ofrecí a llevarlos para que conocieran el pueblo y presentarles a parte de mi familia y personas ligadas a esta industria. Mis consejos dieron su fruto y la familia Barranco Bueno se trasladó a esta bonita e industrialosa ciudad, evitando, en cierta medida, que terminaran emigrando a Cataluña, concretamente a Barcelona, como lo habían hecho otros familiares de mis suegros. Visto desde la retrospectiva del tiempo pasado, opino que fue un acierto trasladarse al pueblo que me vio nacer.

La industrialosa ciudad, conocida con el topónimo de «Ubrique de las Petacas», debería reconocerse, también, como ciudad acogedora para muchas familias de pueblos cercanos y zonas rurales de la provincia de Cádiz y parte de Málaga. Familias a las que se les dio la bienvenida y se les recicló en el manual arte de la marroquinería, como fue el caso de mis suegros y su amplia descendencia: tíos, primos y parientes más lejanos que se establecieron para siempre en la serrana ciudad. Esta población podría compararse como una pequeña Cataluña y otras regiones donde inmigraban familias enteras buscando un mejor bienestar.

Los ciudadanos que la pueblan son gente emprendedora, creativa, trabajadora y enormemente comprometida con su de-

sarrollo y mantenimiento de la industria de la piel. Aquí han venido industriales de otros continentes a plagiar su sistema productivo, tan es así que llegaron a secuestrar marcas importantes para su fabricación prescindiendo de la calidad y el sello de la marca Ubrique, a la que se había hecho acreedor a lo largo de su reciente historia. Afortunadamente, estas marcas están volviendo a la ciudad de origen. Su producción es distribuida y expuesta en tiendas de alto standing, yo diría, sin ánimo de exagerar, por todo el mundo, sobre todo sus artículos de calidad. Admiro a mi pueblo, a los ciudadanos que lo habitan y el entorno de sus espléndidos pueblos de la mágica Sierra de Cádiz.

El primer acontecimiento importante en la familia fue el 11 de abril de 1965, día en el que mi hermano Alonso contrajo matrimonio con mi cuñada Loli en la Ermita-Santuario de Nuestra Señora de los Santos en Alcalá de los Gazules.

En el año 1967, siendo yo ya funcionario del estado, mis padres –que continuaban viviendo en Jimena– arrendaron de nuevo el monte Los Arenales, para pastorear el rebaño de vacas que mi madre heredó de la abuela Catalina. Mi hermano Paco era el que se encargaba del control del aprovechamiento de este monte. Esto duró hasta 1981, fecha en la que arrendamos las fincas pertenecientes al Instituto Nacional para la Conservación de la Naturaleza (ICONA), La Nava y Toleta, en el término municipal de Algodonales, junto al río Guadalete. Vacada que mantuvimos hasta 1991 y de la que hablaré en su momento.

En ese mismo año, mis padres tuvieron que vender la casa de la calle Santa Ana y comprar otra de menor valor en la calle Fuente Nueva, nº 6. Con ese dinero, y con la ayuda económica

## JIMENA DE LA FRONTERA

de su hijo Alonso, hicieron frente a los gastos que les ocasionaron los continuos ingresos de mi padre en el hospital –uno en Algeciras y dos en Cádiz–, ya que al no estar acogido a ningún régimen de los que entonces existían, no podía beneficiarse de una asistencia sanitaria protegida. Falleció el 7 de diciembre de 1968, a la edad de sesenta y dos años, en el Hospital de San Rafael de Cádiz, a causa de una enfermedad cardiovascular. La casa de la calle Fuente Nueva se vendió en 1970, año en el que mi madre se vino a vivir con nosotros.

## A LAS MUJERES DE LOS ALCORNOCALES

Quiero dedicar este capítulo a todas las mujeres que habitaban el espacio geográfico de Los Alcornocales, dando así visibilidad al papel tan importante que desempeñaron en el ámbito rural.

De antiguo, los corcheros, arrieros y pequeños ganaderos se buscaban la vida con lo que se producía en los montes de la provincia de Cádiz, Málaga y demás contiguos andurriales. Pero... ¿Y las abnegadas y sacrificadas amas de casa? ¿Qué era de ellas? ¿Cómo se las apañaban para atender las numerosísimas familias de las que se rodeaban? Fácil de entender, sobre todo para quien lo vivió de cerca.

La jornada no tenía límite, no les quedaba tiempo ni para mirarse a sí mismas, su meta era superar dificultades un día sí y el que estaba por llegar también. Dedicación plena a las tareas propias del hogar: trabajar sin desmayar, exprimir los sentidos para poner en la mesa –en un solo plato hondo, dornillo o lebrillo– la comida para compartir con toda la prole, la mayoría de las veces recolectando tagarninas para acompañar los garbanzos y enmascarar la falta de condimentos –grasas, sobre

todo—. Afortunadas eran las familias que poseían un pequeño huerto donde sembrar unas habas, alcachofas, alcauciles, papas y plantas de verano para aliviar la situación.

Ellas eran las que sostenían la familia y cargaban con el ímprobo peso del día a día de la casa. Se dejaban la vista pegada al candil de aceite confeccionando vestimentas, zurciendo y remendando, que de tanto parche terminaba por desaparecer el original de la prenda, lavaban en la panera de corcho, frotando con los pulpejos de las manos las ásperas vestimentas y los pañales de los bebés, amasaban, caldeaban el horno, y echaban una mano en las faenas que por entonces eran propias de varones.

No disponían de sus propios destinos, siempre entregadas al duro trabajo del campo en pro de la subsistencia del resto de la familia, sin ningún reconocimiento a cambio. ¡Ah! Y lo más importante, parir cinco o seis churumbeles, sólo con la ayuda de vecinas, que hacían de improvisadas parteras, auxiliando a los bebés en los trances más delicados, como verdaderas profesionales.

A principios de los años cincuenta, en la choza de techumbre de brezo que existía al otro lado de la carretera y cancela de entrada al caserío de Diego Duro y que había servido de cobijo para chivos y aves de corral, fue ocupada por la familia de Pepe Méndez, que procedían del El Bosque, venidos como sirvientes de los colonos de la conocida dehesa (anteriormente había sido ocupada por la familia Moreno). La señora de Pepe estaba embarazada, del segundo o tercer descendiente. Una de las mañanas, veo mucho movimiento y trapicheo de las señoras del caserío (mi madre, Juana Peralta y alguna más), yendo muy

apresuradas hacia la choza, y ocupadas las manos con barreño, sábanas, cántaro de agua..., percibo lo que allí estaba sucediendo. No me lo pensé, me apoyé sobre un costado de la parte trasera de la choza, de donde procedían los comentarios, y escuché nítidamente los lamentos y desgarros de la humilde *Menda* – como cariñosamente la nombraban todos los vecinos– y a las improvisadas parteras animándola a que se esforzara: «¡Empuja, empuja un poco más!». Gozoso quedé cuando escuché llorar por primera vez a la recién nacida, a la vez que quedé convencido de que los niños no venían de París ni de sitios extraños con los que nos pretendían confundir nuestros mayores. Lo recuerdo como algo sucedido esta misma mañana, y lo cito como ejemplo y respeto.

Era habitual que, en las viviendas, la mayoría chozas de brezos (con o sin ninguna protección constructiva de refuerzo y de escaso espacio), sólo existiera un pequeño habitáculo donde se habilitaban las camas que compartían toda la familia. Cabría preguntarse... ¿Cómo se las amañaban estos seres humanos para tanta generosidad en la procreación?

Recuerdo un acontecimiento más cercano en el tiempo. Fue al principio de los años setenta, cuando replanteaba uno de los tramos de la pista forestal de los montes públicos de Tarifa auxiliado por el forestal Pérez Gallego y alguien más, un vecino residente en uno de los numerosos enclavados del grupo de montes de Tarifa, nos contó una anécdota transcurrida años anteriores.

Resulta que una vecina de la zona, en estado avanzado de procreación, estando pastoreando el pequeño rebaño de cabras

que poseía, en la cumbre de Caheruelas y Saladavieja –límitrofe con los montes de Los Barrios y Algeciras, desde donde se contemplan preciosas vistas al norte de Marruecos, Estrecho y Mediterráneo– le sobrevinieron los primeros apretones del nuevo ser que tenía prisa por salir del seno maternal, supongamos, que para apreciar cuanto antes las sensaciones de ver la luz del día a tan elevada altura y natural espacio; no le quedó otra a la aguerrida madre que autoasistirse por sí misma, sorprendiendo –al rato– a la familia y vecinos cuando bajó del alto, con el rebaño de cabras por delante y el bebé envuelto en el refajo de su vestimenta. Qué ejemplo de fortaleza tan natural y arraigado a lo prehistórico.

No todas las familias que habitaban en Los Alcornocales estaban en el límite de pobreza, existían clases sociales más acomodadas, poseedoras de tierras –los menos–, rebaños de cabras, algunos cerdos, camadas de pavos, gallinas... Los cerdos eran sumamente importantes, porque de ellos iba a depender, en gran medida, tener asegurado la matanza que le suponía poseer equipada la alacena, el cajón del tocino, los palos de chorizos, morcillas en manteca..., que iban consumiendo durante todo el año.

Pero las mujeres de estas familias tampoco se libraban del trabajo arduo y sacrificado, además de las tareas comunes del sostenimiento de la casa, se unían las faenas propias de la matanza, ayudar en los ordeños, hacer los quesos, cuidar de los animales más hogareños, la limpieza e higiene de los utensilios propios y demás zarandajas que, por pequeñas que fueran, no dejaban de ser necesarias y útiles.

Sabido es que las pretensiones de los matrimonios de antaño ansiaban tener abundancia de hijos para que ayudaran al sostenimiento de la unidad familiar. Era la pescadilla que se muerde la cola, a más prole, más dificultades de subsistencia. El porvenir de las hijas se supeditaba a esperar que le saliera novio y casarse a temprana edad o, como mal menor, ausentarse a poblaciones para convertirse en mozas de servicio.

Como ejemplo de una familia en la que la mujer tuvo un papel fundamental en la vida rural de Los Alcornocales, citaré la formada por el matrimonio Manuel Barranco y Josefa Bueno. Además de tener la suerte de contar con los testimonios en primera persona de sus protagonistas, he sido testigo de muchas de las labores que realizaban.

La familia Barranco Bueno se estableció en Las Limas, cercano a la población Jimena y al pie de Los Alcornocales, después en unos terrenos agrícolas conocido como Cortijo de Pavón, y más tarde en la Roza del Tronco, en pleno corazón de lo que hoy es el Parque, a unos catorce kilómetros de Jimena, parecido a un páramo, pero de tierra fértil y rodeada de una rica masa forestal de alcornoques como es la cuenca del río Guadarranque. Tuvieron seis hijas y un varón, en el siguiente orden: Ana, Martín, Paca, Angelina, Juana, Josefa y Encarna.

Realmente, ¿cómo era la vida de una familia de nueve miembros en la Roza del Tronco en los años cincuenta y parte de los sesenta? Pues rayando lo primario, eran prácticamente autosuficientes; con unas seis o siete fanegas de terreno de labor era bastante para proveerse del trigo, legumbres y hortalizas del huerto que tenían junto a la fuente —un poco apartada—; hue-

vos de gallinas y pavos, y carne de las dos matanzas anuales; la leche y pequeños quesos de un puñado de cabras que poseían. El padre y su único hijo varón estaban para ayudar, tanto en lo agrícola como en las corchas; en el laboreo del carbón participaba casi toda la familia: los mayores cargaban leña a los hombros, Manuel iba formando el horno en el alfanje y después todos ayudaban a la recogida del carbón.

Además de trabajar en las faenas propias de la elaboración del carbón, las primogénitas, colaboraban en todo aquello que podía ser útil: recolectaban garbanzos, cuidaban animales, ordeñaban cabras, hacían quesos, amasaban pan para la familia y para las cuadrillas de los corcheros en las campañas de extracción de corcho, etc.

Se confeccionaban sus propias vestimentas (incluida la ropa interior), tanto para diario como para ocasiones especiales (ferias y festivos del pueblo), así como ropa de trabajo para los varones, con telas que le suministraban los vendedores de género que solían pasar por la zona.

He hecho referencia a esta familia por la cercanía de la que después formé parte. Podría haber hecho mención a otras tantas citadas en el recorrido de estas páginas de similares circunstancias e incluso más extremas, tanto por la abundancia familiar como por la escasez de medios de subsistencia y habitabilidad.

Valgan estas modestas líneas para reconocer el ímprobable y agotador trabajo que realizaban, no solo las que se asentaban en los montes y campos agrícolas, sino en general para todas las mujeres a las que no se les reconocían derechos por el hecho de nacer mujer, sometidas —la mayoría de ellas— al poder patriarcal.

## INCORPORACIÓN AL EJÉRCITO

La tarde del 29 de junio de 1961, cogí la maleta de madera que nos había hecho el carpintero y pariente, José Felalo (casado con la tía Beatriz Mejías, prima hermana de mi padre), con las escasas ropillas que mi madre preparó, y me subí al camión de Miguel Alex que hacía de transportista de pasajeros y mercancías desde Alcalá a Jimena, y viceversa, ya citado en anterior pasaje. Por cierto, la maleta referida era la tercera mili a la que se enfrentaba. La primera en la Base Aérea de La Parra, en Jerez. La segunda en Fuerteventura. La tercera en Cádiz, donde cumplió su último servicio. Me hospedé en la pensión, de nombre La Parra, que por entonces sería la única, advirtiéndole al posadero que me llamara de madrugada, con tiempo suficiente para coger el autobús de línea, con destino a Cádiz.

Fue mi primer viaje importante, hasta entonces sólo había visitado Algeciras en un par de ocasiones, así que hice el recorrido por pueblos y ciudades desconocidas (Alcalá, Medina y Chiclana). De inmediato empiezo a visualizar las salinas y esteros, a un lado y otro de la carretera. Más adelante San Fernando. Cuan larga se me hizo la calle Real, que me pareció que tenía

media docena de kilómetros. Cuando dejamos atrás la marinera ciudad, quedé asombrado al seguir apreciando la marisma y montones de sal a izquierda y derecha, hasta llegar a la curva de Matagorda para seguir el recorrido de su istmo y sobrepasar la venta El Chato. Si asombrado quedé al ver las salinas, mayor fue la emoción cuando observaba ese remanso de agua tan pacífica que formaba la Bahía donde se reflejaba el sol mañanero. En el lado opuesto, el segundo océano de nuestro planeta. «El mar. La mar. El mar. ¡Sólo la mar!», como le oí recitar al poeta Rafael Alberti una noche en el paseo de Santa Bárbara de Cádiz –uno de tantos recuerdos que tengo del periodo de instrucción, y que en su lugar citaré– con motivo de un mitin político a las primeras elecciones democráticas, allá por 1977.

Me pareció algo increíble, grandioso, sorprendente, maravilloso, indescriptible. ¡Cuánta agua en el recorrido! ¡Qué diminuto se quedaba el río! Uno de los palos flamencos –las cantinañas– dedicadas a la ciudad, dice así: «Cuando se entra en Cai, por la Bahía, se entra en el paraíso de la alegría. De la alegría mare, de la alegría. Cuando se entra por Cai, por la Bahía...».

Ese día, pisando suelo de la misma provincia, me sentía distante, al tiempo que reflexionaba sobre las sensaciones que sentirían amigos y jóvenes del pueblo que emigraban a otras regiones de España y al extranjero en busca de mejor porvenir.

Cuando después de veinte meses me desprendí del caqui y empecé a recorrer la provincia –palmo a palmo– en los vehículos oficiales Land Rover Minerva, Chevrolet y Citroën dos caballos –que citaré en adelante– fui descubriendo lo maravillosa y diversa que es: con su mágica Sierra de Grazalema –incluidos

pueblos de su entorno—, Campiña de Jerez y sus viñedos, el Bajo Guadalquivir, Campo de Gibraltar y su Bahía de Algeciras, comarca de La Janda, Bahía de Cádiz, sus pueblos blancos y, cómo no, su pulmón ecológico: Los Alcornocales, del que hijo me siento como dicho ha quedado.

En mis cavilaciones y ensoñaciones me veía viajando en una de esas cápsulas que ahora envían al espacio, y que en vertiginosa velocidad daba vueltas alrededor de nuestro perímetro, a la vez que contemplaba desde las alturas al planeta habitado, mientras con una lupa lograba, al tiempo que giraba, localizar este rinconcito del suroeste de la Península y de Europa Occidental, atrapada entre el Mediterráneo, el Atlántico y desembocadura del navegable Guadalquivir. Alucinante, fantástico, deslumbrante, mágico.

Una vez salvado el angosto paso de Cortadura (recordar que una de las dos vías de entrada, quedaba cercenada por mediación de un muro de las defensas militares) e introducirnos en la avenida —adoquinada y sin semáforos— con escasa circulación y su tranvía de un solo vagón, seguí apreciando la playa, gracias a las pocas edificaciones (fábrica de cerveza, estadio Ramón de Carranza, Hotel Playa Victoria, Residencia Zamacola, colegio Reyes Católicos, cementerio, Iglesia San José, colegio San Felipe Neri, plaza de toros —en la actual plaza Asdrúbal—, edificio sindical, Gobierno Civil, variedad de chalés, algún cine de verano y poco más). Por entonces, los principales cruces estaban controlados por guardias municipales con sus immaculados uniformes blancos, subidos sobre taburetes —con barandilla de seguridad— para hacerse más visibles. Estos guardias cuando

se aproximaban las navidades se hacían acompañar de unas llamativas cestas para que conductores y viandantes de buena fe fueran depositando sus aguinaldos.

¡Qué suerte tuve de que esta histórica ciudad me acogiera en 1961 hasta el fin de mis días! ¡Cuánto me ha dado! ¡Cuánto le debo! ¡Cómo le pago?

Enseguida apareció Alonso en la parada de autobuses, con ubicación, entonces, en el paseo de Canalejas, en su Bultaco para recogerme y llevarme hasta la comandancia de la Guardia Civil, en espera del día primero de julio. Mi hermano Alonso, cuando se incorporó a la administración forestal de la provincia de Cádiz fijó su residencia –por muy extraño que pueda resultar– en la comandancia de la Guardia Civil, que por entonces estaba en San Severiano (lugar donde en la actualidad se han instalado un famoso supermercado y viviendas particulares), favor que le hizo el comandante Vivanco –propietario de la finca de alcornoques El Olivillo, del término de Jimena– que por entonces estaba destinado en Cádiz, al que mi padre conocía por ser ambos de Cortes de la Frontera. Compartimos algunos meses la habitación que tenía adjudicada, así como el bar y comedor, hasta que prohibieron la estancia de personal civil en las dependencias de la Benemérita. A partir de ahí nos llevamos unos dos años viviendo en pensiones, hasta que Alonso se compró un piso en el grupo de viviendas Fariña Ferreño y contrajo matrimonio con mi cuñada Loli, y yo de mochila, soportándome los últimos cinco años de mi soltería. Donde quiera Dios que estéis, gracias.

El 1 de julio de 1961 me incorporo al servicio militar, alis-

tándome como voluntario en el cuerpo de Artillería de Costa número cuatro, establecido en Cádiz, en los antiguos cuarteles de La Bomba, junto al parque Genovés, hoy ocupado por el colegio público Carlos III. El motivo fue evitar que me pudiera caer en suerte la Marina –que suponían dos años de mili– o el Sahara Occidental y, sobre todo, al amparo de mi hermano Alonso; mi segundo padre como yo le consideré siempre. El que me ayudaba, me aconsejaba, se preocupaba por mi formación, el que fue mi norte y mi guía durante su existencia. No dejo de recordarlo y lo seguiré haciendo el tiempo que me quede, y de agradecerle todo el interés que puso hacia mí. Gracias, hermano mío. Hice la instrucción junto con cincuenta y cuatro voluntarios más, la mayoría de Cádiz y del entorno de la Bahía en la batería que existía entre las murallas y el parque Genovés, actualmente dedicado a aparcamiento subterráneo y paseo en su exterior, durante un mes, a las órdenes del sargento Fasa, un gaditano más chulo que un ocho, con un bigote que le cubría parte de sus mejillas, bien peinado y, supongo, que lacado, actitud que no le impedía ser un buen instructor.

Uno de los días me llamó el capellán del regimiento con el pretexto de tomar una cerveza, cosa que hicimos una tarde en la Cervecería del Puerto, hoy restaurante de Cumbres Mayores, en la calle Zorrilla, llamada que me impacientó al no desvelarme sus intenciones en ese mismo momento. Hay que ponerse en la situación de un recluta que acababa de aterrizar en Cádiz y en el ejército. Enseguida que comenzó el encuentro me dijo que se había enterado de que yo no tenía hecha la primera comunión; en principio quedé un poco descolocado hasta que aclaró que

## INCORPORACIÓN AL EJÉRCITO



Con compañeros en una pieza artillera (segundo por la izquierda)

se lo había dicho el sargento Fasa. Pero ¿quién se lo sopló al sargento? No podía ser otro: fue mi hermano Alonso que, como buen católico tenía esa preocupación que, a su vez, le había transmitido mi madre. Al domingo siguiente, en la misa que se celebraba en el patio del acuartelamiento, el citado capellán me dio su bendición y comulgué. Así de sencillo fue el acto de la primera comunión de un tío que había sobrepasado las primeras dos décadas, casi en el anonimato, salvo para el cura, que fue el que pagó las cervezas y la ración de gambas.

De los veinte meses que firmé como soldado voluntario, solo

estuve en el cuartel dieciocho. Un mes me lo pasé ingresado en el hospital militar por haber contraído las contagiosas paperas y otro de vacaciones.

Se solía decir que la mili les venía muy bien a los jóvenes que no habían salido del entorno del campo, del pueblo o, simplemente, que no conocían más allá de la ciudad donde habitaban. Por lo que a mí se refiere, aparte de conocer Cádiz por primera vez, el servicio militar despertó en mi mente el interés por adquirir la formación intelectual que, por unas cosas o por otras, me fue esquiva a la edad adecuada. Mi hermano me buscó una profesora particular, que él mismo pagaba. Me matriculé por libre en el Instituto Columela, con el propósito de obtener el bachiller elemental que se impartía entonces. El cumplimiento de mis deberes con el ejército —numerosas la guardias que realicé en el Castillo de Santa Catalina a presos del Ejército y Guardia Civil, de una duración de veinticuatro horas, así como en la puerta principal del acuartelamiento— me dejaban poco espacio para los estudios, motivo por el que me las tenía que apañar sacando tiempo de donde podía: de día, cuando no tenía guardia —que eran los menos— intentaba despistarme en el final de la escalera que daba acceso a la azotea para estudiar las lecciones; por las noches haciéndole las imaginarias al soldado que le tocaba para aprovecharla estudiando, con apenas luz.

Durante el servicio militar, estuve la mayoría de la mili de barman en el bar de suboficiales e incluso de asistente de altos mandos durante unos meses. En el bar tuve de compañero a Juan Cuevas, vecino de San José del Valle, un poco cachaza, pero que me venía muy bien para que me sustituyera, ya que él

se iba casi todos los fines de semana a su pueblo, mientras que yo me quedaba solo frente al bar, así que el resto de los cinco días laborables le exigía su presencia casi al completo y tener tiempo libre para mis clases particulares y, sobre todo, para irme al cine con mi hermano a las siete de la tarde, casi siempre al Cine Municipal, con entrada por la plaza del Palillero y por Barrié, para ver muchas de las películas que hoy nos repiten una y otra vez las televisiones, la mayoría wésterns.

El 15 de agosto de 1961, mes y medio después de mi incorporación al ejército, conseguí que me concedieran un fin de semana libre para asistir a la feria de Jimena que se celebra siempre en torno a esa fecha. Dicho y hecho, mi hermano con su moto Bultaco y yo de paquete, allá que nos fuimos a disfrutar de la feria y, de paso, además de la familia, a ver a nuestras respectivas novias, Loli y Paqui.

La feria de aquel año tenía un atractivo especial al celebrarse espectáculos taurinos, para lo que se había instalado una plaza portátil con una capacidad para cuatro mil personas. El 17 de agosto tuvo lugar la novillada con la presencia de dos novilleros de la comarca que estaban de moda por los éxitos que venían cosechando en esa campaña: Rafael Pacheco, de San Roque, y Carlos Corbacho, de La Línea, así como el rejoneador madrileño, Cristóbal de Miguel. Asistió gente de toda la zona del Campo de Gibraltar, entre los que nos encontrábamos toda mi familia, excepto mi madre. Yo estaba acompañado de mi Paqui y sus hermanos Martín y Ana, el resto de la familia Barranco, sus cuatro hijas y sus padres, se encontraban en tendidos diferentes, al igual que mis hermanos y mi padre. En el tercer novillo que Carlos Corba-

cho tenía que lidiar en sustitución de Pacheco, que había resultado herido en el primero, se consumó la tragedia, con el hundimiento total de la plaza. En primer lugar, empezó a derrumbarse la presidencia y el palco donde se situaba la banda de música, aquello se vino abajo en apenas segundos, en forma de fichas de dominó. La confusión, el miedo al toro que estaba en el ruedo, la gente gritando y corriendo cada una para un lado, los heridos pidiendo auxilio, era dantesco. Cuentan las crónicas que hubo una rápida intervención tanto por parte del Dr. Ramos Argüelles, que era el cirujano que se había desplazado con su equipo de urgencia para atender a las posibles cogidas de los toreros, como por parte de todos los vecinos del pueblo, como fue el caso de mi madre que se presentó allí en menos que canta un gallo, para encontrarse con toda la familia. Nosotros tres caímos de pie, recuerdo que en el último momento pude salvar unos de los pies evitando que fuera atrapado entre las tablas de las filas de asientos.

A continuación, transcribo la información sobre el suceso que he encontrado en internet:

En el acto murió un menor de ocho años que se encontraba fuera de la plaza intentando observar por las rendijas el acontecimiento que se desarrollaba en su interior, un matrimonio inglés, un ciudadano de La Línea y un vecino de Jimena. En total cinco fallecidos, unos doscientos diez heridos de cierta gravedad y multitud de lesionados, entre setecientos y mil, según reza en alguna crónica, algunas con secuelas para el resto de sus vidas. Por sentencia de la Audiencia Provincial de Cádiz de 1967, los familiares de los fallecidos fueron indemniza-

## INCORPORACIÓN AL EJÉRCITO

dos con doscientas cincuenta mil pesetas para los cuatro mayores y ciento cincuenta mil para el pequeño, para los doscientos diez certificados como heridos el reparto se distribuyó en función de la gravedad. Tan sólo fue condenado el arquitecto encargado del montaje de la plaza, a indemnizar a los damnificados con tres millones de pesetas más los gastos del juicio.

La anécdota, dentro de la tragedia, era ver cómo parte del público se intentaba proteger del descontrol del novillo, subiéndose a los árboles, encima de camiones, cada uno donde podía, así como escuchar decir por la megafonía que a los heridos los pasaran al matadero, próximo a la plaza, donde se improvisó el lugar para que fueran atendidos. Un vecino de casa de mis padres, conocido por el sobrenombre de *Jureles*, que siempre iba cubierto con una gorra visera de la época que no se quitaba ni para dormir, no lo lograban encontrar sus hijos por haber perdido su inseparable gorra y sólo mostrar su espléndida calva. La mayoría de las damas se quedaron sin sus zapatos propios del verano, que después fueron recuperando en el Ayuntamiento, donde fueron depositados. Caso aparte fue lo de mi primo Miguel que, viendo que la plaza se desplomaba, saltó desde la última fila al exterior, sin que sufriera ninguna lesión.

A mi regreso al acuartelamiento, dos días después, me indicaron que me presentara al teniente coronel, Martín Baena, que conoció por los medios la tragedia vivida en el pueblo de Jimena, para manifestarme la preocupación que le supuso lo ocurrido, al no saber nada de mí hasta transcurridos dos días. Tuve una buena relación con este alto mando.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

En los años ochenta, cuando por motivos de mis trabajos me relacioné con Carlos Corbacho, me contó que aquello fue algo espantoso. Con su rápida actuación y el auxilio de las cuadrillas, evitó que el novillo saltara entre el público, dándole muerte a la mayor brevedad para evitar que traspasara el ruedo y se mezclara con el gentío que corría de un lado para otro en busca de familiares o buscando lugar donde refugiarse; además ayudó en lo que pudo a sacar gente atrapada entre el amasijo de tablas y a socorrer a un herido de gravedad.

En el mes de junio de 2019 he recibido copia de los antecedentes obrantes en el Ministerio de Defensa, tanto el mío como el de mi hermano Paco, que solicité. Sólo voy a citar, por lo curioso, de entre todos los datos que constan en el expediente, un certificado que copiado literalmente dice:

MANUEL MACIAS LAPERAL; Sargento del Puesto de la Guardia Civil de esta residencia, perteneciente a la 337ª Comandancia de ALGECIRAS

CERTIFICA:

Que don JOSE GARCÍA RODRÍGUEZ de 20 años de edad, hijo de Alonso y de Isabel, natural de Ubrique, provincia de Cádiz, con residencia actualmente en la demarcación de este Puesto, durante su permanencia en la misma ha venido observando intachable conducta moral, pública y privada, sin antecedentes políticos sociales, estando considerado persona de orden y bien conceptuado entre sus convecinos en todos los aspectos.

Y para que surta sus efectos en solicitar su ingreso en el Ejército como elegidor de Cuerpo a petición de parte

## INCORPORACIÓN AL EJÉRCITO

interesada y al solo objeto indicado, expido el presente en Jimena, a Veintiocho de Abril de mil novecientos sesenta y uno.

El Comandante de Puesto.

Deduzco que este certificado era obligatorio para los que ingresábamos en el Ejército eligiendo cuerpo de forma voluntaria, porque en aquellos años y anteriores era muy frecuente que jóvenes con incierto porvenir accedieran a filas con la intención de hacer de la vida militar su profesión. A lo mejor es mucho suponer, pero lo cierto era que a los del reemplazo no se les exigía tal requisito, los incorporaban porque le tocaba por su edad sin más trámites previos.

Paco hizo la mili en las Islas Canarias, concretamente en Fuerteventura, donde permaneció desde noviembre de 1957 a julio de 1959, dieciocho meses. Después del periodo de instrucción lo nombraron cabo. Fueron meses de inestabilidad en Sidi Ifni por los enfrentamientos armados entre tropas de liberación de Marruecos y de España. Recuerdo la preocupación de mis padres de que su Paco pudiera ser trasladado a la zona del conflicto, debido a la cercanía de la isla.

## INCORPORACIÓN A LA ADMINISTRACIÓN

Terminado el servicio militar, en febrero de 1963, lo primero que nos planteamos, digo bien, nos planteamos, porque Alonso fue el que me sugirió la posibilidad de quedarme en el servicio forestal donde él trabajaba como habilitado –puesto que conservó hasta su jubilación– cubriendo una plaza de conductor que se había quedado libre.

Sin tiempo que perder, me inscribo en la única escuela donde se impartían las clases teóricas y prácticas, la conocida como San Cristóbal, ubicada en la plaza España. En tiempo récord obtengo el permiso de conducir de segunda clase, gracias también a las clases prácticas adicionales que me impartía mi hermano en el Seat-600 que ya poseía.

Por cierto, en Jimena hasta la década de los sesenta, apenas existían turismos privados, en la calle Santa Ana tan solo aparca el Seat 600 de Alonso, para satisfacción de mis padres al percibir la estabilidad laboral y progreso que sus hijos iban consiguiendo; en calle Sevilla era visible el Renault 4CV del Dr.

Marina; en la parte baja del pueblo un par de taxis y alguno más en la barriada de La Estación.

De inmediato me incorporo como conductor en la Jefatura Provincial de Montes, Caza y Pesca Fluvial, organismo creado por Ley de 8 de agosto de 1939. La consecuencia fue que abandoné los estudios sin haber obtenido lo que pretendía.

De lo que cobraba en esta nueva función más vale no recordarlo, con decir que mi hermano corría con el déficit entre lo que ganaba y lo que me costaba la comida y la pensión, sobran comentarios. Pero ahí estaba el mayor de los hermanos Lagunilla siempre presto en apoyo de la familia. Era así de generoso con los suyos, amigos y todos los que se acercaban a él.

Durante dos años compartíamos pensión con dos estudiantes de enfermería y magisterio, Paco Pineda y José Luis Orellana, ambos de Ubrique. Los fines de semana, con la juventud en la boca, y los escasos cuartos, nos dedicábamos a dar vueltas sobre el mismo recorrido, al igual que jóvenes y no tan jóvenes gaditanos, que consistían en partir desde cualquier punto; supongamos plaza de Mina, calle del Tinte, plaza de San Francisco, calle del mismo nombre, San Juan de Dios, Pelota, plaza de la Catedral, Compañía, Topete, Palillero, Columela, Ancha, San José hasta el punto de partida. Siempre cruzándote y avistando las mismas caras; así una y otra vez, hasta que decides gastarte las diez o quince pesetas reservadas para tomar las cañas de cerveza y tapas de ensaladilla en el bar Las Palomas, en calle Enrique de Las Marinas. La alternativa era el cine, si te llegaba.

En una de estas casas de familia que acogían a estudiantes, funcionarios y trabajadores, ubicada en calle de San Alejandro

(que actualmente se identifica, también, con el nombre de Conde de O'Reilly), la casera, Dolores, casada con un guardia civil, tenía dos hijas en edad medidas en noviazgos. A los acogidos nos servían la comida en la mesa redonda del comedor, unos seis o siete comensales a la vez. Durante la cena, hora coincidente con el «pelado de la pava» de una de las hijas, en el zaguán, se le pasaba el tiempo sin darse mucha cuenta, de tal manera que cuando ya no podía más daba sonoros porrazos al picaporte para que de inmediato le abrieran la puerta de entrada al patio, al tiempo que, en voz acelerada y contundente, pedía a su madre que le facilitara la entrada a vivienda situada en la primera planta. Entonces, Alberto, uno de los comensales, venido de la montaña para emplearse en Cádiz, con mucho aplomo y guasa, sabedor de la emergencia del momento, se metía en el único servicio de la casa. Al encontrarse con la puerta bloqueada, no le queda otra alternativa que correr por el pasillo camino del dormitorio donde, sólo ella y la intimidad del espacio, serían testigo de lo que en su interior acontecía.

En otra ocasión, aprovechando la ausencia de los caseros, a José Luis, se le ocurrió vestir a mi hermano con el uniforme del guardia, tricornio incluido, Alonso que se prestaba a cualquier maniobra que resultara atractiva, coincidiendo que yo no estaba —entre los dos hermanos existía muchísimo cariño, no exento de un prudente respeto— accedió a la ocurrencia. Según me contaron después, resultaba cómico verlo con el pantalón que apenas le cubría hasta la pantorrilla, las mangas de la chaqueta, tres cuartos de lo mismo, lo que mejor le quedaba, según ellos, era el tricornio de paseo. La siguiente actuación consistió, ha-

ciéndose pasar por el guardia, en anunciar a los comensales que no estaban a pensión completa, conforme iban llegando al patio del edificio, en alta y viva voz, desde el pasillo: «No hay cena, la señora se ausentó», sin que fuera reconocido por los sufridos estudiantes, que se marcharon sin tomar bocado.

Años más tarde caí en la cuenta de que si quería ser algo más que conductor o evitar emigrar a Cataluña o a algún país de Europa, como venía sucediendo con los jóvenes de Andalucía y de otras regiones de España, entre los que se encontraban amigos y primos, no quedaba otro remedio que apretar los machos y ponerse a estudiar. Así lo hice, reanudé los estudios allá por 1967, obteniendo el título de Graduado Social, formación que impartía el Ministerio de Trabajo por mediación de la Facultad de Derecho de Granada que, a su vez se valía de un seminario que se constituyó en Cádiz. Me costó cuatro años de estudios: tres de carrera y uno de ingreso. En los años ochenta, el Ministerio de Educación asumió esta competencia y la equiparó a estudios de grado medio, hoy conocida como Relaciones Laborales.

Como tenía la espinita clavada por no haber terminado el bachiller elemental que inicié durante la mili, además de no haber pisado un colegio en la edad adecuada, me propuse obtener el graduado escolar que, unido al año de ingreso para acceder a los estudios de Graduado Social, lo equiparaban a bachiller superior. Para ello me matriculé en el colegio público Eduardo Benot, situado en la barriada de La Paz (hoy ocupado por la Asociación Afanas) durante el curso 1976-1977. Me pasé nueve meses recibiendo clases de cinco a diez de la noche, de lunes a viernes, hasta que conseguí mi objetivo. Realmente fue muy

instructivo, no sólo a nivel curricular, sino por la relación con los jóvenes que participaban, así como con guardias civiles, militares, algunos de alta graduación, con mayores de profesiones distintas y, sobre todo, con un magnífico plantel de profesores que nos impartió las clases. A mitad de curso se organizó una excursión hasta la sierra de Ubrique y alrededores que, por mi relación con el lugar, me tocó organizarles una comida a base de estofado de cordero que finiquitamos en la zona recreativa de Tavizna, ubicada junto a uno de los afluentes del río Majaceite, comida que mis amigos del pueblo se encargaron de comprar y cocinar; me refiero a mis íntimos: José Lamela, Cayetano Parada y Paco Janeiro. Una vez obtenidas las notas finales se organizó la correspondiente fiesta en el propio colegio donde compartimos vivencias y bailamos al compás del tocadiscos. Con mi paso por este colegio doy por finalizado –empezando la casa por el tejado, como se suele decir– lo que fue la tardía y desorganizada formación a nivel académico.

Tengo bastante presente lo que han supuesto cuarenta y siete largos años en la Administración, tanto en la estatal como en la autonómica. A continuación, agruparé en cuatro etapas mi carrera profesional, detallando las distintas funciones que desempeñé en cada una.

## PRIMERA ETAPA

Comprende de 1963 a 1965, como conductor en exclusiva para la administración forestal, sin que mediara contrato o documento de tipo legal, aunque años más tarde me fue reco-

nocido ese tiempo a efectos de antigüedad. Por entonces era jefe de servicio del Distrito Forestal el gaditano don Manuel Castro Lemos, ingeniero de montes, copropietario de la fábrica de harinas Castro. Debido a su avanzada edad pasaban por desapercibidas las imprudencias que yo cometía como novato con el carnet de conducir recién obtenido. Al segundo día de incorporarme, a lo que luego terminó siendo mi porvenir laboral, me sometieron a la dura prueba de tener que conducir un enorme coche yanqui de los años cincuenta, marca Chevrolet, adquirido en la base naval de Rota, de enorme motor y capó al que no llegaba a verle su final —una verdadera coraza— para hacer el recorrido desde Cádiz a Rota, con susodicho jefe y otro viajero de similar edad. Menos mal que siempre estaba al quite Joaquín Bulpe, que se sentaba a mi lado, y que, aunque no tenía la edad para conducir, sabía mucho más que yo de mecánica y de conducción, de forma que los primeros días se encargaba él de sacar y encerrar el vehículo en el garaje que tenía el organismo en la calle Santiago Terry —debido a la estrechez de la calle y tenerlo que hacer marcha atrás— justo al lado del restaurante más famoso de Cádiz por aquellos años, El Anteojo, cuyo gestor y propietario era el gallego *Pepiño*. Un domingo, al anochecer, cuando me dirigía hacia el garaje para hacerme con uno de los cinco vehículos que en su interior se estacionaban, observé mucho movimiento de guardias locales y bomberos en la esquina de la calle, enseguida me percaté de lo que sucedía: el techo del garaje se había derrumbado en su totalidad, dejando inservibles los cinco automóviles allí encerrados.

Lo que peor me sentaba era llevarlo a la capilla Beato Diego

José de Cádiz en su coche Seat-600 para asistir a misa, en la calle Bendición de Dios, los domingos de madrugada –seis de la mañana–. Lo normal era quedarme dentro del coche, aparcado en la acera junto a la capilla, salvo cuando me insinuaba que escuchara misa con él, librándome de la penitencia de oración ese día. Algún golpe de pecho hubo, para qué negarlo, aunque sólo fuera para simular en presencia del cura –de prolongada edad–, de mi jefe y de cuatro o cinco beatas de similar longevidad. Tan imprescindible era para este señor, que, si pretendía escapar un fin de semana a visitar a mis padres o a Paquí, se tenía que quedar Alonso encargado de prestar el servicio que le correspondía a su hermano, entregándome, además, su Seat-600 de finales de los años cincuenta que había logrado adquirir de segunda mano, para mi propio disfrute. Expresar que Alonso era bueno, no es suficiente para tanta humanidad, era mucho más: desprendido, desinteresado, noble, compasivo, servicial y otras muchas cualidades que lo engrandecían.

Las condiciones laborales y sumisión al poder se pueden considerar, justas o injustas, depende desde el prisma y época en la que te sitúes y el fin que pretendía. Fue la opción que yo elegí para introducirme en la Administración. Dicho esto, debo ser fiel y aclarar que, dentro de la distancia entre jefe y servidor público, me trataba con enorme cercanía, de tal forma que cuando íbamos, por poner sólo algunos ejemplos, al Pinar de la Algaida, en Sanlúcar de Barrameda, al Pinar del Rey, en San Roque, a los Montes Propios de Jerez, Dehesa de Roche y otros..., era, además de conductor, su fiel acompañante, compartiendo mesa y demás avatares de viaje.

## INCORPORACIÓN A LA ADMINISTRACIÓN

En esos tiempos éramos alrededor de quince personas las que trabajábamos para el servicio, entre las que se encontraban: dos estupendas mecanógrafas, Sebas y Enedina; Pepita Cantero; mi hermano Alonso, nombrado como habilitado a los pocos meses de su incorporación como funcionario; los ordenanzas Fernández y Moreno que, cuando entraban a la oficina ya venían un tanto cargados del coñac de garrafa que se servía en el bar El Piano; Emilio, que tartajeaba, en especial los días que hacía levante; Rogelio; Eduardo Anguita que era perito de montes, y algunos técnicos más que venían de paso y, por supuesto, Joaquín y yo mismo. (Joaquín merece un apartado, no solo por lo que me ayudó sino por su carácter afable, expresivo, servicial, generoso..., en definitiva: buenísima persona. A su lado era imposible no sentirte bien). Con decir que estábamos ubicados en la segunda planta de una casa familiar, en el número 31 de la calle Barrié, compuesta de tres plantas: la primera, ocupada por el propietario del inmueble; en la segunda se encontraban las oficinas del Distrito Forestal; y la tercera, ocupada por una de las hijas del propietario, se puede entender el carácter cercano del equipo forestal de aquellos años.

### A JOAQUÍN BULPE

Del aludido Joaquín, hijo de guarda forestal, os diré, que le llevaba, y le llevo, cinco o seis años en edad; que era la alegría de todos; que me acompañaba —en la furgoneta Citroën— a recoger al jefe muy temprano; que más tarde íbamos por su secretaria que vivía al final de García Carrera. En resumen, imprescindible como el lazarillo al ciego. Al cumplir mayoría de edad, se le aconsejó que

se fuera a la escuela de capataces forestales de Lourizán, (Pontevedra), pero al cabo de dos años abandonó los estudios y prácticas de capataces. Así que otra vez a dormir en la oficina, en la cama mueble que estaba más «usá» que el urinario de una pensión. Al poco tiempo empezó a cortejar a una chica que vivía casi enfrente de la casa de la oficina, justo donde aparcábamos el utilitario de aquellos años. La intentó seducir diciéndole que era hijo del jefe, y que le acompañaba porque estaba muy torpe de las piernas, y que por eso usaba bastón. El idilio duró el tiempo que la chica tardó en averiguar que todo era una farsa bien orquestada. Aun siendo mayor de edad, seguíamos gastándole bromas, un tanto pesadas a veces.

Poco tiempo después consiguió lo que realmente le gustaba, ser profesional del automóvil, empleándose en el Parque Móvil para prestar servicio de conductor de altos cargos de la Administración, con el riesgo que ello suponía en la época de las bombas lapa, cargas explosivas en supermercados, casas cuartel, alcantarillas, tiros en la nuca..., perpetrados por la banda terrorista etarra, al final del franquismo y perduraron a lo largo de treinta años de democracia.

Ya digo, buena persona y destacado amigo. Cuando aún nos encontramos y empezamos el relato de nuestras goteras, lo expresa a carcajada limpia.

Los dos ordenanzas pertenecían al Cuerpo de Guardería Forestal. El mayor de ellos, Pepe Moreno, había venido del norte de Marruecos, supongo que sería uno de los últimos funcionarios en dejar el norte del país vecino. Tan aficionado al

valdepeñas, finos y otras bebidas alcohólicas que los escasos emolumentos de la nómina los tenían que percibir sus hijas, ante el temor de que a su llegada a casa el contenido del sobre se esfumara por el camino. Pepe Fernández, era unos años más joven, pero semejantes vicios.

Al final de los años cincuenta, según me contaban, se produjo la llegada a Cádiz de un buitre leonado.

«¿Dónde me poso?», se preguntaría el cóndor. Estaba claro, en lo más alto del monumento a Las Cortes, en la mismísima alegoría a la Constitución. La pequeña historia que pretendo transmitir trata de lo siguiente:

El jefe de entonces, el mío después, vivía en la plaza de España. Pepe Fernández, tenía la «obligación» de ir a diario al domicilio del supremo dirigente, para sacar agua del aljibe y subirla a la primera planta para los menesteres de limpieza por parte de las dos señoras de servicio, ambas nacidas en Ubrique. En Cádiz, por inexplicable motivo, se equiparaba a las empleadas del hogar, con el ruin apelativo de marmota, por fortuna ya extinguido.

Fernández, muy aficionado y participante en chirigotas y comparsas carnavalescas, le sopló al autor de sus letrillas que las dos señoras del servicio de su jefe fueron las primeras en avistar el desorientado y desnutrido buitre, sujeto con sus potentes garras a las tablas de la carta magna de 1812. Se lo puso fácil al autor, que compuso: «En la plaza de España, se posó un buitre, la primera que lo vio fue una marmota, que era de Ubrique, que era de Ubrique...»

Enterado el jefe de semejante atrevimiento, llamó a capítulo

al bueno de Fernández, que, según pitorreo que duró años, le produjo cierto quebranto pecuniario, en minoración de horas extras y otros suplementos dinerarios.

A la plaza de España le tengo una especial estima, pues aquí estaba la referida y única escuela del patrón de los conductores San Cristóbal, donde recibí clases teóricas y prácticas para la obtención del permiso de conducir de segunda clase, de primera un año más tarde, pasaje ya citado. También por la cercanía de la pensión de la señora Dolores y, sobre todo, por las muchas veces que la transité y aguardé en espera de que el jefe requiriera mi servicio. No muy lejos de esta plaza me encontraba cuando saltó la alarmante noticia que hizo temblar a los súbditos de la faz de la tierra: el atentado contra el presidente Kennedy, el 22 de diciembre de 1963. Un francotirador acabó con su vida en la ciudad de Dallas cuando, en clamor de multitudes, recorría las calles en un automóvil descapotable.

Tengo varias anécdotas sobre vivencias en estas oficinas, algunas más propias de ser destacadas por la revista humorística de aquellos años, La Codorniz.

La primera tiene que ver con los bajantes de las aguas residuales y fecales los cuales se encontraban a la vista en ciertos rincones de los despachos, ya que la casa tenía bastantes años a sus espaldas. Uno de estos despachos era el que ocupaba Rogelio Martínez, encargado de expedir las licencias de pesca. Pues bien, un día se personó una señora extranjera para obtener el citado documento, con la sana intención de ir a pescar truchas en el río de El Bosque. En ese espacio de tiempo, alguno de los habitantes de la tercera planta tendría la necesidad de utilizar

el «trono» y al tirar de la cadena se produjo un gran estruendo al caer el agua con los excrementos por la tubería hacia abajo, detalle que fue percibido por la señora extranjera, que comentó: «Muy típico, español».

La segunda de las anécdotas tuvo lugar un día a primera hora de la mañana, cuando se personó en la oficina el presidente de los gestores administrativos, para quejarse de que ciudadanos particulares de toda la provincia se dedicaban a tramitar licencias de caza y pesca, en detrimento de las gestorías legales. El jefe, Pepe Gallardo, lo recibió en su despacho, produciéndose cierta discusión entre ambos, discusión que le ocasionó al gestor una lipotimia. Me tocó a mí desplazarme hasta la casa de socorro existente en la calle Benjumeda, para que viniera algún médico. Como no había ninguno disponible, el practicante que me atendió me dio un supositorio, indicándome que si no mejoraba lo lleváramos a la Clínica de La Salud, que era lo más cercano. A toda prisa regresé a la oficina, donde me esperaban con impaciencia. El buen señor, ya incorporado y sentado en el despacho del jefe, se dispuso a colocarse el manoseado supositorio. Para guardar cierta intimidad, Pepe Gallardo se giró mirando hacia la pared; mientras, el ya restablecido enfermo, se bajaba los pantalones, imprescindible para tal maniobra. En ese preciso momento, llega Juan Junco, ajeno a lo que ocurría, abrió la puerta del despacho, y se encontró con la escenita del jefe mirando a la pared y la postura un tanto sorprendente del otro. Se volvió, cerrando la puerta de manera un tanto violenta, y se le oyó decir: «¡Alonso! ¿Qué coño está pasando en el despacho del jefe?».

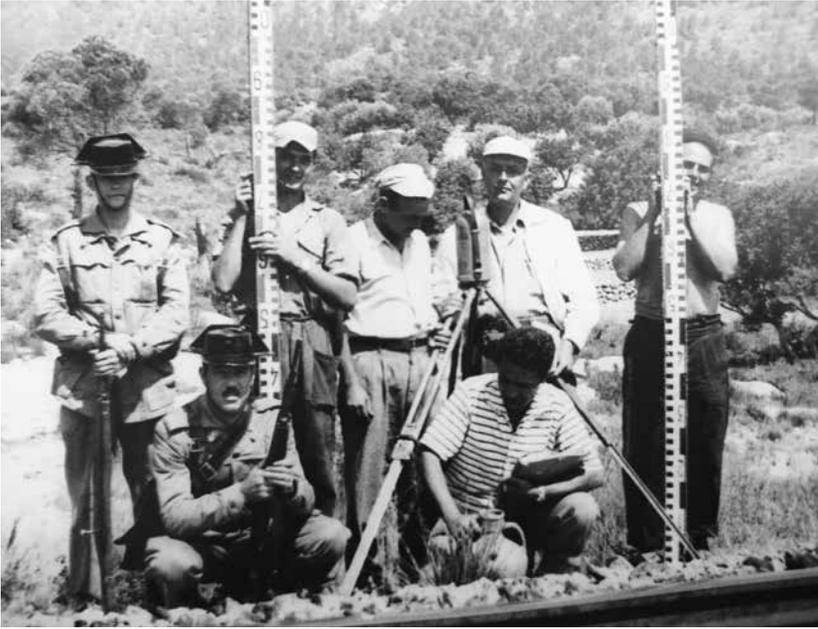
La tercera tiene que ver con el barbero que iba a la oficina para arreglar a Eduardo Anguita, un perito de montes de cierta edad. Un día se oyó una voz de alguien que estaba intentando localizar a don Eduardo, porque lo estaban llamando por teléfono, y alguien contesta: «¡No puede! Ha venido el barbero y lo está pelando en el despacho del delineante». Por cierto, el despacho del delineante estaba ubicado en lo que era la cocina de la casa, con fregadero y alacena incluida.

## SEGUNDA ETAPA

En 1965 adquiero la condición de funcionario al ingresar en el Cuerpo de Guardería Forestal del Estado. En esta etapa comienza mi participación en incendios, tratamientos de plagas, cubicaciones maderables y otras funciones propias del cuerpo al que me incorporé; para ello me desplazé en varias ocasiones hasta Madrid para recibir los cursos de formación necesarios.

En esos años empiezan los planes de desarrollo del Ministerio de Agricultura, siendo transferidos importantes fondos a los servicios forestales de las provincias. El personal técnico del que disponía el servicio era insuficiente —agravado por el envejecimiento de algunos de ellos— para hacer frente a los muchos trabajos que había que realizar en los montes públicos de la provincia. El ingeniero de montes, Pepe Gallardo, que por esas fechas se acababa de incorporar al distrito forestal de Cádiz y que después sustituyó al jefe anterior, me propuso formar parte de su equipo de trabajo. A partir de ahí este señor se encargó de transmitirme muchos de sus conocimientos de índole técnico.

## INCORPORACIÓN A LA ADMINISTRACIÓN



Deslinde de un monte público (Tarragona)

Nos íbamos por las tardes a la dehesa de Roche en Conil, donde me daba clases prácticas de topografía, manejo del teodolito, relascopio, clisímetro, barrena de pressler..., en definitiva, todo tipo de conocimientos de orden práctico y teóricos, imprescindibles para los trabajos que luego se aplicarían en el campo forestal. Fue mi maestro, mi consejero, mi velador profesional y, sobre todo, amigo. Era ilustrativo estar a su lado. Recuerdo los fines de semanas que nos íbamos, allá por 1967, hasta San Pedro de Alcántara, para realizar replanteo de caminos en dos fincas particulares, denominadas Alcuscu, junto a la carretera

que une San Pedro con Ronda, y Bornoque, al norte de la sierra de Marbella, próxima a la sierra de Las Nieves.

Mis primeros escarceos en la topografía comenzaron en el deslinde del monte Campo de las Encinas y los Laureles de Grazalema, allá por 1966. Unos años después en el monte de Albarracín de El Bosque, aquí de forma más activa debido a la práctica ya conseguida.

Como podrán observar en la fotografía que acompaño, conseguida en la recopilación sobre lo que fue el ICONA (un referente de la conservación de la naturaleza de España), verán a un equipo haciendo un deslinde. Resultan llamativos dos detalles: el primero, la Guardia Civil protegiendo el equipo, eran frecuentes las discrepancias con colindante, sobre todo en regiones de pequeños minifundios; el segundo, en las dos miras que sostienen los colaboradores, se aprecian los números de revés (en una de ellas), es decir, mirando hacia abajo. Ello se debe a que el teleobjetivo del teodolito invertía la imagen a la que enfocaba. Me ha hecho mucha ilusión apreciar esta fotografía, para recordar tiempos que nunca volverán.

En 1967 el Servicio de Plagas hizo una campaña de fumigación en los montes de Los Barrios afectados de la *Lymantria dispar* (comúnmente conocida como lagarta peluda). Para ello me encargaron que fuera al núcleo de montes públicos y fincas particulares próximas, para informar sobre las zonas donde se debía actuar. El medio de locomoción del que dispuse fue la moto oficial –una Bultaco de la época– que tenía adjudicada mi amigo y compañero Jacinto Jiménez, que llevaba a su cargo el monte público Hoyo de Don Pedro. Me hospedaba en la casa

forestal de Moge Conejo, vivienda que tenía reservada varias habitaciones para el personal técnico, además de los anexos donde vivían los dos guardas forestales, Juan Sillero y Manolo Tizón, encargados de los montes públicos del grupo del Rincón de Los Barrios; pues bien, al cabo de cinco o seis días decido irme por la tarde hasta Algeciras para presenciar por la tele una de las corridas de toros de la feria de San Isidro. Sin pensarlo, cojo la moto (el casco por aquella época era impensable) y me dirijo hacia Algeciras por la carretera que ahora se utiliza como vía secundaria para acceso a fincas y a vecinos del lugar, estrecha y de curvas muy cerradas. En una ellas, la que existe después de sortear el arroyo Chocolatero, justo al lado de la roca conocida como Montera del Torero, cometí el error de entrar excesivamente cerrado, para terminar abierto en la recta de salida. La consecuencia fue que me enfrenté a un camión equipado con una jaula llena de gallinas. El vehículo cubría casi toda la calzada. Su conductor, al verme, giró la cabina del camión para esquivarme, cosa que consiguió, pero lo que no pudo evitar fue el saliente de la jaula, contra la que me precipité violentamente. ¿Por qué no sucedió un accidente grave y solo quedó en un hematoma en el brazo izquierdo? Se suele decir que los seres humanos tenemos el día señalado para irnos del «paraíso» terrenal: yo lo creo a pies juntillas. Ese día de la primavera de 1967, el ángel de mi guarda volaba sobre mi cabeza a la misma velocidad de la moto, y me

*Por testigo tuve,  
la Montera del Torero,  
cuando sufrí el accidente  
una vez pasado,  
el arroyo El Chocolatero.*

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

dijo que soltara el manillar y pusiera las manos por delante para que aguantara el impacto contra la jaula del camión. El resultado fue que salí despedido entre el terraplén y la cuneta de la carretera cincuenta metros adelante, con mi chaqueta sport recién comprada en un establecimiento de Madrid algo rozada por el antebrazo, así como con yerbas trituradas sobre todo mi cuerpo. Enseguida avisaron a Juan Sillero y a Manolo Tizón que fueron los que me llevaron a la clínica del Dr. Argüelles en Algeciras, diagnosticándome lesiones leves. Ese mismo día me fui a Jimena a casa de mis padres para reponerme, más que por las heridas por el trauma que me ocasionó el accidente. Lo recuerdo como si hubiera ocurrido hoy. Desde entonces he evitado, en lo posible, el contacto con las motocicletas.

### A JACINTO JIMÉNEZ GIL

Jacinto nació en el mes de junio de 1925, en el lugar tan conocido y forestal de Los Alcornocales como es puerto de La Jarda, en la parte alta y orientación este de la finca Corchadillo, a poca distancia del cruce de la carretera de Jerez con la de Alcalá y próximo a la venta Puerto de Gáliz.

Como él mismo relata en su detallada biografía –¡qué memoria tan lúcida la suya!– titulada *Pasaje de mi vida*, siguió a sus padres allí donde más favorecía el negocio del carbón (La Zarza, Laganés y El Jautor, Cortijo de los Espartales, en Alcalá; Castillejos, Garcisobaco y Marrufo, en Jerez), colaborando en el sostenimiento de la unidad familiar desde la niñez, adolescencia y juventud. Duros, muy duros debieron ser sus comienzos que perdurarían hasta 1949, fecha en que su esfuerzo, tenacidad y sacrifi-

cio se ven recompensados al incorporarse al Cuerpo de Guardería Forestal del Estado que era lo que anhelaba.

Además de una amistad sólida e inquebrantable, hemos tenido etapas paralelas en nuestras vidas, tanto en las dos primeras décadas (en la preadolescencia cuidando de pavos, cabras y cerdos; en edades más casamenteras coincidimos en los oficios de carbonero y corchero; y en muchos otros infortunios sufridos, propios de épocas pasadas), así como en años posteriores cuando nos dimos a conocer en el ejercicio de nuestra profesión, allá por 1963. Más que paralelas, he sido yo el que ha ido olfateando y siguiendo el rastro que Jacinto iba dejando en el severo camino de nuestra juventud, y prolongación en lo profesional. A lo mejor puede parecer un tanto frívolo —ahora que no está— diferenciarlo como mi mejor amigo. Créanme, no lo manifiesto influenciado por la emotividad del momento, me sale desde el más profundo de los afectos.

En la mañana del 4 de febrero de 2024, muy a primera hora, me llama María, la hija de Jacinto, muy apenada, para darme la noticia del fallecimiento de su padre: «Besos para toda la familia», fueron las únicas palabras que articulé transmitirle de sentimiento.

Seguro estoy que Jacinto hubiera disfrutado con la lectura de esta modesta biografía, al recordar pasajes tan comunes de nuestras vidas, por nuestros secretos que callo y por la mutua fidelidad que nos profesábamos. Siento no haber escrito esta cita a su debido tiempo, del que hasta ayer enarbolaba la bandera del más longevo de los forestales de la provincia de Cádiz.

Mediante Decreto-Ley 17/1971, de 28 de octubre, se crea el organismo autónomo denominado Instituto Nacional para la Conservación de la Naturaleza (ICONA) –que asumió las competencias del Patrimonio Forestal del Estado y el Servicio de Pesca Continental, Caza y Parques Nacionales– y el Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias (INIA).

A pesar del déficit de personal con el que contaba el ICONA –menos de cuarenta guardas forestales y unos veinte empleados en oficinas, entre técnicos y personal administrativo–, había que continuar haciendo frente a la enorme carga de trabajo con la que se empezó, como ha quedado dicho. En unos catorce años se consiguió construir el ochenta por ciento de los caminos forestales de los montes públicos de Alcalá de los Gazules, Tarifa, Los Barrios, Jerez y otros municipios e infinidad de trabajos culturales en las masas de alcornoques y control de las subvenciones en fincas de propiedad particular. Además, se compraron fincas que había que levantar topográficamente, tales como: La Cuesta del Huevo, Los Gavilanes, El Lobo Alto, varias suertes de La Benazainilla en Jimena; La Tala en Alcalá; La Nava y Toleta en Algodonales y Puerto Serrano; así como muchas adquisiciones en los términos de la sierra de Grazalema –varias para ampliar el perímetro de la Reserva del Pinsapar–, conocidas como Monte Prieto, Cintillo y Agua Nueva y otras más. Repoblaciones de pino piñonero en las cumbres de los montes públicos, donde no llegaban las especies autóctonas, en los términos municipales de Los Barrios, Alcalá y Jimena; creación de zonas recreativas; humedales; control de la caza; inventario de la fauna y un sinfín de intervenciones difíciles

de enumerar, realizadas a partir de los años setenta. Fue una etapa de mucho e intenso trabajo, pero de grato recuerdo por los conocimientos adquiridos y por lo que personalmente me supuso al cabo de los años.

Este organismo autónomo, adscrito al Ministerio de Agricultura, al que hay que valorar lo mucho que hizo —y bien hecho—, en el cortísimo plazo de veinticuatro años de existencia, en favor de la conservación de naturaleza y el medio ambiente, no se libró de cometer errores. Bajo mi punto de vista, el más llamativo fue el de la excesiva propaganda, sobre todo en lo concerniente a incendios forestales. Las personas de mayor edad recordaran cuando, por la única televisión de entonces, se publicitaba: «Cuando un monte se quema, algo suyo se quema». A lo que el público en general respondía, con cierto sarcasmo burlesco: «Cuando un monte se quema, algo suyo se quema, Sr. Duque». Además, no contaba con recursos materiales ni humanos suficientes, seguíamos yendo a apagar fuegos en mangas de camisa, sin guantes, con las botas que cada uno se agenciaba y los apagafuegos que más a la mano teníamos —calabozos, palas, las socorridas ramas—, que una vez chamuscadas las sustituías por otras sobre la marcha. Sólo nos llegó un Land Rover con un depósito de seiscientos litros de agua, unos años más tarde una carroceta de fabricación nacional con tres mil, que no superaba los cuarenta kilómetros hora. El medio más sofisticado fue la aparición de los anfibios que fueron sustituyendo las modestas avionetas; en alguna que otra ocasión quedábamos mal por la insuficiencia de medios, aun así, dábamos el do de pecho para evitar que se quemaran miles de hectáreas como sucede actualmente.

Los incendios más graves en los que participé fueron en la sierra del Retín de Barbate, el de La Nava, Las Porqueras, La Palmosa y fincas colindantes de Conil, Chiclana y Medina Sidonia en el año 1976, debido al queroseno que un avión DC-4 militar fue evacuando por un incendio en uno de sus motores, cuando ya traspasaba el estrecho, con más de veinte pasajeros –entre tripulación y familias de militares–, procedente de Getafe y con destino a Las Palmas de Gran Canaria. Se estrelló forzado por un aterrizaje de emergencia en zona libre de vegetación, entre Medina y Chiclana, cuando el piloto calculó que no le daba tiempo a regresar al Aeropuerto de Jerez. Los medios informaron sobre la muerte de doce pasajeros y varios heridos, lo que no aclararon fue el motivo por el que iba ocupado por personal civil, lo que dio pábulo a especular que se trataba de un pasaje de familias con destino turístico. Otros incendios de importancia en los que intervine fueron en los montes de Algeciras y montes de La Almoraima. No eran incendios tan destructivos como los ocurridos en los últimos veranos.

A partir de los años setenta, es cuando el ICONA empieza a crear los retenes contra incendios; las torres de vigilancia intercomunicadas; contratación de personal de campo –aunque sin la preparación actual–, en definitiva, fue el germen de las brigadas profesionalizadas de hoy en día.

En los últimos años se han conseguido avances muy importantes en la extinción de incendios, tanto en lo material como en lo humano, pero, por otro lado, es evidente que no es suficiente quedarse ahí, principalmente por los cambios climáticos, el avance del sotobosque incontrolado, a conse-

cuencia de la falta de inversión en la limpieza de los espacios forestales.

Aunque sea repetitivo y obvio recordarlo —es de Catón, y si no venía sería por olvido—, las campañas de incendios deben comenzar al principio del otoño y prolongarse durante el invierno y parte de la primavera, con la limpieza de los montes (rayas cortafuegos, caminos forestales, veredas...), que faciliten la accesibilidad a los medios y brigadas allí donde la maleza no lo permite, y cuantas medidas preventivas sean necesarias, si no los incendios continuarán destruyendo grandes extensiones de bosques mientras los recursos, a pesar de los esfuerzos, no pueden con semejante voracidad, esperando cambios en la meteorología para que ayude a controlarlos.

Reciente tenemos las imágenes del incendio de sierra Bermeja en Málaga, en el verano de 2021, o el producido en cinco o seis municipios de la provincia de Zamora, en 2022, donde han sido calcinadas miles y miles de hectáreas, sin que los medios disponibles hayan podido evitarlo. Pero..., ¿quién soy yo para dar consejos que para mí no tengo, sobre un problema tan global y de tan difícil solución, que tiene mucho que ver con el ecologismo, la sequía, el cambio del clima —o como quieran llamarlo— y la economía?

Invertir hoy es la senda del ahorro de mañana, en gastos de extinciones, en nuevas repoblaciones y, lo más importante, evitar, en lo posible, la devastación de nuestros bosques, con lo que ello supone en la degradación de suelos, eliminación de fauna, influencia climática...

Como consecuencia de la nueva estructura del organismo

se produce una división ilógica de los espacios forestales y de la propia Administración en todas las provincias. En concreto, la provincia de Cádiz se queda con la parte más importante de la masa forestal, dejando el control del resto de la provincia en poder de la Delegación de Agricultura creada por aquellos años. Es decir, se crea una división entre lo que se estimaba más importante desde el punto de vista forestal y lo más cercano a lo agrario. División que también afecta a la Guardería Forestal, que se mantendría hasta el año 1990 aproximadamente, cuando fue reunificada por la nueva administración andaluza. La consecuencia: la proliferación de transformaciones de cultivos a favor de la agricultura; ejemplos fueron los municipios de Arcos, zonas próximas a San José del Valle, Setenil de las Bodegas y Alcalá del Valle, donde desaparecieron grandes masas arbóreas de alcornoques y quejigos —como fueron las fincas de Crismete y Mata de Ruiz situadas en el acuífero de Arcos—, y de grandes ejemplares de encinas en el resto. Todo ello con el beneplácito de la Delegación de Agricultura dirigida por técnicos agrónomos.

Me asignan también funciones burocráticas que tenía que resolver los días de trabajos de campo. Es a partir de ahí cuando me hacen responsable de un gran volumen de trabajo (licencias de caza y pesca, denuncias, cotos..., todo ello sin estar reconocido en el organigrama del ICONA, ni tan siquiera como negociado). Es cierto que contaba con personal que se iba incorporando para hacer frente a tanta gestión, pero no lo suficiente, por lo que me inventé, con la complicidad de Juan Junco y de Alonso, recurrir al personal administrativo para que

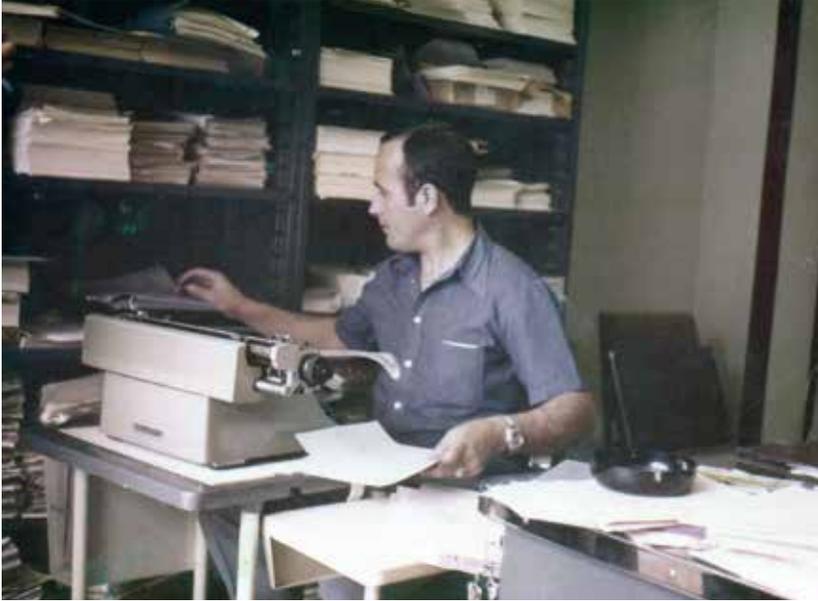
## INCORPORACIÓN A LA ADMINISTRACIÓN



Homenaje a personal jubilado del ICONA

se llevaran a sus casas, los fines de semana, cierta cantidad de licencias de caza para cumplimentarlas a mano –salvo José M<sup>a</sup> Pulet que empleaba la máquina de escribir– trabajo que Alonso pagaba a razón de una peseta por licencia. Como yo no podía ser ajeno a esta colaboración, me preparaba mi propia tarea, que luego repartía entre mis hijos. No se me ha olvidado que se gestionaban sobre treinta mil licencias cada año y no menos de dos mil denuncias de caza, sin contar con los medios actuales; que suponía llevar el control recaudatorio, ante el habilitado y los Servicios Centrales. También recurrí a estudiantes que tenían que hacer las prácticas de la formación administrativa, procedentes de centros educativos –todas chicas– que luego han terminado, la mayoría, siendo funcionarias.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



En la oficina en Ana de Viya, 3 (Cádiz)

En 1976 tomo posesión como auxiliar administrativo, una vez resuelto un proceso contencioso administrativo ante el Tribunal Supremo, por haber sido excluido de una convocatoria restringida al citado cuerpo; al mismo tiempo ceso en el Cuerpo de Guardería Forestal.

El jefe anterior, Pepe Gallardo, se marchó a los Servicios Centrales del ICONA en 1979 y fue sustituido por don Juan Junco, un profesional como la copa de un pino, inteligentísimo, culto, agradecido, cercano, comprometido con su profesión y con el personal que trabajaba para el servicio. Mi situación siguió siendo la misma con la nueva dirección.

## TERCERA ETAPA

En 1985, dejo los trabajos de campo dentro de la Administración –salvo algún caso puntual para el que era requerido– no así en el ámbito privado que sigo haciendo mediciones allí donde soy solicitado, hasta final del siglo veinte. Ese mismo año son transferidas las competencias forestales a la Junta de Andalucía, creándose la Agencia de Medio Ambiente y el Instituto Andaluz para la Reforma Agraria (en adelante IARA). Don Juan Junco y otros funcionarios fuimos transferidos a este último organismo; quedamos en una situación un poco anómala debido a que estuvimos más de un año sin saber quién era nuestro jefe, ya que a don Juan lo habían destituido del cargo que ocupaba, por lo que no teníamos una cabeza visible a quien dar cuenta de nuestras actuaciones; así que Juan con su buen hacer decidió que cada uno sería responsable de lo que hacía y firmaba. He de destacar la gran amistad que compartía con mi hermano Alonso, ambos parcos en palabras, pero se entendían perfectamente, bastaba con un simple movimiento de cabeza y la utilización de monosílabos para trasmitirse sus ideas. Gracias amigo por lo que me aportaste, que no fue poco. No recibió el trato que se merecía por parte de la nueva Administración.

Después fueron incorporándose más técnicos y personal administrativo: Manuel Camarero –murió muy joven–; Santiago Martín; Santiago Matute y Antonio de la Rosa, todos dejaron huella a su paso por el servicio. Luego estaban mis compañeros currentes: Felicito de Andrés, que hacía de delineante y me pasaba a limpio los trabajos que yo hacía a nivel particular,

compartíamos desayunos y vivencias; Anita, la encargada del registro de entrada y salida, serían incontables los libros que cumplimentó con su puño y letra; Bienvenido Ros, al que haré referencia más adelante ya que fuimos vecinos en el vivero de San Fernando, gran funcionario, buena persona y grata amistad; Rogelio Martínez, compañero de ingreso en el Cuerpo de Guardería y socio durante un tiempo en los trabajos particulares que hacíamos, el alcohol fue la causa de su anticipado fallecimiento; Juan Jiménez; Miguel Ruiz; Salud; Marta, que procedía de Madrid; Crisanto y María Dolores. A todos ellos, así como al personal de Guardería Forestal en activo en aquellos años, en especial a los que además de compañeros fueron grandes amigos, como es el caso de Jacinto Jiménez y Juan Sánchez, mi agradecimiento.

Fue en el IARA –como ya he comentado– donde me destinaron en la nueva Administración, siéndome reconocida la labor que venía desempeñando veinticinco años atrás, con la equiparación de jefe de negociado de Licencias y Autorizaciones. En este organismo coincidí con Paco Aguilar y su esposa Araceli, enormes compañeros.

## CUARTA ETAPA

El año 1989 marca una nueva etapa en mi carrera administrativa. Decido cambiar de rumbo, participando en el primer concurso de traslado convocado por la Junta de Andalucía, consiguiendo el Negociado de Información Juvenil, en la Delegación de Cultura –mejor retribuido que el que ocupaba en el

citado IARA— dejando detrás lo que fueron veinticinco años en la administración forestal de trabajo intenso, para ocupar otro de poco contenido y desconocido. Lo pasé realmente mal los primeros meses hasta adaptarme a la nueva realidad, principalmente por la poca gestión administrativa del nuevo negociado, así como por la diferencia jurídica de los actos administrativos. Pero, sin pretenderlo, vuelvo a coincidir con Paco Aguilar que por entonces era el secretario general de la Delegación, me fue de gran ayuda para salir de la desmotivación que me produjo un cambio tan extremo. Tanto fue así que me planteé volver a incorporarme al Cuerpo de Guardería Forestal presentando, incluso, la solicitud de reingreso, a la que desistí, aconsejado por Paco, al insistirme que mi futuro profesional estaba bien encaminado hacia la gestión administrativa. Debo reconocer que sus consejos fueron acertados. Esto me sirvió para adecuarme, sin problemas, a los nuevos puestos que desempeñé durante los siguientes años hasta la jubilación; consiguiendo gran experiencia y conocimiento de los entresijos de la Administración.

En 1992 consigo por primera vez una sección en la Delegación de Cultura. Un año después una Asesoría Técnica de Programas, en la Delegación de Asuntos Sociales. Me iba moviendo de un puesto a otro, de forma interina, entre las distintas consejerías. Es en 1998 cuando adquiero, por concurso, la Sección de Centros en la Delegación de Educación de Cádiz. Estando aquí hago un paréntesis para incorporarme a la Delegación de Turismo como inspector del sector, etapa que me sirvió de cierto relax, comparado con los cinco años anteriores de mucho contenido: becas, transporte escolar, comedores escolares, cen-

tros educativos, títulos... Estos dos años de trabajo agradable, visitando instalaciones hoteleras, terminaron en el 2004 cuando el delegado de Educación, Manolo Brenes, a la postre gran amigo, me ofreció el Servicio de Gestión Económica, Nóminas y Régimen Interior, servicio que desempeñé hasta la fecha de jubilación, excepto el de nóminas que se segregó de la gestión económica y que fue cubierto por mi fiel compañero, compadre y mejor amigo, José Juan del Junco, hasta septiembre de 2010. Si los cinco primeros años en educación fueron de intenso trabajo, los seis años siguientes no lo fueron menos, unido además a la responsabilidad que tuve que asumir. Entre ambos puestos –con el paréntesis de por medio de la inspección de turismo– permanecí once años en la complicada Delegación de Educación, según el comentario generalizado del colectivo de funcionarios de esos años y que pude comprobar por mí mismo.

Me jubilé el 3 de septiembre de 2010, a los setenta años, después de pedir cinco años de prórroga.

¿Por qué no me jubilé a los sesenta y cinco?

Dos fueron los motivos: el primero, porque me encontraba bien, física e intelectualmente para desempeñar el trabajo y el puesto que tanto me costó conseguir, para ello tuve que ir escalando peldaños y sometíendome a exámenes continuamente, el último a la edad de sesenta y tres años; el segundo, un tanto egoísta por mi parte, para alcanzar una pensión mayor que la que me hubiera correspondido con los cuarenta y dos años de servicios de baja cotización, así que decidí prolongar mi actividad profesional hasta los cuarenta y ocho años de servicio activo en la Administración. No fue un buen día, estaba demasiado «pi-

llo» con lo que hacía, así que me costó bastante olvidar lo que había supuesto tan dilatado periodo al servicio público, aún sigo teniendo cierta nostalgia de lo vivido en esa prolongada etapa.

\* \* \*

El 1 de enero de 1982, con la aprobación del Estatuto de Autonomía de la Junta de Andalucía y las primeras transferencias, comienza una especie de competición sobre los gastos corrientes y de inversión, y no digamos los del Capítulo I para sufragar los cuantiosos gastos de personal (funcionarios —propios y traspasados—, interinos, asesores, laborales, políticos...). Las transferencias en la administración forestal se ejecutan en 1985.

A partir del ochenta y cinco los funcionarios nos tenemos que adaptar a una nueva forma de gestionar mucho más cercana, pero en lo personal me costó hacerme a la idea de tan alarmante abundancia, en lo humano y material; no entendía que el mejor gestor en temas económicos fuera el que a 31 de diciembre tuviera justificado el total del presupuesto asignado para evitar que en el ejercicio siguiente no le menguaran los créditos, obligándote, incluso, a hacer compras innecesarias. No, no podía ser, pero sí, así era, hasta tal punto que entrábamos en colisión con las propias normas regulatorias de la Hacienda Pública. Puede que fuera razonable ante el arranque de una nueva Administración, pero de ahí al despilfarro y descontrol prolongado en el tiempo, resulta, además de una irresponsabilidad (en sus dos vertientes: política y de gestión), de una

insólita gravedad; si no fuera por la discreción y por el respeto que me merecen compañeros íntegros, podría citar numerosos ejemplos, muchos de ellos vividos en primera persona.

En definitiva, fue pasar de sólo contar con una sencilla fotocopidora Xerox, en la década de los sesenta y setenta, a encontrarme en un espacio dotado de centro reprográfico: ordenadores, internet, teléfonos móviles y demás avances tecnológicos que fueron apareciendo al final de siglo pasado y a comienzos del presente.

A continuación, resumiré la hoja de servicios como funcionario público desde mi nombramiento hasta la jubilación:

08/06/1963: Laboral temporal.

24/04/1965: Guarda forestal del Estado, con un sueldo de 9.700 pesetas anuales, así figura en el título de acreditación.

23/06/1976: Auxiliar administrativo, grupo D.1, salario de 87.210 pesetas anuales.

03/12/1992: Cuerpo general administrativo, grupo C.1.

02/04/2004: Cuerpo de gestión administrativa, grupo B.1.1.

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

Como introducción previa, me parece adecuado referirme al extraordinario trabajo llevado a cabo por Luis Ceballos y Manuel Martín Bolaños: *Estudio sobre la vegetación forestal de la Provincia de Cádiz*, trabajo que se publica como complemento al mapa Forestal de la misma, de estos dos extraordinarios ingenieros de montes, con unos conocimientos científicos y en botánica del más alto nivel. Magnífico tratado sobre hidrografía, orografía, vegetación, clima, suelos, evaluación de las especies, producción... Habría que remontarse a los años de 1927-1930, para imaginar a estos señores recorriendo la provincia palmo a palmo, con los medios de transporte de esa época, la mayor parte a lomos de caballerías, para forjar tan excelente estudio. Ahí quedó su obra, que ha sido fuente inagotable de conocimiento para las generaciones de técnicos del pasado y presente.

Consideramos sobradamente pagado nuestros esfuerzos, y como muy bien empleado el tiempo que en todos

esos trabajos invertimos, si en el estudio que ahora presentamos, como fruto de los mismos, contribuye de algún modo a enriquecer el conocimiento de la vegetación forestal de nuestro suelo, y puede ser de alguna utilidad a los que posteriormente acometan estudios o trabajos en los de la comarca gaditana.

En este apartado, dedicado a la inmensa mancha que es el alcornocal de la provincia de Cádiz y parte del término municipal de Cortes de la Frontera (Málaga), sólo pretendo dar mi modesta opinión desde que tengo uso de razón –sin recurrir a la amplia divulgación y estudios técnicos que existen hoy sobre el mismo– acerca del entorno donde nací y me desarrollé durante las dos primeras décadas de mi existencia, continuando como funcionario hasta finales de los años ochenta, y su prolongación en trabajos particulares, hasta la fecha actual como miembro de la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de los Alcornocales.

Hace años que dejé de tener intereses económicos y profesionales relacionados con el Parque, pero eso no quita que siga estando comprometido y apreciándolo como algo propio, al igual que cuando dependía de su existencia.

Los orígenes de mis antepasados siempre estuvieron ligados al Parque y al principal río que lo divide. Así que me considero producto de tan privilegiado entorno, en unión de mis padres y hermanos, siempre cercanos al río Hozgarganta y de las dos gargantas de las que se nutre: Pasada Blanca y La Saucedá, en territorios de los municipios de Ubrique, Jerez, Jimena y Cortes de la Frontera. Conozco el alcornocal de tal forma que puedo

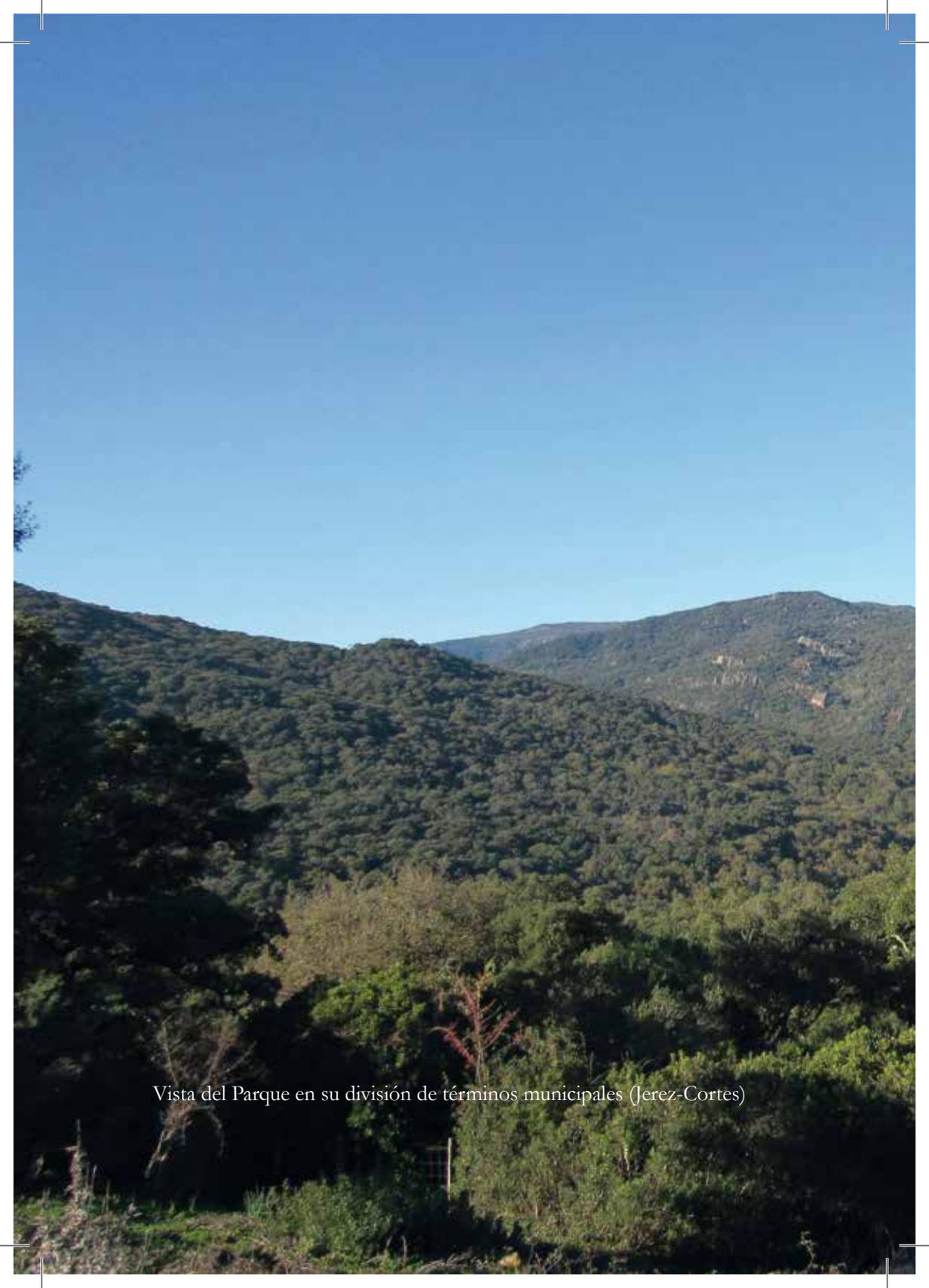
## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

unir fincas una tras otra sin soltar el hilo que las zurcen desde su comienzo en la finca Garganta Millán, limítrofe con los Bujeos de Ubrique, que lo separan del Parque Natural de Sierra de Grazalema, hasta terminar en las proximidades del Estrecho.

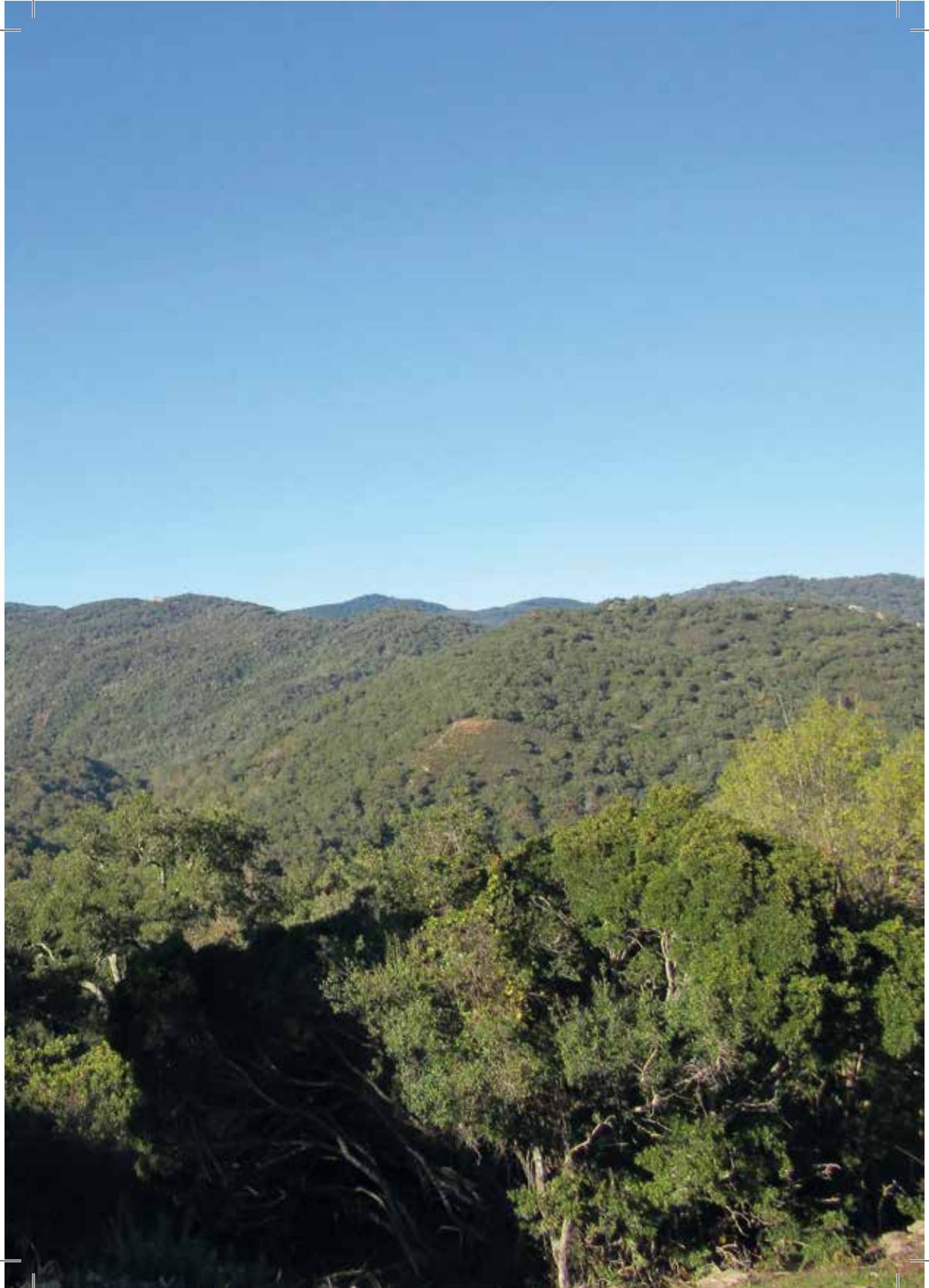
Nunca he dejado de tener una relación con su entorno, ni con los profesionales y propietarios; así que desde mi acumulada experiencia me tomo la licencia para dar mi parecer.

El espacio natural de Los Alcornocales, que contiene la masa más extensa de Europa y norte de África del *Quercus suber*, nace al abrigo de este productivo árbol, así como de quejigos, acebuches, especies arbustivas de matorral y herbáceas que lo pueblan, hoy reconocido como Parque Natural de Los Alcornocales por el Parlamento de Andalucía en 1989. Comprende una superficie de unas ciento setenta mil hectáreas distribuidas en dieciocho municipios: desde Cortes de la Frontera, provincia de Málaga, hasta Tarifa en la de Cádiz. De estos municipios, hay algunos como son El Bosque, Prado del Rey y Algar, que apenas tienen masa de alcornocal, su inclusión puede considerarse testimonial, más que real.

A mediados de marzo de 2020 me llega la noticia sobre la inclusión de parte del término de San Roque en el Parque, desconozco el trazado de la ampliación, pero supongo que se trata de una estrecha franja de superficie que, partiendo del entorno de La Almoraima (El Chapatal, Majarambú y limítrofes) discurre por el monte público de Pinar del Rey (sin alcornocales), Alcaidesa y otras propiedades hasta llegar a las fincas Borondo y Dehesa de Guadalquitón, en la costa mediterránea, donde hay una superficie de alcornocal que no llega a las doscientas



Vista del Parque en su división de términos municipales (Jerez-Cortes)



hectáreas. No entiendo el afán de alterar lo que son los límites naturales del espacio cubierto de chaparros desde tiempos inmemoriales, y mucho menos que los técnicos a los que les haya caído en suerte informar hayan permitido semejante disparate. La Administración tiene medios humanos y herramientas adecuadas para conservar espacios naturales dispersos de especial protección sin necesidad de recurrir a la alteración de los límites de nuestro Parque.

En 1989 no nace el Parque de la noche a la mañana, como si se tratara de una de las muchas variedades de seta que en el mismo se producen. No, este espacio que abarca la masa forestal de las especies que lo pueblan —aunque sea una obviedad recordarlo— se remonta a muchos miles de años atrás. No sería de rigor, además de un atrevimiento absurdo por mi parte, pretender entrar en el campo de los biólogos, ingenieros de montes, científicos y estudiosos del ecologismo, para hablar del origen de su existencia, que probablemente nadie pueda concretar, ni mucho menos.

El nacimiento de esta gran mancha verde y su territorio constituido por canutos y depresiones por donde discurren arroyos, gargantas y cabeceras de ríos importantes —Guadiaro, Hozgargata y Guadarranque—; su orografía, tales como Pico del Aljibe —división hidrográfica entre el Atlántico y el Mediterráneo—, Loma del Padrón, El Picacho, Sierra de las Cabras, Pico de La Gallina, Puerto de Las Alcobas, Sierra de Fate, Llanos del Juncal, y por una gran variedad de flora y fauna, han sido fruto de la creación de la naturaleza mucho antes de nuestra existencia y no de un acto político-administrativo. Algunos vendieron la

denominación del Parque como si hubiera aparecido de un día para otro, como ha quedado dicho. Me refiero a los políticos, ecologistas y aficionados que machaconamente nos querían hacer convencer que habían creado, con su esfuerzo personal, un espacio natural de tal magnitud. Dicho esto, no pretendo quitar importancia a que este pulmón ecológico fuera declarado parque natural para su mejor conservación, me refiero a las formas de actuación de la Administración, no al fondo de lo que es y debe seguir siendo la conservación de esta riqueza natural.

Como ya he dejado constancia, mis padres, abuelos y antepasados se buscaban la vida yendo de un sitio para otro, siempre dentro del área de influencia de este privilegiado espacio defendiéndose con sus rebaños de cabras, vacas, los cerdos ligados a la bellota que se produce en la montanera durante el trimestre otoñal y otras especies domésticas. Los aprovechamientos cinegéticos estaban reducidos a grandes latifundios como son La Almoraima, El Jautor y poco más, salvo la caza del corzo y el cerdo amontunado, que no suponían un beneficio económico, sino una ayuda para la cocina de las familias que en abundancia poblaban los montes.

En el transcurso de los años, la propagación del ciervo, gamo y otras especies cinegéticas de caza mayor han contribuido a la merma de la cabaña cabría, con lo que se ha conseguido un efecto negativo a la hora de regenerar la especie principal del Parque (que se hacía con acotamientos de grandes superficies a la cabaña ganadera) para tener una superpoblación cinegética incontrolada, obstaculizando las repoblaciones del insigne árbol, hasta tal punto que hoy las pequeñas plantaciones que se

hacen –bien de bellotas o plantas criadas en viveros– hay que protegerlas a base de cercados y blindajes por la excesiva carga de caza mayor, sobre todo del ciervo y otras especies introducidas como gamos y muflones que, además son un lastre para la convivencia del corzo.

Por otro lado, están los jabalíes y cerdos asilvestrados, que no sólo perjudican la reproducción natural de los chaparros, dificultando con sus hozaduras la germinación de la disminuida generación de bellotas que producen, sino que está siendo un enorme problema sanitario y dañino para la agricultura, de difícil solución a resolver por la Administración.

La abundancia de población humana en los montes que todavía existía en la posguerra, dedicada a las explotaciones ganaderas, el carboneo, la preparación –suelos y veredas– previa a los descorches y sus derivados, contribuía a tener limpio de maleza los montes, hasta tal punto que se podían cruzar fincas de grandes superficies sin tener que utilizar las veredas, senderos, coladas y cañadas. Es cierto que se producía una sobreexplotación de los recursos naturales, derivada de la producción del carbón y del aprovechamiento del corcho; ejemplos hay varios, como son las fincas El Cochino, Canuto Largo y Los Gavilanes de Jimena, que fueron taladas en su totalidad aprovechando la demanda del carbón vegetal. La aparición de combustibles fósiles trajo consigo su desaparición y la despoblación de los montes al final de los años cincuenta, al unísono del éxodo masivo de su población hacia zonas industrializadas, con el consiguiente incremento de los incendios forestales y la complicación para su extinción. Ahora, con la normativa por la que se rige el Parque

y demás normas de protección ambiental, parece —o al menos eso entiendo— que se produce todo lo contrario, es decir, la sobreprotección obstruccionista y burocratizada, impidiendo, en algunos casos, actuaciones de escasa relevancia y necesarias.

En una de las dos visitas que he hecho al caserío de la finca Benajón —lugar donde residieron mis padres y abuelos—, accedí por el lado que limita con la finca El Cándalo, pudiendo comprobar la cantidad de quejigos que sucumben al no poder soportar su enraizamiento el peso de sus ramajes, como consecuencia de su escasa productividad desde que se dejó de carbonear. No es un problema menor conciliar el sistema productivo de las fincas —ganadero, cinegético, producción de corcho, leña y madera— con la conservación del medio, de difícil solución para la propiedad privada, poseedores del setenta y cinco por ciento de la superficie del Parque (el veinticinco por ciento restante corresponden a entidades públicas, repartidas entre montes de utilidad pública de ayuntamientos y de la Junta de Andalucía), por su elevado coste a la hora de mantener limpios los montes, siempre pendiente de las subvenciones públicas, un poco venido a menos en los últimos años, a favor de lo agrario. Todo ello unido a la excesiva intervención de la Administración, que además no predica con ejemplos en la parte que le corresponde en los montes de utilidad pública, sino todo lo contrario.

Entiendo fuera de lo lógico que para cualquier actuación menor haya que pasar por el filtro de la burocracia, teniendo en cuenta que la densidad de la masa arbórea y arbustiva resulta excesiva en general, al desaparecer los aprovechamientos leñosos

y la mayoría de los ganaderos extensivos, creo, sinceramente, que se trata de un excesivo control.

A mediados de marzo de 2022, saltó a los medios sociales la «alarmante» noticia sobre la incautación ilegal de varias toneladas de cepas de brezo (que por exagerada e increíble no cito..., ni acabando con toda la existencia del turé del parque se llegaría a la manipulada cifra) almacenadas en algún lugar de la población de Jimena. En mi juventud y años más tarde, lo normal era que los que dependían de lo que se producía en Los Alcornocales, aprovecharan esta riqueza en fincas, tanto públicas como privadas, sin contrapartida económica para los propietarios y sin que se produjeran daños aparentes a las masas de chaparros ni degradación del medio natural. Es más, era una prolongación de actividad de corcheros, arrieros y otros en los meses otoñales y de invierno.

El saqueo del corcho es mucho más grave, por los daños que pueden producir al descorchar en forzada situación e inadecuada época. Recientemente se han producido numerosísimos robos de corchas en los alcornocales del Parque, en las zonas de influencia de las carreteras, vías pecuarias y, según información reciente, hasta en montes públicos. ¿Qué ocurre ahora para que estos aprovechamientos se realicen de forma clandestina? Desde la experiencia acumulada en tiempos lejanos y lo conocido de los actuales, creo que es la propia Administración la que, en cierta medida, permite que se propaguen estos hechos vandálicos, por el desprecio económico de estos recursos menores y, sobre todo, por las numerosísimas trabas, limitaciones y controles impuestos al sector público y privado, desde la creación del

Parque en 1989. Se debería propiciar, en lugar de dificultar, la legalización y obtención de estos productos, demandados por otros países para fabricación de pipas de fumar, incluyéndolos como explotaciones tradicionales y beneficioso –inclusive– para la descarga del excesivo sotobosque, evitando, precisamente, el furtivismo forestal. Ni despuntar matagallos, «pa limpiarte el culo», te permiten. Perdonen la indelicadeza, por comentario extremo. Estos aprovechamientos, sobre todo en las zonas de dominio público, deberían regularse y controlarse como se ha hecho en pasadas décadas. Me consta que en los últimos veranos se han presentado ofertas por varios tramos de carretera y vías pecuarias para el descorche de chaparros. ¿Qué ha hecho la Administración ante las propuestas recibidas? Nada, dejar que pase el tiempo, aplicando lo más cómodo: el silencio administrativo.

No comparto el criterio de prohibir por sistema, creo más eficiente la colaboración, suprimir trabas burocráticas, compatibles con un seguimiento estricto allí donde sea menester. La Administración del Parque cuenta con suficiente personal, medios materiales y económicos –presupongo– para ello.

Tampoco viene mal recordar a las Administraciones locales –incluidas en el perímetro del Parque– y autonómica que hasta finales del pasado siglo veinte se asignaban importantes créditos para la limpieza de los montes de utilidad pública, que, además, venían muy bien para mitigar el paro rural. No basta culpar a la propiedad privada, acusándolos de no invertir parte de los beneficios procedentes del corcho, la caza y ganadería en adecentar sus fincas, cuando son las propias administraciones, por

los motivos que sean, las que permiten que sus propios montes públicos estén en peor estado de conservación que los privados, como así se reconoce por los sectores implicados.

No pretendo quitar importancia sobre la necesidad de defender y conservar el Parque actual, lo que quiero decir es que cuando los montes estaban limpios se evitaba la propagación de incendios y, cuando se producían, eran fácilmente extinguidos; que el mejor antídoto que existe contra los incendios es la prevención, así como el pastoreo controlado que le beneficia en cierta medida.

Es una realidad evidente que el Parque está precioso, acompañado de un amplio avance de su perímetro, sobre todo de acebuche donde la fauna hace su trabajo de expandir sus semillas. Pero me preocupa la falta de limpieza en zonas más expuestas a la propagación de incendios, excluyo las influencias de ríos, gargantas, arroyos y meandros donde por su frondosidad, tipo de vegetación y zonas menos aireadas, la combustión resulta menos devastadora. Estimo que la limpieza de los montes no está reñida con su conservación, además de ser el antídoto más eficaz contra los incendios. No podemos pretender tener una selva incontrolada donde los estíos cada vez son más prolongados, con temperaturas en ascenso y escasa pluviometría, tan necesaria para el medio natural y la vida en general.

Quiero hacer una mención especial a uno de los propietarios más comprometidos con sus montes, me refiero a D. José Furest, fallecido hace unos pocos años (gran amigo de mi hermano Alonso, ambos disfrutaban de la buena gastronomía cuando la ocasión lo permitía), y a su hijo Pepe, que ha continuado con

la labor que su padre venía realizando en beneficio de las fincas de su propiedad. La familia Furest ha sido y es un ejemplo a seguir para entidades públicas y propietarios particulares. A continuación, transcribo la entradilla de una entrevista publicada en el *Boletín del Parque Natural los Alcornocales*, realizada a don José Furest, que me ha facilitado su hijo Pepe:

La familia Furest llega a Andalucía a mediados del siglo XIX, procedente de Sant Feliú de Guixols, donde se dedicaban tradicionalmente a la industria corchera; se instalan en Jimena de la Frontera, donde abre su primera fábrica y adquiere fincas de alcornocal en Alcalá de los Gazules y Jimena de la Frontera. En dicha industria se producen taponés y cuadros que se transportaban al puerto de Algeciras en arriería, para cuyo viaje se tardaban dos jornadas en invierno y una en verano. Cuando se instala el ferrocarril se traslada la anteriormente citada industria corchera a la Estación con el fin de facturar y exportar el producto en vagones hasta el mencionado puerto de Algeciras de donde salían en fragatas hacia el Río de la Plata y Londres. La industria continúa trabajando desde su inicio hasta el año 1928. A partir de esa fecha y hasta el año 1964 sólo se hierve el corcho y clasifica para posteriormente venderlo a terceros.

También hay que concienciar a las altas esferas de la política sobre la transcendencia que está adquiriendo la seca, dando lugar a la pérdida de muchos chaparros en los últimos años; hay fincas que han sido arrasadas casi en su totalidad, como es el caso de La Jarillas, cercana a la población de Jimena y Valdein-

fierno, en Los Barrios, y zonas salpicadas por toda la superficie del Parque.

La Administración no puede dejar que este grave problema se resuelva por sí solo, porque si no, antes de que acabe este siglo, el alcornoque será sustituido por más sotobosque de jaras, brezos, aulagas y demás variedad de matorral, con la pérdida, no solo en lo económico, sino en lo ambiental, en la degradación de suelos, en lo paisajístico...

Según información facilitada por mi hijo José Manuel García:

Parece que el principal agente patógeno es el oomiceto *Phytophthora cinnamomi* presente en el suelo y que ataca a las raíces de los chaparros. También ataca a otras especies como a las encinas, castaños, eucaliptus y aguacates. Esta enfermedad está presente en todo el planeta provocando su progresivo decaimiento hasta la muerte del árbol. Los estudios para la recuperación del alcornoque se están concentrando en conseguir plantas tolerantes a este patógeno y las repoblaciones a través de estas. Esta técnica ha dado excelentes resultados en los aguacates, logrando paralizar el desarrollo de la enfermedad. El problema es su aplicación práctica en extensas masas de alcornoques para la regeneración de superficies considerables.

Sería como «matar moscas a cañonazos», como se suele decir. No se puede bajar la guardia hasta conseguir el control de ese maldito «bicho» que está afectando y acabando con importantes poblaciones de alcornoques.

Se acompañan fotos de la tala completa de chaparros que se

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES



Corta a «matarrasa» de alcornoques en finca Fatiga



Troncos obtenidos de la tala

ha llevado a cabo en una zona afectada por la seca, dentro del perímetro de la finca Fatiga, del término de Los Barrios, hechas en marzo de 2024 por Carlos García Cano.

En cuanto a la industria del corcho, la mayor parte se concentraba en las poblaciones de Algeciras y Jimena. En esta última se llevaba a cabo una primera transformación, que consistía en clasificación, cocido y enfardado con destino a la exportación del mercado nacional y extranjero (Argentina, Chile, Inglaterra...), utilizándose para la industria de tapones, aislantes y otros usos donde era muy demandado. También había una fábrica de molienda del corcho de mala calidad donde se obtenía el aglomerado con destino a parquet y otros fines. Existían, al menos, cuatro empresas: la de Canas y José M<sup>a</sup> Oncala, Ferreira, Beltrán y otra catalana, que daban trabajo a bastantes familias de Jimena.

De menos importancia fue la que se instaló en el Prado, junto al pueblo de Alcalá de los Gazules, montada por Cristóbal Serrano, donde se clasificaba, cocía, enfardaba y se exportaba el corcho a Extremadura. Desaparecida esta pequeña industria, se volvió a reiniciar esta actividad de clasificación y enfardado en el polígono industrial de La Palmosa, auspiciada por una sociedad creada por varias empresas, incluido el propio Ayuntamiento en su inicio. Después de algún tiempo la totalidad de las acciones fueron adquiridas por Carlos Riera quien mantuvo la actividad hasta su liquidación definitiva. En La Jarda, de los Montes Propios de Jerez, se instaló una nave para la clasificación y enfardado del corcho de sus propios montes y algo del entorno.

A partir de los años sesenta estas empresas fueron desapareciendo a favor de industriales portugueses que, poco a poco, se

fueron llevando la materia prima hasta su territorio donde han concentrado la industrialización del corcho y exportación. Actualmente el negocio del corcho pasa por un industrial portugués que controla, en su mayor parte, el comercio de este producto, casi en régimen monopolista.

La situación actual de la exigua industria corchera en la provincia es la siguiente:

- Corchos del Estrecho: localizada en el Polígono Industrial La Palmosa, en Alcalá de los Gazules, para la elaboración de tapones. También posee un molino en Benarrabá (Málaga).
- Torrent: domiciliada en Jerez, dedicada a la fabricación de tapones con vistas a su adecuación en diseños exclusivos para las marcas que se lo demandan.
- Corchos Santana: instalada en Algar, tiene montado un molino para la comercialización del corcho molido para abastecer a Corchos del Estrecho.
- Amorim: establecida en la Estación de San Roque, donde poseen un gran centro de recepción y molino de corcho, que adquiere de las provincias de Cádiz y Málaga, desde donde envía el producto a sus fábricas de Portugal.
- La Almoraima: esta industria corchera (que se autoabastece de su propia producción, desde décadas pasadas, en la que se clasifica, cuece, prensa, enfarda y refuga el corcho para su posterior venta) lleva cuatro años sin actividad, debido a la seca de alcornoques y a la afectación de la oruga en extensas zonas, lo cual ha imposibilitado el descorche.

¿Por qué hemos llegado a esta situación? Bajo mi punto de

vista por la desunión de los mismos propietarios de fincas productoras del corcho, incluyendo a los ayuntamientos corcheros de Jimena, Jerez, Los Barrios, Alcalá, Castellar, Tarifa y Cortes, que son los primeros en «hacer la guerra por su cuenta», así como a la Administración central en su momento y a la autónoma después, que no ha hecho nada por salvar la industria primaria y, por consiguiente, la pérdida de mano de obra, a favor de la economía del país vecino.

Tampoco me quiero olvidar del nuevo aprovechamiento del Parque, me refiero al aprovechamiento de setas: amanita, gallipierna, paragüita, anisada, *boletus*, niscallo, chantarela y otras especies. En mi juventud solo nos aprovechábamos de la gallipierna, las demás las considerábamos no comestibles, debido al desconocimiento sobre este rico manjar.

El Parque de hoy debe mucho, al menos esa es mi modesta opinión, a los funcionarios que trabajaron en el mismo –desde los sesenta hasta mediados de los ochenta– con la escasez de medios materiales, humanos y económicos, en beneficio del declarado Parque Natural de Los Alcornocales, años después, muchos de ellos marginados por la política discriminatoria. Podría cuantificar bastantes ejemplos, pero solo voy a citar dos:

Primero, la emblemática finca El Aljibe de unas seiscientas hectáreas, pertenecía a un señor de Ronda, doctor en medicina, llamado don Antonio Ramos; al no tener descendientes directos, decidió donársela a la congregación del Hospital San Juan Grande de Jerez, sin cortapisa que le impidiera su venta en cualquier momento. Ocurrió que, al poco tiempo, un destacado abogado de Jerez, se pasó un buen día por las oficinas del

ICONA para entrevistarse con el ingeniero jefe de entonces, D. José Gallardo, para plantearle que tenía la intención de hacerse con la propiedad de la finca El Aljibe; al Sr. Gallardo –mi jefe por aquella época–, listo donde los hubiera, se le encendieron todas las alarmas y, sin tiempo que perder, se reunió con los curas para convencerlos y conseguir que la preciada finca pasara a ser declarada monte de utilidad pública, valiéndose para ello de un resquicio del Reglamento de Montes de 1962. A partir de ahí se comenzaron los trámites para su declaración y encaje en el Catálogo de Montes de Utilidad Pública; así fue como se impidió que la valiosa finca pasara a propiedad particular.

Los curas tenían de guarda y encargado a Juan García, más conocido por Cantizano, para la vigilancia y demás menesteres de este enclave ecológico cubierta de alcornoques, principalmente; quejigos y otras especies arbustiva en el meandro que la divide. Yo conocía a Juan de verlo ocasionalmente, pero me consta que era muy amigo de mi hermano Alonso, de Paco Blanco y otros muchos. Vivía en soledad, salvo durante el día cuando había trabajadores. La muerte le sorprendió en un pequeño anexo de la casa principal. Cuando surgió la noticia, allá se fueron sus amigos, que decidieron hacer lo que habían hecho en otras ocasiones, llevarse una garrafa de vino para consumirlo, acompañando al entrañable personaje y amigo en el último adiós. Que en paz descanse.

Segundo, La Tala, del término de Alcalá, precioso chaparral y quejigos diseminados, de algo más de trescientas hectáreas, fue adquirida por un industrial de Ubrique, José Lamela, por la módica suma de diez millones de pesetas de los años setenta.

Como pretendo ser transparente desde que he empezado a relatar la historia que me ha llevado hasta aquí, voy a contar los hechos de esta compra tal y como sucedieron.

Un buen día, cuando acompañaba al Sr. Lamela y al Sr. Luis Domínguez –este último, buen pintor y mejor repujador– ambos amigos, nos pasamos por la casa forestal del Picacho, ocupada entonces por Francisco Trujillo, guarda forestal y anárquico pintor, para ver los lienzos que este popular personaje estaba coleccionando. Durante la entrevista salió a la palestra el tema de la caza, a la que los tres eran grandes aficionados. Me excluyo al no estar a la altura del resto del grupo como aficionado al deporte cinegético. Inmediatamente Paco Trujillo comenta que él conoce una finca, conocida como La Tala, donde poder ir a dar una reducida batida del corzo y ciervos que eran y son las especies que merodeaban por su interior. Para ello teníamos que utilizar el camino de entrada a la finca particular Moracha, con cuyo guarda, Roque –también aficionado al arte de la caza–, había que contar para llegar hasta las proximidades de la finca, un pequeño puerto conocido como el de La Brocha, por carecer de acceso para vehículos. Después de la primera batida –a lo largo de los meses hubo varias–, Roque comentó que el propietario de la finca, don José M<sup>a</sup> Oncala, conocido carbonero que en el transcurso de los años adquirió fama y mucha prosperidad, residente en la Estación de Jimena, la tenía puesta en venta. Sin tiempo que perder, el Sr. Lamela le dice a Roque que se ponga en contacto con el Sr. Oncala y concrete una entrevista. A las pocas semanas se presenta en mi lugar de trabajo el Sr. Lamela, con el fin de que le acompañara hasta el domicilio del propietario, junto

con Luis y otro amigo de ellos de profesión banquero, apellidado León. Allá que nos fuimos hasta el domicilio del citado propietario, al que yo conocía más por su renombre que por las veces que había parlamentado con él. Como ya estaba prevenido de qué iba la visita, unido a su avanzada edad y poca expresividad, de inmediato soltó que la finca valía diez millones, ni un duro más, ni un duro menos. La respuesta de mi amigo Lamela también fue tajante y directa: «Don José, la finca La Tala desde este momento deja de ser de usted, se la acabamos de comprar en la cantidad por usted fijada». Así, sin más tiras y aflojas, fue como la finca pasó de unas manos a otras, sin mediar documento de por medio que lo acreditara. Los problemas vinieron un tiempo después, sobre todo para mí. Resulta que cometí la ingenuidad impropia de mis treinta años de edad, así como inexplicable por mi experiencia ya acumulada en la Administración, de verme envuelto en una transacción de esa importancia y repercusión social en el entorno de compradores, vendedores y corredores de bienes de ambos pueblos (Ubrique y Jimena). A las pocas semanas se recibieron en el ICONA anónimos acusándome de mi intervención y mediación en la operación. Como eran anónimos no pasaron de ahí. Cuando mi jefe don José Gallardo tuvo conocimiento de la venta de la finca, que además era sabedor de mi amistad con el nuevo propietario, me indicó que le concretara una cita con él para hablar del tema. La entrevista, en la que estuve presente, fue fluida y directa:

—Sr. Lamela, ¿para qué quiere un industrial como usted una finca en el centro de los Alcornocales de la provincia de Cádiz?  
—preguntó don José.

–Mire don José, es que soy muy aficionado a las cacerías. –Acababa de decir una verdad como un templo, en ningún momento el Sr. Lamela había contemplado la verdadera dimensión del buen negocio del corcho de aquellos años.

–Le tengo que advertir –cosa que ya sabía el Sr. Lamela, porque así se lo hice saber previo a la compra– que la Ley de Patrimonio Forestal del Estado de 1941 reserva el derecho de retracto a favor de este, además de que soy de la opinión de que una finca de tanto valor ambiental, lindante con los montes públicos de Alcalá, tiene que pasar a manos del Patrimonio del Estado. Así que dígame, ¿cuánto le ha costado la finca?

–Diez millones de pesetas –respondió el Sr. Lamela.

–Pues bien, como no soy partidario de aplicar el derecho de retracto que le asiste a la Administración, le ofrezco once millones y el aprovechamiento de la caza por un periodo de diez años gratuitamente –añadió don José.

El Sr. Lamela aceptó la propuesta, entre otros motivos, porque no tenía otra salida. De esa manera –yo diría que un tanto agitanada, con respeto– fue como la finca La Tala pasó a formar parte de los montes públicos de la provincia de Cádiz, escriturándose directamente con el propietario de la finca, ahorrándose el Sr. Lamela gastos de escrituras, registros y demás trámites. Fue la primera y última participación que tuve en la esfera de los negocios privados relacionados con mi profesión.

Como recuerdo de mis primeros años en el servicio forestal conservo una foto que nos hicimos en la casa forestal Mogeja Conejo (Los Barrios) la mayoría de los técnicos, guardas y demás personal del servicio, aprovechando el día del patrón de

los forestales San Francisco de Asís, un cuatro de octubre de mediados de los años sesenta. En la misma fecha se inauguró el embarcadero y toriles que se construyó próximo a la casa forestal. La celebración del patrón y la inauguración de las instalaciones ganaderas se amenizaron con la presencia de Paco Reveriego, hijo, que por aquellos tiempos pretendía dedicarse al arte de Cúchares, lidiando un novillo para complacer al gremio de los forestales. En la foto hay varias ausencias, la más significativa para mí la de Francisco Gil Trujillo, guarda mayor de la zona de Alcalá: sin querer menospreciar al resto de compañeros, era una gran persona y un buen amigo.

Mi recuerdo a todos los compañeros y jefes con los que compartí funciones y convivencias, desde 1965 a 1989, entre los que se encontraba Víctor García, ingeniero de montes que hizo mucho por los montes públicos de los que era responsable, ahí están sus huellas en las repoblaciones de pinos piñoneros de Los Barrios, Alcalá y Jimena.

Acompañé documento del año 1940 de Paco Galván, uno de los guardas forestales de la foto, sobre los haberes que se percibían en esa época.

En la época del ICONA se adquirieron importantes fincas, tanto en valor ecológico como económico, a precios casi de saldos, tales como La Cuesta del Huevo, Lobo Alto, Los Gavi-lanes, suertes de Benazaina, además de la mencionada Tala, en Jimena, Toleta y La Nava, en Puerto Serrano y Algodonales, así como otros predios en el entorno del Pinsapar, de los municipios de la Sierra de Grazalema, ya mencionados en anteriores apartados.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



DISTRITO FORESTAL DE CÁDIZ Mes de 11/1960

HABILITACION

Abonado Paco Galván según el siguiente estajo:

	PESOS	CS.
Por los haberes del mes de la fecha		338 75
Por		
Por		
Por		

CARGOS		PESOS	CS.
Cuote de la Asociación benéfico General.			
Quiebro de giro		1 55	
Habilitación y sellos móviles		2 53	
para Medalla Aned a 3 Véttri		2 30	908
Por <u>reintegración de gastos en comisión</u>		1 50	
Por <u>prueba para nombramiento</u>		1 50	
Por			
TOTAL DE CARGOS			229 67

El Habilitado: Paco Galván

El Jefe del Distrito: [Firma]

*Galván Galván*

Arriba. Personal de oficina y guardería del Distrito Forestal de Cádiz.

Década de los 60

Abajo. Estadillo de haberes percibidos de Paco Galván

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

La Agencia de Medio Ambiente, creada en 1985, y que dirigió Paco Blanco, continúa con la política de adquisición de fincas en los perímetros que abarcan el Parque de Los Alcornocales y El Pinsapar de Grazalema, acogiéndose al derecho de retracto que la Ley del Patrimonio Forestal otorga a la Administración. Cabe mencionar: San José de las Casas Viejas (Buenas noches), Las Casillas y Los Cejes, en Jimena; La Alcadesa en San Roque; Mata de Ruiz e Higuierón de Gadares, en Grazalema, entre otras. Si a todas esas fincas le sumamos las adquiridas por el extinguido Patrimonio Forestal, tales como: Las Naranjas, en Jimena, San Carlos del Tiradero, en Los Barrios, Garlitos, en Medina y, sobre todo, el ya nombrado Pinsapar, en Grazalema, apreciaremos el importante número de hectáreas forestales adquiridas en los últimos setenta años, en la provincia de Cádiz.

Hay que recordar que el pinsapar –declarado como Reserva de la Biosfera por la Unesco en 1977 y Parque Natural años después– así como otras fincas del alrededor, pertenecían al sector privado, concretamente a José Merencio Troya, quien las dejó en herencia a dos sobrinas, una de ellas, doña Flora Sánchez de Alba, casada con Francisco Lobatón, a quien le correspondió la cerca de cuatrocientas hectáreas pobladas de pinsapos, además de otras del entorno.

Caso aparte son las dieciséis mil hectáreas de La Almoraima, expropiadas a Rumasa en febrero de 1983, que, a día de hoy, no ha sido transferida la gestión a la Administración andaluza. Los sucesivos gobiernos que han desfilado por la Moncloa no han tenido interés en desprenderse de tan extenso enclave.

Según datos obtenidos de la página web de la Consejería de Medio Ambiente, referidos a 2023, la superficie del Catálogo de Montes Públicos de Cádiz comprende un total de 73.138 hectáreas. Por tipo de propiedad, son los siguientes:

- Comunidad Andaluza: 28.478 hectáreas.
- Ayuntamientos: 36.678 hectáreas.
- Otras Administraciones (Diputación, Ministerios, Seguridad Social, Beneficiencia): 7.982 hectáreas.

Debo hacer mención, aunque en el recorrido de esta historia me haya referido en varias ocasiones, a la Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales, haciendo referencia a sus principios y fines.

Al término de los años ochenta, se crea la Asociación Ecológica Amigos del Parque de Los Alcornocales, siendo su primer presidente Ramón Chamizo de la Rubia y vocales: Alfonso Pecino y Juan Luis González, entre otros. El 8 de enero de 1994, en Asamblea Extraordinaria, tiene lugar la modificación de los primeros estatutos, aprobando la nueva denominación: Asociación de Amigos del Parque Natural de Los Alcornocales, nombrándose presidente a Carlos Riera Pruneda, vicepresidente a Francisco Márquez Barea, tesorero a Alonso García Rodríguez, y doce vocales más, siendo su fiel secretario Antonio Fernández Muñoz.

A continuación, los siguientes presidentes que la han seguido:

13/02/1995: Alonso García Rodríguez

11/04/2015: Francisco Lebrero Contreras

20/11/2021: Francisco Blanco Romero

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

En noviembre de 2022, de nuevo, se aprueba cambiar la denominación de la Asociación, con objeto de darle un contenido más amplio y jurídico, si cabe, pasando a denominarse Asociación Forestal de Andalucía: Amigos de Los Alcornocales. Sus fines y objetivos siguen siendo, además de otros:

- Contribuir al estudio, conocimiento y conservación del patrimonio del monte mediterráneo en general y del Parque de Los Alcornocales, en particular.
- Concienciar a los ciudadanos y fomentar el grado de participación de estos en defensa de su entorno natural más inmediato.

Sin ánimo de lucro y aséptica, agrego yo.

Por su cercanía y parecidos gustos culinarios con mi hermano Alonso, citaré a dos de sus socios: me refiero a Pepe Domínguez, destacado abogado y propietario –compartida con sus hermanos– de la finca El Pimpollar, muy próxima a la población de Los Barrios, y Manolo Vázquez, dinámico ganadero, agricultor e industrial, dueño en tiempos pasados de la finca La Parrilla, a medias con el que fue excelente torero, Carlos Corbacho, ya mencionado en el espacio explicativo del hundimiento de la plaza de toros en Jimena, y Dehesa de las Yeguas, ambas de Alcalá, entre otras. Estos tres excelentes amigos se lo pasaban pipa cuando de aplacar el apetito se trataba. Alguien me contó que cuando el encuentro se producía en Cádiz, el lugar de avituallamiento tenía lugar en el restaurante El Faro, fundado por Gonzalo Córdoba. Tan conocidos de Gonzalo y personal de servicio eran que no necesitaban ofrecerles la carta, de antemano sabían que la botella de Tío Pepe no podía faltar

en la mesa, en la cubitera con hielo, y la preparación del postre especial para uno de ellos, que por turno le correspondía. No cabían disculpas a tan abundante y nutrida exquisitez, obligado estaba a engullirlo en su integridad.

A mi hermano Alonso lo vengo citando repetidamente. Pero créanme que lo merece, por la bondad con sus dos hermanos, demás familia, amigos y todos los que se acercaban para pedirles favores. No tenía un mal gesto con nadie, parco en palabras, que optimaba con brillante pluma, sus amigos eran la sociedad en su conjunto, sin distinción de clases ni ideologías.

Pero la vida nos tiene marcado el destino final, y a él le había reservado —consciente de lo que le gustaban las bromas— un 28 de diciembre de 2014, a los ochenta y un años.

Por su emotividad y ajustado a la realidad del personaje, cito un espléndido artículo escrito y publicado por Jorge Bezares el 30 de diciembre de 2014:

LLANTO POR ALONSO GARCÍA

En la necrológica de 2014 aparece en un lugar destacado el escritor colombiano Gabriel García Márquez. Nos deja un legado que tiene sus raíces más profundas en el mundo rural caribeño de Macondo, en el realismo mágico que envuelve cada palabra de Cien años de soledad.

Junto a él se han marchado numerosos personajes y personajillos que a lo largo de su vida adquirieron alguna notoriedad social.

En este listado de personajes egregios, de nuevos inquilinos de los camposantos, nunca aparecerá Alonso García Rodríguez, fallecido a los 81 años en Chicla-

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

na (Cádiz) de un infarto fulminante en el Día de los Santos Inocentes.

Pero no por su valía. La vida misma de Alonso lo hace merecedor de una gran elegía, de una copla que «recuerde el alma dormida./avive el seso e despierte/contemplando/cómo se passa la vida/cómo se viene la muerte/tan callando» de Jorge Manrique.

O del mismo llanto desconsolado de Federico García Lorca por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías a las terribles cinco en punto de la tarde, pero a las no menos terribles once en punto de la mañana.

O quizá de un lamento de cementerio de Antonio Agujetas.

Pero ahora, doloridos familia y amigos, recién llorados a mares, nos toca recordarlo por bulerías o alegrías y manteniendo el compás de su sonrisa socarrona, de media carcajada profunda.

Y nos toca rendirle honores y mantener su legado, que arrancó en una humilde cortijada de Benajuz, en el Alto Hozgarganta, en el término municipal de Jerez, hasta llevarle a convertirse en el gran guardián del bosque mediterráneo.

Con las cuatro reglas que enseñaban aquellos maestros rurales exiliados en su propia patria, Alonso se construyó una vida como administrativo habilitado del antiguo ICONA. Y siguió creciendo hasta convertirse en un charro centenario en la Agencia de Medio Ambiente y en la Consejería de Medio Ambiente. Junto a Juan Junco, otro grande del monte mediterráneo, puso los cimientos de una escuela de forestales que sigue sembrando de fu-

turo los bosques de la provincia de Cádiz. Y ambos dos hicieron posible el tránsito nada fácil de lo rural-forestal a lo ambiental.

Ya jubilado, Alonso presidió desde la primera bocanada de aire la Asociación de Amigos del Parque Los Alcornocales, un pilar básico de las 170.000 hectáreas que conforman uno de los últimos grandes alcornocales de la vieja Europa.

Desde esta plácida atalaya, se granjeó definitivamente el respeto y el cariño de todos sin excepciones: propietarios, ecologistas, políticos, cazadores, corcheros, peones, ingenieros de montes, etc. Sabía templar ánimos como nadie, tenía ADN conciliador y pactista y su palabra era ley. Era mitad zorro, mitad corzo, con un toque de halcón peregrino.

Por ello, como el abuelo de Saramago, Alonso conocía a muchos alcornocales, quejigos o robles melojo por su nombre de pila y hablaba con ellos cuando las barbas del levante desparramaban una cortina de discreción y belleza espesa sobre el bosque mágico.

Ellos le susurraban desde hace años sus dolores y temores ante una seca que crece imparable como una oscuridad tolkiena repleta de orcos, hongos asesinos e insectos taladradores procedentes del Mordor que crece y crece en nosotros con el cambio climático.

Poco antes de morir nos lo dejó dicho y nos retó a enfrentarnos a la seca, a no cederle ni un árbol más, a combatirla cuerpo a cuerpo.

Así, con el deber cumplido, Alonso se marchó, a hombros de arrieros y tras recorrer el camino estrecho de

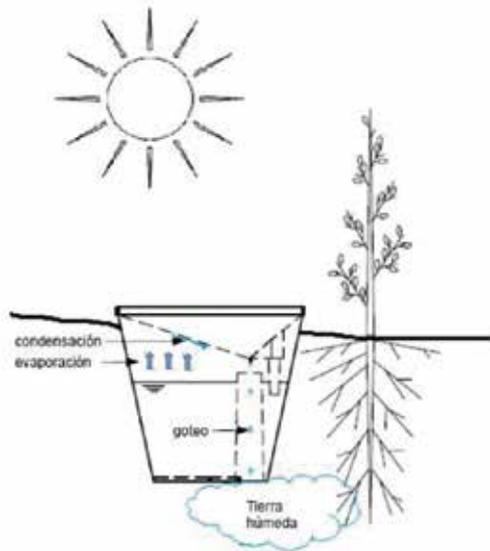
un último canuto en Alcalá de los Gazules, y descansó en paz, dejándonos a su mujer, Dolores, al resto de su familia y a sus amigos huérfanos del hombre más bueno del mundo, del chaparro más frondoso de nuestro alcornocal.

Quiero acompañar, por considerarlo prometedor, el invento ideado por ingenieros de montes, tanto de la Delegación Territorial en Cádiz de la Consejería de Medio Ambiente (entre ellos mi nuera Isabel y mi hijo José Manuel –principal protagonista del ilusionante sistema–) como de la Agencia de Medio Ambiente y Agua, que en el futuro puede paliar la escasez pluviométrica que sufren las plantas allí donde se hagan repoblaciones de alcornocales y demás especies forestales.

Esta idea surge por el limitado éxito que hasta la fecha han tenido los esfuerzos de restauración del alcornocal en el Parque. Estos proyectos de restauración, necesarios por la aparición del fenómeno de la seca y por la escasa regeneración presente, se iniciaron en la década de 1999-2000, a través de ayudas procedentes de la Unión Europea, y en gran medida se tradujeron en plantaciones de alcornocales de una o dos savias, generalmente realizadas de forma manual, así como siembra de bellotas en casillas.

Además de otras cuestiones, como la elevada carga de herbívoros presente que impiden el desarrollo de estas plantas y semillas, uno de los grandes problemas ha sido el elevado grado de mortandad de éstas durante su primer año, dado que no tienen en ese momento desarrolladas sus raíces, provocando su muerte por falta de agua en el período estival.

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES



Arriba. Sistema de riego de repoblaciones forestales mediante destilación solar.  
Abajo. Prueba realizada a una de las plantas

## PARQUE NATURAL DE LOS ALCORNOCALES

Para solventar este problema, el sistema que han ideado se basa en un método de riego utilizado de forma artesanal en cultivos agrícolas que requiere poca agua y escaso mantenimiento, basado en la destilación solar. Mediante este método artesanal, se utiliza la radiación solar para calentar un recipiente con agua, el cual presenta una cubierta transparente de mayor dimensión y que hace de efecto invernadero. La evaporación del agua del recipiente, como consecuencia de la radiación, hace que el vapor se condense en forma de gotas en la parte interior de la cubierta, y de ahí se irán desprendiendo hacia el suelo, facilitando el riego de la planta.

Para que este sistema funcione en reforestaciones observaron que el sistema debería tener al menos dos características:

- Que fuese autónomo, de forma que se instalase junto a la planta sin agua y se abasteciera de ésta a través de la lluvia, no teniendo que transportar agua.
- Que las gotas generadas por la destilación cayeran directamente a la raíz de la planta, mejorando así su rendimiento.

Para ello, se diseñó el sistema que se describe a continuación:

- Cuando llueva la cubierta recogerá el agua por su parte superior, dirigiéndola por su conducto al depósito.
- Una vez lleno, el agua de lluvia sobrante en el depósito saldrá a través del tubo de salida, que funciona como aliviadero, dirigiéndola a las raíces de la planta.
- Cuando hace sol se producirá la destilación, y el agua presente en el depósito se evaporará, condensándose en la parte inferior de la cubierta y cayendo las gotas a tra-

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

vés del mismo aliviadero o tubo de salida del depósito, cayendo igualmente éstas junto a la raíz.

Para probar dicho sistema se realizó una prueba durante el año 2022 en la finca Majadas Viejas, en el término municipal de Jimena de la Frontera. La prueba consistió en la ejecución en febrero de ese año de una repoblación de alcornocal en la finca con plantas de una savia, veinte de las cuales tenían el destilador (realizado de forma casera) y diecinueve de plantas de testigo, sin el dispositivo.

De los primeros resultados, recogidos en octubre de 2022 se aprecia una supervivencia de plantas con el dispositivo del 75% (15 de 20), frente al 26% sin dispositivo (5 de 19), lo cual es un resultado bastante esperanzador.

## MATRIMONIO E HIJOS

El enlace matrimonial con la madre de mis hijos, mi Paqui, se celebró el 9 de octubre de 1970, a las seis de la tarde, en la iglesia de Nuestra Señora de la O de Ubrique.

La boda se celebró en el bar El Empañolao, a los que asistieron, además de la familia, casi todo el personal de la oficina, así como las compañeras de Paqui de la fábrica donde trabajaba. El ágape nos supuso diecisiete mil pesetas, que nos sufragaron los invitados.

El itinerario del viaje de los recién casados partió de Ubrique esa misma noche con destino a Sevilla. Al día siguiente nos dirigimos hasta Madrid, donde estuvimos un par de días. De aquí hasta Zaragoza, coincidente con la fiesta del Pilar. Después cogimos dirección Barcelona, desviándonos a la altura de Lérida, para enfilarse hasta las estribaciones del Pirineo catalán, donde se asienta la ciudad de Berga. Allí vivían el tío Curro, la tía Teresa y sus cinco hijos, visita que duró tres días. De aquí partimos a Barcelona a casa de los tíos de Paqui de parte materna, concretamente a Hospitalet de Llobregat, cuatro o cinco días. Luego enfilamos la N-340 camino de Tarragona hasta Valencia para

hacer noche y continuar por Alicante hasta Murcia donde pernoctamos. Al día siguiente, partimos dirección Granada hasta llegar al punto de salida, con los días de vacaciones agotados. El viaje fue realizado en el Citroën Dyane-6 adquirido en junio de ese mismo año, por la no despreciada cantidad de 103.000 ptas.

Debido a la escasez de vivienda en Cádiz, fijamos nuestra residencia en Ubrique, donde alquilamos un piso que compartimos con mi madre, ya que desde el fallecimiento de mi padre vivía sola en la casa de Jimena, salvo algún periodo que se iba a casa de su hermana Catalina, en el rancho que habían heredado de sus padres. Yo me desplazaba los fines de semana hasta el pueblo, Paquí seguía trabajando en la fábrica de marroquinería, oficio que le suponía un importante ingreso, aunque a cambio de echar muchas horas de trabajo. A los tres meses quedó en estado de buena esperanza, por lo que nos planteamos resolver el problema de la vivienda lo más pronto posible. Comentándolo con mis compañeros y jefes del trabajo, surgió la idea —para ser justo, le surgió la idea a Fernando Sainz, ingeniero de montes destinado en Cádiz por aquellas fechas, además de buen amigo— de adecuar unas habitaciones que hacían de almacén en el vivero de San Fernando, hoy convertido en Jardín Botánico. Así fue como pasamos a ser vecinos de San Fernando por un periodo de casi tres años. En este tiempo nacieron Alonso Hilario y José Manuel, así que de hecho deberían considerarse cañailas. No es el caso, porque nacieron en el Hospital de San Juan de Dios e inscritos en el Registro Civil de Cádiz. Fue un periodo muy agradable, tanto por el hecho de vivir en un sitio privilegiado como por la convivencia con las dos familias que

habitaban en el mismo recinto, la de José Barberán, encargado del vivero, y la familia de Bienvenido Ros, compañero de fatiga en la oficina. Como digo, fueron casi tres años que nos han quedado en la retina de nuestra memoria, pero la que más disfrutó de aquella situación fue mi madre, rodeada de árboles preciosos y de muchas variedades de plantas a las que tan aficionada era. En 1975 nos trasladamos al piso que adquirimos en Cádiz, en la calle San Mateo, donde permanecemos hasta 1979, fecha en la que nos cambiamos a nuestra vivienda actual de la avenida Amílcar Barca. La abuela Isabel se quedó en el piso de San Mateo varios años más. A pesar de la distancia entre ambas viviendas, no era obstáculo para que casi todos los días viniera a ver a sus nietos.

En siete años ya éramos seis de familia. El nacimiento de nuestros cuatro hijos fueron fechas y acontecimientos muy importantes para la pareja. Los detalles que quedaron grabados en mi retina al observarlos nada más nacer –aparte de la emoción– fueron distintos: Alonso, se caracterizó por el color de sus escasos pelillos de color rubio y por su cabeza entrelarga, parecida a un melón; José Manuel por su corpulencia, era muy largo, pesó cinco kilos; Eli, aparte de por sus mofletes y lo maciza, era la ilusión de una niña en la familia; y de la benjamina Inma, decir que es la que mejor recuerdo, enroscada en la canastilla, pequeñita y en postura fetal, preciosa. Los tres primeros nacieron en el Hospital de San Juan de Dios, atendidos por el Dr. Calderón, que pertenecía al seguro privado al que me tuve que acoger al no tener Seguridad Social. Inma nació en el Hospital Universitario Puerta del Mar, para esa fecha ya

teníamos la Mutualidad General de Funcionarios Civiles del Estado (MUFACE), que se creó en 1975 para la cobertura sanitaria de los funcionarios.

No cabe duda que la dirección y el trabajo duro de la casa recaía sobre Paquí aunque, justo es reconocerlo, contaba con la ayuda de la abuela Isabel. Eran tiempos muy diferentes a los actuales, mucho más austeros, menos consumismo, nos conformábamos con menos abundancia, se valoraban las cosas materiales en la medida del esfuerzo que te costaba obtenerlas. Se imponían normas de convivencia que había que cumplir, sí o sí. No creo que los niños fueran mucho menos felices que los nacidos en la abundancia y época tecnológica.

A mí lo que más me preocupaba era aportar a la casa el dinero suficiente y, si podía, guardar algo para imprevistos el día de mañana. Los sueldos de los años setenta hasta los noventa no daban para sacar adelante una familia numerosa como la nuestra, así que tuve que recurrir a trabajos extras que realizaba tanto dentro de la propia Administración como de forma particular midiendo fincas que iban surgiendo. Todo esto suponía una gran ayuda. Las horas extras que realizaba en la oficina consistían en guardias de incendios que se hacían semanalmente, comenzando a las dos de la tarde al terminar la jornada laboral, hasta el día siguiente –incluida la noche– que te volvías a incorporar al trabajo, sin que luego te compensaran con tiempo de descanso, así como trabajos que hacía como técnico improvisado y que me pagaban satisfactoriamente. Las mediciones en fincas particulares las solía realizar aprovechando los fines de semana, fiestas, puentes y vacaciones. Adquirí una enorme prác-

tica en la topografía en general y, sobre todo, en la forestal, de tal manera que no había obstáculo que no pudiera superar por muy complicado que fuera. Para ello utilizaba una brújula conocida como teodolito, un trípode, dos miras y dos o tres peones. Me resultaba más sencillo el trabajo de campo que interpretar los apuntes obtenidos en la libreta y posterior traslado a plano, que consistía en hacer un borrador en papel milimetrado, con la ayuda de un transportador de ángulos, una escala y por último un planímetro para determinar la superficie, que luego me pasaba a limpio mi amigo y compañero Felícito. En los últimos años de esa etapa, me fue de gran ayuda mi hijo José Manuel en la aplicación de los medios avanzados que fueron apareciendo, debido a los conocimientos que iba adquiriendo relacionados con la carrera de Ingeniería de Montes que comenzó sobre 1991. Naturalmente, esto significaba estar muchas horas y días sin poder estar junto a los tuyos.

Resultaría pesado y de escaso interés para el lector enumerar la cantidad de fincas de la provincia de Cádiz y limítrofe en las que intervine (levantamientos topográficos, replanteos de caminos, particiones, trabajos de campo en planes dasocráticos...), por su extensión sólo destacaré El Pedregoso del término de Tarifa, con 3.800 hectáreas. Sí me gustaría dejar testimonio de algunos propietarios que más demandaron mis servicios, entre ellos: los hermanos Quesada Márquez (José y Gregorio), por mediación de sus representantes (Francisco Reveriego y Manolo Lozano); Manolo Vázquez; Pablo Cózar; Pepe Castilla (alcalde de Jimena en los años sesenta y setenta); los hermanos Modesto y José que adquirieron Canuto Largo y Las Jarillas, del muni-

cipio de Jimena, y otras; y Luis Gómez, más conocido por el sobrenombre de *Peneque*.

De Luis, nacido en el espléndido e incomparable pueblo de Vejer, he de comentar que sus comienzos, a muy temprana edad, fueron duros en sus inicios de arriero. Empezando desde abajo, llegó a tener un gran volumen de negocios (empresa de construcción, flota de camiones, maquinaria pesada, rebaños de vacas, canteras de áridos, compraventa de fincas...). Cuando le aconsejaba que no vendiera algunas de las preciosas fincas que adquirió en Algodonales, Morón, Zahara de la Sierra, Setenil de las Bodegas..., me decía: «Hacer frente a una nómina de más de cien trabajadores fijos es muy complicado, al tiempo que va menguando el volumen del negocio; mientras quede patrimonio responderé ante los acreedores antes que declarar la quiebra de la empresa». Su falta de formación intelectual, como nos pasó a parte de las generaciones nacidos en los primeros cincuenta años del siglo pasado –los que nos identificábamos mediante huella dactilar– la suplía por una inteligencia natural envidiable. Por encima de cliente, fue un fiel amigo con el que compartí entrañables vivencias. Siempre estarás presente en mis recuerdos.

Los problemas económicos que iban surgiendo se iban resolviendo conforme se presentaban. Lo que más me preocupaba era pensar qué sería de mi familia si yo faltara, debido a que en los años setenta fue cuando empezaron a agravarse las taquicardias y arritmias que empezaron a molestarme a los trece años; duraban poco, dos o tres minutos, pero me producían angustia y cierta opresión torácica.

Esta crónica enfermedad me la empecé a tratar a finales de

los años sesenta, con distintos resultados, quizá por la poca importancia que le prestaba. Fue en 1972 cuando tuve un episodio grave, después de un día de sobreesfuerzo en busca de unas vacas extraviadas, acompañado de mi hermano Paco. Gracias a él pude regresar hasta donde habíamos dejado el coche que se encontraba bastante retirado y, con la ayuda de una caballería de un señor que por allí caminaba. Mi hermano lo pasó realmente mal, pues nunca me había visto en ese trance tan grave, con el corazón a doscientas pulsaciones y con la contundencia que lo hacía. Al cabo de unos tres minutos se cortó ese ritmo, pero me quedé sin fuerzas en las piernas para proseguir caminando. Gracias al señor de la caballería, que no supe quién era, pero que sin su ayuda y la de mi hermano no hubiera podido salir de aquel paraje tan solitario y tan distante del carril donde dejamos mi primer vehículo, el Citroën Dyane-6. Las desorientadas y ariscas vacas que habíamos comprado en Alcalá, desertaron del monte Los Arenales –ya referido en anteriores pasajes– en sentido opuesto de donde procedían, esto es, hacia el término de Cortes, refugiándose próximo a la estación de Gaucín, junto a la línea férrea que conduce hacia Algeciras. Esa noche la pasé en casa de mi hermano en la Estación de Jimena. Al siguiente día, viendo que no mejoraba por la aparición constante de arritmias, mi hermano me trasladó hasta la consulta del Dr. Adriano Sánchez que fue el primer internista que supo de mis episodios coronarios, ordenando mi ingreso en la Residencia Zamacola, que era como se llamaba el actual Hospital Puerta del Mar de Cádiz. Con el paso de los años se produjeron numerosos contratiempos, pero nunca con la gravedad del ya comentado. De

todos los tratamientos a los que fui sometido, el más eficaz ha sido el actual, recetado por el Dr. Lagares desde hace varios años.

Relatar lo que han sido cincuenta y tres años de matrimonio, día a día, resulta poco menos que imposible: el trabajo que suponía sacar una familia numerosa adelante no daba tregua a la distracción. Paqui bastante tenía con sobrellevar la ingente tarea de hacer frente a una familia de seis miembros. Por lo que a mí se refiere, el cumplimiento con el deber del trabajo como funcionario y los extras a nivel particular, absorbente de la mayor parte del tiempo de lo que podía disponer para compartir el sacrificado trabajo del hogar. La responsabilidad hacia nuestros hijos, sus necesidades primarias, su educación, sus estudios era nuestro único objetivo.

La formación de nuestros hijos era una prioridad para el matrimonio; su madre trabajando sin descanso para que ellos dedicaran todo el tiempo posible a los estudios; yo echando muchísimas horas de trabajo tanto en la Administración como a nivel privado para que la familia estuviera atendida lo mejor posible, dentro de un severo control austero. Para los trabajos que les exigían en el colegio, instituto y universidad, les adquirimos la enciclopedia Larousse (veinte tomos más siete suplementos) y un Amstrad PC1512, de esos que salieron al mercado y había que estar metiendo y sacando el disco continuamente. Más adelante adquirí un ordenador un poco más avanzado. Con la llegada de internet, el resultado fue que la enciclopedia quedó relegada como simple objeto decorativo.

Así fueron transcurriendo los días, las semanas, los meses

y los años hasta llegar a formar una familia de catorce miembros. Sobre la convivencia conyugal, hubo, como en cualquier matrimonio, sus momentos de dificultades, aunque siempre prevaleció el sentido de la responsabilidad familiar que hemos mantenido y compartido la pareja.

En esos primeros años de casado, debido a nuestros frecuentes viajes a Ubrique, a casa de mis suegros, y al contacto con amigos cazadores: José Luis Orellana, Paco Janeiro y los que en paz descansan –José Lamela, Luis Domínguez y otros– me introdujeron en el deporte de la caza, al que yo le había prestado poca atención hasta esos años, aun siendo hijo de padre cazador. Tal fue el arrechucho que me dio por la caza que hasta me compré una escopeta marca AYA (Aguirre y Aranzabal) con dos muy cortos cañones, porque, según mis amigos, era la mejor para la caza en la sierra, donde los conejos había que tirarlos desde muy cerca.

Fui a varias batidas de corzos y venados, como ya he comentado, suficientes para comprobar que era un pésimo tirador, por lo que decidí vender la escopeta adquirida y librarme, por otro lado, de los compromisos que ello me acarrearaba, debido al cargo que ocupaba en la Administración.

Recuerdo que un año participé en una de esas batidas de perdices que organizan los señores con cuartos, aprovechando una invitación que me hizo un amigo llamado Marcelino, dueño de unas suertes entre Alcalá y Paterna llamadas Peñas Alpá, que solía reservarse un puesto para sí mismo, cuando vendía los derechos de caza. Como no era cazador, me invitó para que ocupara su lugar en unas de las batidas. Lo curioso del caso es

que también invitó a un tal Daniel Ortega al mismo puesto, comprensible dado las melopeas que se pillaba; así que tuvimos que compartir el puesto. Lo primero que me dijo Daniel es que teníamos que contratar a un secretario para que recogiera los posibles pájaros que abatiéramos; así que me acerqué a un grupo de hombres próximos a los cazadores y me hice con los servicios de uno de ellos. Nos tocó un puesto en una pendiente vaguada, donde los pájaros entraban de pico y a vertiginoso vuelo; yo con mi escopeta que no alargaba más allá de diez metros, y la de Daniel, con una de no muy buena presencia, daba lugar a que los cazadores de los puestos de ambos lados, con escopetas con unos cañones como cañas de pescar, rebañaran los pájaros que entraban en nuestra zona de tiro. No llegó a la docena los pájaros rescatados por nuestro secretario.

A media mañana apareció Marcelino para acompañarnos a la suculenta comida prevista en el caserío de La Liebre, cosa que no sucedió, porque al rato aparecieron dos amigas en un Seat 124 rojo para rescatar al pollo y volverlo a meter en el nido. A Marcelino, seguro que en Alcalá lo recuerdan como una buenísima persona.

Cualquier comparación mía con el sagaz cazador y personaje en la novela de Juan Lobón, resultaría de pésimo gusto e inadecuado, ni para atarle los zapatos le llegaría.

## CASA FORESTAL DE ROCHE

No quiero olvidarme de los catorce años, desde 1975 a 1989, que disfrutamos de la vivienda que mi jefe, me refiero a Pepe Gallardo, me permitió ocupar en la casa forestal de la Dehesa de Roche, en Conil, compartida con la familia de Juan Sánchez Calle, con su señora Carmen y sus cuatro hijos, casi de la misma edad que los nuestros. Después lo sustituyó Juan Manuel Moreno y familia. Ambos eran agentes forestales.

Juan Sánchez solicitó traslado a Grazalema, donde permaneció varios años, hasta su regreso y definitivo destino en su pueblo de nacimiento, Vejer. Su estancia en Grazalema le sirvió para familiarizarse con el *Abies pinsapo*, experiencia que está aprovechando –en su etapa de jubilado– para crear un reducido bosque de pinsapos en la pendiente –utilizar el silogismo de pendiente en esta población es una obviedad, aquí o se sube o se baja, no queda otra– para repoblar la parte alta de las canchas, junto a la carretera o vereda de Cantarrana, que da acceso en su parte más sureste a Vejer. Obtiene plantas de pinsapos de unas tres sabias, extraídos de zonas muy densas donde la competencia por los nutrientes y espacio impiden su desarrollo

y supervivencia. La superficie a cubrir no es muy amplia, unas tres hectáreas, pero no todas aprovechables. Se hacen pequeñas plantaciones, unas veinte plantas anuales, asignadas a las personas que las apadrinan.

Juan, además de estar casado con la buena y maravillosa Carmen, también está casado con el *Pinus pinea* (el piñonero o pino real como lo nombran los chicaneros) desde que nació, y para rematar la faena, se fue hasta Grazalema para ampliar sus conocimientos con los pinsapos. Puedes estar orgulloso por todo lo que has ido sembrando en beneficio de las generaciones que nos siguen.

La casa forestal de Roche era para los niños pasar de convivir en un piso de setenta metros a disfrutar de la libertad que suponía salir de la reducida vivienda, donde, a partir del año setenta y ocho ya éramos siete, incluida la abuela. Las deficiencias de la antigua vivienda de los guardas forestales se compensaban con su ubicación, al encontrarse en campo abierto, rodeada de preciosos pinos piñoneros, algún que otro eucalipto y dos acacias junto a la casa.

Al cabo de los meses adquirimos bicicletas para todos con las que hacíamos pequeños recorridos –los más alejados llegaban hasta el pequeño muelle pesquero de Conil– incluida Paqui, que deprisa aprendió a subir en bici. Los niños, cuando dejaban de dar vueltas sobre el espacio reservado a la recepción de las piñas en sus meses de recogida, en la explanada en torno a la casa y por los carriles circundantes, se dedicaban a jugar a la pelota, para lo que fabricaban una pequeña portería debajo de la acacia. Al final del día había que ducharlos en el barreño que Paqui si-

tuaba en el patio interior de la casa para limpiarlos de la suciedad acumulada. También les gustaba relacionarse con el personal del retén de incendios, que se solía instalar junto a la torre de vigilancia en espera de actuar en los posibles fuegos en época de verano. Sobre todos ellos destacaban: José, un personaje con un buen sentido del humor; el otro José, que vivía junto a la torre de vigilancia de la Guardia Civil, próximo a la playa; Cristóbal, que era el manitas que lo arreglaba todo; Chano y alguno más.

En definitiva, se lo pasaban realmente bien, de tal forma que cuando regresábamos los domingos, de inmediato se quedaban dormidos en el coche debido al cansancio acumulado.

Alonso Hilario, al llegar a la mayoría de edad, lo incluyó Juan Manuel Moreno (el guarda forestal de Roche en aquellos años) como vigilante en la torre de incendios. Fue contratado durante tres temporadas, excepto un mes del último verano que lo sustituyó mi segundo hijo, José Manuel. Este trabajo no suponía esfuerzo físico –salvo subir a la antigua torre– pero sí mental, de cierto peligro y de responsabilidad, teniendo que soportar ocho horas en estado de alerta para dar la novedad por la emisora cada hora; todo ese tiempo en la pequeña plataforma, sin apenas espacio para moverte, lo que nos producía cierta preocupación, sobre todo cuando soplaba con intensidad el viento de levante que provocaba inestabilidad en la cabina de la torre.

Tanto nuestros hijos como nosotros sentimos cierta nostalgia de aquellos fines de semana y vacaciones que disfrutamos durante ese periodo. El sello de la abuela Isabel ha quedado patente en el árbol que sembró en la puerta de la vivienda que ocupábamos.

## LA NAVA Y TOLETA

Tal y como ya comenté en otro apartado, desde el año 1981 hasta 1991, mi madre arrendó las fincas La Nava y Toleta, ambas colindantes con el río Guadalete y muy próxima a la vía verde que parte de Puerto Serrano hasta llegar a Olvera, para pastorear el rebaño de vacas –unas cincuenta vacas de vientre, la mayoría de raza retinta– que cruzábamos con toro charolé para conseguir unos magníficos terneros. El mayor de mis hermanos, Alonso, y yo nos alternábamos el control los fines de semana y fechas señaladas.

A muchos de estos viajes se apuntaba toda la familia, para disgusto de mi hija Eli que tenía un miedo horrible a las vacas. Pero a todos les compensaba disfrutar de un campo tan extenso, sobre todo cuando coincidía con la primavera, semicubierto de buenos ejemplares de encinas, algún que otro algarrobo en las partes más agrestes, escasos acebuches y sotobosque allí donde el suelo era poco fértil. Lo mejor de las dos dehesas eran los tres manantiales de agua de excelente calidad, tan buena y saludable que casi alimentaba a las reses. La comida campestre la solíamos hacer al lado de la fuente que existe junto al carril que cruza las

dos fincas. Nos desplazábamos al lugar en el Renault 12 berlina, matrícula A-2179. Cuando nos desviábamos de la carretera, a unos tres kilómetros de Algodonales, en alguna que otra ocasión solía dejar la conducción del coche a Alonso, para que se fuera soltando con vistas a la obtención del carné de conducir, situación que producía cierta desconfianza entre el resto de la familia. En alguna ocasión se me rebeló cuando, a mi manera, que no siempre era la más apropiada, le intentaba corregir.

En 1991, terminó nuestra tradición familiar como modestos ganaderos –heredada de nuestros antepasados y ampliada posteriormente– ya que convencimos a mi madre sobre la necesidad de vender las vacas, debido a la incompetencia de un técnico forestal, sin experiencia, que se empeñó en repoblar de encinas el veinte por ciento de las quinientas hectáreas que conformaban ambas fincas, que se correspondía con la parte adhesada donde se producía el pasto necesario para el mantenimiento de las vacas.

Años más tarde, con la venta de las tierras que heredó de sus padres, se compró una vivienda ubicada en Cádiz en la calle Guadix, donde vivió hasta su fallecimiento, el 3 de febrero de 2004, a los noventa y seis años edad.

## ETAPA DE JUBILADO

El 3 de septiembre de 2010, a la edad de setenta años, cesé como funcionario y comenzó mi nueva etapa como jubilado. Me sentí como un tiesto que se echa a la cacharrería para reciclarlo y darle otro uso. No quedaba otra que adaptarse a la nueva situación, inventando lo que fuera para ocupar el tiempo libre del que disponía a partir de ese momento. Una de las principales ocupaciones tenía que ser la familia, los hijos, los nietos y ayudar a Paqui en la casa, a pesar de mis limitaciones en el tema culinario.

La adquisición en 2005 de la segunda vivienda de Chiclana ha contribuido en gran medida a mantenerme activo, aunque tengo que reconocer que el trabajo duro ha recaído, como casi siempre, sobre Paqui, con el mantenimiento de ambas casas. Aunque la parcela no es muy amplia, unos quinientos metros cuadrados, siempre dejamos un espacio para plantar unas cuarenta tomateras, varias plantas de berenjenas y algunos pimientos. Previo a estos productos de verano, ya hemos recogido cebollinos y, un poco más tarde, las cebollas que se recolectan a final de mayo. Yo me dedico a la preparación de la tierra y a la siembra de las

plantas, mientras que Paqui se dedica a la recogida del fruto, cosa que le encanta, además de cuidar sus macetas. Todo ello nos sirve de distracción e ilusión, al mismo tiempo que nos mantiene un poco en forma.

También me ha ayudado el tener cerca a los nietos, compartir sus ilusiones, verlos crecer... Al mayor, Alonsito, solíamos ir a recogerlo, los primeros años, al colegio y luego al instituto, para compartir con él el almuerzo de los viernes. El roce con Martín siempre ha sido más frecuente, al estar el colegio junto a la casa de Cádiz, llevándolo y recogéndolo muchos de los días. Con los dos pequeños, Pedrito y Jimena, siempre solemos verlos los fines de semana, vacaciones y cada vez que las obligaciones de sus padres se lo permiten. Así que lo que se dice aburrirnos, casi no nos da tiempo.

Además, han sido muy importantes los viajes que hemos podido realizar el matrimonio. Las salidas más interesantes, previas a la jubilación, fueron las realizadas a Galicia, Tenerife, Pirineo Aragonés, Pirineo Catalán (incluida visita a Lourdes), Asturias, La Rioja, Mallorca, Menorca y Barcelona, (este último viaje lo hicimos en 2008 en compañía de mi hermano Alonso, Loli y Eli para visitar a la familia de Berga, Andorra y aprovechar uno de los últimos festejos taurinos en la Monumental, con la intervención de mi preferido torero, José Tomas). Después de jubilado, la visita a Roma como premio de nuestros hijos para celebrar el acontecimiento, acompañados por Inma y mis cuñados Pepe y Ana, visita que repetimos años más tarde cuando hicimos el crucero por las costas italianas, en compañía de nuestros vecinos y amigos, Juan Manuel y Paqui. Pasado un

tiempo, viajamos en compañía de José Manuel, Isabel y Martín, a Bolonia, Florencia y Venecia. Los demás han sido viajes organizados por el Imsero donde llevan a los mayores como rebaños de ovejas para ocupar plazas hoteleras en época baja de turismo.

Una de las experiencias que más me ha marcado tuvo lugar en octubre de 2018, cuando hice el Camino de Santiago, acompañado de mi hijo José Manuel y el vecino, y amigo, Agustín. Partimos desde Sarria y nos llevó cinco días en completar este tramo del camino, unos ciento veintisiete kilómetros. Todas las etapas, excepto la última, tienen un encanto que embruja, ni siquiera notas el cansancio de lo agradable del entorno y de conversar con peregrinos que adelantas o que te adelantan. Me encantó —a pesar de la incomodidad— hospedarnos tres noches en albergues, con enormes dormitorios repletos de literas y numerosos peregrinos; se mascaba el respeto, el silencio y devoción reinante. Al final de la última etapa nos esperaba la plaza del Obradoiro, imposible de expresar la paz, la tranquilidad y satisfacción que transmite estar sentado en el suelo teniendo delante la majestuosa Catedral de Santiago. Gracias a ambos por animarme y acompañarme en el inolvidable recorrido.

El 8 de julio de 2022, junto a la mayor de mis hijas, Eli (que necesitaba «olvidarse» de los niños del colegio Los Molinos, de Vejer, y de sus dos torbellinos, Pedrito y Jimena), nos armamos de valor y nos desplazamos hasta El Ferrol, donde pernoctamos. Al siguiente día, muy temprano, comenzamos a hacer el Camino Inglés, que discurre por Cabanas, Pontedeume, Miño, Sigüero y Betanzo, famoso este último por sus ricas tortillas,

se dice que, de las mejores de España, que es como decir las mejores del mundo.

Nos llevó cinco días hacer los ciento doce kilómetros del recorrido, de muy fácil caminar, salvo el repecho a la salida de Betanzos. Hasta que se une con el de La Coruña, muy solitario, teniendo que evitar numerosos viaductos y transitar por algunos tramos de carretera. No cabe duda que, estar en Galicia es sinónimo de disfrutar de magníficos paisajes, de su buena gastronomía y de otros muchos atractivos apasionantes. El quinto día fue nuestra llegada a Santiago, sobre las catorce horas. Después de comer y descansar, nos fuimos a la Catedral a escuchar la misa del peregrino y presenciar al clero lanzar el botafumeiro. Lo negativo: las altas temperaturas del mes de julio, coincidiendo además con una de las olas de calor del verano de 2022; y que a los dos días de haber vuelto di positivo en el Covid-19. Sin duda, lo importé del viaje. Me hubiera gustado repetir en el 2023 –fuerza e ilusión existía– pero se ha quedado en blanco.

También, dedico tiempo a la lectura, hago algo de deporte en la piscina municipal y salgo a caminar, bien por la playa en su época o por el paseo marítimo. Hasta el día de hoy todos nuestros movimientos que hacemos en la trimilenaria ciudad los realizamos a pie, que no es poco a la edad alcanzada.

Dos veces por semana me acercaba hasta la cafetería de Niños, al principio de la llamada calle Columela, para compartir un rato de tertulia con mis amigos Paco Segura (fallecido en octubre de 2023), sus dos sobrinos Pepe y Gabriel, y Paco Garzón. Todo esto se malogró cuando el 12 de marzo de 2020 nos anunciaron, desde el Gobierno, que a partir del catorce quedábamos

## NACIDO EN LOS ALCORNOCALES

confinados en todo el país. Debido a la gravedad del contagioso Covid-19, nuestros hijos acordaron que nos refugiáramos en nuestra segunda vivienda de Chiclana, donde permanecemos año y medio. Actualmente me veo con Paco Garzón, próximo al domicilio de ambos, para echarnos un café y comentar lo pasado durante los convulsos últimos años: pandemia, achaques que nos aquejan, sus consecuencias y sobre temas de actualidad.

## REFLEXIÓN

Del recorrido que he hecho de mis primeros recuerdos podría dar la impresión de que la primera etapa de mi vida hasta llegar a la mayoría de edad fue un periodo de escasa felicidad. No he pretendido sembrar esa duda. He contado los hechos conforme se han ido sucediendo, pero para nada quiero transmitir a mis descendientes, y en general, esa idea. Se puede entender que comparando aquellas generaciones con los tiempos actuales pueda inculcar ese sentimiento. No, no fui un niño infeliz por no tener a mi alcance lo que hoy ofrece el desarrollo a la sociedad. Tampoco por no haber pisado un colegio durante mi infancia, debido a las circunstancias de ir de un lado para otro como nómada en el desierto, casi siempre en el campo, en el entorno del río Hozgarganta y zonas adyacentes, salvo periodos cortos de tiempo que pasamos en la casa de Ubrique y Jimena. Así como por no haber disfrutado de la ilusión de recibir algún juguete traído por los Reyes Magos. Sólo recuerdo una única ocasión, cuando vivíamos por entonces en el caserío de El Gamín, que me trajeron un instrumento de viento, simulando a un saxofón, a la edad de unos ocho años.

Mis padres daban a sus tres hijos cuanto podían, incluido el

amor de familia. Nos lo pasábamos muy bien con todo lo que nos rodeaba y que a su vez suponía nuestro sustento: ayudar a sacar adelante nuestros animales; observar a las madres cuando estaban a punto de parir; contemplar sus partos; amamantar los cabritillos, los cerditos y becerros recién nacidos; verlos crecer; disfrutar casi en convivencia con ellos, eran como de la familia; observar cuando pastoreaban, sobre todo en periodos de abundancia de comida, primavera y otoño, coincidiendo con la montanera y buenas cosechas de bellotas de los chaparros; así como con los juegos que nos inventábamos con los escasos medios de los que disponíamos. Me sentía feliz –con la ilusión de hacerme mayor– cuando imaginaba verme subido a caballo, al igual que mi padre, compartiendo opiniones con otros caballistas mientras se ofrecían tabaco. En las navidades de 2019 fui con mi familia a la granja escuela que hay en Chiclana, donde pude comprobar cómo disfrutaban mis nietos contemplando y echando de comer pequeños trozos de pan y maíz a la variedad de animales que tienen en el recinto. Entre ellos había una puerca con sus once lechoncillos, a los que daba de mamar todos a la vez, al observar dos más pequeños que el resto, uno de mis nietos me hizo la pregunta sobre el motivo de tal diferencia, fácil respuesta para un abuelo que desde pequeño sabía que los «gorrinillos» cada uno tenía asignado una teta, y que a los dos que habían cogido las más traseras, les llegaba menos leche que al resto de la camada. Observando a mis nietos, me decía para mis adentros: así disfrutaba yo en convivencia con los animales y la naturaleza del entorno cuando también era un crío.

Cuando lo poco que quedaba de la economía familiar cayó

por los suelos, yo me resistía a permanecer en la obligada aventura en el rancho de los abuelos para los menesteres agrícolas agarrado a la mancera del arado detrás de la yunta; por ello, decidí emprender la etapa del carboneo, guiado por la necesidad de superación para la mejoría económica a nivel familiar. No tengo respuesta a cómo era capaz de llevar a cabo trabajos tan forzados al ritmo de personas mayores y curtidas en profesiones tan duras. Al tiempo de haber sido reclutado por el ejército, comprobé que las manos ya no estaban agrietadas, encallecidas, ni «percoídas» las uñas de la tizne del carbón, fue entonces cuando se despertó en mi la inquietud de que, si te lo proponías, existían otras posibilidades menos apegadas a lo ancestral del campo. Ese destello de clarividencia era lo que me faltaba para tomar impulso y empezar a recuperar el tiempo perdido en la formación que hasta entonces no había sido posible.

Terminada la obligación militar, marca el camino de nuevos desafíos (conductor, guarda forestal, agrimensor, oficinista, sin olvidar la numerosa familia). Si me preguntarais: ¿cuál ha sido el secreto para alcanzar las metas propuestas? Os diría que han sido varios y complicados: creer en ti mismo, dedicación hasta límites impredecibles, perseverancia, sacrificio y mucho, mucho trabajo.

Cómo habréis apreciado en el recorrido de este relato, me moví —al igual que jabón en bañera— por varias poblaciones de la provincia de Cádiz, por campos de Cádiz y Málaga, y por profesiones distintas. Pero si he de ser sincero, considerados lectores, con lo que más me identifico es con el campo (lo forestal, lo agrario, las cabras, las vacas, los cerdos, el precioso equino «colorao» del que me valí para sorprender a la que

después se convirtió en la madre de nuestros hijos); por ello, considero que en el carné de identidad siempre debió figurar: de profesión CAMPO.

En la vida no todo es disfrute, pasárselo bien, no pensar en el día de mañana, eludir responsabilidades, no dar a la sociedad más de lo que has recibido; es mucho más que eso, hay que merecerla y revalidarla cada día, es como una competición por llegar a la meta que con el esfuerzo personal te has ganado.

Por lo que a mí concierne –creo, con toda modestia– he intentado siempre cumplir con el papel que la vida me tenía asignado en cada momento, que lo haya conseguido o no, lo dejo para que lo juzguen las generaciones más cercanas que me siguen. No tengo nada que reprochar sobre el recorrido que el destino me tenía marcado, es más, a veces me pregunto si la sociedad, en general, me ha tratado y concedido mucho más de lo que realmente merezco.

He sido una persona afortunada –si ignoramos los durísimos primeros años de la adolescencia– en lo profesional, y no digamos en lo familiar; sentirte abrigado y querido por una abnegada esposa y unos descendientes que, con su esfuerzo y persistencia, han sabido proporcionarse un honesto medio de vida, y tenerlos a no más de treinta kilómetros de distancia, es para sentirse complacido, por una parte, pero por otra te queda la aflicción de haber podido hacer mucho más en beneficio de los demás, en el transcurrir del tiempo permitido para cimentar, para cuando te vayas sentirte más digno contigo mismo, pero como digo, no cabe demandar más, agradecimiento absoluto por todo lo mucho y bueno recibido.

## REFLEXIÓN

Luego, la realidad se impone y cada uno es hijo de sus obras, las buenas y las menos buenas, no sólo es fruto de lo que sus padres hayan querido transmitirle.

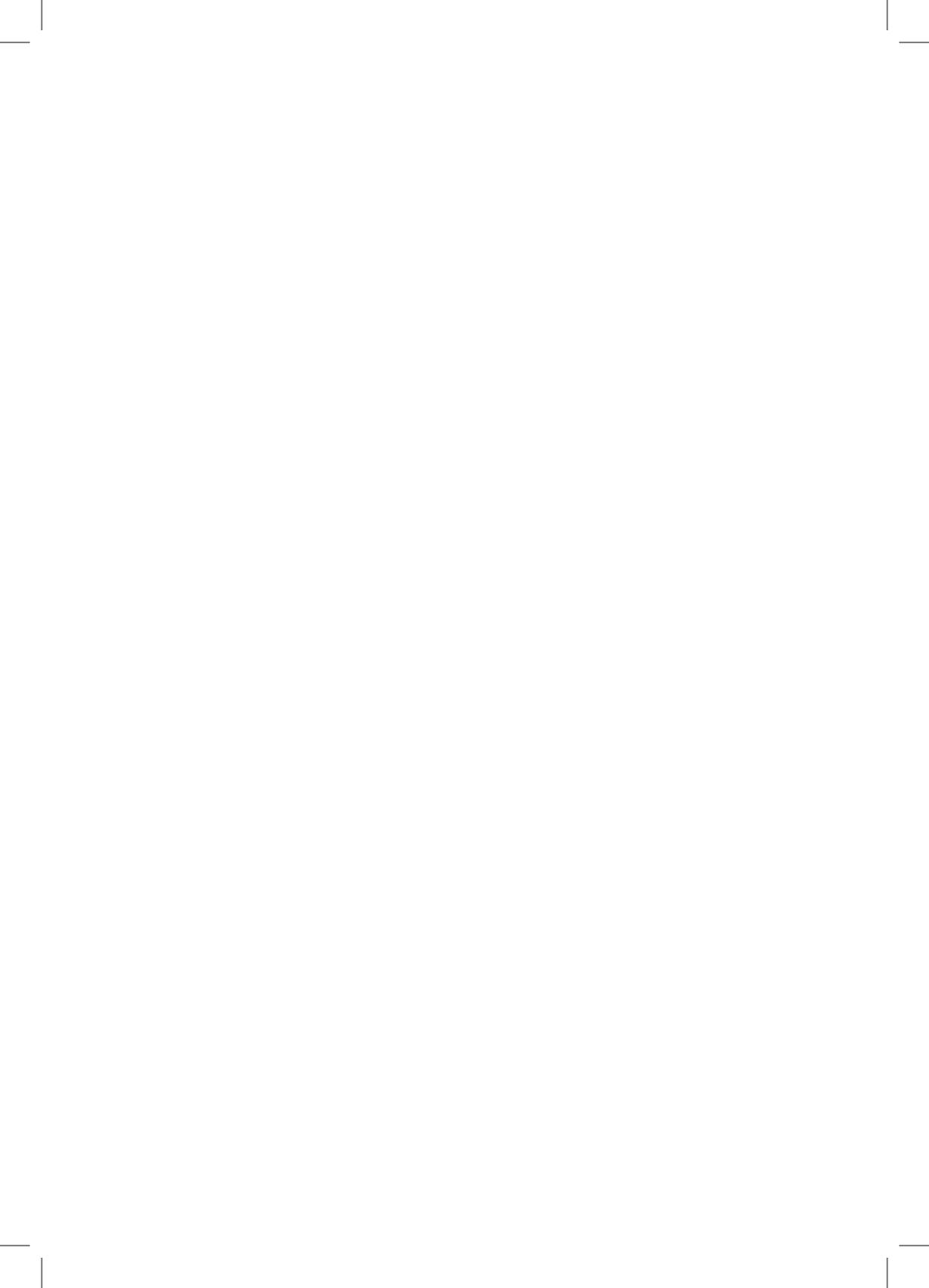
Al cabo de los años vividos y la observación del pasado a lo lejos, no puedes dejar en olvido la abundancia de recuerdos disfrutados o contrariados –circunstancia de agradecer, en cierto modo, porque muestra que siguen vivos– que circulan y entretajan por el cerebro, sobre las dificultades para superar cada una de las abruptas etapas por la que ha tocado peregrinar hasta llegar a la cumbre e iniciar el vertiginoso descenso por el tenebroso túnel del tiempo, a galope tendido, diría yo.

«¡Qué gran felicidad la de ver cómo la vida pasa con sus oleadas de fuego y de sangre ante nuestra alma serena, inconsciente con la inconsciencia de lo eterno!» (Manuel Chaves Nogales).

En este último trayecto, lo que más me preocupa e inquieta son los míos, en especial la salud, después, su bienestar, su responsabilidad familiar, humana, comportamiento social..., por lo que en persistencia suplico al Altísimo. Para mí, que permita irme calladito y sin molestar, al igual que lo hicieron mis dos hermanos. Solo me resta pedir disculpas si en algo he faltado. He llegado hasta aquí más a golpe de corazón y pasión que de la inteligencia de los sentidos.

Salud y Paz para la humanidad.

Pepe Lagunilla  
Cádiz, octubre de 2024



## AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a la función pública y a la sociedad en general, de la que tanto he recibido, profesional y económicamente.

Agradecimientos a todos mis compañeros y jefes de los que aprendí y me serví de ellos para sacar adelante trabajos y trámites administrativos de cierta dificultad y responsabilidad, tanto a los que aún puedo saludar como a los que nos dejaron para siempre.

Mi recuerdo para todos mis primos: Rodríguez y Sánchez y Rodríguez Guzmán, por parte materna, y los Herreras y González, por parte paterna.

Gracias a todos mis cuñados y cuñadas, tanto de una parte como de otra, por su bondad con nosotros y, en especial, a mis cuñados Ana y Pepe, por la lata que les damos; así como a mi cuñada Loli –en su eterno descanso– que me aguantó durante los cinco últimos años de mi soltería.

Gracias a mis suegros, Manuel y Pepa, por haber confiado en mí y consentir que su hija pasara a ser mi esposa y madre de nuestros hijos.

Gracias a mis hermanos que, por su diferencia de edad, siete y cuatro años, yo era el niño a proteger y que, por el destino

que la vida nos tiene asignado, me dejaron huérfano el 28 de diciembre de 2014 y 16 de diciembre de 2018.

Gracias a mis padres, culpables de que hoy pueda estar escribiendo sobre lo que ha sido el itinerario de mi vida, que me dieron mucho más de lo que ellos recibieron. Gracias a mi padre por no haberme puesto nunca una mano encima. Gracias a mi madre por haber sido la responsable de la disciplina en la casa de los cinco que componían la familia Lagunilla.

Gracias a mis cuatro hijos, por habérmelo puesto tan fácil en todos los aspectos de la vida. Desde aquí les pido que sigan siendo una piña en el futuro; que se apoyen en todo momento y, en especial, cuando surjan dificultades. Reconocer la ayuda de mi hija Inma a la hora de dar forma a lo escrito (cortar, pegar, maquetar, ordenar, incluir y retocar fotografías), en definitiva, sin su ayuda técnica, consejos y ánimo no me hubiera sido posible terminar esta humilde historia medianamente presentable.

Gracias a mis nietos que tanto nos alegran la vida a los dos abuelos. Me permito aconsejarles que quieran a sus padres; que los respeten; que los cuiden cuando les haga falta; que tengan en cuenta sus consejos; que hagan el bien a la sociedad; que se esfuercen en su formación para superar las dificultades a las que se tendrán que enfrentar (tened siempre presente que las personas honradas recibirán la recompensa en función de su esfuerzo personal); que no olviden de dónde vienen, de sus raíces, de la historia de sus antepasados. En definitiva, que sean buenas personas, que respeten a los demás y que se hagan respetar.

Mil veces gracias, en nombre de toda la familia, a la madre de mis hijos. Por muchos adjetivos que pretenda rebuscar nunca

## AGRADECIMIENTOS

serán suficientes para agradecerle todo el sacrificio que le ha supuesto llevar adelante su casa y su familia, sorteando toda clase de dificultades que el discurrir del tiempo le ha ido presentando.

Como no pretendo que esto suene a despedida seguiré apoyando en lo que pueda a ti, Paqui, a nuestros hijos, a nuestros nietos, mientras las fuerzas me lo permitan.

Gracias a los responsables del Grupo de Desarrollo Rural del Litoral de La Janda y de Los Alcornocales, por el interés mostrado para que esta modernísima historia, de este *Nacido en Los Alcornocales*, sea divulgada por el área de los pueblos que lo circundan.

Igualmente, muchas gracias a la Junta Directa y miembros de la Asociación Forestal de Andalucía Amigos de Los Alcornocales, que me han apoyado y permitido sufragar en una pequeña parte el importe de esta edición de quinientos ejemplares, sobre todo —y de justicia reconocerlo— a su presidente, Paco Blanco y secretario Antonio Fernández, que han llevado a cabo la tramitación.

Soy consciente que tendré lectores de compromiso y curiosidad, otros de afecto y cariño, tanto a unos como a otros, eternamente agradecido.

Si podemos definir la relación con nuestro padre, sería una mezcla de admiración, amor y respeto.

No hay mejor legado de un padre a un hijo que la conciencia de saber quién eres y de dónde vienes, eso nos define como persona.

En este emotivo relato ofreces una mirada íntima a todas las experiencias que han moldeado tu vida, tu carácter y personalidad, lo cual, unido a la presencia constante de nuestra madre, han forjado nuestro ser y los valores que seguiremos transmitiendo a nuestros hijos, para que el carácter «Lagunilla» perviva en las siguientes generaciones.

De tus hijos  
Alonso, José Manuel, Eli e Inma.

## ÍNDICE

Presentación.....	9
Prólogo .....	11
Introducción .....	15
1. Mis ancestros .....	21
2. Benajón.....	35
Los Galayos.....	49
4. Ubrique.....	50
5. El Gamín.....	59
6. Regreso a Ubrique .....	76
7. Caserío de Diego Duro.....	81
8. Los Cerquijos.....	121
9. Jimena de la Frontera .....	133
10. A las mujeres de Los Alcornocales .....	170
11. Incorporación al Ejército .....	176
12. Incorporación a la Administración .....	188
13. Parque Natural de Los Alcornocales .....	219
14. Matrimonio e hijos .....	253
15. Casa forestal de Roche.....	263
16. La Nava y Toleta .....	266
17. Etapa de jubilado .....	268
Reflexión.....	273
Agradecimientos.....	279





